



El
Corazón
de
Adrián

ROMINA NARANJO



El
Corazón
de
Adrián

ROMINA NARANJO

Primera edición digital: noviembre 2024

Título Original: El corazón de Adrián

©Romina Naranjo, 2024

©Editorial Romantic Ediciones, 2024

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Olalla Pons

ISBN: 978-84-129241-2-1

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*“Los que de corazón se quieren,
solo con el corazón se hablan.”*

Francisco de Quevedo.

“La gente tiene más temor a la muerte que al dolor.

Es extraño que teman a la muerte.

La vida duele mucho más que la muerte.

Cuando la muerte llega, el dolor termina.”

Jim Morrison.

“Me enamoré de ella sin conocerla. O quizá, conociéndola desde otra realidad que no era la mía... pero que podía estar destinada a serlo.

Cuando abrí los ojos a la vida después de haber aceptado que la muerte fuese mi única compañera de viaje.

Antes de verla.

Con el último latido de mi corazón maltrecho y el primero de aquel que insufló aire a mis pulmones y sangre a un cuerpo que pudo componer su nombre antes incluso de que fuera capaz de recordar el mío.”

Trasplante

Inmunosupresores

Idiopático

Necrosis

Palpitaciones

Taquipnea

Vértigo

Disnea

Herencia

Abdomen

Betabloqueante

Hipoxia

Inótropo

Bacteria

Choque

Troponina

Enzima

Mortalidad

Autoinmune

Aleteo

Pericarditis

Refractario

Ablación

Arritmia

Reanimación

Quercetina

Autólogo

Biopsia

Crioablación

Marcapasos

Subdérmico

Prevalencia

Sístole

Diástole

Latido

AGRADECIMIENTOS

UNO

Trasplante

El dolor no era algo nuevo para mí.

Lo había experimentado muchas veces a lo largo de mi vida, tanto físico como emocional. El dolor de la decepción. El de los huesos rotos. El de la rabia contenida. El de tener que conformarme con menos de lo que creía merecer. El dolor por la pérdida de un ser querido. El de asumir que alguien a quién yo quería no sentía lo mismo por mí.

Dolores intensos, muchos y diversos durante mi adolescencia y primera juventud. Rodillas peladas aprendiendo a montar en bicicleta. Malestares de estómago cuando empecé a salir de fiesta y fingía que sabía beber. El latigazo cervical por pasar muchas horas trabajando. Y ese arañazo amargo que dejaban los sentimientos ajados después de ver marchar a la chica que en ese entonces se me había colado en los pensamientos.

Creí ser un experto. Que no había pena que me fuera ajena. Con la que no hubiera lidiado. Que no hubiera vencido ya.

Estaba seguro de tener dominada la técnica de apretar los dientes y soportar lo que viniera. Asumí que, en cuestión de pesares, nada me tomaría por sorpresa. Estaba curtido. Me mantendría alerta. Sería fuerte. Estoico.

Pero claro... la teoría no tenía nada que ver con la realidad que estaba descubriendo.

Porque nada podría haberme preparado para la clase de tormento que ahora me atravesaba y que hacía que, el mero hecho de intentar abrir los ojos resultara en una tarea tan temible, tan terrible, que sintiera que más me valía dejar los párpados bien cerrados... antes de que el esfuerzo por separarlos me hiciera llorar.

—¿Parece que ya reacciona! ¿Adrián? ¿Adrián? ¿Me oyes?

En medio de la jaqueca, la boca seca, el tirón de algo que llevaba adherido en el dorso de la mano y una especie de aguijonazo caliente y muy desagradable procedente de mi entrepierna, algo que sentí clavárseme muy adentro cuando traté de mover las piernas; percibí un haz de luz que se abría paso. Decidí ignorar los estímulos que se me agolpaban en las sienes y concentrarme. Tenía que abrir los ojos. Tenía que ver y mirar a quien fuera que me estaba llamando. ¿Quién era? Podía reconocer la voz. Al menos eso pensaba. Mi cerebro parecía embotado en una suerte de deriva que resultaba mucho más atractiva que cualquier cosa que me deparara la realidad.

Algo me decía que despertar conllevaría más de aquel lacerante suplicio. Más de eso que parecía rasgarme el cuerpo en dos y provocaba que cada bocanada de aire fuera horripilante.

¿Dónde estaba? ¿Qué me había pasado?

¿Por qué apenas sentía el cuerpo y el pecho parecía pesarme toneladas?

No importa... no importa... concéntrate. Vamos. Despacio. Abre los ojos. Despierta.
DESPIERTA.

—¿Adrián? ¡Ahí estás! ¡Menuda siesta! Estaba tan acojonado que no voy a hacerte ni siquiera la broma de que llevas cinco años en coma y te has quedado calvo.

Sonreí. O por lo menos quise pensar que lo había hecho. Centré todo mi esfuerzo en tratar de levantar la mano, aunque parecía algo hercúleo y completamente fuera de mi alcance. Al final, los dedos cálidos del hombre que tenía frente, ese que llevaba el pelo ondulado tan bien cortado y peinado con fijador y una horrenda pero muy característica camisa de piñas tropicales, sujetaron los míos, llevando mi mano a su pecho, donde presionó. La vía que estaba cogida de mi dorso protestó, pero yo intenté no hacerlo.

—Raúl...

La voz no parecía mía. Salió de mi boca y raspó en el proceso todo lo que encontró a su paso, pero no sentí que me perteneciera. Intenté recordar como sonaba antes, pero no fui capaz. Sentía como si todo, de repente, fuera nuevo y desconocido. La forma de mis dedos. El sonido de las palabras que exhalaba. La pinta que debía tener y no estaba seguro de ser capaz de comprobar.

Lo único real, que me ataba a aquella especie de ensoñación despierta a modo de toma de tierra era el hombre situado a mi derecha, y cuya expresión de alivio calmó un poco de la ansiedad que me recorría por dentro. Incluso sentí que liberaba parte del peso con el que cargaba y amenazaba con aplastarme sobre aquella cama de hospital.

Porque ya sabía dónde estaba, por supuesto. El olor, después de casi toda una vida, era inconfundible.

—Hola hermanito. —Su tono, no obstante, me hizo sentir en casa. —Te has tomado tu tiempo.

Carraspeé con esfuerzo. Intenté erguirme, incorporarme y tirar de la parte superior de mi cuerpo hacia arriba todo de una vez. Resultó en fracaso. Y en nuevas cotas de dolor hasta el momento desconocidas. Proferí un alarido. La cara de Raúl se desencajó y, entonces, de la nada, de algún lugar procedente de un rincón que quedaba fuera de mi campo de visión, apareció un hombre corpulento, vestido de uniforme, que se apresuró a sujetarme de los hombros.

Celadores. Otra constante de mi existencia de ingresos y altas.

Me dejó tan inmóvil con un solo gesto que de pronto, me sentí impotente.

—Ni cuarenta horas operado y ya quiere salir corriendo. —Recolocó mis almohadas y me pasó una luz brillante muy molesta por los ojos. —Yo de ti no forcejaría. Llevas puesta una sonda.

Fruncí los labios. Raúl se inclinó sobre mí.

—Lo hizo una enfermera muy guapa.

—Joder... eso es peor.

Mi hermano empezó a hablar muy rápido, gesticulando, como hacía siempre que estaba nervioso por situaciones que no podía controlar. Yo lo sabía bien. Era mayor que yo por dos años, y habíamos estado unidos en los momentos más importantes de nuestras vidas, en los más felices y también, en los más duros.

Fue a mí a quién recurrió cuando nuestro padre le dio la espalda al saber que era homosexual. Yo fui el padrino de su boda, el día que pudo unirse en matrimonio al que hoy era mi cuñado, y uno de mis mejores amigos. Juntos cargamos el ataúd de mi madre, tres años antes, cuando ella había fallecido a causa de aquella falla cardíaca congénita que, por suerte, se había saltado a Raúl en las capitulaciones hereditarias que ella nos había dejado.

Yo, por otro lado...

—No hagas esfuerzos, Adrián. Te acaban de operar.

Le miré a los ojos, que reconocí como idénticos a los míos a pesar de que no podía verme reflejado en ningún espejo. Había síntomas evidentes de cansancio en su expresión. También una preocupación que nunca había sabido esconder. Y algo parecido al alivio.

Imaginaba que mi cara debía de ser lo opuesto, no ya por la palidez propia que provocaban aquellas luces fosforescentes, las medicinas y demás, sino debido principalmente a la duda y el desconocimiento de todo cuanto había a mi alrededor. Intenté unir las piezas, conferir una imagen completa a lo que ocurría. Hacer memoria...

Las arritmias. Los ingresos. Las palpitaciones, y después, la ausencia de ellas. El brazo paralizado. La sangre brotando por mis fosas nasales. El infarto. La parada. La muerte.

Tiré de mi mano e intenté golpearme el pecho. Raúl me detuvo, aunque dejó que tocara parte de los vendajes, de aquella especie de drenaje y parapeto que pesaba como la maquinaria de un tren de mercancías. Nuestras miradas, otra vez, se conectaron.

—¿Mi corazón?

Le vi tragar saliva y asentir. Cuando lo hizo, sonreía. No necesitaba tener todas mis facultades y recuerdos al día para saber qué hacía mucho que aquel hombre bueno, que seguramente me había acompañado y cuidado en todo momento, no mostraba una expresión tan plena.

—Ya lo tienes. —Dijo en un susurro, su rostro cerca del mío. —Ya tienes tu corazón, hermano. Nuevo y palpitante, justo como debe ser. Recién trasplantado. Listo para que puedas tener una vida. Una larga. Por fin.

Todo me dio vueltas. Los ojos se me pusieron blancos. Raúl me susurró que no me esforzara más, y que podía relajarme si quería.

Yo tenía preguntas. Necesitaba descubrir el sentido de toda aquella locura. Pero el dolor que me quemaba y me hundía se disipó de repente y supe que alguien había accionado el milagroso botón de la droga legal. Mi cuerpo ya no estaba atado, roto ni recompuesto con piezas de segunda mano sacadas de sabía Dios dónde. Ahora era libre. Ligero. Quizá no sano, pero se sentía lo bastante adormecido como para que eso no importara mucho.

Oí voces animándome a que durmiera y me pareció una idea perfecta.

Cerré los ojos y me abandoné.

Me despertó la sed. No sé cuánto tiempo estuve dormido. Quizá solo horas. Tal vez días. La luz de la habitación había cambiado y, además de mi respiración dificultosa, el único sonido que podía percibir era el incesante pitido del monitor cardíaco que tenía a mi derecha. Me quedé mirando aquellas líneas, perfectas y sincronizadas. Desvié luego los ojos hacia la mesilla. Había flores, una jarra de agua, algunas tarjetas y lo que parecía ser una bolsa hermética de plástico con efectos personales dentro. Reconocí mi cartera de piel, algo desmembrada. Sin duda había tenido días mejores.

—Igual que yo.

Con esfuerzo, recordando el catéter y demás artefactos que me surcaban el cuerpo, me incorporé. Para cuando estuve sentado en la cama resollaba como un cerdo. Notaba un hilillo de sudor cayéndome por la nuca y, en un esfuerzo que casi me hizo volver a tumbarme, hundí la nariz en mi axila izquierda. No había hedor... pero no estaba seguro de si eso me tranquilizaba o no.

—Como Raúl me haya bañado, lo mato.

Agarré como pude el soporte del suero y girando el torso, tomé la mesilla como apoyo. Estaba descalzo y al erguirme me mareé, pero mantuve la verticalidad. Necesitaba desesperadamente abandonar aquella cama, si bien no tenía consciencia de cuánto tiempo había pasado en ella. La sensación de enfermedad y quietud empezaba a ponerme nervioso, y el no saber, entender, ni conocer mi estado, me sacaba de quicio.

Había recordado el ingreso y la certeza evidente, en mi propia carne y en las caras de quiénes

me miraban, de que me iba a morir. De hecho, estaba seguro de haberlo hecho, al menos durante un momento. Después de eso... no podía conciliar encontrarme allí, arrastrando unas piernas que no parecían mías por el frío suelo de baldosas blancas de la habitación, avanzando al mismo ritmo que un caracol con graves problemas de embriaguez. La distancia entre la cama y la puerta del servicio era tan irrisoria que cualquier persona en circunstancias normales podría haberla recorrido de un par de zancadas.

Pero claro, yo no era una persona que estuviera viviendo, precisamente, circunstancias normales.

Me habían diagnosticado de cardiopatía isquémica con poco más de veinte años, aunque probablemente la había padecido toda mi vida. Si bien al nacer los médicos no detectaron nada preocupante, con el crecimiento mis arterias comenzaron a estrecharse, provocando insuficiencias en el flujo de sangre que bombeaba a mi corazón, lo que suponía en un desequilibrio del oxígeno que llegaba a mi miocardio. En pocas palabras, el tejido muscular de mi corazón era débil e insuficiente, tal como había sido el de mi madre, y aunque había tenido una infancia relativamente tranquila y normal, el fantasma del “defecto familiar” siempre fue una sombra que parecía acecharnos, y ni todos los cuidados del mundo pudieron librarme de ella.

Intenté ser un enfermo potencial modelo, pero no puedo mentir bajo los efectos de lo que sea que me han puesto, así que seré honesto y diré que me rebelé a mi condición con todo lo que pude. Fumé durante un corto y estúpido periodo de mi vida. Y bebí más de lo que debía. Descansaba poco y tonteaba buscando emociones fuertes porque el peso de saber que podría morirme en cualquier momento hacía que sintiera una imbecilidad mayúscula por aprovechar el momento. Cuando mi madre enfermó de gravedad y su condición me demostró no solo lo que podía perder, sino lo que estaba arriesgándome a no vivir, la tontería se me pasó de golpe.

Lo último que ella me pidió, cuando su corazón nuevo y palpitante no llegó a pesar de que rezábamos sin ser creyentes en nada, fue que peleara y lo intentara. Que buscara una vida larga, sana y feliz. Por mí y por ella.

Por eso me metí en la lista de trasplantes de órganos, siguiendo los penosos pasos y paralizando la existencia normal que tendría un hombre de mi edad. Hice lo que me dijeron. Actué como me indicaron. Viví como me permitieron... y aun así, hacía unos días, de la nada y sin que estuviera preparado, todo terminó.

Aunque después, por alguna razón y de alguna forma que todavía nadie me había contado, volvió a empezar.

Tiré de la manecilla de la puerta mientras colaba el bastón del suero en el baño minúsculo y encendí las luces. No esperaba ver en el espejo el reflejo que había tenido antes, aunque tampoco estaba muy seguro de qué esperar. El rostro pálido de quien nunca había tenido un semblante demasiado saludable me saludó con incertidumbre.

Mis ojos pardos yacían hundidos en unas cuencas que no parecía haber encontrado descanso pese a lo mucho que habían dormido. Mi perilla, siempre cuidada, era ahora una especie de barba de varios días que me llenaba las mejillas y la parte baja de la nariz. En cuanto a mi pelo ondulado, que recordaba llevar sobre los hombros...

—Qué hijo de puta eres Raúl.

Las dos filas de dientes blancos parecieron el doble de grandes en mi cara famélica cuando sonreí. Mi hermano me había recogido la media melena en dos moños que lucía en lo alto de la cabeza. Negué despacio, temiendo marearme y que alguien me encontrara de esa guisa tirado en el suelo del baño, a lo Elvis Presley pero sin ser rey de nada.

—Meterse con el pelo de un hombre al que acaban de abrir en canal es muy bajo, cabrón.

Incluso para ti...

Bajé la vista. Por la pechera de la bata de ingreso asomaban las vendas. No me atreví a soltarlas, pero sí que saqué uno de los brazos de la prenda, con mucho esfuerzo, y valoré lo que me encontré oculto bajo la protección de la tela de hospital. La sujeción me tomaba del hombro hasta el pecho y bajaba casi hasta la cintura. Toqué con cuidado y me encogí de dolor como acto reflejo. Si dejaba la palma de la mano situada con mucho cuidado y cerraba los ojos, podía oír el palpar firme y constante. No me avergüenza reconocer que se me humedecieron los ojos, pues aunque me sentía más débil que nunca en mi vida, tenía miedo y la cabeza llena de preguntas sin respuesta, sabía lo que implicaba aquel latido.

Había conseguido una segunda oportunidad.

Estaba vivo.

—Lo prometí, mamá...

Despegué parte del esparadrapo con cuidado, solo unos milímetros. Asomé un inicio de costura que me marcaba la carne. Al imaginar el grosor y el tamaño de los cortes, me fallaron las fuerzas y tuve que afianzar mi postura sujetando el lavabo con ambas manos. Solté el bastón del gotero y este cayó al suelo con estrépito. Veía luces tras mis párpados y las rodillas me temblaron igual que en sexto curso, cuando Claudia Medina me dijo que era mono. Sonreí porque acordarme de aquello en ese momento me pareció ridículo.

Sonreí también porque me iba a desmayar en el baño llevando moños y sin ropa interior, con el catéter metido en zonas que no estaban hechas para que entrara nada, descalzo y hecho una mierda.

—He sobrevivido a que me saquen el corazón del pecho pero me voy a hostiar la cabeza contra el bidé. Un epitafio cojonudo, Adrián.

Me desvanecí. Caía... caía... pero no caí.

—Venga, venga, Iron Man, relájate. ¿Qué haces levantado, hombre? ¿Qué te crees? ¿Qué estás aquí haciéndote la pedicura?

La blanda calidez de la cama de la que con tanta fuerza había querido escapar me pareció reconfortante. Me concentré en respirar hondo y recuperar las precarias fuerzas que fui capaz de reunir antes de mirar a mi salvador. Esperaba ser capaz de agradecerle su ayuda sin vomitar por el esfuerzo. Tales eran mis expectativas.

—Ya me dijo tu hermano que estabas con prisa, ¿has quedado o algo?

Sonreí. Manu, con sus casi dos metros de altura, su piel morena y sus ojos negros como la noche era amigo mío desde hacía tanto tiempo que ninguno de los dos podía recordar con exactitud cómo o cuándo nos habíamos conocido. Una noche, en mi casa, tras una partida de Trivial y más mojitos de los que pudimos gestionar, me confesó que se sentía atraído por Raúl, y yo, que no había sido jamás un casamentero ni nada que se le pareciera, le aconsejé que se lanzara. Ocho meses después se habían casado. De eso hacía cuatro años.

—¿Por qué has dejado que me haga esto? —Me señalé la cabeza. —Se supone que estás de mi parte, joder.

—Es mi marido, Adrián. Eso cambia mis prioridades.

—Yo soy tu amigo.

Manu levantó las dos enormes palmas de sus manos, como si valorara la situación.

—Veo un empate claro.

Le mandé a la mierda y tuve que retractarme cuando necesité su ayuda para subir las piernas a la cama. Me quejé como un crío con dolor de tripa, y cuando me tapó, con cuidado de no pisar el catéter, me sentí mortificado y lleno de vergüenza.

—Se supone que esto iba a darme mejor calidad de vida.

—Lo va a hacer. —Manu se sentó a mi lado, dobló las piernas a la altura de los tobillos y se apoyó los brazos detrás de la cabeza. —Hace pum—pum, ¿no? Eso ya es una mejora comparado con el otro.

Chasqueé la lengua.

—Casi me desmayo dando dos pasos.

—Te han operado hace nada.

—Tengo ganas de mear. —Se encogió de hombros. —No sé qué mierdas tengo metido en el rabo pero no voy a hacerlo así.

—Luego pediré que venga una enfermera sexy a ayudarte. No sufras.

Dejé caer la cabeza sobre la almohada. Todo me daba vueltas ante el simple hecho de intentar moverme y hablar a la vez. Manu apoyó su mano en mi brazo. Le miré, un poco sobrecogido.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—El que ha hecho falta. Raúl ha ido a casa a ducharse y a por suministros. Si no te pones muy gilipollas, le digo que te traiga un chuletón.

Fruncí el ceño. Si para mear necesitaba el tubo, no quería pensar qué coño tendría que hacer para otras cuestiones. Descarté la idea de comer sólido tan pronto como vino.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

—El que haga falta, Adrián. Ten paciencia. Esto no será de un día para otro.

—¿Y vuestra vida? ¿Y vuestros planes?

El semblante de Manu se ensombreció, pero fue solo un instante, porque la gente que te quiere, a la que importas de verdad, es capaz de ser generosa al nivel de posponer lo que quiere por ti. Yo no sabía cuánto tiempo iba a necesitar para recuperarme, pero incluso en el mejor de los casos serían algunas semanas, o incluso meses, en los que sería un ser casi dependiente. La situación del baño podría repetirse e incluso ponerse peor. ¿Y si el trasplante no funcionaba? ¿Y si había rechazo? ¿Y si me volvían a ingresar? ¿Y si...?

—Adrián... antes de pensar en añadir más miembros a nuestra familia, cuidaremos de los que ya tenemos.

Las palabras de mi cuñado fueron balsámicas, pero eso no restó las preocupaciones que ya sentía. Quería saberlo todo y al mismo tiempo tenía un miedo atroz a los detalles, porque si bien había tenido una existencia que rallaba en lo trágico, sin saber nunca qué día sería el último, cuándo podría dar con mis huesos en una clínica para no volver a salir o qué iba a ser de mí cuando los chicles y clips que mantenían mis ventrículos y aurículas funcionando iban a fallar, era todo lo que conocía.

El peor escenario, para mí, no era volver a eso; era aprender a vivir de nuevo siendo una persona diferente.

—Tengo miedo.

Manu asintió.

—Serías imbécil sino lo tuvieras.

Cogí aire, mirando otra vez la máquina. El latido era constante. No había arritmias. No había irregularidades. Todo parecía estar bien. Entonces, ¿por qué yo no me sentía... yo?

Intenté apartar ese pensamiento de mi cabeza. No me costó demasiado, Manu había pulsado, con mucho disimulo, la bomba de calmante adherida a mi bolsa de suero, tras una consulta rápida de su reloj de pulsera. Estupendo. Por no controlar, no controlaba ni los momentos en que me drogaban.

—¿Has dicho que Raúl ha ido a casa? —Manu asintió. —Dile que chuletón no. —Bostecé.

Otra vez todo era blanco a mi alrededor. Blanco y silencioso. Daba vueltas y yo caía por la madriguera del conejo. Ya no dolía. Ya no sentía. Ya no importaba. —Tortilla de verduras, por favor.

Lo último que vi, antes de que se me volvieran a cerrar los ojos, fue el gesto confundido de mi cuñado, seguido de una sonrisa vacilante.

—Joder Adrián, igual te he chutado de más...

DOS

Inmunosupresores

Supongo que, igual que hay diferentes grados de dolor, también los hay de impotencia.

En mi caso, la impotencia y el bochorno iban de la mano... como yo iba de la mano con mi hermano Raúl, que se empeñaba en sujetarme de camino al coche mientras Manu cargaba con mi maleta y tiraba de la silla de ruedas vacía en la que, para mi eterno horror, me habían sacado del edificio apenas el médico pasó con el alta.

Al décimo noveno intento por soltarme, ya con la vista puesta en el aparcamiento y observando a mi cuñado correr para abrir las puertas, Raúl se me puso delante y me miró con aquellas perfectas cejas muy fruncidas.

—¿Quieres parar de intentar hacerte el empotrador?

Fue mi turno para arrugar la frente.

—¿Dónde has aprendido esa palabra?

—Te acaban de operar, Adrián.

—Y se me considera lo bastante apto como para recibir el alta médica.

—Lo que no quiere decir que estés fuerte y lúcido para valerte por ti mismo.

—¿Qué no estoy lúcido?

Conseguí soltarme, pero el arranque me duró lo justo hasta tener que apoyarme contra uno de los pilares del parking. Llevaba puesto un chándal gris, una sudadera y unas Converse bajas que me había atado con agonía, pero solo. El aire enrarecido de los tubos de escape y los motores calientes de los coches me revolvió el pelo, que notaba seco y a medio lavar. Me pasé la mano por la mejilla. Necesitaba afeitarme. Necesitaba ducharme por mi cuenta. Mear sin que nadie me sujetara. Mirarme en alguna superficie reflectante y sentir que el que me devolvía el gesto no era un puto extraño.

—¿Sabes cuánta morfina y medicamentos te han estado metiendo en el cuerpo?

—Pero ahora estoy limpio. —Sonreí. —Hasta las cuatro y media.

—Adrián... hablo en serio. Te han sacado el corazón, joder.

Resoplé. Puede que me sintiera imbécil sin poder hacer las cosas más absurdas por mí mismo, pero no era imbécil de verdad. Al menos, no tanto como para hacer daño a mi hermano, que solo quería protegerme, como había hecho yo con él en otras ocasiones.

—Promete que no vas a meterme mano cuando me esté duchando.

Raúl puso los ojos en blanco, cogiéndome del brazo y usando su fuerza para servirme de pilar maestro a la hora de bajar los dos peldaños que nos separan de la zona de vehículos estacionados.

—No eres mi tipo.

—¡Qué dices! Yo soy el tipo de todos. Mi belleza mediterránea y moribunda conquista allá donde va.

Manu abrió la puerta y me sentaron en el asiento de detrás. Dejé que me ataran el cinturón de seguridad y sostuve entre las manos aquella carpeta médica con el recetario, las revisiones, el electrocardiograma y todo el compendio de documentos informativos, folletos relativos a ser un paciente trasplantado y demás lectura ligera. De pronto tenía una biografía más amplia que cualquier personaje de Juego de Tronos.

—Eres como un chisme que traen los Reyes. Ahora tendrás que aprender tu nuevo funcionamiento.

Desde el retrovisor, la sonrisa brillante de mi cuñado casi se me contagió.

—Igual mi corazón nuevo se sincroniza con Siri y puedo oír el Spotify sin auriculares.

Mi hermano negó desde el asiento del conductor.

—No te has tomado nada en serio en la vida, ¿por qué ibas a hacerlo con esto?

—Eres un exagerado. —Apoyé la nuca en el reposacabezas, con los ojos cerrados fuertemente una vez la luz de la calle impactó contra las lunas transparentes del coche.

—Claro, solo te han sustituido el corazón en una intervención a pecho abierto. Nada del otro jueves.

Dejé que siguieran hablando. De sus cosas. De asuntos prosaicos, caseros y maritales... de todo eso que mi presencia iba a alterar de manera irremediable. Mi recuperación y vuelta a la vida provocaría que la existencia misma de aquella pareja se viera paralizada en pos de lo que yo tardara en ser capaz de ver pasar los días sin que cada bocanada de aire supusiera un peligro potencial. No estoy exagerando. El estado de mis arterias era precario cuando tuve el infarto. Hubo dos paradas cardíacas, una previa y otra durante la intervención, justo antes de que el nuevo corazón me llenara el pecho y por algún milagro médico llevado a cabo a través de las capaces manos de los hombres, empezara a latir.

No estaba fuera de peligro, y el facultativo había sido extremadamente claro a la hora de darme las pautas a seguir para los próximos tres meses, periodo considerado como “de prueba”.

—Tienes las defensas de un recién nacido. Nada de excederte. —Me había dicho esa mañana, sentado frente a él en su consulta, en el ala de medicina general del mismo hospital donde me había operado. —Cosas tan sencillas como conducir, hacer ejercicio o mantener relaciones sexuales se van a convertir en retos para ti. A partir de este momento es como si todo fuera nuevo y no lo hubieras hecho nunca, porque tu cuerpo tiene que habituarse al nuevo inquilino y aceptarlo.

—Míralo por el lado positivo. —Había dicho Raúl luego, cuando me ayudaba a recoger mis enseres personales de la habitación. —Vas a poder volver a perder la virginidad.

Antes de abrazar el papel del alta aprendí la palabra que iba a dominar mi existencia: inmunosupresores. Unas medicinas que me acompañarían durante el resto de mi vida y cuya labor iba a ser la de burlar a mi sistema inmunitario para que no rechazara el corazón.

—Programaremos las alarmas para que las tomes a la misma hora todos los días. Haremos un panel informativo para la puerta de la nevera.

—Si lo haces bien te daremos pegatinas.

Mi cuñado sonrió. Le devolví el gesto a modo de un agradecimiento que no sabía cómo iba a poder pagar. Más le valía a ese corazón funcionar bien... porque necesitaría mucha vida para equilibrar la balanza.

—¡Ya estamos en casa!

Abrí los ojos justo cuando mi hermano tiraba del freno de mano, con el coche perfectamente aparcado en batería delante de su piso. Me solté el cinturón, abrí la puerta y me apresuré a intentar poner los pies sobre la acera antes de que alguien lo hiciera por mí.

Mi cuñado me ganó por mucho en velocidad. Como todo el mundo.

—Te quedarás en la habitación de mamá. Es la más grande.

Miré a Raúl como si hubiera dicho una chorrada.

—Esta es tu casa. ¿Cómo me voy a quedar yo la habitación más grande?

—No empieces Adrián...

—Joder Raúl.

—Oye —me puso la mano en el hombro, todavía con las llaves del coche colgando entre los

dedos. —Está todo bien.

—Y una mierda. He usurpado tu casa, ¿y encima me quedo la mejor habitación?

—El médico dijo que era importante que estuvieras cerca del hospital. Mi casa está más cerca que la tuya, y en cuanto a lo de usurpar... los dos crecimos aquí. Técnicamente, tienes el mismo derecho.

Menuda labia tenía el cabrón. Como se notaba que había estudiado leyes.

—La casa es tuya. Compraste mi parte cuando murió mamá.

Me agarró del brazo, recorrimos despacio los escasos veinte pasos que separaban la entrada de la calle.

—Pues como es mía te quedas donde te he dicho. Deja de hacerte el difícil.

—La habitación principal es la que más cerca está del baño. —Apostilló Manu, con mi bolsa colgada del hombro y su eterna sonrisa. —¿Prefieres dormir más lejos y que tenga que sujetártela mientras orinas?

—Ya se la sujetas a mi hermano. No puedes hacer doblete.

—No sé yo, cuñado... llevas muchas drogas en esa bolsa. Dejémoslo todo al azar.

Respiré hondo al entrar, no porque estuviera cansado, aunque también, sino porque aquella casa siempre me llenaba de sentimientos encontrados. Allí había crecido, visto la partida de un padre al que el título siempre le vino grande, compartido la libertad de mi hermano cuando decidió ser él mismo, vivido la enfermedad de mi madre, observando día a día cómo se marchitaba. Ella, que había peleado contra todo. Que había podido con todo... tuvo que aceptar que el corazón, ese que siempre había tenido demasiado grande para su propio bien, le dejara de latir.

—Raúl...

Mi hermano levantó el gesto, dejándome una almohada detrás de la cabeza en cuanto me hubo acomodado en una cama cálida y recién hecha. Esperé a que Manu saliera y le cogí la mano. Él, que me leía tan bien como lo hacía yo, tensó el gesto al saber que probablemente iba a oír algo que no quería escuchar.

—Ahora no, Adrián...

—Déjame decirlo. Por favor.

—No hace falta.

—¡Coño, Raúl! De que me tome en hora lo que hay en esa bolsa depende que mi cuerpo no vomite el corazón nuevo. Déjame que diga lo que tengo que decir por si acaso...

Resopló, se sentó a mi lado y me dio un golpecito en la rodilla.

—Adrián, ahora estás bien. Ya pasó. Ya no tenemos que vivir pensando que no queda tiempo, que puedes apagarte, o que tal vez...

—Siento mucho que ella no tuviera esto, Raúl. —Se hizo el silencio. Uno tan pesado que lo sentí como hormigón armado sobre ese pecho abierto y vuelto a coser. —Siento que tengas que cuidarme mientras me recupero y que nunca tuviéramos ocasión de hacerlo por ella. Ojalá hubiera llegado a tiempo. Ojalá hubiera tenido su corazón antes que yo.

Los ojos de mi hermano se cruzaron con los míos. Tan parecidos, pues habían atravesado el mismo dolor. La misma pérdida... y tan distintos. Más oscuros. Más esperanzados. Con el brillo de quien se ha reconciliado con la pena y ha vuelto a abrazar el amor.

—Si de ella hubiera dependido, se habría ido antes para que tú no tuvieras que vivirlo.

—Fue lo último que me dijo. —Desvié la mirada, pues solo recordar aquel momento me causaba un hondo pesar. —Que sentía haberme heredado el fallo de familia.

Raúl se inclinó y me dio un beso en la coronilla. Cuando levanté la cabeza, sonreía.

—Poco me parece para lo que me ha tocado a mí. —Fruncí el ceño. —Lo sabes, Adrián. Soy el que más se parece a papá.

—Eso es verdad. Pero solo en el físico, no en lo que importa.

—También soy el más listo. Y el que tiene un mejor gusto para los hombres.

Sonreímos.

—Todo el gusto, diría yo...

—Soy el que no cogía ni una gripe... el que nunca tuvo miedo de dejar a nadie atrás.

—No te pongas dramático.

—Has empezado tú.

Nos medimos. Yo cargaba la culpa del superviviente. Él, la del sano.

—Mi casa es tu casa, Adrián. Y quiero que estés aquí, cómodo y tranquilo, más del tiempo que creas que necesitas. Es lo menos que puedo hacer.

—Raúl, si crees que tienes que compensarme por no haber nacido con un fallo coronario es que eres gilipollas.

—Puede que lo sea, pero también soy el mayor. Me lo debes. Es puro egoísmo. Hazlo por mí, ¿vale?

—¿Y qué pasa con vuestros planes?

Me gustaría decir que la mirada de mi hermano se opacó por un instante, que atisbé un leve rastro de incertidumbre, de duda incluso. Que por un miserable segundo, se replanteó el ofrecimiento y lo que este podía implicar, pero no fue así. Raúl, con todo lo que había padecido en su vida, precisamente por el modo en que había decidido que quería vivirla para encontrar la felicidad, no tenía un ápice de maldad en el cuerpo. Y se quitaría la piel a jirones antes de permitir que otro pasara frío.

Yo creía que había sido su roca en muchas ocasiones. La dura figura contra la que se habían estrellado sus lágrimas cuando mi padre le gritó a la cara que no era el hijo que esperaba. O cuando en el colegio abusaban de él por tener una personalidad clara cuando todos nos buscábamos con desesperación. Me equivocaba. Yo era el vulnerable. El que escondía sus debilidades y grietas en una fachada de aparente seguridad.

El que ahora agradecía a un dios en el que había dejado de confiar el tener a mi hermano cerca.

—Cuidaremos a los miembros de la familia que tenemos, antes de añadir nuevos.

—Eso es lo mismo que me dijo tu marido.

—Eso demuestra que es un hombre con criterio.

—Eso lo dejó claro cuando se casó contigo. —Me sonrió. —Gracias.

Raúl se levantó de la cama, secándose unas lágrimas imaginarias que, no obstante, yo sabía que había derramado.

—Duerme un rato, te avisamos para cenar.

—Antes intentaré asearme un poco. Necesito afeitarme y... tengo el pelo hecho un desastre.

—Y después el presumido soy yo. —Sonrió. —Llama si necesitas ayuda. O algún producto de higiene más que tu cutre y básico “gel para todo”.

—Que te pires... además, también tengo pasta de dientes.

Se marchó entre risas, entornando la puerta lo bastante para hacerme creer que tenía cierta intimidad. Me levanté con cuidado. Tenía el dorso de la mano amoratada a causa de la vía y molestias en diversas partes del cuerpo. Las piernas me temblaron cuando di cuatro o cinco pasos sin sujetarme de nada, por suerte, y tal como habían deducido las mentes pensantes de la casa antes que yo, el baño estaba lo bastante cerca, de modo que pude alcanzarlo sin desfallecer.

—Por lo menos ya no parezco un cerdo de camino a la matanza. Vamos mejorando.

Manu había dejado una de mis bolsas sobre un taburete, entre la bañera, a la que habían colocado una especie de banco infantil en su interior para poder sentarse, y el lavabo. Ignoraba cuándo habrían ido a mi casa a por ropa y artículos personales, además de algunos libros, el cargador del móvil e incluso las gafas de sol; pero ignoraba demasiadas cosas como para plantearme algo tan nimio.

Me desnudé con cuidado. Había perdido masa corporal y estaba bastante más delgado. Además de pálido. Me bajé los pantalones del chándal e intenté subir la pierna para sacar la pernera, lo que supuso un gran esfuerzo. No estaba seguro de ser capaz de entrar a la bañera por mí mismo, pero trataría de asearme todo lo posible, aunque fuera por fascículos.

Cuando me saqué la sudadera, la magnitud de los vendajes me hizo detenerme. No podía quitármelos hasta dentro de dos días, cuando volvería al hospital para toda una serie de pruebas y revisiones. Me habían recomendado que intentara mojar la zona lo menos posible, de modo que abrí los grifos del lavabo y sin pensar demasiado, metí la cabeza debajo.

El alivio del agua fresca en la nuca, la coronilla y la cara me reconfortó. Sentí las gotas discurriendo por mi piel, hundiéndose en el cuero cabelludo y haciendo saltar los rizos oscuros, repentinamente vueltos a la vida.

Cuando me miré, la imagen del desconocido que me había encontrado el día que desperté seguía ahí, pero había algo más en su expresión. Algo escondido en el fondo de sus ojos pardos. Una suerte de galimatías, un puzzle incompleto que me instó a aproximarme más.

—Necesito recuperar mi perilla.

Hablé con mi reflejo. Con el Adrián a través del espejo que pareció asentir a mis palabras sin que yo hubiera movido la cabeza. Sobrecogido, congelado ante la contemplación de mi propia cara, desconocida, desvié la mirada hacia mi brazo. La piel blanca, límpida, me pareció extraña. Fue como si de repente, aquella superficie sin mácula, empalidecida desde el hombro hasta la muñeca fuera también un trozo trasplantado de aquel cadáver carente de exquisiteces en que me había convertido. No sentía mi brazo como mío. Se me antojaba extraño. Ajeno. Vacío.

—Pero... ¿dónde está...?

—*¿Lo has a hacer? ¿En serio?*

—*Ya estamos aquí, ¿no?*

—*¡Estás loco! ¡No te pega nada!*

—*Eso es porque no tiene pegamento.*

—*¡Idiota!*

—*Voy a hacerlo.*

—*No me lo creo.*

—*Pues ahora lo verás.*

Sonrió. Joder. Cuando sonreía me daba la vida. Era tan bonita. Tan jodidamente preciosa... con aquella cara redondeada, esos ojos brillantes y luminosos. Me miraba como retándome constantemente a ser capaz de apartar la mirada de ella, cuando yo solo quería hundirme más y más y sabérmela por completo. Entera. De memoria.

—*Te voy a volver loca, ya lo verás.*

—*Ya te gustaría.*

—*A las chicas os encantan estas cosas.*

—*Yo no soy como las demás chicas.*

Sonreí yo. Era verdad. Ella era distinta. Nueva. Estaba. Pertenecía. Me habitaba entero.

Joder, ¿cuándo había aparecido y por qué no me había avisado? Ahora solo rogaba porque nunca se fuera, porque se quedara conmigo hasta cuando la tenía al lado. De haber podido, la habría besado por dentro para que mis labios tuvieran el sabor de su alma durante días.

—Voy a hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—Un tatuaje.

—Uno no. Tres. —Con mis dedos abarqué la zona que iba desde el bombo bajo hasta casi rozar el doblez del antebrazo.

—¿Tres?

—Pirámides.

—¡Estás loco!

Joder si lo estaba. Y la culpa la tenía ella.

—Y te encanta.

Su risa me inundó. Me dejó ciego y sordo a todo lo demás. Me acerqué para tocarla. Para sentirla. Para tenerla. Para reconocerla...

—¿Adrián? ¡Joder, Adrián! ¿Estás bien? ¿Me oyes? ¡Te dije que no lo hicieras tú solo! ¡Que te acaban de operar! ¿Estás tonto o qué te pasa? Menudo idiota, joder.

Levanté la mano. Los dedos me temblaban como si hubiera intentado levantar un acorazado con el pulgar y el índice.

—Raúl, relájate.

—¿Qué me relaje? ¡Estás pálido como un muerto!

Me incorporé como pude. Por alguna razón, había terminado sentado en la taza del váter. Por suerte, la tapa estaba puesta. Y yo tenía los bóxer subidos.

—Dos paradas cardiacas y un trasplante. Perdona si he perdido un poco de tóner.

—¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Yo qué sé... —era verdad. —Un mareo. El tremendo esfuerzo de estar de pie al mismo tiempo que respiro, ya sabes.

Como mi respuesta no le hizo gracia me supervisó. Y como yo tenía la cabeza embotada, no me quejé de su presencia. Observó cómo me retocaba el vello facial hasta dejarlo más o menos parecido a la manera en que solía llevarlo, cómo me lavaba las axilas, la cara y luego, como cerraba la puerta en sus narices antes de sentarme en la bañera. Tener el culo en remojo mientras usabas un banco infantil no era lo más elegante del mundo, pero la sensación de que me corriera el jabón por el cuerpo mereció la pena. Además, no podía quitarme de la cabeza aquella especie de... sueño despierto que había tenido momentos antes. Más distraído de lo que era conveniente para alguien que está en la ducha, me volví a mirar el brazo. Seguía pareciéndome que no era mío, pero ¿de quién coño iba a ser?

—Y esa chica...

Juraría que había visto aquella sonrisa, esos ojos, mucho antes. Me parecía imposible haber olvidado una voz así. Un pelo como ese. Unos gestos como aquellos. Era guapísima y a la vez, más que eso. La sentía...

—Pero si no sabes quién es joder... y yo no he llevado un tatuaje en mi vida.

¿Entonces? ¿Cómo podía recordar algo que no se me había olvidado? ¿Quién era ella? ¿Dónde estaba? ¿Dónde cojones estaba yo?

—¿Adrián? ¿Adrián?

—La madre que me parió... —Apreté los labios, subiéndome los pantalones limpios, luego miré arriba, con contrición. —Perdona mamá, pero tu hijo me toca mucho los...

—¿Adrián?!

Abrí la puerta de un tirón. Manu estaba allí, intentando, me imagino, sujetar a un histérico Raúl antes de que echara el baño abajo.

—Como sigas gritando así, se me va a salir el corazón del pecho.

—Vete a la mierda.

Le sonreí.

—Pero seguro que vienes conmigo, por si me resbalo con algún zurullo, ¿verdad, hermanito?

Se dio la vuelta y salió por el pasillo poniéndome a parir. Mi cuñado se encogió de hombros y me ofreció un bastón que acepté porque... bueno, porque la cocina no estaba tan cerca como el baño y había abusado demasiado de mis fuerzas.

—No se lo tengas en cuenta.

—¿Que sea un agonías?

—Que se cague de miedo cada dos segundos. Le recuerda...

—Ya lo sé. —Resoplé. —Tendré paciencia. Pero necesito que me deje aprender a respirar.

—De eso me encargo yo. ¿Tienes hambre? He comprado costillares.

Se me revolvieron las tripas. ¿Los inmunosupresores afectarían también al sistema gastrointestinal?

—¿Y algo más suave no tienes?

Manu me miró como si me hubiera salido otra cabeza.

—¿Qué te apetece?

—Pues no sé... ¿una sopita castellana, puede ser?

—Joder Adrián... no pareces tú.

Lo achacamos al trauma vivido. Al desgaste físico. Al cansancio y a las pastillas. A cualquier cosa con sentido lógico y, cuando nos sentamos a cenar, más allá de los chascarrillos evidentes al verme cuchara en mano cuando yo había sido, hasta hacía nada, de los que mordían y sentían chorrear la grasa sangrante por las comisuras, no ahondamos en el tema. Ellos porque ya les iba bien que comiera sin que se me pusieran los ojos en blanco; yo, porque no podía dejar de pensar en el tatuaje, las pirámides... y la chica.

TRES

Idiopático

—¿Entiendes lo que te hemos explicado, Adrián?

Con los brazos cruzados todo lo fuerte que me permitían los vendajes, que era bien poco, miré al frente, hacia mi joven cardióloga con todo el rencor que se puede guardar a una persona que te ha dado una vida nueva y ahora dicta las pautas para poder vivirla.

—No tengo ningún problema en los oídos, aunque si le sobran unos nuevos... —Me encogí de hombros, a sabiendas de que estaba actuando como un perfecto gilipollas, pero sin la menor intención de portarme acorde a la edad que tenía. —Así seguimos jugando a Mr. Potato.

—¡Adrián!

Raúl, que por lo visto se había prometido a sí mismo no volver a dejarme solo jamás, me amonestó con una expresión tan similar a la que solía poner mi madre que casi me causó congoja. Después recordé el enfado irreverente que sentía, la rabia oscura contra una realidad por la que había llegado a pelear y el continuo estado de alerta, nerviosismo y mala leche en general que me había acompañado desde que recibiera el alta y hasta hacía escasamente una hora, cuando me habían hecho un contraste inyectando yodo en mis venas y, mientras creía que me prendían el cuerpo, la cabeza y hasta el alma en llamas, los doctores valoraban que todo mi complejo sistema circulatorio interior siguiera llevándose bien con el nuevo residente.

Demasiadas emociones para un tío que siempre había sido de lo más simple.

—Adrián, tengo que decírtelo: deja de hacer eso.

Volví la atención a la cardióloga, si bien los flamencos fucsias de la camisa de mi hermano me dificultaban apartar el campo de visión de su persona. Por lo menos Manu se había quedado fuera, pidiéndome hora para un análisis de orina. Joder, ¿cuándo acabarían las humillaciones?

—¿Quejarme? ¿Tampoco lo tengo permitido? Es por añadirlo a la lista.

—Boicotearte. —La facultativa cruzó los dedos, en ese gesto tan de médico de película y apoyó los antebrazos sobre la mesa. —No es inteligente. Y me fastidiaría mucho haber desperdiciado de esa forma muchas horas de cirugía. Además de un corazón

—Tomo regularmente los inmunosupresores. Y todo lo demás. No boicoteo nada.

—¡Lo dice por esa actitud de mierda!

Miré mal a Raúl. A él podía hacerlo con menos cargo de conciencia. Después de todo la sangre avalaba cierta cantidad de estupideces. Esperaba que mi cómputo, por todo aquello de que me hubieran tenido que sujetar de la cadera mientras me la agarraba para mear, fuera más amplio.

—¿Ahora eres un experto?

—Pues igual que tú un imbécil. Se ve que los dos estamos evolucionando.

Tuve toda la intención de hacerle un corte de mangas, pero recordé que ni procedía ni tenía tantísima movilidad disponible. Después de pruebas tan duras como caminar cinco minutos en una cinta andadora conectado a electrodos que no pararon de emitir pitidos y soplar por una boquilla hasta ver alzarse apenas unos milímetros una bola amarilla que ni de lejos llegó a la línea marcada en azul donde se suponía que tenía que estar; mi fuerza se limitaba a las malas miradas. Era todo lo que tenía. Pensaba abusar de ello.

—Tu hermano no va desencaminado. La actitud es clave en el proceso de recuperación, Adrián, como pasa con todas las enfermedades. Existe un alto porcentaje de éxito en pacientes

que demuestran buena disposición y un talante algo más... asequible.

—¡Soy asequible! ¡La hostia de asequible! Solo quiero saber cuándo podré dejar de venir y tener la vida normal que se supone que tendría si pasaba por esto.

Raúl se giró en la silla y me golpeó en el hombro con el dorso de la mano.

—¿Vida normal? ¿Estás tonto? Hace menos de quince días que te han hecho un trasplante.

—¿Eso significa que nunca volveré a ser independiente, vivir por mi cuenta y venir a mis jodidas citas médicas solo?

La cardióloga no tardó una eternidad en responder, no hubo pausa dramática ni nada por el estilo, pero los escasos segundos que tardó en dar voz a mi pregunta se me antojaron eternos, porque en mi fuero interno, en esa mezcla de arterias, venas y sangre que corría por mi cuerpo a chorros, sin nada que ahora la obstruyera o dificultara su discurrir, aquel era uno de mis mayores temores. Algo que me perseguía y acechaba. El terror infinito que supone haber corrido el mayor riesgo de tu vida para que al final, no valiera la pena.

—Entiendo tu postura, Adrián. —La voz suave, calma de la doctora, me hizo sentir avergonzado de mi arranque. Bajé la cabeza. —Tantos años enfermo, dependiendo del resto, inseguro de las posibilidades reales de sobrevivir... deja mella. Marca. Es por eso por lo que te he aconsejado acudir a un grupo de terapia para personas en tu situación.

Fruncí el ceño, incrédulo.

—¿En mi situación? ¿Los que estaban enfermos y ya no lo están?

Seríamos el hazmerreír de los grupos de apoyo.

—Los que se sienten culpables por haber sobrevivido a algo que un ser querido no pudo superar.

Fue como si me tirara algo encima. Algo pesado, romo. Me destruyó en segundos. Raúl me miró con esa expresión de lástima mal disimulada que yo apenas podía soportar. La cardióloga siguió hablando, pero por supuesto yo ya no estaba allí. Me encontraba a kilómetros de distancia. A años luz. En otro huso horario. En mis noches sin dormir, donde pesadillas con corazones sangrantes, putrefactos, ennegrecidos y enfermos me acosaban y perseguían. Mi madre, con el pecho desencajado, veía como le introducían uno a uno aquellos órganos inútiles, mientras sonreía desde la camilla, con la mirada fría y el gesto congelado en una máscara mortuoria de la que ya no podría desprenderse jamás.

Está bien, Adrián. No pasa nada... está bien.

Me removí en la silla. No recordaba haber deseado tanto en mi vida poder echar a correr.

—Me parece un proceso arbitrario e injusto.

—Pues te aseguro que es algo medido, comprobado y llevado a cabo con la mayor de las garantías y procesos de seguimiento. Nadie recibe un corazón sin necesitarlo desesperadamente.

—Mi madre lo necesitaba desesperadamente.

—Adrián...

Paré a mi hermano antes de que intentara hacer lo propio.

—Lo necesitaba mucho más que yo.

La mano firme de la doctora, de uñas cortas y limpias, arrastró una carpeta hacia mí. Llevaba mi nombre y de entre los documentos ordenados con suma pulcritud, sobresalía el papel milimétrico de uno de tantos electros que me habían practicado.

—Ingresaste con un infarto agudo de miocardio. El setenta por ciento de tu tejido coronario estaba necrosado.

—Sobreviví.

—Después de dos paradas y una intervención inmediata. Y gracias a la aparición del donante.

—Fue un milagro. —Dijo Raúl. —Te habías quedado sin tiempo.

—Un milagro...

—Adrián, como persona que ha dedicado toda su vida a la ciencia, y a dar respuesta a los porqué de muchos enfermos, puedo decirte que incluso yo me siento inclinada a usar ese término. No habrías podido volver a casa tras el infarto. Tu corazón estaba tan dañado que no habrías aguantado más que unos días. Era muy poco probable que salieras de esta, en caso de que la falla se hubiera repetido. Así que sí, fue un milagro que, en ese preciso momento, hubiera un corazón para ti.

—¿Y le parece justo? ¿Le parece que está bien, que yo sí y las demás personas de la lista...?

—En ese momento la encabezabas tú. Por gravedad, por edad y por parámetros de compatibilidad. No fue al azar. Solo... fortuito, en un cierto porcentaje.

—Fortuito. —La palabra me parecía tan obscena como “milagro”. —Dígale eso a los que siguen esperando. A los que esperaron en vano.

O a los que ni siquiera pudieron esperar.

—He visto el historial de tu madre. Tenía que hacerlo para entender la complejidad de la patología. El estado de sus vasos ventriculares era de extrema gravedad. La cavidad torácica estaba comprometida. Por estadística, una mujer tiene menos posibilidades de sobrevivir llegado ese punto de gravedad. De haber obtenido un donante a tiempo, es posible que la hubiéramos perdido en medio de la intervención.

—Pero habría tenido una opción real. Que se merecía por todo su tiempo de espera.

—El tiempo que alguien pasa en la lista de donantes, y cómo ésta fluctúa no es algo que decidas tú.

—No puedo creerlo. —Raúl arrastró la silla al ponerse en pie. Parecía tan serio, tan molesto incluso, que los flamencos de su camisa de pronto dejaron de tener gracia. Su rostro crispado me miró, y yo, que desde que me había despertado de la anestesia tenía la acidez en la punta de la lengua, me quedé sin réplica. —Estás ahí sentado lamentando tu suerte, que es mucha, dándote golpes de pecho, sintiendo la injusticia cometida. ¿Qué preferías, Adrián? ¿Ser honorable y acogerte a algún sentido moral estúpido y renunciar al corazón por otra persona que según tú lo mereciera más? ¿Dejarte morir como si esa pataleta ridícula fuera una especie de vendetta personal contra la pérdida de mamá? ¿Qué habrías ganado con eso? ¿Irte a la tumba con tus principios de gilipollas intactos? Pues que pena... que pena que no te des cuenta de que tu éxito me habría supuesto a mí, a mí, tu hermano, el tener que enterrar a un familiar por segunda vez.

Raúl abandonó el despacho de la cardióloga como una exhalación, y yo, que antes había lamentado no poder correr para escapar, quise poder hacerlo ahora para ir tras él. De pronto, me sentía pequeño, como un niño al que han pillado en un renuncio del que ya no se puede librar. En medio de mi duelo personal, de mi culpa por tener algo que había visto perder a alguien a quien quería, me había olvidado de que no era el único que sufría o lidiaba con sentimientos encontrados. Mi hermano, que había tenido que despedirse de nuestra madre, aceptaba ahora que su hermano se había salvado y conciliaba, sin duda mucho mejor que yo, el hecho de que ella no hubiera podido hacerlo.

¿Se preguntaría qué habría pasado de ser mi madre la que recibiera un corazón a tiempo y no yo? ¿Habría querido alguna vez, como tanto me había torturado y pensando yo esos días, que hubiera sobrevivido ella en mi lugar? Probablemente no. Raúl sentía alivio. No se plantaba nada más. Por eso le había hecho tanto daño siendo desagradecido con la oportunidad que, si bien no me creía digno para tener, se me presentaba.

—La culpa del superviviente es muy común, Adrián. No debes castigarte por sentirla, pero

tampoco castigar al resto por celebrar que no hayas muerto.

Tragué saliva.

—¿Y cómo puedo superarlo? ¿Cómo puedo dejar de experimentar culpa y sentirme...?

—¿Agradecido? —Asentí. —La terapia de grupo puede ayudar. Te hará entender que no eres responsable de haber estado donde estabas y haberte beneficiado de algo que te correspondía. Debes tener clara una cosa, no te has “colado” ni has “robado” ese corazón. Las circunstancias se dieron así.

—Sigue sin parecerme bien.

—Pues como ya te he dicho antes, eso no es algo que puedas decidir tú. Solo te queda aceptarlo. Reconciliarte con ello y, una vez lo comprendas, entonces, empezar a vivir de verdad.

Con los documentos bajo el brazo y la cabeza gacha, como si todos los pacientes de la sala de espera hubieran podido ver u oír mi vergüenza, salí a la calle. El sol brillaba en aquel mes de septiembre en un Madrid que iba volviendo poco a poco a su cuantía acostumbrada de habitantes, una vez recuperado el éxodo de quienes se habían marchado de vacaciones a territorios más frescos y apegados al mar.

Caminé por la acera hacia el aparcamiento, donde mi hermano tenía la cabeza apoyada en el hombro de Manu. Fue mi cuñado quien me vio acercarme, le hizo un gesto y Raúl, que llevaba las gafas de sol para proteger unos ojos que siempre habían sido demasiado sensibles ante el inclemente astro rey, se me acercó. Abrí la boca pero no me dio tiempo, agitó las manos y empezó a quitarle hierro al asunto. No me parecía bien, y al contrario que el tema del donante que me había salvado la vida, esto sí podía controlarlo. Podía decidir que mi hermano no tuviera que recular, porque era él quien tenía la razón.

Con esfuerzo, levanté el brazo libre de papeles y citas médicos y le rodeé, atrayéndolo hacia mí con todo el énfasis cuidadoso que pude. Noté sus manos en mi espalda, y unos golpecitos tan delicados que me hicieron sonreír.

—Soy un subnormal.

—A alguno le tenía que tocar.

—Te has llevado todos los buenos genes, cabrón. La salud y la inteligencia. ¿Qué me dejas a mí?

Con el gesto contraído por una emoción que yo sabía que se esforzaba por controlar, Raúl me atusó el pelo, dando volumen a los ondulados mechones oscuros, que por un segundo me taparon el campo de visión.

—El poderío capilar.

—Pues tal como me va con el resto... lo compro. —Le di unos golpecitos en el hombro. — Estoy agradecido de vivir. De verdad. Es solo que... todavía no sé cómo hacerlo.

—Bueno, pues aprenderás. Te ayudaremos, ¿verdad, cariño?

Manu, que metía la llave en la cerradura con la educada parsimonia de quien sabe dejar espacio sin que nadie se lo pida, asintió. Sus dientes blanquísimos parecieron brillar en aquella piel oscura.

—¿A vivir? ¡Pues claro! Está tirado, hombre. Eso nada, unos consejitos... y en dos días estás viviendo como un campeón.

Raúl y yo compartimos una risita.

—Te has ganado el cielo con este, ¿eh? —Mi hermano asintió.

Me abrieron la puerta y mientras me aproximaba para subirme al coche, algo llamó mi atención. No, perdón, esa no es la expresión exacta. Decir que algo me robó la capacidad de

atender nada más sería más acertado. La parada de metro, con sus escaleras que se perdían en el subsuelo y su señal indicativa parecía de pronto más grande. Más lustrosa. Menos ajada por el uso, el tiempo y los cientos de miles de transeúntes. Me capturó. Me evocó algo... una cosa... que no fui capaz de comprender.

—¿Por qué habéis traído coche si la parada está aquí al lado?

Manu y Raúl se miraron como si les hubiera hecho la pregunta en otra lengua.

—Estás convaleciente. Debes hacer los menos esfuerzos posibles.

Me quedé mirando a mi hermano, que se había congelado, con una pierna dentro del asiento del conductor y la otra todavía en el suelo. Sostenía la puerta abierta con la mano, mirándome, me imagino que dudando entre acabar de subirse al coche o volverme a meter dentro del hospital para una última prueba de cordura. No se lo habría reprochado, pues aquel súbito interés por el transporte público que me había picado de repente, como un mosquito molesto en plena noche, no era algo que pudiera entender ni siquiera yo.

—Ya pero... ahora estoy bien. He aprobado la mierda esa de correr y lo de soplar. —Más o menos. Raspando y por pena, pero me valía. —¿Y si volvemos en metro?

—¿En metro?

Asentí.

—Dejamos el coche por aquí y ya volveremos a buscarlo. Así nos movemos un poco, salimos... y de paso contribuimos un poco con el medioambiente.

Tanto coche... ¿se ha parado alguien a contarlos? joder, ¿eso no se regula?

—Quieres ir en metro. —Asentí a Raúl. —Tú quieres ir en metro.

—Sí coño, yo. Yo. Quiero ir en metro. ¿Qué tiene de raro?

Mi hermano miró a su marido y este, tomó la delantera.

—Adrián... te conozco hace mucho tiempo, y tú, desde que te sacaste el carné con dieciocho, no has querido manejar ni una bici. ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien. ¿Por qué no lo iba a estar? Solo era... no sé... una idea. Por tardar más. —Me acerqué al asiento trasero, cuya puerta Manu todavía sostenía y me senté en el asiento sin hacer contacto visual. —Por no volver a encerrarme en casa... solo eso.

Si se lo creyeron o no, no lo sé. Ninguno dijo nada. Ocuparon sus puestos y el coche se puso en marcha, alejándose del hospital, de la cardióloga y del metro, donde algo de mí, una especie de pensamiento o de... recuerdo que no me acordaba de haber vivido se me repetía en la cabeza, como una de esas películas antiguas que gira y gira en un proyector y aparece granulosa, en una sábana blanca fijada en la pared. En mi caso, sin embargo, la imagen parecía nítida. Clara. Como si hubiera tenido lugar el día anterior.

En ella estaba yo, pero, a la vez, no estaba. La veía discurrirme ante los ojos como si fuera testigo mudo e invisible de un momento que no me correspondía observar. Pero lo sentía. Lo palpaba. Casi podía apreciar los olores y las formas se antojaban tan reales, como si hubieran ocurrido de verdad, antes, en algún momento sin determinar. Levanté la vista, o quizá la bajé. No lo sé. Desconozco donde estaba en aquella narración visual que era mía y a la vez había sustraído. Tanto daba. Ella estaba allí. La chica preciosa. La de los ojos más increíbles que había visto nunca... aunque no estaba seguro de haberlos mirado ni una sola vez.

Ella estaba allí. Eso me bastaba para querer quedarme yo.

—¡Corre que lo perdemos! ¡Corre, corre!

—¡No puedo ir más deprisa!

—¡Claro que sí, corre! ¡No, por esas no, vamos por las fijas, están vacías!

—¡Los madrileños sois unos vagos!

—¡Los madrileños somos unos vagos, ya puedes incluirte en el grupo!

—Entonces, ¿por qué corremos?

Se echó a reír. El flequillo se le despeinó con una ráfaga subterránea de aire y sus deportivas chirriaron al doblar la esquina en dirección a la línea azul. Llevaba un bolso a modo de bandolera que le iba golpeando la cadera a cada zancada. Aquellas caderas que se abrían, bajando de una cintura estrecha y que en ese momento estaban embutidas en unos vaqueros azules.

Quería tocar esas caderas. Florecer dentro de ellas. Sostenerlas con mis manos mientras saltaba eufórica en un concierto. ¿Lo había hecho ya? También quería presionar sobre ellas estando en la cama, mientras notaba sus piernas en mi cuello y su sonrisa curvada de placer. ¿Había ocurrido? ¿Era mía? ¿Le pertenecía yo? ¿Cómo saberlo?

—¡Ya llega! ¡Venga, venga, date prisa!

El ruidoso metro hizo aparición. Las puertas se abrieron y en medio de una marabunta de personas que entraban, salían y pugnaban por encontrar asiento, ella, con el rostro brillante de transpiración extendió la mano y tiró, no sé si de mí o del legítimo dueño de aquel recuerdo, más me apresuré a seguirla. No podía perderla. No podía dejar que se fuera sin mí. Con un crujido metálico y una sacudida, el vagón se puso en marcha. La vi abrazar una de las barras de sujeción y sonreírme. Levantó el puño y dio una especie de saltito, como si lanzando algo hubiera acertado en el blanco sin esperarse si quiera acercarse a la diana. Me pareció tan bonita... deseé poder retener ese pequeño momento de triunfo, esa tierna celebración privada en mi memoria para siempre, para poder reproducirla en mi mente una y otra vez, todas las que precisara y pudiera.

—Hasta Noviciado, ¿no? Empezarán sobre las diez, a ver si nos da tiempo de tomar algo antes.

—¿Adrián? ¿Te has dormido?

Negué, soltándome el cinturón y bajándome del coche igual que haría un personaje de videojuegos, porque era lo que tocaba más que por convencimiento o elección propia.

—Manu... ¿tienes los papeles de las pruebas que te dio la doctora?

Me los pasó y empecé a revisarlos uno a uno. Raúl, que cambió con eficacia las llaves del coche por las de su casa, me miró con interés.

—¿Tienes prisa por hacer pis en un bote y que te saquen sangre para otro? Estoy por poner una balda nueva en la cocina para coleccionar fluidos tuyos. Al lado de las especias.

—Pues no te voy a decir cuál vas a necesitar que sea más grande. —Me hizo una pedorreta.

—¿Qué tienes? ¿Cinco años?

—Te he visto soplar la cánula esa hoy, hermanito. No podrías hacerte una paja ni aunque te ayudaran.

Manu levantó las manos.

—Yo llevo, traigo, recojo documentos y pico verduras para las cenas animalistas. Hasta ahí llega mi bondad, cuñado. No pidas más.

—Animalista...

Entraron entre chascarrillos y burlas a mi costa. Yo me demoré con la excusa de recorrer la distancia que me llevaría al salón a mi ritmo, pero la verdad es que leía con avidez el resultado de mis pruebas, con un interés que jamás había puesto en nada.

Había salido del hospital con la sensación de haberme portado como un idiota con mi hermano, pero convencido de que el sentimiento de culpa y de no merecer lo que se me había dado estaba tan profundamente arraigado y sujeto a mi cuerpo como el corazón que había creado la discordia, ahora, sin embargo, todo en lo que podía pensar era la chica de las ensoñaciones. De los sueños. De las fantasías. Premoniciones. Visiones. Recuerdos. O simples pruebas evidentes de que estaba perdiendo la batalla contra la razón.

—¿Quién eres? ¿Eres real?

¿Y si la respuesta era no... podía estarme imaginando vivencias con una mujer de forma idiopática? ¿Serían efectos secundarios de la medicación que prevenía el rechazo de mi cuerpo al órgano invasor? ¿Secuelas del trauma de casi morir y haber vuelto a una extraña segunda vida donde cada día me sentía menos yo y más otra persona? ¿Era ella parte de ese otro ser, de la persona en que me había convertido, en quién mutaba?

La sonrisa. El pelo. Esos ojos... la necesidad de querer saberla, aunque no sabía de ella ni siquiera su nombre o si era real. ¿Lo era? ¿Podía serlo?

Y de ser así...

—¿Dónde estás?

CUATRO

Necrosis

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Asentí, cerrando la cremallera de mi segunda bolsa de *pasar unos días con mi hermano* de un tirón.

—Y lo que no, volveremos a buscarlo.

Desde mi sofá, Raúl bufó en voz lo bastante alta como para que pudiera oírlo.

—Adrián, el sentido de la recuperación es no hacer esfuerzos.

—La cardióloga dijo que tenía que recuperar mi vida normal. No. —Me eché la bolsa al hombro. —No estoy enfermo.

—Técnicamente sí lo estás.

—Según el grupo de apoyo tengo que reconciliarme a mí mismo con mi imagen como persona que ha pasado gran parte de su vida limitado por una enfermedad y aceptar que ahora estoy dejando atrás esa etapa. Que me llames enfermo no me ayuda con mis pasos.

—No estás en Alcohólicos Anónimos.

—Terminaré bebiendo como no me dejes avanzar. Y luego tendré que apuntarme.

Le adelanté en el pasillo, mirando con anhelo todas mis pertenencias. Mis muebles. Mi espacio personal. Donde podía encontrar soledad en cada estancia porque vivía solo. O así había sido hasta que la situación empeoró. Antes del infarto ya había pasado algunas semanas con Raúl, que vivía más cerca del Marañón que yo. Luego estaban los ingresos, con esas escasas altas que se espaciaban y que usaba para pagar las facturas de una casa que no estaba disfrutando.

Pero tenía vida, me recordé. Vida y un montón de cosas en la cabeza de las que debía ocuparme sin tener idea de cómo o por dónde empezar.

—Hasta que no te vea soplar la pelotita amarilla hasta el borde del tubo ese, no aceptaré que te hayas curado. —Raúl cogió la otra bolsa. Con las dos manos. Sonreí, sintiendo un poquito de placer ante el hecho de que, aún sano, mi hermano no había destacado nunca por la fuerza bruta. Era listo, eso sí. De ahí que se hubiera sacado la carrera de derecho como el que ve una serie subtitulada sin que leer le haga perderse una sola escena. —Comenta eso en tu grupo de apoyo, a ver qué te dicen.

—Detecto cierta ironía en tu voz.

—¿Eso también lo has aprendido en el grupo? Al final te va a salir más rentable que la FP de administración y finanzas que no terminaste.

—Vete a la mierda.

Me alcanzó delante de la estantería que colindaba con la entrada a la cocina. Era un mueble simple. Robusto y práctico. En él había libros, algunas películas, recuerdos de viajes y fotografías. En especial, una donde estábamos los dos, sonriendo uno a cada lado mientras abrazábamos a mi madre, que miraba al cielo con los ojos en blanco, fingiendo estar molesta con nuestros arrumacos insistentes. Qué guapa era, pensé al mirarla. Y qué saludable parecía en ese momento, a pesar de que su corazón ya estaba ofreciendo sus últimos bises, antes de parar el sonido para nunca más volver a latir.

—Estaría muy orgullosa.

—De ti seguro. —Sonreí. —Su letrado. Su ojito derecho.

—Imbécil... —Raúl dejó la bolsa y apoyó la frente en mi hombro. Le sacaba una cabeza y media. Giré la cara para mirarlo. —Ojalá yo tuviera la mitad de cojones que tú.

—No son cojones, es un doble de estupidez por una mitad de sentido común.

—No habría podido sobrevivir. Lo sabes. Yo no.

—Oye. —Le aparte de mí para mirarlo. —Sobrevives todos los días que no te mueres, ¿a qué viene eso? Tienes un marido que está loco por ti, y en cuanto yo deje de darte el coñazo, me darás sobrinos de todos los rincones del mundo. No vuelvas a decir que no habrías podido. Eres el inteligente, se supone que esas mierdas ilógicas son cosa mía. No acapares.

Sonrió. Después de volver a mirar la foto, la cogió con cuidado, abrió la bolsa que había soltado a sus pies y la metió dentro.

—Yo también estoy orgulloso.

—¿De que no acabara la FP? Porque habría podido ser un asesor cojonudo.

—Eso me habría venido bien. Me habría ahorrado tener que contratar uno cuando compré la casa. Aunque estaba muy bueno. No se lo digas a Manu.

—Haré un gran esfuerzo por olvidar toda esta conversación, créeme.

Salimos del edificio. Di varias vueltas a la llave y me la guardé en el bolsillo. Con soslayo, miré mi antiguo barrio, la calle por la que solía correr cuando decidía que era hora de aligerar un poco el peso, el bar donde me paraba a tomarme una cerveza cuando me aburría y abrazaba la conclusión de que ya estaba bien de ejercicio, el estanco donde había comprado tabaco hasta darme cuenta de lo estúpido de mi acción. Las farolas donde había leído próximos eventos, conciertos y demás actividades propias de la capital, donde siempre había mucho que hacer y poco tiempo para emprenderlo.

—¿Estás listo? —Asentí, con la bolsa al hombro y el paso decidido de quien tiene que seguir el curso del río porque está demasiado débil para nadar contra corriente. —Oye, Adrián...

—Dime.

—Me alegro de que lo sigas intentando.

—¿Mantener el corazón nuevo dentro del pecho? Espero que las pastillas ayuden.

Después de todo, tendrían que acompañarme lo que me restara. Fuera eso cuanto fuese.

—No, me refiero al cambio de actitud. Ir a la terapia y todo eso.

—Bueno... solo ha sido una reunión.

—Es todo lo que hace falta para empezar.

Mientras Raúl abría el maletero para cargar mis cosas, esas que me ayudarían a prolongar aún más mi condición de visita convaleciente en su casa, me quedé pensando en sus palabras. Había pasado dos noches sin dormir después de la fantasía del tren. Ella. Quien quiera que fuese, había aparecido en mi vida y en mi cabeza para volverse inquilina permanente. Cuando dormía, soñaba cosas que no podían haber pasado y al despertar, las analizaba e intentaba acordarme de sucesos que, estaba seguro, no me pertenecían a mí.

A menudo me sorprendía mirándome el brazo, en busca de aquellas líneas negras cuya tinta había sentido hundirse en mi piel. El agujonazo de la pistola de tatuar me era tan nítido como si me hubiera perforado el día anterior, pero cuanto más miraba, más vacía me parecía mi carne. Y menos representado me sentía por ella.

Podía evocar la voz, la mirada, el tacto del pelo y hasta elementos que me sonrojaban a plena luz del día. De ella, a la que por lo visto tenía memorizada con mucha más eficacia de la que había demostrado poseer para las horas y tomas de mis medicamentos. No salía con nadie en ese momento, y mi última relación había terminado de forma tumultuosa, infeliz y con una agonía que duró más de lo debido, por ambas partes. No había conocido a esa chica, pero de alguna

manera, ella se negaba a salir de mi cabeza.

Por ratos temía volverme loco, en otras ocasiones, intentaba buscarle lógica a lo absurdo. ¿Habríamos quedado alguna vez y no podía acordarme? improbable. Demasiados flashes para que fueran fruto de un par de citas sin importancia. ¿Entonces? ¿Quién era y por qué se mostraba? ¿Por qué me enseñaba partes de mí que de repente parecían encajar en los huecos que sentía latirme dentro, con tanta fiereza como mi nuevo corazón?

¿Qué coño había tocado la cirujana al operarme?

¿Se podían trasplantar vivencias, recuerdos de otra persona?

Joder... ¿estaba viviendo la vida de alguien que no era yo?

—¿Subes o qué?

—Déjame conducir.

A Raúl le alucinó tanto mi salida como a mí soltar aquellas palabras sin más. Abrió los ojos y empezó a negar todavía antes de poder devolverlos a un tamaño normal.

—Estás convaleciente.

—Y por lo que a ti respecta, no voy a dejar de estarlo nunca.

—No es eso, Adrián...

—¿Y entonces qué es, Raúl? ¿Qué es?

—Pues es... es...

Los dos nos quedamos en silencio, él buscando algo que sirviera como pilar maestro al miedo que yo sabía que sentía, aquel pavor paralizante de que las cosas volvieran a ponerse mal. De que yo volviera a ponerme mal. Habíamos perdido a mamá, podía ser empático, pero joder... también necesitaba algo, cualquier cosa, una mera brizna de normalidad que pudiera controlar. Que me perteneciera. Sentirme en control.

No podía comer la comida que hasta entonces me había gustado, ni vivir en mi casa. Estaba de prestado no solo en la cama para invitados de mi hermano, que había pertenecido además a mi madre, sino en mi propia existencia. Sin saber cuándo retornaría a una realidad que cada vez se me antojaba más ajena y desconocida.

Y luego estaba ella. Que me complicaba una vida que ya era de por sí un jodido disparate.

Era como ser absorbido por un agujero negro y terminar en una dimensión paralela, mientras todos te miraban esperando verte proceder de la manera habitual.

—No te conviene esforzarte demasiado, Adrián.

Me aparté el pelo de la cara. Puse los ojos en blanco, igual que mi madre en la foto. Por suerte, las gafas de sol impidieron que Raúl viera mi exasperación.

—Quiero conducir, no tirarme en paracaídas.

—Conducir puede ser estresante, conlleva estar pendiente de muchas cosas, atender a varios estímulos a la vez...

—Raúl. —Di un paso al frente y extendí la mano. —¿Recuerdas a qué me dediqué cuando lo de la administración y finanzas no salió?

Mi hermano estiró el cuello. Iba tan bien peinado que ni un tornado de tiburones habría estropeado aquella especie de pista de aterrizaje perfecta que se había hecho con los mechones ondulados. Sentí ganas de solventarlo... pero no quise salirme del tema.

—No sé a qué viene ahora la lectura de tu currículum, la verdad.

Le arranqué las llaves de la mano aprovechando un despiste. Protestó, claro, pero para cuando dejó de quejarse yo ya me había subido y puesto el cinturón.

—Soy un jodido profesor de autoescuela, Raúl. Conducir es mi trabajo, no un esfuerzo ni nada que me vaya a híper estimular. Súbete y calla, anda.

—Como sea demasiado para ti, te diré que te lo dije.

—Acusica.

Metí la llave en el contacto y... fue todo lo que pude hacer. Mirando el volante, con las manos colocadas en la posición que creía correcta, bajé la vista hacia mis pies, que no tocaban todavía ninguno de los tres pedales que tenía delante. A la derecha, la palanca de cambios aguardaba, mostrando una serie de letras y números inconexos que no parecían tener ninguna relación para mí.

Alcé la vista y el espejo retrovisor de centro me devolvió la mirada paralizada que tendría un adolescente al que sientan en la cabina de un Boeing 747 cuando ni siquiera sabe ir en bicicleta. Empezaron a temblarme los dedos. Noté sudoración en la nuca y una especie de tic nervioso que me afectaba las rodillas, los muslos y los dedos de los pies. Estaba inmóvil. No podía emitir gesto alguno, ni hablar. Si conducir me había parecido mecánico, fácil o conocido, estaba claro que esos días habían tocado a su fin.

De pronto, era como si la parte de mi cerebro que controlaba los usos y costumbres de aquella actividad a la que me había dedicado todos los días durante los últimos años de mi vida, se hubiera necrosado. La zona que controlaba mis habilidades motoras para la conducción había muerto. Más que eso, había sido amputada sin mi conciencia ni conocimiento y ahora, solo ante el peligro de volantes, frenos y aceleradores, cuyos nombres me sabía por chiripa, no tenía la más remota idea de qué hacer.

Joder, ¿cómo salía de esa? ¿Cómo me bajaba del puto coche? ¿Por qué no podía respirar? ¿Cuál de todos los puñeteros botones bajaba la ventanilla? Me ahogaba. Me estaba ahogando.

—¿Adrián? ¿Adrián?

—¡Que te lo pasas!

Se detuvo en la acera. Llevaba el móvil tan pegado a la cara que tardé en poder verle el rostro. Cuando dejó de consultar su GPS y me vio, sonrió, entre nerviosa y aliviada. La vi meter el aparato en el bolso y acercarse. Llevaba unas botas militares cañeras y una falda que se le iba subiendo a cada paso que daba. Se me secó la boca, pero disimulé.

—¡Qué mala soy para encontrar sitios!

Se acercó a darme dos besos. Yo no podía verme, pero la sentí. La olí. Estaba tan cerca que su sonrisa habría iluminado todo lo oscuro de mi vida, como la luz que encuentran los condenados al final del túnel.

—Te mandé la ubicación.

—Pero no son parámetros fiables.

—Literalmente, eso es lo que significa ubicación.

—Bah, tampoco me he retrasado tanto. ¿Qué estás tomando?

Trepó al taburete que estaba frente a mí, en la mesa junto a la ventana que yo había escogido para verla llegar. Llevaba una camiseta de su banda favorita. De la nuestra. Sonreí cuando, con disimulo, sacó un espejito diminuto de su todavía más diminuto bolso para mirarse el maquillaje y recolocarse el flequillo.

—Estás preciosa.

—Y tú muy formal.

—¿Es una manera elegante de llamarme feo? —Hice un gesto a la camarera. —¿Una cerveza?

—La misma que pidas tú. Y no he dicho feo, he dicho... formal.

—¿No puede un hombre arreglarse para un evento?

—¡Vamos a un concierto!

—Yo el rock lo llevo dentro. —Nos sirvieron, brindamos. Dio un sorbo largo y, al poner la copa en la mesa, movió la mano hasta rozar el dorso de la mía. No trató de disimularlo y me encantó. Ella me encantaba. No pasaría la noche sin que se lo dijera. —Con calma, que todavía falta para la apertura de puertas.

—No quiero perderme las pruebas de sonido, ni cuando afinen, ni... ¡cuando peguen el setlist al suelo!

Sonreí. Era todo entusiasmo. De hecho, estaba tan entusiasmada que me preguntaba si darle alcohol habría sido una buena idea.

—Sabes que vamos a ver un tributo, ¿verdad? No es la banda auténtica.

—De eso te olvidas cuando te metes en la atmósfera. —Levantó los brazos, abarcando la totalidad del garito como una gigante, aunque era más pequeña que un segundo. —¿Cuál de ellos era amigo tuyo?

—El batería.

—¿Es guapo? —Sonrió con malicia. Con esa clase de malicia que una chica utiliza para saber qué ficha mover. Para cuando acabara la noche, le dejaría boca arriba todas las cartas del tablero. —¿Qué?

—Nada. Que por su bien será deforme. Eso si quiere seguir siendo amigo mío después de esta noche.

Se echó a reír. Esta vez, no necesitó mover la mano por la mesa para rozar la mía. Yo tomé sus dedos y aunque en realidad ni estaba allí ni había vivido ese momento; aunque no la conocía, ni sabía quién era y por eso no podía sentir el deseo enredarme las entrañas tal como estaba ocurriendo, el calor de su piel y el tacto de su mano me dijeron palabras en silencio. Y deseé besar ese recuerdo imaginario como nunca en la vida había querido otra cosa.

—Estás muy guapo.

—Has tardado mucho en decirlo. Ya no me lo creo.

—Pues entonces, tendré que demostrarlo.

—¡Sabía que era muy pronto! ¡Sabía que no tenía que dejarte pero eres un cabezota y... joder, JODER! ¿Adrián? ¿Me oyes?

—Deja de gritar. Estoy bien.

Necrosis. Sí. Ese término podía definirlo, porque abrí la puerta sin ver y me lancé fuera del coche como si estuviera en llamas. Hiperventilaba. Lo veía todo oscuro. Como pude, me arranqué las gafas de sol y solo entonces, con la repentina claridad del sol impactándome en la cara me di cuenta de que estaba de rodillas en la calzada, con mi hermano al lado, cuyo semblante más que pálido, parecía muerto desde hacía tres días.

—Voy a llamar a una ambulancia.

Lo que faltaba. En la puta vida volverían a meterme en un trasto de esos. Por lo menos, no consciente.

—No. Espera. Estoy bien.

—¡Estás a punto de vomitar! ¿Qué coño vas a estar bien? Voy a llamar a emergencias...

—Raúl... que no. Espera, dame... dame un segundo.

Me incorporé, más por dignidad que porque en ese momento tuviera habilidades reales para hacerlo. Me sujeté del chasis del coche, aunque no quería ni tocarlo, y por fin, pude mirar a mi hermano a la cara. Su boca pronunciaba las palabras: *ataque de ansiedad*, y a falta de explicación mejor, asentí. Que si un golpe de calor, que si demasiado esfuerzo subiendo escaleras y metiendo

camisetas y calzoncillos en las bolsas de viaje... cada excusa era más patética que la anterior, pero cualquiera me valía. Lo que fuera antes de intentar explicar lo inexplicable.

¿Dónde estaba? ¿Por qué lo único que quería era el tacto de aquellos dedos, oír su risa? Sentir sus labios cálidos en mi frente helada. Que volviera a decirme que estaba guapo y luego me cogiera de la mano para irnos juntos al siguiente momento imposible.

¿Algo había ido mal? ¿Había dejado de gustarle? ¿Y cómo podía hacerlo, si no sabía quién era, no había estado ahí, y nada era real?

—Necesito saber quién es... si es, tengo que saberlo.

Raúl, que me estaba zarandeando y quitándome el pelo de la cara, palideció.

—¿Qué dices? ¿Qué dices, Adrián? ¿Saber quién es? ¿Quién es quién?

Forcé los labios para no echarme a reír. De pura histeria. Y de lo estúpido de la situación.

—Eso es un juego.

—Se acabó. Mira, me da igual lo que digas, voy a pedir una ambulancia.

—Que no. Que estoy bien. —Cogí aire. —Tenías razón... es pronto. —Frunció el ceño. Por supuesto no se creía una mierda. Normal. No me lo creía ni yo. —La cardióloga dijo que habría cosas... actividades cotidianas que tendría que aprender de cero.

—Eres profesor de autoescuela. Tú enseñas a conducir.

—No uses mis argumentos contra mí, Raúl.

—Adrián... me estás tocando los cojones y asustándome de la hostia. Todo al mismo tiempo. Voy a llamar...

Le cogí el móvil.

—¿Quieres dejar de repetirme? Pareces un estribillo malo, coño. —Como me sentía algo más firme sobre mis piernas, esas que no habían parado de temblar antes, metí medio cuerpo en el cubículo del conductor, saqué las llaves y se las di a mi hermano. —Estoy seguro de que sabría conducir con los ojos cerrados... pero necesito... acordarme y habituarme otra vez a hacerlo todo. Solo es eso, de verdad. Estoy bien.

—¿Estás seguro?

No.

—Completamente.

—¿De verdad?

Por lo que sabía podía entrar en coma en cualquier momento y no volverme a despertar. ¿Estaría ella? ¿Podría preguntarle su nombre esta vez? ¿Lo que sentíamos? ¿Qué éramos para el otro? ¿Si me conocía, a este, al nuevo yo?

—Te lo aseguro. Anda, conduce tú y vámonos a tu casa.

No parecía convencido, pero asintió.

—Te voy a tener vigilado.

—Pues vaya novedad.

Reuní el coraje para volverme a sentar, abroché el cinturón y apoyé la cabeza en el respaldo del asiento. Raúl me pasó las gafas de sol, pero como todavía me sentía fuera de la realidad, decidí no ponérmelas. Igual ver lo que tenía delante sin cristales ahumados me ayudaba a saber qué coño estaba pasando.

—Más te vale no estarme engañando, Adrián.

—No he dicho nada más que verdades.

Arrancó, y yo agradecí que fuera uno de esos conductores que precisan de toda su concentración y silencio para llegar a destino. No podía hablar. Primero, porque no tenía nada que decir, y segundo, porque sí que había mentido. Ni estaba bien ni aquello era una especie de

olvido muscular transitorio. Había sido incapaz de meter una marcha o arrancar el coche porque simplemente, no sabía cómo. No es que no me acordara. Es que no sabía. El intento por tranquilizar a Raúl había sido eso, un intento, pero estaba lejos de sentirme calmado, de entender nada de lo que estaba pasando o de sentirme bien.

Giré la cara y observé mi reflejo en el retrovisor. Había mentido para librarme de una situación imposible cuya salida no veía; pero no todo cuanto habían pronunciado mis labios estaba lejos de la verdad. Había una cosa que mantenía y que ahora enarbolaba la primera posición en mi top de cosas importantes, por encima de saber qué pasaba conmigo o entender la situación que atravesaba: tenía que saber quién era ella.

Si *mi chica* era real, necesitaba encontrarla.

CINCO

Palpitaciones

Igual que sabes cuando has pillado a alguien hablando de ti, por el súbito cambio de tema, la alteración en el tono o la búsqueda desesperada de un nuevo arranque de conversación, sabes, porque el ambiente así te lo anuncia, cuando has sido motivo de amplio debate y discusión.

Un mediodía particular, de esos que me pasaban sin pena ni gloria sentado en el sofá, con el tensiómetro anclado en el brazo y alguna suerte de programa casposo reproduciéndose en modo aleatorio en la televisión, mi hermano salió del dormitorio bien vestido, con su maletín y una expresión de prisa pintada en la cara que casi me hizo sonreír.

—Pareces el Conejo Blanco de Alicia, ¡llego tarde, llego tarde!

Me miró mal. No obstante, consultó su reloj de pulsera con creciente preocupación.

—No deberías hablar mientras te están tomando las pulsaciones.

—Debes ser el único ser humano sobre la tierra que todavía consulta la hora en un reloj de pulsera.

—Que te calles, Adrián. ¿Es la primera toma o la segunda?

Manu, que estaba liado en la cocina sacando verduras en dudoso estado de frescor del frigorífico señaló la plantilla que había pegado de la puerta de este.

—La segunda. La primera se la tomé nada más levantarse. La tenía un poco alta.

—¿En reposo?

Puse los ojos en blanco y tiré del velcro del chisme que me constreñía el brazo. Agité la mano, abriendo y cerrando los dedos para recuperar en su totalidad el riego sanguíneo.

—¿Podéis dejar de hablar como si no estuviera aquí?

—¿Podrías portarte bien y colaborar un poco?

—¿Portarme bien? —Era el colmo. —¿Cuántos años te crees que tengo? ¿Seis?

Me señalé. Aquella mañana me había puesto unos tejanos negros, con rotos en las rodillas. Llevaba mis botas de patear Madrid a las tantas de la madrugada, buscando garitos abiertos donde me sirvieran una copa, sonara buena música y pudiera fingir durante unas horas que era todo lo libre que mi trabajo monótono, mi enfermedad crónica y mis escasas posibilidades de llegar a viejo me permitieran. Ahora, cuando irónicamente tenía más tiempo que antes, este parecía haberse ralentizado hasta lo bochornoso.

—Un look *rockero* muy sexy para quien va a quedarse tranquilito en el sofá todo el día.

—No puedes prohibirme que salga de casa, Raúl.

—No te lo prohíbo. Te lo aconsejo. Estás...

—Como vuelvas a decir convaleciente...

Manu, que a esas alturas había visto ya suficientes temporadas de nuestro drama fraternal, no pareció inclinado a participar en la conversación. Le vi coger un cuchillo y empezar a despedazar trozos de lechuga iceberg. Hice una mueca. ¿No se daba cuenta de que ese filo no era adecuado? Para picar verde hacía falta una hoja ancha y afilada. A poder ser antiadherente. Joder, no era tan difícil.

—Lo digo por tu bien.

—Raúl, lo hemos hablado. Necesito espacio.

—Ya vas a tus terapias.

—¡Necesito espacio libre y tiempo para poder perderlo como la gente normal! —Levanté el

dedo antes de que pudiera interrumpirme. —Ser y sentir como una persona normal es el objetivo principal de haber pasado este puto infierno.

Con un carraspeo, mi cuñado decidió por fin intervenir.

—Cariño, ¿por qué no te vas a trabajar y me dejas a mí a cargo? Víctor y yo prepararemos la comida y luego, si las situaciones adversas son favorables... igual nos damos una vuelta.

Me crucé de brazos. Ahora el vendaje era fino, de modo que rocé la cicatriz y sentí un escalofrío. Todavía dolía. La cardióloga había dicho que la sutura estaba bien, la incisión sanaba y no había nada que temer, pero que quedaría mucho escozor residual y fantasma con el que tendría que lidiar. Una cosa más en el plato, total, ¿qué diferencia podía haber?

—Manuel, que te acuestes con mi hermano y hayas hecho unas promesas ante un tipo con título de juez no significa que tengas que estar de su lado.

—Eso es exactamente lo que significa. —Raúl agarró el maletín y, ante la sonrisa de su marido, se acercó a la cocina, atravesando la isla central para darle un beso.

Me planteé apartar la vista, pero fui incapaz de hacerlo. El rostro de mi hermano se había dulcificado y donde antes había prisa y nerviosismo brillaba ahora una sonrisa radiante. Manu, que siempre había sido su contrapunto, le quitó un hilito de la camisa y preguntó en susurros si venía a comer y cómo llevaba la vista. Todo eso sin dejarse de mirarse con aquella suerte de comunión que había entre ambos, una unión que iba más allá de lo que se podía tocar, de estar cerca o lejos. De conocerse hasta lo más profundo o ir aprendiendo y construyendo con materiales compartidos cada día.

—Recuérdame por qué hemos decidido tener hijos. —Susurró Raúl.

—Somos demasiado guapos como para que nadie tenga fotos nuestras en su casa en un futuro.

La risa de mi hermano se me contagió. Puede que ahora enarbolara con excesiva rigidez su estandarte de enfermero forzosos, pero bajo esa fachada había un hombre cariñoso. Un hombre enamorado. Un marido feliz.

Sentí envidia de lo que tenía. De saberme de alguien y poder mostrarlo así.

—Me parece una razón muy válida.

—He aprendido a argumentar con el mejor.

Raúl suspiró y me miró.

—Adrián...

—Cocina y paseo supervisado. Lo sé. Tranquilo. Ve a meter algunos malos entre rejas.

—Solo es una vista preliminar de divorcio.

—Dijo él, después de haber saboreado los empastes de su amantísimo esposo antes de irse. —Entré a la zona de cocina y le arranqué a Manu el arma homicida con el que había asesinado a la lechuga de los dedos. —Suelta. Psicópata.

—¿Qué...? oye, ¿y qué es eso de empastes? Mi boca es de anuncio, tío.

—Lo que tú digas. Mira. —Abrí el cajón de cubiertos y revolví unos segundos. —Aquí. Hoja ancha y afilada. Ideal para la verdura.

—¿Qué dice?

Raúl se encogió de hombros, volviendo a consultar el reloj y decidiendo que no tenía tiempo para rompecabezas. Era una suerte, yo tampoco habría sabido decirle cómo, de repente, había encontrado la tabla de picar y estaba haciendo verdaderas obras de arte con un par de pepinos y unas cebollas.

—Que se tome los inmunosupresores. Y... yo qué sé, se habrá dormido con Arguiñano de fondo o algo así.

Raúl se fue a trabajar, dejándome advertencias flotando en el aire. Mi cuñado y amigo, de

brazos cruzados contra la encima de la cocina, se limitó a pasarme cuencos, fuentes o sartenes conforme se las iba pidiendo. Sofreí, salteé, corté en juliana e hice un montón de historias cuyo nombre me sabía con una técnica que jamás en la vida había puesto en práctica. Sin errores.

Metido en la tarea, con la mente parcialmente concentrada, se me ocurrió que, quizá en lo que respectaba a amores confusos y extraños, Manu podría ayudarme. Él no se había imaginado una relación que a todas luces no había existido, aunque se sintiera tan real como el frío del agua del mar al primer contacto con la piel, pero se había enamorado del hermano de su amigo, lo que entrañaba cierto conflicto por sí mismo.

Tal vez él podría darle luz a la oscuridad que no paraba de acecharme.

Tal vez había visto alguna chica que viniera a visitarme en mi convalecencia, y era su voz y su imagen lo que se había colado en mi consciencia y ahora yo traía al presente en forma de evocación.

Algo tenía que haber.

Alguna explicación debía existir.

—Manu, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Puedo hacértela yo a ti? —Lo miré, confuso. —¿Qué coño estás haciendo?

—Abrir lomos de salmón para preparar un poco de sushi.

—¿Qué? ¿Cómo...?

—Eso son dos preguntas. —Me eché el trapo de cocina al hombro y giré el cuerpo hacia Manu. —Tienes que prometerme que no se lo dirás a Raúl.

—No jodas Adrián... es mi marido. No puedo ocultarle cosas.

—Yo soy tu amigo.

—Pues... tendría que pararme a medir mis lealtades y valorar las consecuencias de faltar a una u otra.

—¡Me acaban de operar del corazón tío!

Los grandes ojos negros de Manu me miraron sin pestañear. No me sentí orgulloso de tirar de aquella baza, pero en el amor y en la guerra todo valía. Por lo menos, cuando este era real.

—Ese es un golpe bajo, Adrián.

—Podría haber sido más rastroso. Te podía haber recordado que guardé en secreto que eras gay todos los años que tardaste en salir del armario.

Manu cruzó los brazos. Sus bíceps fuertes me dieron envidia. Yo, entre la inapetencia, la operación y el estado constante de debilidad física, tenía la masa muscular justa para mantenerme de pie. Y a veces, hasta esa me fallaba.

—Todo el mundo sabía que era gay. Menos tú. Eres bastante lento para captar las señales.

—Hablando de señales...

Resignado a llevar la conversación por los derroteros que a mí me convenía, resopló, tiró de la nevera y sacó un par de zanahorias y una remolacha.

—Después volverás a tomarte la tensión. Y el paseo tendrá que ser en coche si vas a estar cocinando.

Me parecía una injusticia de la hostia, pero habría aceptado cualquier cosa. Así funcionaba la desesperación.

—¿Alguien fue a verme al hospital cuando me operaron?

—¿Qué quieres decir? Fue mucha gente, tu hermano, yo, compañeros del trabajo, amigos... un montón de gente.

Exasperado, porque no sabía cómo tocar un tema que a todas luces me haría parecer muy poco cuerdo, del que no entendía casi nada y con el que apenas podía proceder, me concentré en

tratar de ordenar lo poco que sabía. Saqué un bol del armario, lavé el cuchillo y empecé a trocear la remolacha.

—¿Y alguien más... especial?

—¿Te refieres a un cura o algo así?

—Joder Manu, mira que eres obtuso.

—No sé qué quieres decirme.

—Una chica, coño, ¿fue a verme alguna chica?

Frunció el ceño. Durante unos segundos, solo se oyó el sonido repetitivo de la hoja afilada atravesando la verdura. El jugo rojizo de los pedazos de remolacha empezó a llenar el bol y mis dedos, confiriéndole a mi piel un tono rojizo, como sanguinolento.

—¿Todavía no eres capaz de conducir y ya estás pensando en echar un polvo?

—¡No quiero echar un polvo!

Me dio un escalofrío al pronunciar las palabras, uno que no tenía nada que ver con la molestia del roce de la cicatriz. Era algo en lo que no había pensado, pero de repente... aquellas caderas corriendo escaleras abajo hacia el metro. Las piernas, embutidas en la falda, que se remangaba sin remedio al subirse al taburete antes de tomarnos la caña. El pelo que ondeaba cuando saltaba en el concierto, mis manos, ¿eran mías? Rodeando su cintura, sintiendo su calor en mi pecho, oliendo su transpiración. Impregnándome de todo. De ella.

Pero no era un polvo lo que quería. Era a ella. Joder, ¿lo era? ¿Quién era?

Los golpecitos de una mano en mi espalda me sacaron de aquel pozo al que no veía fondo, escapatoria, salida ni sentido.

—Entiendo... ¿no se te ha levantado desde el trasplante? Seguro que es normal, pero podemos consultarlo.

—Olvidalo.

Agarré como pude el bol y me di la vuelta, soltándolo sobre la encima, lleno de frustración. ¿Cómo iba a indagar en aquello si no tenía ni puta idea de por dónde empezar a explicarme? ¿Qué iba a decir? ¿Qué estaba teniendo una relación en mi cabeza con una mujer que no sabía si existía o si nos conocíamos si quiera? ¿Qué temía seriamente estar viviendo la vida de otra persona, recordando momentos de intimidad que no eran míos, colgándome como un jodido imbécil de la cara más bonita que recordaba haber visto sin haberla visto una sola vez en mi vida?

—Voy a tener que buscarla por mi cuenta.

—¿Buscarla? ¿A quién?

—A la chica.

—¿La chica? ¿Qué chica?

Bajé la vista. Tenía los dedos llenos de remolacha. Algunos trozos se me habían pegado a las yemas. Me miré las palmas. Sudé frío. Estaba pasando. Me iba a pasar otra vez. No estaba seguro de qué, si la fantasía, el encontrarla de nuevo o la muerte. Quizá morirme me llevara a ella o ella me condujera a la muerte. No tenía ni idea, cualquiera de las dos versiones me parecía bien. Todo me parecía bien cuando no podía elegir ni controlar el destino de mis siguientes pasos, porque me había olvidado cómo caminar en línea recta y ante mí, solo había carreteras largas que discurrían en zigzag.

—¿Es tuya? ¿Mía? ¡Joder, parece una escena de una peli de Tarantino!

—La de los ojos bonitos.

—¿La de los...? ¡Coño, Adrián! ¿Has conocido a alguien? Menuda manera de no perder el tiempo, ¿cómo ha sido? ¿En una de esas reuniones a las que vas? ¿En la sala de espera del médico? ¿En Instagram? Podrías tener mucho tirón si te hicieras fotos enseñando la cicatriz.

Manu era un idiota la mayoría del tiempo. Le quería como a un hermano que se había casado con mi propio hermano. Era más que un cuñado, infinitamente superior a solo un amigo, pero en aquel momento no pude decírselo. Ni eso, ni que se callara. Ojalá hubiera podido expresarle que notaba con toda claridad como las palpitaciones rompían con el bombear constante y normativo de mi nuevo corazón. Como el pulso se me aceleraba, se me secaba la garganta y me temblaban las manos, aquellas llenas de sangre falsa, goterones oscuros de los que no podía apartar la vista. A punto de caer al suelo, pero sosteniéndome entre el precario equilibrio que daba la realidad que me veía obligado a aceptar en contrapunto a ese lugar onírico al que tan desesperadamente quería regresar, di las buenas noches a lo auténtico y, tragando una saliva que no llegué a notar en la boca, abracé la piel cálida que me había aprendido de memoria, pese a no haberla tocado jamás.

Ella estaba allí, donde quiera que eso pudiera ser. Donde yo quería estar. Donde nada ni nadie, ni siquiera algo tan estúpido como una fibrilación cardiopulmonar, me podría impedir llegar.

—¿Es tuya? ¿Mía? ¡Joder, parece una escena de una peli de Tarantino!

Levanté la cabeza. Las sábanas blancas, pulcras, estaban surcadas de marchitas rojas. Las sábanas, los muslos y los glúteos de ella, que reía como una loca, removiéndose en la cama mientras yo observaba la escena con un susto que poco a poco iba cediendo el paso a la razón.

—Creo que había que quitar las flores antes de empezar a follar.

—¡Qué bruto!

—Perdón, tienes razón. —Me tumbé boca arriba, extendiendo el brazo hacia ella. —Había que retirar los pétalos de rosa antes de hacer el amor.

—Ahora te estás burlando.

—Pero solo un poco. Lo justo para seducirte. Anda, ven aquí, lo estás deseando.

Intentó hacerse la difícil, claro, pero solo duró un segundo. El que tardó en acomodarse sobre mi pecho, con la pierna doblada sobre la mía, acariciándonos el uno al otro con los dedos, con los pies, con los labios, que reposaban los míos en su cabeza y los suyos por todas partes.

—Solo quería que vieras algo bonito al entrar.

—Lo vi. —Me enredé los dedos en su pelo. —Nada más abrirme la puerta. Tú.

Chascó la lengua y levantó la cabeza para mirarme. Le sonreí.

—Qué simpático...

—¿Qué pasa? ¿No te lo crees?

—Es tan típico...

—Ya bueno, si prefieres que te diga que no eres bonita... puedo mentir. No va a sonar convincente pero lo puedo intentar.

Sonrió y volvió a tumbarse sobre mí. Respiré hondo, notando su cuerpo liviano subir y bajar conforme lo hacía mi pecho al respirar. Sus dedos suaves, pequeños, acariciaron mi brazo. Las pirámides, cubiertas de los restos de aquellas pobres flores maltrechas, que habían sido hermosas y brillantes sobre la cama antes de sucumbir al deseo que nos había quemado a nosotros unos instantes antes.

—Hola. —La oí susurrarme. Su labio inferior rozando apenas mi cuello. Temblé.

—Hola...

Me incorporé lo justo para encontrar su cara. Dudó, mirándome la boca, los ojos, las intenciones y hasta el fondo de mi ser, allí donde dormían las palabras que le darían seguridad pero yo todavía no le había dicho, esas que harían que besarnos, fuera de la vorágine del sexo, del deseo, de la súbita atracción, fuera normal.

Teníamos tiempo, pensé cuando sellé la distancia, lamiéndola, saboreándola. Despertándome a las ganas de tenerla otra vez. De poseerla otra vez. De saberla otra vez. De memoria, como una lección que uno repite por el gusto del conocimiento.

—No te enamores... —Oí que me susurraba.

—Lo harás tú primero. —Le dije, apartándole el flequillo de la frente y girándola con gentileza para contemplar su desnudez bajo la precaria luz de la única lámpara que habíamos consentido encender. —Pronto estarás loca por mí.

—Ah, ¿sí?

—Y seré el muso de todas tus inspiraciones.

Se rio, una risa gutural que murió en gemido cuando la cubrí con mi cuerpo y mi rodilla separó sus piernas. Ya fluía cuando la penetré, cuando sostuve sus manos a los lados de su cabeza y comencé a moverme estaba empapada. Intentó soltarse para agarrarme, para arañarme, para imponerse... pero realmente no quería hacerlo. Y yo solo quería sentirla mía un segundo más. Después... después podía hacerme lo que quisiera.

Se dio la vuelta y me cabalgó, y al observarla, moviéndose despeinada en la penumbra de una habitación que guardaría para siempre los secretos de los comienzos de aquella historia que era sin estar destinada a ser, me hundí en un océano de preguntas sin respuesta y candados a medio abrir.

Si aquello no era real, ¿cómo podía sentirme tan anclado en su carne que la espalda se me alzaba en latigazos de placer? ¿Cómo podían mis dedos, húmedos de ella, clavarse en su cadera y sentirla removerse entre jadeos inquietos? ¿Cómo podía sentirla entera sin estar ahí? ¿Sin ser yo? ¿Sin ser ella?

—Ven aquí... bésame.

Sonrió, sus manos a los lados de mi cabeza, su sonrisa de labios hinchados a centímetros. Sus ojos, esos que me complicarían la vida y por los que escribiría canciones sin saber de métrica ni tonalidades, hundidos en los míos.

—Es tarde para mí.

El mar de su cabello me convirtió en náufrago. Me escondió de las verdades que aguardaban fuera de esa habitación, con las crueldades afiladas como dientes henchidos de veneno. Allí, dentro de su cuerpo, oculto entre sus labios, mecido por sus pechos, nadie me iba a encontrar. Y se lo juré, a modo de otra de esas palabras que, como no me pertenecían, no podía pronunciar.

Follamos como salvajes porque no podíamos adorarnos como amantes. La prisa no nos lo permitió. En medio de un orgasmo que me paralizó entero, ella me puso las manos en el pecho, y sonriendo, susurró:

—Parece que se te va a salir el corazón...

—O a parar. —Le contesté yo.

Cerré los ojos al caos que se avecinaba, sabedor de que no habría descanso para mi alma. Para lo perpetuo de aquellas ganas. Para el pecado de un amor que había arrasado mi casa como un ciclón de felicidades inesperadas.

Había reventado las puertas, abierto las ventanas, dejándola entrar a ella, que me brillaba como el sol. ¿Qué le iba a hacer? No era más que un pobre hambriento, perdido ante el festín de su sexo cálido y su cuerpo perlado de sudor. Sumiso del sonido de sus labios, cuando los míos

consentían librarla del asedio de unos besos que sentía se descontaban, igual que el tiempo.

No encontraría perdón para aquella necesidad que me empujaba a embestir contra todo pronóstico, contra ella; ni disculpa ante la falta cometida en nombre de la pasión; pero estaba dispuesto a rendir culto.

Haría penitencia a través de la humedad que manaba de sus muslos, y lo recogería con la boca callada como si fuera el más embriagador y puro vino de consagrar.

Intenté evitar que el bol se rompiera. Ese fue mi último pensamiento consciente, mas no pude dar la orden a mis manos con la rapidez suficiente. El cristal se hizo añicos y su contenido se dispersó por el suelo, como un montón de vísceras arrancada de las entrañas de un hombre.

Pensé con cierta ironía, que iba a encontrar por fin un punto de comunión entre la vida real a la que no pertenecía y la fantasía que le estaba robando a alguien. Pétalos de rosa, remolacha. Cocinar. Hacer el amor. ¿Cuánta diferencia podría haber?

Por desgracia, la última de las palpitaciones, como un aguijonazo certero que atravesaba carne, grasa y huesos, me hincó de rodillas antes de poder pararme a responder.

SEIS

Taquipnea

—¿Qué vamos a hacer?

La miré, a través del reflejo borroso del espejo del baño. Estábamos desnudos, abrazados, yo a su espalda, con una mano a la altura de su vientre y la otra entretenida apartándole el pelo del cuello. La mordí, mirando como contenía el aliento a través del cristal. Había una huella grande, con la forma exacta de mis cinco dedos, justo a nuestra derecha. Sonreí, todavía con los dientes encajados en su carne.

Recorrí el sendero de su ombligo, bajando hasta aquel paraíso húmedo que ya me había dado cobijo durante gran parte de la noche. Antes, en lugares diversos sin remites ni direcciones, por toda la habitación.

—¿Responde esto a tu pregunta?

Chasqueó la lengua. No me pidió que parase pero tampoco parecía dispuesta a entregarse. Ya conocía sus expresiones de placer, de abandono... y las que implicaban que parte de su mente, en vez de conmigo, estaba muy lejos de allí. Me asustó saberla tanto. Y me pareció cojonudo a la vez.

—Hablo en serio...

—Piensas demasiado.

—Y tú muy poco.

Negué, alzándola en brazos y sentándola con cuidado en el espacio del lavabo que tenía encimera. Mis dedos apretaron la piel suave de sus glúteos, me miró con reproche, Cogí aire.

—Paso tanto tiempo pensando cómo va a ser, qué voy a hacer y cómo gestionar el tiempo cuando estemos juntos... que cuando lo estamos, prefiero no pensar y solo hacer.

—Hacer...

Asentí, volviendo a asediar su cuello, su garganta, las cimas rosadas de sus pechos, que me tentaban el hambre aunque ya me había saciado una y otra vez.

—El amor. Follar. Reír. Dormir. Contar chistes malos. Cantar canciones absurdas. Mirarnos en silencio hasta que se me escape lo jodidamente preciosa que eres y tú desvíes esa mirada increíble porque te da apuro que yo no pueda ver nada más que a ti...

Me echó los brazos al cuello y me abrazó. Creí oírla sollozar, pero en eso también la conocía de sobra. Ella no lloraría ni siquiera cuando nos despidiéramos. Lo haría después, a solas. Cuando nadie enjuagara unas lágrimas que necesitaba dejar correr. Apretó con fuerza, sonreí, tocando sus manos.

—Ya sé que te estoy ahogando.

—No me he quejado. —Levantó la vista para mirarme. —¿Qué?

—No me quiero ir.

—Ahora estás aquí.

Me miró con aquellos ojos brillantes, los del sexo y el cariño que crecía aun cuando habíamos intentado, en vano, no alimentarle. Con los mismos labios hinchados que me sonrieron la primera vez que nos vimos, cuando nos dimos aquellos dos besos torpes y nerviosos, sabiendo nada más observarnos que habíamos cometido un error que íbamos a lamentar gran parte del tiempo. Estando siempre distantemente juntos, como decía Cortázar.

—Ahora estoy aquí.

Acaricié su cara con las dos manos, grabándome en las yemas de los dedos, en las palmas, su tacto de terciopelo. La aupé después, notando como encajaba las piernas en mi cadera. Como me encajaba a mí en ella. Decidí dejar una huella gemela de mi mano en el cristal. Que cuando ella mirara la habitación al día siguiente tuviera el recuerdo de que las dos personas que habían pasado allí la noche no habían escatimado en amor hasta que el tiempo, como siempre, ganó la batalla.

Puto calendario que volaba cuando la tenía y pasaba agonizando cuando la veía partir. Putos medios de transporte, que se la llevaban. Putos todos.

—Eso es lo único que importa.

Me miró. Como se mira algo que ya es tuyo aunque no lo sepas.

—Bésame, por favor.

Lo hice.

—¿Una chica? ¿Qué chica?

—¡Ni idea! Solo repetía que tenía que encontrarla o que buscarla o... ¡yo qué sé! después... bueno, ya sabes qué pasó después.

—¿Se referirá a su ex?

—Adrián corta cuando corta.

—Ya pero... estar a las puertas de la muerte...

—Ni así. No, tiene que ser otra.

—¿Y dónde ha conocido a otra? ¡Pero si acaba de salir de quirófano!

—Una vez lo vi ligar junto al surtidor de gasolina. Tendríamos veinte años y llevaba una de esas horrendas gafas de sol tipo aviador que eran más falsas que los condones del chino.

—¿Y el cine de barrio a qué viene ahora?

—Tu hermano liga donde sea. Puede ser una enfermera, alguien del grupo de apoyo a los trasplantes, una tía del ascensor...

—¿Y ya se ha pillado tanto?

—Es un romántico.

Puse todo mi empeño en levantarme, pero una vez más, como venía siendo habitual, estaba atado a cables, sondas, jeringas y esa... esa mierda en la nariz, que me arranqué en cuanto pude.

—Os oigo, cojones.

Me encantaría decir que lo grité con voz grave, pero temo que no fuera más que un susurro. Los pasos de Raúl y Manu, que habían estado cuchicheando a un tono vulgarmente alto en la puerta de la habitación se aproximaron enseguida. Noté un bajón en la parte derecha del colchón y luego, las manos de mi hermano toqueteándome. Quise apartarle, pero todo lo que pude hacer como defensa de mí mismo fue cerrar los párpados con tanta fuerza, que vi lucecitas en la oscuridad que me engulló.

Penoso. Otra cosa que venía siendo habitual.

—¿Qué haces Adrián? No te quites la cánula nasal.

Raúl intentó ponérmela... y lo consiguió, porque yo llevaba una vía cogida de un brazo y el tensiómetro más rígido jamás confeccionado por farmacéutica alguna, en el otro. Coño, era como estar en un Guantánamo que olía a lejía y paracetamol.

—Dejad de hablar de mí.

Manu me miró con el ceño fruncido, desde los pies de la cama.

—Perdona que seas tema recurrente, tío. Pero que digas que vas a hacer sushi, luego hables de una tía y acto seguido te vayas al suelo con la mano en el pecho pues... te hace un poco

epicentro de todas las conversaciones.

—Ya estoy bien. —Hice por incorporarme. Fracasé de forma miserable. —Solo ha sido un mareo.

—Taquipnea, para ser exactos.—Dijo Raúl. Le miré mal. —¿Qué? Entre lo tuyo y Anatomía de Grey, me saco una segunda carrera.

—Lo que quiere decir aquí el doctor Vilches, es que presentabas una respiración muy rápida, acelerada y superficial que hizo que el bombeo natural del corazón se descompensara.

Vamos, que había hiperventilado como una adolescente de los noventa en un concierto de los BackStreet Boys.

—¿Y por eso me ingresan?

—Adrián... te han trasplantado el corazón. Cualquier estornudo demasiado suave o muy violento es motivo para que te ingresen. Te ingresarían por estreñimiento o diarrea. Por dolor de cabeza...

—Pues entonces es una suerte que ya esté aquí.

Giré la cara en la almohada, mirando a la ventana cerrada y a los edificios en obras que tenía como vistas. Así me sentía. Esa era, exactamente, la definición actual de mi vida: algo que podía ser bonito, especial y excitante, como las calles, el cielo azul y el jodido último sol antes del crepúsculo; pero que se quedaba en cemento armado y hormigón. Algo parcheado, a medio construir.

—No te lo tomes así hombre. Esto es... como rellenar las tintas de las impresoras. Al quinto ingreso, seguro que te toca habitación individual con tele de más de dos canales.

Manu me apretó los dedos de los pies. Negué, deseando que el pelo me tapara los ojos y el cerebro se me durmiera. Deseando ser el otro que parecía feliz mientras que yo no sabía quién era cuando me tocaba fingir que era yo.

—Quiero estar solo. Por favor.

Pensé que mi hermano sería comprensivo, empático. Que se levantaría y saldría para darme un poco de intimidad. Pero claro. Se me olvidó acordarme de que si yo tenía un lado capullo, él, como primogénito, lo tenía doble.

—Ni de broma. Has demostrado que no se te puede dejar sin supervisión.

Di la vuelta a la cabeza con una velocidad que habría enrojecido a la niña del exorcista, mosqueado, deseoso de demostrar que estaba lo bastante bien y era lo suficientemente capaz como para manejar por mi cuenta, pero el solo hecho de girar el cuello me hizo ver estrellas y sentir náuseas.

Karma, me cago en la puta, ya está bien, ¿no?

—¿Qué dice la cardióloga?

—Pues eso. Que taquipnea.

—Raúl...

Mi hermano bufó, luego se removió en la cama, haciéndola crujir. Me quedé esperando, mirándolo. ¿Sería parecida a esa, la mirada que pretende ser paciente, averiguar datos que todavía permanecen ocultos, la que ella venía en mis ojos cuando nos observábamos? ¿La tenía yo o era del otro? ¿Era ella la que podía vernos, o verme a mí, o solo lo hacía yo porque, en su realidad, ella ni tenía ojos, ni me miraba, ni me quería?

¿La quería yo?

—Un desajuste de la medicación. El cuerpo tiene que acostumbrarse a un montón de cosas... como el veganismo, por ejemplo.

—¿Qué dices, Manu? Yo no soy... no soy vegano. —¿Lo era? —¿Entonces es normal?

—A ver Adrián, normal, normal...

—Entra dentro de la normalidad. —Mi cuñado se ganó una mirada de advertencia por parte de mi hermano, que claramente quería empeorar el diagnóstico, por motivos que se me escapaban. —Lo que no significa que no haya que vigilarte.

—Putas viejas del visillo.

Raúl se dio la vuelta, mirando a su marido.

—¿Antes era tan malhablado?

—Antes comía como una persona.

—Y ahora cocina. —Raúl me dio unos golpecitos en la rodilla. —Y tiene chica...

El dolor de cabeza se intensificaba. Tanto que notaba calor en las mejillas. Por favor, que fuera fiebre. Que fuera cualquier cosa salvo sonrojo.

—No tengo chica.

—Pues no paras de hablar de una.

Le dediqué a Manu mi mirada más insidiosa. ¡No podía uno tener confianzas con su amigo!

—Que esté en vías de recuperación no significa que podáis comentar cosas a mis espaldas.

—En vías de recuperación dice, ¿qué eres ahora? ¿La Sagrada Familia?

—Vete a la mierda, Raúl. —Me dio un tirón de algún sitio. De algo. Dolió de cojones. —¡Ay! ¡Cuidado joder!

—Me iría, a la mierda o cualquier otra parte, sino me diera pavor que me llamen luego para decirme que te has caído al piso sin conocimiento. ¿Tienes idea del susto que...?

Otra cosa que empezaba a volverse hábito: las curas de humildad cuando mi gilipollez me impedía dejar de mirarme el ombligo.

—Lo siento Raúl.

Negó. Se le habían llenado los ojos de lágrimas y por un momento sentí que me pasara lo mismo. ¿Me estarían dando hormonas? Joder...

—No es culpa tuya. Es solo que... no quiero que te pase nada.

—¡Oye! ¿No me ves? Tengo más vidas que un gato.

—Vamos a tener que ir haciendo recuento... menuda racha.

Manu carraspeó. Hizo un gesto educado hacia la puerta y nos sonrió a los dos.

—Voy a avisar a la rompecorazones de que ya estás despierto.

—Menudo don de gentes tiene. —Con cuidado, casi a gatas, logré incorporarme un poco en la cama. —Yo de mayor quiero ser como él.

—Pues entonces haz por llegar a mayor.

—Ay, Raúl...

Mi hermano abrió los brazos, abarcando la estancia y cogiendo aire como si se estuviera preparando para entonar un solo. Era su “vale, vale, estoy calmado”.

—¿No vas a contarme quién es ella?

Tiraría bailes fuera hasta provocarme otra taquipnea de esas.

—¿Vas a decirme tú por qué al álbum de fotos de los horrores de casa de mamá está en mi mesilla de noche? —Junto con esa cosa... ese artefacto donde esperaban que uno metiera sus partes pudendas para mear. No sé cuál de los elementos me parecía más terrorífico.

—Pues ahora que lo preguntas... —El ardid funcionó de cojones. O bueno, casi. Las fotos eran el mal menor. Hablar de ella, quién fuera, si es que era, copaba el top de charlas que no me apetecía nada tener. Casi al mismo nivel que el asunto de poner y quitar sondas de genitales. Corramos un tupido velo, por favor. —Como últimamente estás más raro...

—Me han dicho tres médicos distintos que la carne roja es lo peor para las arterias. Y necesito

que mis arterias se hagan amigas del corazón nuevo para no morirme. Si no querer morirme es estar raro...

—... me pareció una buena idea recordarte tus orígenes. Más concretamente...

Sabía lo que venía antes de verlo.

—No jodas, Raúl. Que estoy convaleciente.

—Tu etapa Bunbury.

Lo sabía. Es que lo sabía joder. Nunca lo dejaría pasar. Si me hubiera muerto en la mesa de operaciones, estaba seguro de que mi hermano habría puesto esa jodida foto en un marco dorado encima de mi puto ataúd.

En la imagen, que me había sacado antes de entrar en un garito de Alcalá allá por... ni me acordaba, cuando tenía dieciocho o diecinueve años, un Adrián de mirada oscura perdida y pelo largo, más largo de lo que los hombros podían soportar, miraba a cámara fingiendo una profundidad espiritual que probablemente me habría dado algo que había fumado metido entre dos coches, justo antes de que a alguien se le ocurriera la brillante idea de que ese, era un momento para inmortalizar.

Aquel verano me había hartado a ir a la piscina, tenía el pelo aclarado y me lo sujetaba con una bandana a la altura de la frente, igual que Enrique en sus años dorados con los Héroes del Silencio, cuyo estilismo, amén con el grunge que corría como la pólvora en aquella época, podías ver en cuanto chico te cruzabas por la calle.

La fotografía, un primerísimo plano echado a flash donde el pelo acaramelado, los ojos medio idos y la puta cinta quedaban más visibles de lo que nunca deseé, me persiguió años después. Salió en la proyección cuando me dieron mi título de la EGB y mi madre, Dios la tuviera en su gloria, que tenía un sentido del humor que solo ella podía entender, se la puso en el mueble de la entrada, y ahí la tuvo, hasta que tuve los redaños de hacerla desaparecer.

Por supuesto, había copias. Raúl se había encargado de ello.

—*He oído que la noche...*

—Vete a tomar por culo.

—... *es toda magia.*

Aunque no tenía ganas, tuve que sonreír, porque a pesar de lo desacertado de mi atuendo, y de que la luego bautizada como etapa Bunbury me duró más que el pavo al resto de la pandilla, aquellos años no fueron nada malos. De hecho, el verano de la piscina, el pelo claro y las bandanas fue el último que recuerdo con despreocupación. Ese otoño me descubrieron el soplo. Y después... después ya nada fue igual.

—Búrlate, pero ligué lo que no te imaginas.

—A las chicas les das un melena rockero y tatuado y pierden las bragas.

—Pero si yo no...

Me miré el brazo. Ahí seguía. La piel limpia, sin trazos de tinta. Yo el único instrumento que había tocado en mi vida era la flauta en el colegio, y ni eso se me daba bien. Ahora que lo pensaba...

—Me has dado un buen susto, Adrián.

Como pude, con cuidado de la vía, extendí la mano para coger la de Raúl. Me dio un apretón reconfortante.

—Intentaré no volver a hacerlo.

—Y yo acordarme de que si estás vivo, es para que puedas vivir.

—Eso estaría bien.

Carraspeó.

—Si bueno... pero iremos poco a poco, ¿vale? Empezamos por el tercer grado.

—¿Interrumpo?

La cardióloga llegó antes de que mi hermano pasara la página del álbum y con ello, a la fatídica temporada donde me pareció que, dando más forma a mis rizos y dejándome la perilla algo diferente, podía darme un aire con Eddie Vedder. La verdad, para ser alguien que lo único que sabía de música era corearla, había tenido una juventud de lo más movidita.

—¿Viene a darme el alta?

Ella sonrió. Lo interpreté enseguida.

—Ahora lo hablamos.

Pues eso.

Raúl salió para que la doctora pueda hacerme el reconocimiento, las preguntas y pruebas de rigor. Revisó el registro del tensiómetro, el último electrocardiograma y hasta las grapas de la costura que tenía en el pecho. Tomó anotaciones e hizo cambios en mi recetario, que tenía la misma extensión que todos los alumnos de un aula magna.

Durante el tiempo que duró el interrogatorio, que tuve que soplar, levantar los brazos, cerrar las manos, presionarme las rodillas con las palmas y todos los demás juegos psicológicos a los que fui sometido, solo una cosa pasaba por mi mente, una única cosa: ella. La chica de los ojos bonitos. La que sufría por tener que irse. La que me volvía loco y que, por lo visto, solo se me aparecía en momentos de angustia o antes de sufrir una descomposición cardíaco—espacial.

—¿Has desarrollado algún episodio de ansiedad, estrés, irritabilidad?

Miré a la doctora con disculpa.

—Sería más rápido decirle cuando no...

Sonrió.

—Es normal. El proceso de adaptación ante una cirugía como la tuya es tremendo.

literalmente, hemos extraído uno de los órganos principales de tu cuerpo, una de las partes más importantes y que se mantenía conectada con todo, para sustituirla por otra. —Se puso las manos en las caderas. —Es como ver cinco temporadas de una serie con una protagonista y que te la cambien por otra actriz, y pretendan que finjas que no te das cuenta.

—¿Esa metáfora en qué curso de medicina lo enseñan?

—Esa es la carrera de la vida. —Me cambió los apósitos y soltó la cánula nasal. Por fin, pude incorporarme. —Vas a sentirte diferente la mayor parte del tiempo. Desconocido incluso. No te mortifiques con eso porque es habitual. Todo lo que notes, por raro que parezca, incluso estos desmayos, son normales. Hay que controlarlos, claro, pero dentro de que exista un seguimiento, no habrá nada de qué preocuparse.

—Todo es normal entonces.

Asintió anotando cosas en mi historial, del mismo grosor ya que un ejemplar de El Quijote ilustrado.

—¿Cualquier cosa?

Levantó la vista, evidentemente, captando el sutil cambio en mi tono de voz.

—¿Algo que estés experimentando y de lo que te gustaría hablar, Adrián?

Y entonces hice la que probablemente era la pregunta más estúpida de cuántas había hecho en mi vida. Incluyendo cuando le pedí salir a una chica que estaba totalmente fuera de mi alcance, en aquel verano de piscina y fiebre de líder de banda de rock, usando una frase cutre que había visto en una película la noche anterior. Sabía de sobra que iba a fracasar, como seguro que me pasaría ahora, pero hacerlo fue lo único que parecía tener sentido en ese momento.

Igual que ahora.

—¿Cree que este corazón puede tener una memoria, o recuerdos, de su antiguo dueño?

SIETE

Vértigo

Conseguí que se detuviera en Gran Vía. De la capucha de la sudadera se le escapaban mechones de pelo, enmarcados en aquella noche fresca, que anunciaba la pronta llegada del invierno. A nuestra espalda, amén de las luces de los coches, del Madrid nocturno en aquella Gran Vía que de tan retratada permanecía anclada hasta en la mirada de los ciegos, el edificio Carrión, nos observaba expectante, esperando ser testigo invitado de lo que podía ser un momento culminante para aquello que intentábamos desesperadamente convertir en una relación.

Quise fotografiarla de tan bonita como la sentía, con el rostro bañado de las lágrimas que derramaría más tarde, cuando la rabia que la dominaba cediera a la pena que poco a poco, iría ganándonos el terreno a los dos.

—No puedes forzarme a responder lo que tú quieres. Ni pretender que esté en el mismo sitio que tú y diga lo que esperas oír. Las personas no funcionan así.

Me miró como si fuera lo último que quería ver. Qué ironía, pensé dando un paso al frente, atreviéndome a cercarla en aquella calle inmensa, llena de gente que iba y venía sin ser conscientes de que yo me lo jugaba todo a una partida cuyas reglas desconocía.

—No te he pedido que digas nada.

—Lo haces.

—¡Solo necesitaba que me pidieras que me quedara! ¿Tanto te cuesta entenderlo?

—No puedo decirte eso. No sería justo.

—¿Justo? ¡Justo es no saber si esto solo tiene sentido cuando somos, cuando estamos... y tan pronto me voy deja de existir para ti! ¡Yo dejo de existir!

Paralizado, me pregunté cómo podía pensar eso. Cómo podía no darse cuenta de que la pensaba cada jodido momento de cada día. Que se me colaba en los quehaceres normales, en mis cosas cotidianas, entre las personas que conformaban mi mundo. Que cuando tenía pena y nostalgia se lo contaba. Que cuando estaba contento o me pasaba algo extraño se lo compartía. Que buscaba excusas para encontrarla y me esforzaba en dejarla ir por entender que tenía que seguir viviendo como siempre cuando no la tenía conmigo.

Porque no podía permitir que el lugar donde había sido feliz antes, los sitios donde había sonreído y las personas a las que había apreciado, se vieran ahora amputados, faltos de tono y de color solo porque ella no estaba allí. Porque la realidad era que no lo estaba más que por unos escasos periodos de tiempo y el resto, tenía que valerme en su ausencia o me volvería loco.

Más de lo que lo estaba ya por ella.

—Si dices eso de verdad es que no me conoces.

—Quizá ese sea el problema, que no te conozco.

—¿Y no quieres hacerlo?

—¿Quieres tú?

Desesperado, traté de acercarme, más su gesto me lo impidió. La capucha cedió del todo y los cabellos se le desperdigaron por doquier. Anhelé tocar esa melena. Acariciar y tener entre mis dedos las hebras que tanto había echado de menos. Las que había oído y apretado entre mis puños horas antes, cuando solo éramos nosotros y el deseo de nuestros cuerpos, enredados, haciéndose promesas que, irónicamente, habíamos prometido no hacer.

—¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que hablamos, en aquella llamada tensa y nerviosa donde solo me contestabas con monosílabos? —Mi mano tocó su mejilla. La sentí temblar y me pregunté si tendría frío pese a las prendas de abrigo, o si era mi distancia física y emocional la que se lo producía. —Te dije que me complicarías la vida.

—Y yo te pregunté si querías que me apartara de ti.

—Y dije que no. Fui egoísta. No puedo volver a serlo.

Pedirle que volviera o que se quedara para siempre. ¿Acaso había algo que yo deseara más? ¿Algo que pudiera hacerme más feliz? Nos habíamos encontrado por casualidad, en medio de un montón de variables que no tenían por qué haberse dado así. Ella había estado en el sitio donde menos lo esperaba y allí había aparecido yo. Nos vimos. Nos supimos. Nos miramos. ¿Qué daño podía hacer? ¿Qué peligro podía entrañar? Siendo quiénes éramos y viviendo las circunstancias que nos habían tocado, plantearnos si quiera una cerveza al ocaso parecía ridículo.

Y ahora allí estábamos, con los pechos abiertos y de ellos, brotando sentimientos como flores de colores. Ansias y ganas que no nos atrevíamos a decir en espera de que el otro fuera más valiente y el tiempo más benévolo. Ojalá se parara el mundo y pudiéramos echar a correr por su eje. Ojalá decirle que deseaba que se acercara y ya no se fuera nunca más. Ojalá ser valiente no me pareciera, en ese momento, la acción menos altruista de cuántas podía acometer.

—Tenerte cerca me recuerda lo infeliz que soy cuando no lo estás.

—¿Y cuándo lo estamos?

Sonrió apenas, con una tristeza que me aplastó el espíritu.

—Entonces la alegría para ridícula e infantil. Es como si todo estuviera bien y las piezas encajaran en su sitio sin esfuerzo.

—Y aun así, luego te pones triste.

—¿Tú no?

—Yo recuerdo lo vivido. Me acuerdo de lo alegre. De lo bonito.

—¿Y después? ¿Cuándo me voy?

—Después intento seguir adelante con mi vida. Y tú tienes que hacer lo mismo.

Me miró como si la hubiera traicionado, como si mis palabras encerraran un final definitivo y perpetuo que estaba lejos de ser lo que yo quería que fuera. ¿Qué podía decirle? ¿Qué paralizara su existencia por mí? ¿Que regresara el tiempo necesario para poder volver? ¿Qué me pensara en cada instante y cada acción, sintiendo que el sitio donde había sido feliz, igual que me pasaba a mí, se me antojaba ahora inhóspito y vacío? ¿Era eso el amor? ¿La desesperación constante por volver a sentirnos enteros y hacernos pedazos en cada adiós?

—Me complicarás la vida...

Mi frente encontró la suya, mis labios, entreabiertos, compartieron el aliento que ella bebió, a bocanadas ansiosas, como el muerto de sed que llega al oasis tras mucho andar bajo el sol.

—¿Quieres que me aleje?

Negué con firmeza. No podía culparla por querer respuestas, por necesitar seguridades. Por buscar entender el terreno que pisaba. Esperaba que ella no me culpara por necesitar evadir las preguntas, aferrarme a la duda de todo lo nuevo que sentía y escapar de las arenas movedizas en las que se había convertido mi existir.

—Tengo que organizar mi vida.

—¿Y que soy yo en esa vida?

Una causalidad llena de intención.

—Eres. Existes. Habitas. Permaneces.

El aire que exhalaba se coló en mi boca. Compartimos un beso de aliento. De respiración. De palabras mudas y sentimientos que atronaron hasta hacer pitar a los coches y brillar más las luces de neón. Unas ganas que vaciaron la calle y provocaron el temblar de los edificios. Una unión imposible, impensable, caprichosa y sin sentido. Demasiado pronto. Demasiado intenso. Demasiado difícil...

—No esperaba que aparecieras...

—Pero no quieres que me vaya.

Le susurré que deseaba que volviera hasta cuando todavía estaba aquí. Que quería ver de cerca esos ojos y ahogarme en ellos. Que deseaba hacerle el amor hasta quedarnos dormidos y luego despertarnos con hambre de amarnos una vez más. Acurrucarme en su pecho y contarle de mi infancia y mis amigos. De mis sueños y mis miedos. De lo que había sido y descubría ahora. De que hablar con ella al principio era meramente entretenido y ahora algo que buscaba para sentirme vivo.

De que era tan preciosa que podía mirarla hasta la incomodidad porque memorizar sus gestos era lo único que me servía para soportar la distancia.

—Te besaría por dentro si pudiera...

—Lo haces, sin tocarme si quiera.

Nos miramos, con una de esas miradas que se desesperan por dar sentido a lo que todavía no lo tiene.

—Quiero que vuelvas. Pero mientras no estás aquí, quiero que vivas. Que no veas pasar los días esperando, porque los días que pasan nunca vuelven y la vida se va... y no es así como debemos vivirla.

Dejó caer la cabeza sobre mi pecho y yo levanté la vista al cielo negro. El edificio Carrión pareció redoblar su altura y yo sentí vértigo ante lo que acababa de decir, y que su cumplimento me condenara. Si la quería conmigo y la animaba a ser feliz cuando estaba lejos de mí, ¿en qué me convertía eso? ¿En alguien noble o estúpido?

Se suponía que amar sanaba, y nosotros nos estábamos enfermando de la angustia que suponía la distancia, condenándonos a estar separados para alejarnos y distanciados para unirnos. Los ratos felices ya no eran tales, pues el tiempo consumido nos recordaba incansable que el reloj de arena de la espera pronto se pondría en marcha otra vez.

Se suponía que amar llenaba, y yo me sentía vacío cada vez que la tocaba. Cada vez que la besaba. Cada vez que la follaba. Porque al hacerlo sentía como en la cuenta regresiva de todas las veces en que iba a sonreír, se me restaban los instantes.

Podría saltar de lo alto del edificio, o arrodillarme junto a la estación de metro, mirando a la calzada, esperando ser arrollado de forma inevitable por los coches, que los transeúntes me pasaran por encima, que me quemara el sol de mediodía cuando volviera a amanecer. Nada me daría tanto vértigo como la perspectiva de otra despedida.

—Volveré. Todas las veces que sean necesarias. Otra vez. Y otra más.

—¿Y vivir así?

—Así. —Dijo, abrazándose con fuerza, dejándose percibir en la nariz el aroma de su confianza, esa a la que se agarraba con tanta fuerza como a mí cuando nos besábamos por décima primera vez. —Porque lo otro solo es vivir a medias.

—No quiero eso para ti.

—Entonces pídemelo que vuelva. Y que no me vaya. Que me quede para siempre porque lo quieres. Porque me quieres. Y si es egoísta, que lo sea. Y si es imposible, ya lo arreglaremos. Pero dímelo... dímelo.

OCHO

Disnea

—Adrián...

—Ya sé cómo suena, solo... si solo me escucha...

La cardióloga se cruzó de brazos, sin duda esperando una diatriba lógica que arrojara luz sobre la pregunta más absurda jamás hecha por un paciente. Sentí que me sonrojaba. Lo noté tan claro como supe que mi ritmo cardíaco se estaba acelerando a causa del nerviosismo creciente. Aunque bueno, para ser honestos, eso último lo descubrí porque la máquina no dejaba de pitar.

—Respira hondo pero suave. ¿Sientes disnea leve? —La miré como si alguien le hubiera cambiado el idioma de fábrica por otro incomprensible. —Falta de aliento.

—Estoy bien.

Fue evidente que no me creyó en absoluto. Acababa de preguntarle si el corazón que me habían trasplantado tendría recuerdos de la persona a la que había pertenecido antes que a mí. No podía culparla por mirarme con aquella expresión, dudosa entre darme al alta para evitar tener aquella conversación, o llamar a la planta de psiquiatría para ver si quedaban camas libres.

—No estoy segura de entender que me estás preguntando.

Bien, porque yo no estaba seguro de qué respuesta me ayudaría a solucionar aquella situación.

—Necesito saber si es posible... si se han dado casos... —Cogí aire. Miré la máquina que tenía a mi derecha, cuyo incesante resonar me ponía tan tenso que era imposible que me concentrara en relajarme. —¿Puede apagar eso?

—Me temo que su función es precisamente mantenerse en constante actividad. Coge aire despacio, para que no hiperventiles.

Hice lo que me decía. Una, dos veces...

—¿Podría el corazón guardar una especie de memoria del otro cuerpo? —Solté sin más, tan pronto me sentí preparado para hacer la pregunta. —¿Es posible?

—¿Qué tipo de memoria? ¿Muscular? Se ha demostrado que los grandes grupos musculares conservan cierta información que se conecta con el sistema nervioso central y recuerdan. Al hacer ejercicio, por ejemplo, el abdomen asimila contraerse porque ya lo ha hecho antes, o la espalda aplanarse ante una actividad reiterada que al principio debíamos pararnos a pensar. Igual que al dar brazadas al nadar o cuando nos movemos para conducir.

Fruncí el ceño. Ese era un ejemplo terrible.

—No me refiero a algo... reflejo. Sino más a algo más del tipo... emocional.

—¿Cómo recuerdos de lugares o vivencias? ¿Déjà vu?

¿Podía ser? ¿Qué sabía yo?

—Me temo que no puedo concretar más.

Se me acercó, sentándose en el mismo lado de la cama que había ocupado Raúl rato antes. Cuando me miró, llena de comprensión, supe que no había entendido nada, o que yo no había sabido explicarme. La idea de que nadie hubiera reseteado mi nuevo corazón antes de insertármelo en el pecho, dejando que la configuración anterior morara por mi sistema, por mi mente, por mis venas y mis recuerdos, me parecía tan improbable como terrorífica. ¿Cómo se borran una vida, y las cicatrices que se anclan en lo más profundo? La persona podía haber muerto, pero aquel latir constante que yo tenía dentro indicaba todo lo contrario.

Se suponía que debía mantenerme vivo a mí, ¿pero era yo quien respiraba de verdad? ¿O el

bombeo de sangre cálida que mantenía el resto en funcionamiento estaba alimentado por lo que había sido, querido, sentido y perdido otra persona?

—Adrián, ¿estás acudiendo a las reuniones del grupo de apoyo?

Apreté la mandíbula. No. No me había entendido.

—No estoy loco.

Ella se señaló la bata.

—Si así fuera sería otro de mis colegas el que llevaría tu caso. Y no usamos la palabra loco.

—Pero no me cree.

—Creo que estás empezando a entender la magnitud de lo complejo de todo esto. No has pasado por una cirugía menor. El trauma no es comparable al de un accidente de coche. Ni siquiera al de una amputación, porque cuando pierdes un miembro, su ausencia es asumible. Por mucho que tardes y que te parezca notarlo unido a ti, el hueco que deja es palpable. Algo que puedes corroborar. —Puso la mano sobre mi brazo, a la altura del tensiómetro, que por lo visto, se convertiría en un accesorio del que por ahora no me iba a librar. —Tú no has podido hacer duelo, porque lo que te falta fue reemplazado de inmediato. Es difícil de asimilar.

—Me han cambiado el corazón porque si no me moriría. ¿Ve? Simple. Lo he asimilado. Sonrió.

—Ve a terapia, Adrián. Estoy segura de que allí encontrarás respuesta y comprensión. Por más que yo haya estudiado el funcionamiento de un corazón, nunca he vivido en mi carne eso que tú experimentas. Me temo que mi ayuda solo podría ser técnica.

—No cree que pueda estar recordando o teniendo vivencias de otra persona, ¿verdad?

—Creo que intentas desesperadamente seguir siendo el mismo cuando es evidente que ya no lo eres. Pero eso llevará tiempo. Y te reconciliarás con la nueva parte de ti hasta sentirte completo otra vez.

—¿Reconciliarme? ¿Cómo voy a reconciliarme si ni siquiera me siento yo? ¡Me he olvidado de conducir!

—Es normal. Te lo aseguro. Completamente normal.

¿Cómo iba a serlo? No tenía sentido. Nada de aquello lo tenía. ¿Y los gustos nuevos? ¿Y la chica? ¿Cómo podía verla con tanta viveza, sentirla, olerla, hundirme en ella y sentirla temblar si estaba en mi cabeza? ¿Cómo podía existir y a la vez, cómo podía no hacerlo si yo me dormía y despertaba pensándola? ¿Si estaba en mi cabeza y cada vez ocupaba más espacio?

—Adrián, la respiración. Lenta y fluida.

Joder, puta disnea.

Cerré los ojos con fuerza, obligándome a calmarme. Si me ponía histérico y volvía a perder la conciencia ni sacaría nada en claro ni podría salir del jodido hospital. Aunque quizá podría volver a verla... ¿lograría controlar era recuerdo, el *flashback* o lo que quiera que fuera? ¿Podría interactuar con ella, hacerle preguntas? ¿Saber por qué seguía anclada a ese corazón? O mejor dicho, por qué ese corazón seguía tan anclado a ella.

De pronto, una idea. La suerte de bombilla que ilumina la cabeza de los dibujos animados. Una idea lógica. Una puta respuesta posible, con sentido.

—¿Quién fue?

Mi cardióloga, que ya consultaba su reloj de pulsera y la planilla que llevaba bajo el brazo tardó solo un segundo en entender la pregunta.

—Esa es una información que no podemos darte.

—Solo quiero saber...

—Generalmente cuando una familia acepta donar los órganos de un ser querido lo hace en

régimen de anonimato, Adrián. Y este caso es ese.

—Puedo entender que no quieran ver caminando y respirando a alguien que usa los órganos que su ser querido ya no puede...

—Perfecto, entonces descansa. Mandaré que te traigan algo de comer y valoraré para darte el alta mañana, si mantienes controlada esa disnea.

—... ¡solo quiero agradecerles el gesto!

No era mentira. Una verdad a medias puede, pero no mentira.

—Seguro que lo apreciarían, pero me temo que necesitarán su tiempo para procesar el duelo. ¿Quiénes? ¿Los padres? ¿Una novia? ¿Quién había tomado la decisión?

—Me han salvado la vida. De no haber donado el corazón, me habría muerto.

—Entonces, Adrián, céntrate en eso. Disfruta lo que tienes. La segunda oportunidad que se te ha dado.

Me quedé a solas con mi rítmico latido cardiaco y todas mis dudas intactas. Preguntas que no tenían respuesta o respuestas que no estaban a mi alcance porque en aquella especie de adopción cerrada, los dueños originales del corazón no querían decirme quiénes eran. Pero esa era la cuestión, ¿no? Tenía que saberlo. Quizá el otro, el portador original, había tenido una muerte violenta. O repentina. Quizá por eso el corazón todavía no se había desapegado del todo y me mostraba esos momentos, sucesos... instantes que más difícil le era dejar atrás.

—Debía amarla, eso está claro. Tenía que quererla muchísimo... tanto como siento que lo hago yo cada vez que la veo.

No tenía ningún sentido, y aun sin tenerlo, me sorprendía buscándola cada vez que cerraba los ojos, pues de momento, mis sueños, mis momentos de mala salud o de inconsciencia, eran los únicos donde podía hallarla.

—*Hola guapa...*

Sonrió, intentando disimuladamente ordenarse el pelo.

—*Hola.*

Se le escapó un bostezo.

—*Mierda, ¿estabas dormida?*

—*No, que va.*

—*¿Qué hora es allí?*

Supe que no me lo diría. Que iba a cambiar de tema. Que sin duda, la había despertado.

—*Estaba despierta. ¿Qué tal todo? ¿Qué has hecho hoy?*

Desde el otro lado de la videollamada, me tapé la cara con la mano. Andando bajo las farolas, con un poco de nerviosismo por el tiempo sin verla y otro poco de falta de aplomo por el alcohol que había tomado, pensé que no se me había ocurrido pensar en la diferencia horaria. Ella, tan bonita como siempre, pero infinitamente menos de lo que recordaba, había respondido afirmativamente al mensaje y a mi petición de llamarnos, pero ahora que caía en la cuenta... debía haberla despertado.

—*Perdona, hablamos mañana mejor, ¿vale? Que tienes que descansar.*

—*¡No, no! ¡Jo, no cuelgues!*

Le sonreí.

—*Pero si te estás cayendo.*

—*Si hubiera querido dormir habría apagado el teléfono al acostarme.*

—*¿Y por qué no lo has hecho?*

—*Pues por si llamabas tú, ¿por qué va a ser?*

Me quedé mirando su imagen. La luz no era buena y como la sabía nerviosa, no me pareció raro que moviera el teléfono y su cara se desenfocara todo el tiempo. Aun así, seguía acelerándome el corazón cada vez que la miraba. Extendí la mano, sorprendiéndome al intentar apartar un mechón de pelo de su rostro.

—Ojalá pudiera tocarte... —me mordí el labio. —Y más cosas.

—¿Cómo cuáles?

Me acerqué más a la pantalla para susurrar.

—¿De verdad quieres que te las diga? Porque si empiezo el juego luego te sentirás cortada y no dirás nada.

—Ya sabes que se me da mejor cuando es solo audio. —Sonreí. —Jo, qué guapo estás. ¿De dónde vienes?

—De una cena con amigos que se nos fue de las manos. Pensé que podría gustarte acompañarme a casa. —Enfoqué mis pasos. —¿Reconoces esta calle?

—Una con adoquines. O baldosas.

—Muy lista. —Me reí. —Llegará el día en que habrás venido tanto que lo sepas todo de memoria.

—Ya me controlo muy bien con el galimatías de transporte público que tenéis.

—¿Ves? Lo que nos falta de océano lo suplimos en líneas de metro. —Volví a enfocarme. —Hola.

—Hola...

Quería preguntarle por su trabajo, por lo que había hecho ese día, cómo se encontraba, qué tal estaba su familia, si había dormido bien las noches anteriores, qué planes tenía para el día siguiente... quería que la charla fuera algo ameno y distendido, porque debería colgar cuando llegara a casa y no quería quedarme con mal sabor de boca, ni provocárselo a ella. Había planeado un poco lo que decirle, y aun así...

—¿Me echas de menos?

—¡Qué va! Pero si hablamos todos los días. A todas horas casi.

Me hice el ofendido llevándome la mano al pecho.

—Menuda borde.

—Y te encanta.

Le saqué la lengua. Se echó a reír.

—¿Entonces... nada? ¿Ni un poquito de menos me echas?

Puso los ojos en blanco y pareció pensárselo un minuto. Joder, era adorable. Despeinada, medio dormida, haciéndose la dura y ampliando la imagen con los dedos para verme más cerca cuando pensaba que no me daba cuenta.

—Mucho. Ya lo sabes.

—¿Y tienes ganas de verme?

Evitó mi mirada fija como hacía siempre que mi atención la perturbaba.

—Ya lo sabes...

—A los chicos nos gusta oír esas cosas, ¿sabes?

—¡No me digas que tenéis sentimientos!

Me reí.

—No puedo hablar por los demás... pero yo... los tengo todos.

—¿Ah sí? ¿Y qué los motiva?

—Pues usted, señorita. Y ahora dígame, ¿tiene ganas de verme?

—Infinitas...

Sonreí. Parecía un número efímero para cómo me sentía yo.

—Infinitas.

—Estoy loca por ti.

Cuando lo dijo sentí que algo en mí se paralizaba... para renacer luego con el doble de fuerza. El doble de poder. El doble de todo.

—Pues menudo problema tenemos...

NUEVE

Herencia

Los siguientes tres días fueron una penosa sucesión de cama—aseo—sofá.

La idea de controlar aquellas visiones de un pasado romántico y recurrente que cada día deseaba más como míos a sabiendas de que era muy posible que los estuviera robando me habían sumido en un constante estado de estrés y nerviosismo. La nueva medicación tampoco ayudaba.

—Ya tienes las sábanas cambiadas. Otra vez. De verdad Adrián, no sé cómo una persona con tu tamaño puede sudar tanto.

Echado en el sofá —uno de los escenarios que se me permitía pisar en aquel videojuego que parecía mi propia cárcel personal—, miré a mi hermano con disculpa.

—Creo que es por la pastilla de las arritmias. Se supone que tendría que controlar pero me provoca... convulsiones. Y un insomnio de la hostia.

—Sí... Manu y yo te oímos dar vueltas toda la noche. Y levantarte.

Joder, menudo panorama.

—Lo siento tío.

Raúl le quitó importancia a otra de las ya incontables incomodidades que le provocaba mi presencia con un gesto de la mano. Agarró el mando y empezó a hacer zapping. Distráido, me di cuenta de que la carpeta marrón con el sello de una de las empresas de adopciones con la que habían contactado meses antes, y que tan ilusionado me había mostrado por videollamada cuando yo tenía casa y vida propia, seguía cogiendo polvo en la mesita. Abandonada, igual que los planes que habían tenido antes de que yo ocupara su vivienda y tiempo libre.

—¿Cómo van los trámites? ¿Avanzan?

Tratando de decidir entre un *reality* y un programa de repostería, Raúl encogió los hombros y pretendió fingir que aquel no era un tema vital para ese momento. Se olvidaba de que tan transparente como era yo para él, lo era él para mí. Ni de coña iba a poder esconderme eso.

—Deberíais ponernos a ello. Tengo entendido que son procesos largos, cuanto antes empecéis...

—Adrián, ahora mismo hay cosas más importantes en que centrarse.

—¿Más importante que un hijo? Dime una.

Mi miró como si me hubiera vuelto loco de repente. Y eso que no sabía que la cuestión principal que me mantenía despierto por las noches era la obsesión por una chica de cuya existencia misma dudaba, y de la que me sentía cada día más enganchado sin haberla visto jamás.

¿Qué cara pondría si le confesaba que reconocería su olor en una habitación llena de gente? ¿O que sabía cómo sonaba su voz cuando yo, porque no podía ser otro, estaba a punto de provocarle un orgasmo? ¿Que tenía vívida en la memoria la sensación de penetrar en su cuerpo y sentirme ahogado por su sexo húmedo, cálido, mientras sus ojos, esos jodidos ojos que quería ver cada día más cerca, no dejaban de mirarme?

—¿Mi hermano enfermo, tal vez?

—¿Tengo que recordarte lo contraproducente que es que te refieras a mí como enfermo para mi terapia de grupo?

—Odio a tu grupo de terapia. Son unos mandones.

—Fliparías. —Me removí, agradecido del cambio de tema. En mi condición, pensar en cosas

potencialmente eróticas era el equivalente a salir con la chica que te gustaba llevando vaqueros muy ceñidos. Una tragedia anunciada. —Hablo en serio.

—Y yo. Primero tenemos que centrarnos en que te recuperes, después... ya veremos.

—¿Después ya veremos? ¿Eso es lo que tienes que decir sobre convertirte en padre?

—Adrián...

—Raúl, por lo que sabemos, esto puede llevar meses, años.

Se rascó la nuca. Otro gesto inequívoco de que estaba nervioso.

—La cardióloga dijo que era de esperar que en seis meses el cuerpo hubiera encontrado estabilidad.

—Que era de esperar. —Me señalé. A mí, y al batiburrillo de sábanas sudadas que mi hermano había dejado en el cesto de lavar, a la entrada de la puerta del dormitorio. —¿Te parece que me esté estabilizando?

—Ha pasado poco tiempo. Estas regresiones son normales.

Enarqué las cejas.

—Perdone usted, experto en trasplantes de corazón.

—Adrián, no me presiones.

—Hazlo ya, Raúl.

—Adrián...

No lo dejé terminar. Ya estaba bien. No pensaba ser el familiar que obligaba a todos a dejar de lado sus sueños, sus vidas enteras en pos de un bienestar que quién sabe cuándo llegaría. Si es que llegaba. Cuando nuestra madre había ingresado, y era más morfina que mujer, los días y las semanas para Raúl y para mí habían dejado de tener sentido. Vivimos en una especie de calendario imaginario donde lo mismo podía ser domingo que miércoles, tanto daba. No había ocio, cervezas con amigos, horario de trabajo, salidas con seres queridos... moramos a las puertas de la existencia. Esperando lo que no deseábamos que llegara y al mismo tiempo anhelábamos con todas nuestras fuerzas. Por ella, para que dejara de padecer dolor, si quiera aquellos minutos escasos en que las enfermeras tardaban en ofrecerle otra dosis del veneno que a la vez la calmaba y al tiempo nos robaba más del preciado y escaso tiempo que nos quedaba juntos; y también por nosotros, para abandonar aquel limbo insoportable y restituirnos en una realidad que, si bien sería insoportable por la pérdida, al menos nos pertenecería.

—Si esto no va bien y me muero...

—Joder, Adrián.

No había tiempo para sutilezas, y así se lo indiqué con un gesto.

—Si esto no va bien y me muero, no quiero que hayas perdido el tiempo. Ni oportunidades. Quieres ser padre. Has nacido para eso. Empieza los trámites. Aprovecha cada segundo que tenéis, Manu y tú, y no esperéis. Si me voy quedará eso. Y será un consuelo saberlo.

—No te vas a morir.

—Puede. Pero lo mismo me vuelvo loco por el encierro, los cambios de personalidad y la sobredosis de mierdas recetadas. En cualquier caso, y aunque agradezco que me cuides, no puedes parar tu vida. No quiero eso.

—La decisión no es tuya.

—Los cojones que no. Cojo el coche y no me vuelves a ver el pelo.

—Pero si ahora no sabes conducir.

—No me acuerdo, que es diferente.

—Te vi sentado en mi coche diez minutos, mirando los cambios como si estuvieran escritos en élfico.

—¿En qué?

Raúl se llevó la mano al pecho. Temí que su corazón estuviera dando muestras de fallar también.

—¿Eso también? ¿Te has olvidado del élfico? ¿Del Señor de los Anillos? ¿De Aragorn?

—Estaba de coña, no empieces a recitarme los títulos.

Según nuestra costumbre, veíamos esa trilogía todas las Navidades. Era algo que conservaba de mi antiguo yo, aquel que asomaba la patita de vez en cuando para recordarme que habitaba dentro y luego se escondía bajo las sábanas para que el otro tomara el control. El otro. Que había intentado poner en marcha el coche y, tal como había dicho Raúl, había subido y bajado del asiento del conductor sin poder traducir una sola coma del galimatías de aquella máquina incomprensible.

Eso sí, la noche anterior había hecho unos tacos de champiñones y pimienta jodidamente perfectos.

Nunca había cocinado nada semejante. De hecho, y como me había pillado solo en uno de esos extraños momentos donde mis carceleros habían consentido salir de casa —dicho con todo el cariño que se puede tener para aquellos que están cuidándote, anteponiéndote a sí mismos—, les dije, por evitar explicaciones que estaba muy lejos de poder satisfacer de modo creíble, que había pedido cena al mexicano de abajo.

—Pues están mucho más buenos que otras veces. Hasta los que no llevan carne. —Dijo Manu, con la boca llena. —Joder, deben haber contratado con cocinero nativo de verdad.

Yo agaché la cabeza, concentrado en mi versión sin picante de aquella receta que, por alguna razón, ocupaba ahora el espacio de mi cabeza donde antes había otras cosas.

—Raúl, no te vayas por las ramas...

Chascó la lengua.

—No tengo cabeza para eso ahora mismo, Adrián.

—Pues búscala. Piensa en tu familia.

—Tú eres mi familia.

—Pero no puedes olvidar a tu marido.

—A Manu le importas. Te quiere.

—Joder, y yo a él Raúl. Antes que mi cuñado es mi mejor amigo, pero eso no viene al caso, y ya sé que no te va a dejar porque tengas que cuidarme, lo que te digo es que no dediques toda tu energía a eso.

—Eres mi hermano.

—Y tú eres mi hermano. —Le miré con fijeza, intentando que entendiera en ese gesto lo importante que era para mí que avanzara. —Te mereces ser padre. Y yo quiero un sobrino al que malcriar y enseñar cosas. —Sonreí un poco. —Quizá si me mantengo vivo hasta que cumpla dieciocho él podría enseñarme otra vez a conducir a mí.

—¡Admites que no sabes!

—*Touché*. —Los dos nos reímos. —¿Lo pensarás?

—¿Me dejarás en paz si no lo hago?

—Negativo.

Suspiró. Su mirada, clavada ahora en el sobre que guardaba sus anhelos y esperanzas, por más que los hubiera aparcado me dijo que lo haría. Que quizá solo necesitaba darse permiso para ponerse primero otra vez.

—¿Sabes? Esto te va a sonar estúpido pero... durante mucho tiempo tuve celos de ti.

—Normal, ¿has visto que pelazo?

Me tiró un cojín y yo fingí que me había dado en la cicatriz solo por el placer de ver su cara de absoluto arrepentimiento. Lo siento. Cuando uno pasa por lo que yo, tiene escasos momentos de placer. Fastidiar a mi hermano mayor era de los pocos que me quedaban.

—Hablo en serio. Envidiaba el vínculo que tenías con mamá.

—¿Cuándo me diagnosticaron el defecto? —Asintió. —Pues qué subnormal.

—Ya... me di cuenta cuando ella faltó y tú empezaste a empeorar, pero al principio... cuando los médicos te lo encontraron, me sentí...

—¿Sano, normal y con toda una vida por delante?

—Fuera. Apartado. Sin herencia.

Ni en un millón de años se me habría ocurrido que algo así hubiera podido pasarle por la cabeza. Nunca. Él, que no había dudado ni experimentado ningún tipo de controversia cuando nos contó lo de su homosexualidad, una vez superada la barrera de mi padre más como un salto a la libertad que como un castigo, de pronto, había notado una exclusión que jamás había compartido.

—Raúl, con todo el cariño... eres imbécil.

—Lo sé.

—¿Por qué nunca lo dijiste, tío?

—¿Qué? ¿Qué me sentía desplazado porque mi madre y hermano tenían una enfermedad congénita de la que yo me había librado?

—Nosotros estábamos agradecidos de que no la hubieras heredado. Sobre todo mamá.

—Pues yo sentía que vosotros compartíais algo de lo que yo era ajeno.

—Imbécil.

Encogió los hombros. Giró el cuerpo en el sofá, donde ambos nos habíamos quedado, ante una tele que reproducía algo en modo mute. Me miró.

—Cuando creí que te perdía me di cuenta de lo absurdo que había sido. Y también de que no podría pasar por eso otra vez.

Tragué saliva.

—Entendido. No más bromas con la muerte.

—Eso estaría bien.

Raúl me dio unas palmaditas.

—Esta noche cocino yo. Me siento inspirado.

—Pero no abuses de la sal.

—¡Yo no abuso de la sal!

—Y tampoco cortes las patatas como si fueras un matarife en prácticas que coge un cuchillo por primera vez. —Levanté los brazos. —Como consejo.

—Dijo él, que pide a domicilio la noche que le toca.

Me guardé la sonrisa para mí.

—Tienes razón...

Raúl se levantó, se llevó las sábanas y, para mi eterno placer, también el sobre con los documentos. Yo insistí en que me dejara poner la mesa y al final, trocéé las patatas. A los quince minutos noté temblores y un sudor frío en la nuca, que el pelo suelto disimuló y del que no hablé. Si no quería que mi enfermedad controlara la vida de mi hermano mucho menos deseaba que lo hiciera con la mía, aunque fuera el principal afectado.

Para cuando llegó Manu todo estaba dispuesto, nos sentamos a cenar y hablamos de banalidades, en una de esas charlas amenas donde todos nos esforzamos en ocultar los elefantes rosas que no rompen la vajilla y astillan nuestros muebles a su paso desigual. Esperé dormir

profundo esa noche, aunque no contaba con ello. Y deseé que, cuando se retiraran juntos, empezaran a rellenar los papeles que, con suerte, se convertirían no muy tarde en el hijo que ambos tantos deseaban.

—Le he preguntado a la cardióloga por el donante. —Me miraron. —No me ha dicho nada.

—Normal. —Manu dio un trago largo a su cerveza sin alcohol. Se frotó las manos con la servilleta antes de servirse más patatas. Las había aliñado con ajo y especias. Me habían quedado de lujo, aunque no tenía ni idea de cómo ni por qué. —Si a mí se me muriera alguien, no querría ver pasearse al receptor de sus órganos delante de mí. Vivito y coleando.

—Tiene que ser horrible. —Raúl negó con firmeza. —Pero desde el otro lado... supongo que podría agradecérselo. Joder, ahora que lo pienso, mi hermano está aquí gracias al gesto de esa persona. Me gustaría dar gracias.

—Eso pretendía yo. —Una verdad a medias. —Pero la cardióloga dijo que la familia había hecho una especie de donación cerrada.

—Comprensible. —Manu nos miró a ambos, como en un partido de tenis. —Y respetable.

Raúl y yo no comentamos nada, pero ambos nos comunicamos a la perfección sin necesidad de palabras. Si mi cuñado creyó que su sentencia había calado y sería recibida como una especie de oración, de esas que uno obedecía bien por fanatismo o por miedo a posibles repercusiones... no lo dijo. Solo se limitó a comer sin ahondar más.

Una vez todo recogido, me fui al dormitorio para dejarles intimidad. Habían hecho cambios, claro, pero la esencia de mi madre seguía allí. De alguna manera, y aunque los muebles habían sido cambiados de sitio la ropa de cama sustituida y elementos como el tocador o la mecedora guardados en otro sitio, yo la sentía cerca. Podía tener que ver con haber pasado muchas noches en vela entre aquellas cuatro paredes, velando una respiración inusual, enjuagando una frente perlada de sudor, colocando cánulas de oxígeno y, al final... recogiendo ropa para envasarla al vacío, guardando perfumes, encajando toda una vida en cajas de cartón, como si lo que había sido mi madre pudiera acomodarse en el fondo de un armario, en un guardamuebles o en cualquier trastero y desaparecer.

—Podríamos desmantelarlo todo y seguiría presente.

Todo olía a ella, lo que me torturaba y al mismo tiempo, me recordaba por qué era tan importante seguir.

Después de ducharme, me senté en la cama y recogí el álbum de los horrores que Raúl había llevado días atrás al hospital y había dejado en la mesita de noche. Me di el gusto de verle en plena adolescencia, cuando decidió ponerse unos aretes y se peinaba con el pelo ondulado delante de los ojos, como una especie de emo que olía a colonia y llevaba las camisas, siempre estafalarias, perfectamente planchadas. Puede que yo hubiera tenido la fama, pero él no se quedaba atrás.

Conforme el reloj hizo avanzar las horas y el sueño fue ganándome la partida, me pregunté qué sería de mí aquella noche. Si el afán por controlar lo que quiera que fuera que me transportaba allí, donde era yo, y otro y estaba ella y a la vez no estaba; me dejaría otra vez sin dormir, nervioso, sudoroso y taciturno, para despertarme de mal humor y con una pesadez en el alma que no creía que ninguna charla de grupo de apoyo pudiera solventar.

¿Cómo decirles lo que pasaba en realidad? ¿Cómo podía entenderlo nadie? La cardióloga, única persona a la que me había atrevido a hacer partícipe de aquello, se lo había tomado de forma tan poco literal, interpretando como normal algo que distaba de serlo porque en su mente, mis vacíos, lagunas y pedazos a medio construir se le antojaban algo mecánico, médico y psicológico, que no me atreví a insistir. El trauma por el órgano sustituido. La dureza de asimilar

que tras toda una vida temiendo la muerte ahora podría vivir. No era eso. Era imposible que lo fuera.

—Si al menos supiera quién es ella... si pudiera descubrir si tiene relación con el donante, si le amaba, si estaba unida a él de alguna manera...

¿Estaba intentando el nuevo corazón que la encontrara?

¿Quería mi benefactor que diera algún mensaje por él?

¿Acaso no aceptaba que su vida había terminado, que la había perdido, que ahora ella era...?

—*Y amansas el oleaje que rompe contra mis venas...*

Levanté la vista. La imagen de Raúl, acodado en una puerta que yo no recordaba haber dejado entreabierta me arrancó de unos pensamientos peligrosamente funestos y posesivos. Sacudí la cabeza. Ella no era mía, joder. No podía serlo.

Y sin embargo...

—Eres tonto.

—Lo que quieras. —Raúl entró, señalando la página del álbum que yo había dejado abierta. —Pero no te cansas de mirarte.

—Era bien guapo, coño.

—Si ya ligabas antes... ahora con esa cicatriz, rollo Orlando Bloom en Piratas del Caribe, ni te cuento.

—No tengo el cuerpo para eso.

Cerré el álbum y lo dejé a un lado. Miedo me daba volver a tener un sueño, una ensoñación, fantasía o lo que hostias fuera, donde volviera a experimentar el sexo. Lo último que me faltaba era empalmarme en un momento inapropiado cuando no me sentía yo, que el cuerpo no lo soportara y me cortocircuitaran los puntos.

Ya puestos... ¿por qué no?

—Ya lo tendrás. Oye... que quede entre nosotros, pero... no me quito de la cabeza lo que has dicho cenando. Lo de agradecerle a la familia del donante. Joder, me parece importante, no sé cómo se te pudo ocurrir primero a ti.

—Será que ahora tengo un corazón más noble que el tuyo.

Y encoñado a un nivel estratosférico, hasta tal punto que se encontraba desesperado por reencontrarse por la chica, quien quiera que fuera, en la que ni yo era capaz de dejar de pensar.

—¿Tú crees? —Le miré con sorna. —Coño Adrián, el corazón, además de sus funciones básicas... es el encargado de sentir. De desear... ¿crees que quizá...? ¿qué podría ser distinto al que tenías antes?

Se me iluminó un rayo de esperanza. Por un segundo, uno nada más, creí que tal vez Raúl llegaría a mí misma conclusión y que no me miraría raro si le contaba lo que me estaba pasando, pero justo entonces, cuando iba a atreverme a hacerlo, empezó a negar y a reírse.

Me vi forzado a hacerlo también.

—Estás pirado.

—Ya... menuda chorrada. Pero oye, lo otro iba en serio.

—La donación es cerrada. Poco podemos hacer.

Con el dedo levantado, Raúl me enseñó su móvil. Confundido, esperé. Le encantaban las pausas dramáticas.

—Puede que no podamos preguntar los datos directos pero... nadie nos impide consultar los accidentes mortales que hubo el mismo día o el día previo a tu operación, ¿no?

—¿Y luego qué? Vamos puerta por puerta preguntando... "*perdone, ¿ha muerto un familiar suyo y ha donado sus órganos?*"

Se encogió de hombros.

—¿Se te ocurre un lugar mejor por el que empezar?

Me alcanzó la carpeta con los informes médicos que habíamos ido recopilando. No había más información del donante que el grupo sanguíneo y algún dato aleatorio más, válido más para confirmar la compatibilidad con mi cuerpo que para descubrir identidades, sin embargo...

—Supongo que no perdería nada por probar.

Quizá algún nombre, alguna circunstancia o alguna fotografía pudiera despertar algo en mi cerebro. O bueno, en mi nuevo corazón, que parecía ser ahora el que llevaba la voz cantante.

—Pero recuerda: siempre desde la comprensión y el respeto.

—Por supuesto.

Di las buenas noches a Raúl, que me dejó solo, entornando la puerta al salir. Me pregunté cuánto de comprensiva sería ella, si es que la encontraba, cuando al verla, en caso de existir, me lanzara a estrecharla entre mis brazos, ansioso por reconocer el sabor de sus labios, la textura de su cuerpo, el olor de su pelo y la visión, cerca, muy cerca, de sus ojos.

La miraría, y con una sonrisa le diría algo de eso, una de esas frases que mi yo afortunado, el que la tenía siempre que quería, solía susurrarle.

He cruzado océanos de tiempo para encontrarte...

Quizá lo del respeto podría ser un problema.

—¿Me reconocerás a mí al verme, o solo te sentirás atraída hacia el corazón que amaste?

Estaba a punto de implicarme con todo lo que tenía, que en ese momento era bien poco, en algo que bien podría no ser real... sí, definitivamente, aquello iba a ser un problema.

DIEZ

Abdomen

Nunca había sido un gran deportista. Esa era la verdad. Era ágil, estaba en mi peso y podía moverme y andar a grandes zancadas, cogiendo velocidad si era preciso, pero no había sido usuario asiduo de gimnasio, realizado alguna actividad física constante o llevado a cabo largas y diarias prácticas de cardio. Quizá, si lo hubiera hecho, ahora no sentiría como una tarea digna de un atleta profesional el recorrer la escasa distancia que separaba las dos barras fijas, soportes de un recorrido de ‘obstáculos’ que hasta un crío de primaria podría sortear.

—¡Lo estás haciendo muy bien, Adrián! ¡Ánimo, no desistas!

Le sonreí a la fisioterapeuta. Estuve tentado de alzar el pulgar a modo de “Ok. Todo va bien”, pero estaba tan agotado que soltarme de la barra para hacer el gesto me pareció imposible. Por delante tenía una serie de bloques, que debería subir y bajar y unos conos para ir en zigzag. Terminaría el recorrido a la pata coja y luego, tendría unos veinte minutos de bicicleta, a escoger entre elíptica o estática.

De verdad que no morir había estado bien, pero...

—No sé yo si me compensa.

Me pasé la toalla por la frente y miré abajo. Aunque no tenía el mayor de los apetitos, sí era cierto que reposaba todo lo que comía, con lo que mi abdomen se había ondulado un poco. Lo notaba sobre todo en el estampado de la camiseta de Johnny Cash que llevaba puesta, y que recordaba se veía mucho más plano antes de la operación. Además, como no pusiera remedio a aquel sedentarismo, lo que conocía como pectorales iba a mutar en breve hasta el nivel de tener que ir pensándome comprar un sujetador.

—¡Adrián, no decaigas!

Cogí aire y continué el recorrido.

Me habían hecho soplar la bolita amarilla antes de empezar y tendría que volver a hacerlo después. Había una cierta mejora, pero que actividades tan simples como alzar las piernas, saltar o caminar a velocidad un poco más alta de lo normal siguieran dejándome sin resuello me ponía nervioso. Además, me había pasado la noche en vela buscando en la hemeroteca del móvil los accidentes con víctimas mortales que habían ocurrido en Madrid los días antes de mi operación. Como conclusión, tenía una jaqueca terrible, mucho sueño y decaimiento emocional.

No era el mejor pronóstico para enfrentar unas pruebas físicas, más aún si éstas estaban a cargo de una chica de veintipocos y que llevaba uno de esos conjuntos de yoga que parecen pintados en el cuerpo. Resoplé. Por lo menos ese día me quitarían los puntos restantes, y podría ver el estado actual de la cicatriz.

—Míralo por el lado bueno. —Me había dicho Manu esa mañana. —Podrás jugar la carta del corazón roto y pedir que te lo arreglen.

—¿Se puede ser más cutre?

—¡Todo el mundo aprovecha sus cicatrices para ligar!

—Es verdad. —Afirmó Raúl, aparcando en el centro de fisioterapia. —El corte ese ridículo que tiene en el dedo... lo mencionó cinco veces en nuestra primera cita.

—Me lo hice salvando a una camada de gatos.

Me eché a reír.

—¿Dices cuando íbamos pedo a los diecisiete años, te pareció buena idea colarte en una casa

y el gato de la dueña se te enganchó a la mano? No recuerdo que hubiera camada. Ni que salvaras nada. De hecho, yo tuve que sacarte a ti porque no podías trepar la valla.

Ofendido, mi cuñado se cruzó de brazos, no sin antes dedicarme una mirada mortuoria a través del retrovisor.

—Todas las historias tienen dos versiones.

Ahí había quedado el debate. Después, yo había entrado a la terapia física y ellos habían seguido su camino, sin duda disfrutando de un merecido rato tranquilo y a solas.

—¿Todo bien?

La sonrisa de la terapeuta me subyugó un poco. Hice lo que pude por devolvérsela sin vomitar el desayuno.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—¡Claro que sí! Esto no es una competición. La cuestión es...

—... ser mejor que el yo de hace dos días. —Asintió con fervor. —Me sé el mantra.

—¡Claro que te lo sabes! ¿Y sabes qué más sabes? ¡Que podrás acabar el circuito, porque tú controlas tu cuerpo y no al revés!

Joder... no sabía si era la reina del optimismo o si iba puesta de algo. Como fuera, asentí, poco más se podía hacer. Me dio una palmada amistosa en el hombro y se marchó en dirección a las mancuernas, donde un septuagenario con mucha mejor forma física que yo, hacía series sin que se le mojara la frente con una sola gota de sudor.

Una vez acabada la primera parte de la tortura, me encaminé a la bicicleta. Opté por la estática, porque necesitaba estar sentado. Parcialmente mareado, sudoroso y agotado como si hubiera corrido una maratón, dejé que me colocaran los electrodos y que conectaran la pantalla del aparato de dos ruedas al monitor cardíaco. Empecé con un pedaleo lento y sinuoso, moviendo los brazos, cogiendo aire por la nariz y soltándolo por la boca, recordando no encorvar el cuerpo y manteniendo la espalda recta para que el pecho sufriera la menor presión posible. Cerré los ojos con fuerza. La siguiente bocanada me costó un poco más.

—Adrián, acelera las pedaladas cuando puedas.

Asentí en dirección a la zona de controles, esa especie de habitáculo detrás del cristal donde se iba viendo el avance de mi trabajo, el estado de mi corazón y cómo las pulsaciones y latidos se mantenían estables o se iban alterando. Pensé que, de haber sido opaco, aquel cristal habría creado la sensación de ser uno de esos chismes policiales de las pelis, donde siempre hay varios agentes observando el interrogatorio y decidiendo quién de ellos interpreta el papel de poli bueno y quien el de poli malo.

—¿Adrián? ¿Nos oyes bien?

—Alto y claro. Corto. —Sonreí. —Perdón.

—No pasa nada. Aumenta el ritmo para que la frecuencia cardíaca suba un poco más. Si dentro de unos diez minutos hay estabilidad, te indicaremos que intentes pedalear de pie. ¿Te parece bien?

Apreté un poco los labios. Joder, había elegido esa bici porque era la que me permitía estar sentado, ¿y ahora me tenía que levantar? Desde abajo, en mi abdomen, un arrugado y deforme Johnny Cash pareció juzgarme con la mirada.

—¿Tienen preparado otro corazón en caso de emergencia?

—Tranquilo. No creo que tengamos que llegar a eso. ¿Preparado? Sube un poco la intensidad. ¡Súbela más, Adrián! ¡Sube!

—¡Sube, corre!

Recorrí el espacio que me separaba de ella en un par de zancadas ágiles. Corté su carcajada con un beso. Mi lengua la asedió, acosó su boca y la tomó como rehén. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, entramos enredados, en tropel. Le di el tiempo justo para que pulsara el botón antes de lanzarme en pos de su cuerpo, buscar bajo su ropa y arrinconarla contra aquel receptáculo que, en su ascenso, parecía emular el estado de nuestro deseo.

—Si esto no fuera acristalado...

—¿Qué?

Sonreí, con su lengua rozando mi labio inferior. Su bolso se atravesó entre nuestros cuerpos. Fue una suerte que algo me recordara donde me encontraba y cuál era la realidad. Estaba presto a perder el norte.

Joder, habría lanzado al vacío con gusto los cuatro putos puntos cardinales.

—Te follaría aquí mismo.

Tembló entera. Me encantó sentirlo en las palmas de mis manos, que recorrían sus brazos, deslizándose hasta tomarla de las manos y entrelazar nuestros dedos.

—Ya casi llegamos...

—Vamos a llegar una y otra vez antes de que se acabe la noche.

—¿Lo prometes?

Se puso de puntillas y me rozó la nariz, abrí la boca pero en ese momento, el pitido que indicaba nuestro piso rompió el momento. Aunque no mitigó la magia.

Echamos a correr como el par de amantes locos el uno por el otro que éramos, avasallando pasillos vacíos cuya penumbra moría a nuestro paso. Cada pisada daba una luz. Cada recodo del camino nos mostraba una puerta que no era la que deseábamos atravesar.

Hasta que por fin...

Mordí su cuello y abracé sus caderas mientras ella trasteaba en el bolso en busca de la llave magnética. Resistí la tentación de quitársela de las manos solo un segundo, lo que tardó en girarse y mirarme con sorna, seguramente predispuesta a algún juego que nos hiciera esperar todavía más. No lo permití. No me quedaba paciencia. La había malgastado toda en el camino de vuelta y la subida en el ascensor.

El sensor verde y el chasquido de la cerradura sonaron como un canto celestial. Después... todo fue caos. Uno placentero y arrollador. Sorprendentemente ordenado dadas las circunstancias: queríamos follarnos el alma y querernos la piel en cada superficie. Mientras nos quedaran fuerzas, mientras nos amparara la luna y el agotamiento nos respetara la intención.

Tan pronto quedamos al amparo de la soledad del dormitorio, empujé su cuerpo contra la puerta que habíamos cerrado. Protegí su espalda con mi brazo y antes incluso de empezarnos a besar mis dedos encontraron el sendero que prometía placeres inimaginables bajo su falda. Exhaló un gemido que me bebí con los ojos bien abiertos. No había nada en el universo, más allá de ella, que deseara mirar.

—No me has dicho nada del conjunto...

—Estás preciosa.

—Llevo lencería especial.

Sonreí, apartándole el pelo a un lado y humedeciendo la zona de su cuello que pensaba marcar a mordiscos, a soplidos. A ruegos de que el momento no se acabara jamás.

—Me encantará tirarla al suelo sin fijarme ni un poquito en como es.

Chascó la lengua y me apartó con ceño. Me reí y la levanté en brazos. Aunque pretendió seguir molesta me enredó las piernas a la cadera. La bajé los centímetros suficientes para que notara hasta qué punto anhelaba despojarnos de todo lo que no fuéramos ella y yo.

—Eres un antipático. Y una que intenta ser detallista.

—Estás guapa con cualquier cosa. Pero cuando no llevas nada...

—¿Porque nada hace justicia a mi piel de marfil?

Se revolvió cuando la dejé en la cama. Incluso rió mientras me veía hacer malabares para descalzarme y abrirme los pantalones a la vez. El poco romanticismo de la prisa, ojalá más novelas románticas contaran cómo mirar a los ojos con ansia mientras te quitas los calcetines.

—No. Porque solo cuando estás desnuda puedo hacer esto...

Mis dedos encontraron sus muslos. Separarlos no costó más que un jadeo exhalado con toda la intención. Hundí la cabeza en el cálido centro de su ser, que me esperaba húmedo y palpitante. Se retorció y jadeó con fuerza. Empezó a gemir y a retorcerse, mas no era rival para la fuerza de mi apetito. Podría haberme alimentado de ella un año entero. Lamerla hasta que amaneciera y ver cómo el cielo se volvía rojizo todavía escondido entre los pliegues de su sexo. El mío llameaba y golpeaba la ropa que me quedaba, exigente de su propia ración de alivio, pero ni siquiera me planteé tocarla, darle placer o frotar la erección contra nada que pudiera distraerme.

Deseaba estar lúcido y mirarla cuando llegara al clímax. Cuando el primer orgasmo de cuantos le había prometido la asolará y tumbará sobre el colchón, devastada de sensaciones y sentimientos. Solo entonces sería mi turno, y me esforzaría por ser calmo y paciente. Por atesorar cada momento para tener algo a lo que aferrarme ante la inminente separación que nos aguardaba.

Esa que siempre estaba ahí, acechando.

—¿Estás bien?

Levanté la cabeza. Me miraba preocupada y entendí que no solo había parado, sino que mi mirada debía haber reflejado parte de lo que mis pensamientos ocultaban. Joder... esperaba no cargarme el momento.

—Lo siento. Intento calmarme. Tengo muchas ganas y no quiero...

—¿Acabar demasiado pronto?

Nunca.

Tiró de mí hasta que mi cuerpo la cubrió. A tientes, dejó el resto de mi ropa en el suelo y con piernas y brazos, me acunó. Se había terminado el paréntesis de las risas, del furor. Ahora, sin tocarnos apenas pero sintiéndonos en todo lo que importaba, nos miramos a los ojos. Sin ambagues ni disimulos. Sin intentar quitar hierro a un asunto que se había forjado y nos pesaba. Deslizó la yema del dedo por mi nariz. Yo acaricié su muslo y lo subí a mi cadera. Las ansias por hundirme dentro de ella casi me paraban el corazón.

Me latía tan fuerte el pecho que lo sentía en cada rincón de la estancia. Retumbando como un tambor.

—Sabes que siempre volveré.

Negué.

—Para eso tendrías que irte, y no te dejaré.

Porque ya me vivía dentro, sin haber pedido permiso, sin que la hubiera invitado a pasar. Sin cavilar las complicaciones y los problemas que eso nos iba a acarrear. Me habitaba en la sangre y se había construido paredes firmes dentro de mi pensamiento. Moraba en mis recuerdos y la pensaba dormido hasta tal punto de no quererme despertar.

Si eso no era amarla, yo no sabría nunca lo que se sentía cuando me llegara a enamorar. Ojalá se lo hubiera dicho.

Ojalá mirarla no me paralizara la vida hasta el punto de hacerme imposible hablar.

—Me toca...

Sus labios encontraron los míos y después, recorrió de forma descendente aquellos senderos traicioneros, que temblaron y se estremecieron, haciéndome difícil mantener la calma y la paciencia que me había prometido mostrar. Para cuando su boca alcanzó mi vientre me encontré susurrando a la vez que se detuviera y por contra, que no deseaba que parara jamás. Quería follarla en todas sus intenciones, y hacerle el amor con la esperanza de que el recuerdo la instara a regresar. Quería ser suave y delicado y a la vez... devorarla hasta que no pudiese más.

Con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, dejé que su lengua me engullera, que me tragar hasta hacerme delirar. Querer a una mujer tenía muchas fases, descubrí, la mayoría de ellas, sustentada en algo irracional.

—Sino paras me voy a correr...

Tampoco la elocuencia me sobraba, estaba claro. Al sentir el roce de su pelo, de nuevo sobre mi abdomen, el pecho y el cuello, enredé en las delicadas hebras mis dedos. Me saboreé en el fondo de su boca, la acomodé en mi regazo. Culminé la unión con un solo movimiento de cadera y observé, maravillado, como me cabalgaba y se removía, como susurraba palabras en la lengua de la pasión, como me juraba y me prometía. Como sin decirlo nos declarábamos mutuo amor.

Antes de que se hiciera de día, recorrimos aquella estancia entre susurros y risas. Con posturas que al día siguiente nos harían replantearnos nuestra creatividad. No, no le dije lo que sentía. No le pedí que se quedara. No intenté por todos los medios convencerla de que ya era mía y era algo que teníamos que plantearnos gestionar.

Pude ser valiente, lo reconozco. Pero el temor a romper el momento me lo impidió. Algo no me dejó hacerlo. Algo que me picaba en la nuca y que impedía que, aún acurrucado en sus brazos, con la suavidad de sus dedos acariciándome el pelo, se me relajara el corazón.

—Respira hondo. —La oí decir entre sonrisas que no necesitaba ver para corroborar. —Vas a hiperventilar.

Notaba el sudor en mi cuerpo. El reciente alivio del orgasmo. La boca seca. La pesadez tras los ojos. Notaba como ella me tocaba y se removía al respirar. El aire acondicionado de la habitación. Pero aquel picor... ¿de dónde provenía? Moví la cabeza y saqué el brazo que tenía bajo su cuerpo. La tinta oscura de las pirámides me golpeó con fiereza el entendimiento. Podía sentirlo todo. Podría verlo. Podía olerlos en las sábanas y en el aire viciado del sexo que siempre acompaña a los amantes justo después de terminar.

Podía levantar la cabeza y mirarla. El otro había bajado la guardia, comprendí. Si aquel no era mi momento, lo pensaba aprovechar. Lo robaría.

Nervioso, trepé por su estómago, rocé sus pechos, tomé su cara entre la manos. Los ojos. Aquellos ojos como pozos hondos. Los míos se abrieron de par en par al entender... al asumir... Joder. ¡Joder! Era verdad. Era yo. Yo estaba controlando el momento. Yo lo estaba viviendo y por primera vez desde la primera que pasó, podía conducirlo a mi conveniencia.

Deseé hacerle el amor una vez más. Pero había algo más urgente.

—¿Eres tú de verdad?

Me miró sin comprender. Abrió la boca, pero yo no tenía tiempo que perder. Ansioso, muerto de miedo por si algo de aquello no era verdad, por lo que sea que pudiera significar, por lo que fuera a pasar después, sostuve su rostro y la besé con vehemencia. Me ahogué en el sabor de su saliva, en la profundidad de esa boca. Se sentía auténtico. Se sentía conocido.

Se sentía de verdad.

¿Estaría muerto?

—¿Te encuentras bien? —Negué. No podía hacer otra cosa. —¿Qué pasa...?

*—¿Quién eres? —Pregunté desesperado, aferrándola con todo mi ser. —¿Quién eres?
¿Dónde estás?*

ONCE

Betabloqueante

I feel stupid, and contagious.
Here we are now, entertain us.

Supongo que todos hemos oído alguna vez eso de que parece que las canciones que suenan en la radio hablan de nosotros. Yo lo percibía como algo más que real.

En aquel momento, escondido detrás de unas gafas de sol, en el asiento trasero del coche, escuchando los desgarradores alaridos del malogrado grungero de Seattle, me sentía exactamente como rezaba la letra del *hit* que había golpeado las listas de éxitos allá por los nacientes noventa. Estúpido y contagioso.

Lo primero porque al parecer, pese a ser un hombre adulto, no era dueño de mis decisiones, y estas se veían opacadas, mermadas y poco valoradas por los que me rodeaban, que con las buenas intenciones por montera hacían y deshacían en mi nombre sin tomarse la molestia de consultar o preguntar qué quería yo. Lo de contagioso... bueno. No tenía nada que pudiera pegar a nadie, salvo una mala leche creciente, pero no era cuestión de dejar el segundo verso de la canción descolgado.

Bastante tenía con sentirme yo en tierra desconocida, ya estuviera despierto o dormido, consciente o al borde del colapso coronario.

—Adrián, ¿has entendido lo que nos ha explicado la cardióloga?

Giré la cabeza y di a mi hermano un profuso caer de mechones ondulados como respuesta. Le oí coger aire desde el asiento del copiloto. Supe, porque espíe por el rabillo del ojo, que buscaba apoyo en su marido, mi cuñado y mejor amigo, que claramente había escogido un bando y no era el mío.

—Los betabloqueantes te ayudarán a equilibrar esas repentinas subidas y bajadas de tensión tío. Para que no vuelvas a sincoparte.

Hablaron de la epinefrina, de la presión arterial y de su puta madre en patinete de tres ruedas. Repitieron como loros todo lo que nos habían dicho en consulta después de que me hubieran tenido que ayudar a bajar de la bicicleta elíptica entre dos celadores. Yo seguí mirando por la ventanilla en modo videoclip, sin querer saber nada de ninguno de los presentes. Incluyéndome.

Detestaba mi debilidad y al mismo tiempo, odiaba profundamente que pretendieran arrebatarme aquellos momentos de anti—lucidez que, por primera vez desde que me desperté con el nuevo corazón, parecía estar empezando a controlar.

Había estado a punto de obtener respuestas. Había podido hacer preguntas, joder. ¿Por qué habían tenido que pincharme aquella mierda y cambiarme la medicación y llenarme el pastillero con más munición, de la que me mantenía grogui unos días, cuando era lo deseable, o me espabilaba demasiado otros, cuando convenía?

Después de muchas zozobras por fin había sido capaz de sentir, de pensar, de actuar y de hablar como si fuera yo. En mi cuerpo o no, lo desconozco. Consciente de todos mis actos, estaba seguro. Estaba en aquella cama, en pleno uso de mis facultades y de mis deseos. Era yo el que hablaba. Era mi boca la besaba, mi cuerpo el que amaba y mis ojos los que miraban. Tatuaje aparte, habitación desconocida aparte y realidad alternativa aparte, si hubiera tenido unos

segundos más... si ella hubiera podido contestar...

Quizá ahora podría encontrarla.

Quizá ahora, sabría dónde empezar a buscar.

Pero no. Ellos quería bloquear químicamente mis opciones. Evitar las subidas y bajadas que me llevarían al inconsciente donde podíamos estar juntos. Donde podía dar con ella. Donde podía tenerla.

Y esperaban que lo acatara sin más. Tan mansamente como había aceptado el nuevo corazón y, a partir de eso, todo lo demás.

—Te acostumbrarás. —Dijo Raúl, más para él que para mí. —Es solo... un ajuste más en la medicación. No supondrá ninguna diferencia.

Apreté la mandíbula. No tenía ni idea de lo que decía.

A denial, a denial, a denial,
a denial, a denial, a denial...

Al llegar al piso, me encerré en la habitación dando un portazo. Oí a Raúl decir algo que se pareció de forma muy sospechosa al estribillo de *Entre dos tierras* entonado con mucho retintín. En mi cabeza le hice un corte de mangas. Me dejé caer en la cama y solté las gafas de sol a un lado. Me apreté el puente de la nariz y suspiré.

Estaba más cansado de lo que podía aceptar. Molesto por muchas razones, que empezaban por sentirme un inútil en prácticamente todo lo que emprendía o intentaba llevar a cabo y terminaban por aquella tremenda falta de control en todo lo que emprendía o intentaba llevar a cabo.

No había querido sufrir una bajada de tensión haciendo bicicleta, marearme y que tuvieran que socorrerme. Ya he dicho que nunca he sido el rey del deporte, pero me he defendido y sido capaz de hacer más que unos pocos minutos de cardio mientras sudaba como un cerdo.

Tampoco quería ser reanimado, si eso suponía salirme de la ensoñación que por fin había logrado dominar. Como el narrador omnisciente de mi propia pesadilla incomprensible, había follado, sentido y hablado. Controlando la situación y lo que hacía y deshacía en ella. Había podido ver su cara, la de ella, esos ojos preciosos, esa bonita boca a punto de formular quizá las tan esperadas respuestas, o a lo mejor más preguntas que, sumadas a las mías, tal vez nos habrían hecho comprender a los dos la situación.

Me negaba a creer que me lo estuviera imaginando.

Ella tenía que ser real. Aquel cuerpo no podía provenir de una fantasía. Esos gemidos no podían haber nacido de mi cabeza. Ella me miraba y me abrazaba, aferrándose contra su cuerpo, envolviéndome con sus piernas, asfixiándose con la calidez de su sexo. Estaba allí. Presente. Conmigo.

Y joder, me amaba. Estaba más seguro de eso que de cualquier otra cosa de las que tenía delante.

¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Dónde estás?

—Ahora no podré saberlo. Ahora que estaba tan cerca.

Los betabloqueantes me impedirían sumirme en el pozo inconsciente una vez más. En aquel estado cercano al coma pero con la suficiente capacidad cardíaca como para que mi cerebro fuera capaz de mantenerse en funcionamiento. En cuanto empezara el tratamiento, la ventana que se acababa de abrir, se cerraría.

Ella volvería a ser una nebulosa inalcanzable, perteneciente al misterioso hombre de las pirámides, el que la poseía y se adueñaba de sus sonrisas. Con el que reía y corría por el metro.

Al que no cesaba de mirar y buscar. Del que aparentemente, ni siquiera en la muerte, se podía separar.

Eso provocarían las pastillas.

A menos... que decidiera no tomarlas.

—¡Perdón, perdón, perdón!

Me levanté de la silla donde había estado esperando, tomando una cerveza en la terraza del restaurante mexicano, al verla bajar del taxi. Sonreí porque la situación, aunque era un poco tensa, me parecía de lo más cómica.

Aquella chica extraña, de la que sabía bien poco pero a la que deseaba aprenderme con el fervor que jamás había demostrado en ninguno de los estudios que había cursado, pretendía pagar al conductor al mismo tiempo que se colgaba una mochila atestada de cosas al hombro y tiraba por una maleta de ruedas floreada. Me encantó su atuendo. Vaqueros, botas y una camiseta estilo rockero que combinaba a la perfección con su pelo suelto, las gafas de sol que le resbalaban por un rostro tan agobiado como sudoroso y todo el conjunto de su pequeño cuerpo, que intentaba en vano hacer mil cosas a la vez.

Se me paró delante. Las ganas de abrazarla me impresionaron, pero fui capaz de contenerme. Mantuve mis propios ojos cubiertos para que la intensidad con la que la devoraba no la asustara y me limité a asentir mientras observaba, entre la hilaridad y la ternura como balbuceaba con aquel acento adorable.

Era preciosa. Joder. No. Más que preciosa.

Y yo estaba jodido.

—El vuelo se retrasó y tardamos una eternidad en poder bajar del avión. Encima estaba de las últimas así que todo el mundo tenía que salir antes que yo. Después no encontraba el metro, porque resulta que no estaba en la T adecuada. Odio el rollo de las T. Se suponía que estaba en la correcta para coger el metro pero no era así y en lugar de ir a la salida pues tiré en la dirección contraria y claro, empecé a caminar y caminar y me perdí y luego pregunté por el metro y cuando llegué resultó que no había línea directa.

—Podrías haber cogido el autobús que venía a esta zona. Lo comentamos por teléfono, ¿te acuerdas?

Asintió, subiéndose el asa de la mochila por el hombro.

—Pero es que la salida de autobuses era hacia la calle y la del metro hacia abajo del aeropuerto.

—Lógico. —Sonreí, atreviéndome por fin a dar un pequeño paso adelante, estirando el brazo, como abarcándola pero sin tocarla. —Ahora estás aquí. ¿Podemos saludarnos?

Fue, con mucha diferencia, nuestro segundo peor abrazo. El que se llevaría el top iba a llegar después, en una de nuestras peores despedidas.

En nuestro haber hay muchos momentos penosos. Somos una pareja particular en todos los sentidos.

—Por fin he llegado. —Suspiró. —¿Estabas tomando algo?

—Sí, pero tengo mesa reservada. ¿Tienes hambre?

—¡Mucha! No como nada desde que estaba en otro huso horario. Imagínate.

—No sé cómo te tienes en pie.

—¡Y ni siquiera he podido pasar por el hotel a cambiarme!

Le hice una seña al camarero, levantando mi botellín vacío de Mahou e indicándole que trajera dos. Esperaba que con unos tragos, y el aire fresco de la terraza se relajara. Esperaba

relajarme yo también.

—No hace falta, estás muy guapa. —Me miró como si le hubiera hablado en mandarín. —¿Qué? Lo estás joder.

—Habría estado más guapa con el outfit que tenía preparado para la ocasión.

—A mí me parece que así estás perfecta. —Me quité las gafas para mirarla sin nada entre los dos. Sentía por ella que no hubiera tenido tiempo de hacer su entrada triunfal, pero lo celebraba por mí. Me había dejado sin aliento recién salida del avión, con el correr por diversos medios de transporte. Yo, que me había puesto hasta un poco de corrector de ojeras con el que paliar los destrozos de la noche de trabajo anterior, cosa que jamás aceptaría, no habría sobrevivido a verla más arreglada. Se me habría caído la puta baba en su cara. —¿Ves? Muy guapa.

La observé en silencio. No pensé que lo hiciera mucho rato pero tal vez a ella sí, porque empezó a ponerse nerviosa, recolocarse el pelo y girar las pupilas en todas direcciones. Haría eso siempre que yo no pudiera apartar la mirada. Siempre que le hablara intensamente de cuánto me gustaba. Siempre que no se sintiera capaz de aceptar que me volvía loco.

—Me miras mucho.

—Es que tenía muchas ganas de verte.

—Pues parece que me analices.

—Lo hago.

Apoyó la barbilla en las manos y parpadeó en mi dirección. Sí. Estaba jodido. Más que jodido. Esperaba que tardara en darse cuenta.

—¿Y qué ve usted?

—Que es hora de ir pidiendo esos tacos.

Se le iluminó la cara.

—¡Vamos!

Entré primero para hacer la segunda señal al camarero, la que indicaba que estábamos listos para ocupar nuestra mesa. Cogimos los botellines de cerveza y escuché el arrastrar de ruedas de la maleta a mi espalda. Tomamos asiento y tuve el placer de observar cómo recorría el lugar con la mirada. Era de su agrado, lo que me hizo sentir bien con mi elección.

—Pensaba llevarte a otro mexicano que conozco, pero no había mesa a la hora que me comentaste que llegabas.

Hizo un mohín.

—Ya... el avión se retrasó y bueno... todo eso. —Soltó las cosas y tomó asiento. Sonrió después de coger y soltar aire. —Me encanta.

—A mí también.

Pedimos una bandeja de tacos variados y unas enchiladas. No podría recordar después con exactitud que habíamos comido, no era importante. No lo consideraba uno de esos detalles que denotan que la otra persona te ha gustado hasta el punto de tener en mente todo lo que se hizo o dijo. Me acordaría de la charla, claro. De que bromeé diciendo que había reservado el restaurante entero solo para nosotros porque no había más comensales en ese momento. De su sonrisa. De cómo movía las manos mientras hablaba y cómo se removía en la silla. Muchos detalles, pero más que palabras o escenas exhaustivas, lo que no borraría de mi subconsciente serían las sensaciones.

Aquella tremenda atracción, el nerviosismo y el bienestar que nacía de tener cerca a alguien cuya ausencia te había llenado de vacío.

Me embriagué de sus gestos, y de los movimientos sutiles y algo torpes con los que sujetaba aquella masa rellena, intentando comer con excesivo decoro y elegancia hasta el momento en

que la confianza le ganó la partida al pudor y pudimos, los dos, ser nosotros mismos.

—Muy depurado el modo en que escurre la salta del taco por tu barbilla.

—No me juzgues por mis torpezas.

Sonrió, apresurándose a coger una servilleta.

—No lo soñaría. —Sonreí ante su apuro evidente. Me parecía adorable, y sabía que se me notaba. —Lo siento.

—Seguro que aprendiste a comer tacos en México o algo así.

Negué, pidiendo otra cerveza.

—Ya sabía antes de ir a México.

Me hizo burla y me eché a reír.

—Hasta hace poco yo usaba cubiertos.

—¿Para los tacos? —Asintió. —Terrible. Vergonzoso casi.

Negó con firmeza. Una gota de Mahou resbaló caprichosa y tentadora por la comisura de su boca. La atrapó con la lengua y a mí el alma me dio un doble salto mortal. Las entrañas se me enredaron. La vida misma se me llenó de nudos gordianos, imposibles de romper.

—Los zurdos necesitamos herramientas extra. —Alzó la mano, pringosa y llena de restos de taco. —¿Ves? Esto pasa cuando no tengo accesorios.

—No lo has hecho tan mal a mano descubierta.

—Porque ahora tengo un poco más de mañana.

—No es por llevarte la contraria pero... creo que la proliferación de servilletas muertas en combate en tu lado de la mesa dice otra cosa.

Me reí.

—¿Me estás llamando torpe?

—Tramposa, más bien. La torpeza es un adjetivo que no puedo aplicarte sin conocerte más.

Sonrió, cubriéndose con la servilleta parte del rostro.

—Es una suerte que tengamos tiempo, entonces.

Debí decirle que mi familia me esperaba en la otra parte de la ciudad. Que el restaurante debía haber cerrado hacía diez minutos y que yo tenía que haber estado en el cercanías hacía al menos media hora. Que no podríamos tomar postre ni enredarnos en más charla por ese día porque con todos los imprevistos y retrasos, íbamos terriblemente mal de tiempo.

Hacerlo habría supuesto despedirnos demasiado pronto. Con toda una vida de anticipación.

—¿Tomamos café en otro sitio?

Tendría presente, con toda claridad, el gesto de alegría que puso al sonreír, sabedora de que nuestro momento iba a prolongarse un poco más. Valió la pena atesorar ese momento, bloquearlo en mi recuerdo y recurrir a él siempre que necesitara acordarme.

DOCE

Hipoxia

—Estoy enfadado todo el tiempo. Con la sensación de no tener el control de absolutamente nada ni ser... dueño de lo que hago. Ni de lo que pienso. Es como si de alguna manera... siento que de alguna manera... si hago lo que se supone que debo hacer, dejaré de ser yo mismo. Lo poco de yo mismo que me siento después de... de... esto. Y bueno. Eso es todo.

Sonó una ronda de aplausos calmos, que hizo más tensa la sonrisa incómoda que ya lucía. Trastabillando un poco, porque era una persona que odiaba la atención, me levanté de la silla para apartarme del grupo, que sentados en corrillo, tenían todos la vista puesta en mí.

—Muchas gracias por compartir, Adrián. ¿Alguien más quiere decir algo?

Me alejé hacia la mesa de café y tentempiés, que iban desde lo más insalubre hasta lo incomible por no poder clasificarse en alimentos que tuvieran origen animal, vegetal, natural o procedieran de la Tierra. Con la cabeza gacha, me serví un poco de zumo de lo que asumí que era manzana. Estaba tibio, pero con la boca reseca y la sensación de haber soltado mil palabras en los últimos cuatro minutos, cualquier cosa me iba bien.

—Ha sido muy sincero.

Me giré. Lin, que había estado sentado a mi izquierda, se metía entre los carrillos un donut de chocolate relleno de más chocolate. Le quedaba la mitad y ya había cogido otro. Hice un gesto con la barbilla.

—¿Tu cardiólogo te deja comer eso?

—Que le den por culo a mi cardiólogo.

Sonreí, elevando el vaso para un brindis imaginario.

—Creo que aquí todos compartimos esa opinión.

—¿No te jode lo del cambio de dosis de los medicamentos? Cuando tu cuerpo casi está habituado a uno... ¡pum!

—Y llegan todos los efectos secundarios que te desestabilizan. —Apostillé, dándole la razón.
—Y acabas en el hospital el doble de veces de las que ibas cuando no te habías trasplantado.

—Pero todo el mundo te dice que es normal y que con un pequeño ajuste nuevo de otra pirula distinta... igual pasas otro día sin desmayarte rascándote los cojones. —Agarró otro donut. —Y no puedes negarte.

—Qué me vas a contar...

Mi rebeldía con los betabloqueantes había durado una noche. No tuve huevos para más. Quizá debería avergonzarme haber sido tan débil; pero me dio más vergüenza pasarme despierto hasta la madrugada, notando palpitaciones y sudores fríos.

Estaba tan asustado de amanecer tieso, con el corazón sangrante tirado en el suelo y el pecho abierto en canal y darle a mi hermano el disgusto definitivo, que metí la dichosa pastilla en el pastillero y entré por el aro, aunque eso significara que mis posibilidades de hallar respuestas y de encontrarla a ella, disminuyeran. Tampoco podría hacer mucho si me moría, y aquello no era como una gripe, no podías saltarte el tratamiento haciéndote el guay como si no fuera a pasar nada.

Las consecuencias eran rechazo del órgano trasplantado y tumba. Además del evidente mal aprovechamiento de un corazón sano que otra persona ya no podía usar.

—Soy Lin, por cierto. Creo que lo sabes de las veces que he tenido que contar lo feliz que me

siento de estar vivo.

—Adrián.

Nos estrechamos la mano.

—Tío, menudo pelo. Tienes pinta de rockero. ¿Eres músico?

—Que va. Para nada.

Aunque tampoco sabía que era capaz de hacer algo más que palomitas y en los últimos días me había hecho un experto cocinillas, así que ya puestos... igual debería comprarme un bajo.

—Lo que has dicho... todos nos sentimos así, aunque no nos atrevamos a reconocerlo porque se supone que debemos estar extasiados por vivir.

—Yo estoy agradecido. —A la mierda. Me iba a comer un donut. Necesitaba una pequeña victoria joder. —Lo que pasa es que...

—Enfadado todo el tiempo, ya.

Además de una manera irracional. Esa mañana me había puesto tan insoportable que había acabado gritando a Manu que me llevara a una reunión. Tipo alcohólico o adicto al juego. Necesitaba desesperadamente desahogarme con alguien que pudiera imaginarse por lo menos un poco cómo de dura era la sensación de saber que tenías que estar sonriendo las veinticuatro horas por la jodida suerte que habías tenido, y en lugar de eso sentirte perdido, mareado, débil y por completo fuera de tu cuerpo.

—¿Te ha pasado algo similar?

—¿Lo de experimentar que no soy yo del todo? —Se lo confirmé con un gesto de la cabeza.

—Los primeros quince días después del trasplante me obsesioné intentando descubrir si mi donante era asiático.

Abrí mucho los ojos.

—¿Va en serio?

—Claro tío. Imagínate. Tengo familia en Pekín que es lo bastante conservadora como para no querer hablar si quiera del tema de que me hayan trasplantado el corazón, si encima resulta ser occidental, ¿qué coño va a ser de mi alma, de mi espíritu y de mi legado?

Juro por Dios que no supe qué decirle. En comparación, supongo que la sensación de haber perdido a tu hipotéticamente imaginario amor se quedaba en medalla de plata.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¡No! Luego me relajé, hice las paces... ya sabes. Siempre será una parte externa. Algo de otro. Pero es... es como cuando donas sangre o la recibes. Bueno, no exactamente... pero parecido. ¿Me sigues?

—¿No has experimentado gustos diferentes? ¿Actitudes distintas?

—He sido un capullo con casi todo el mundo casi todo el tiempo.

Algo era algo.

—No sé... siento que no hay nadie que pueda comprender el alcance de toda esta mierda.

Lin me puso una mano en el hombro y asintió.

—Todos lo llevamos a nuestra manera, tío. Como podemos. Ese, el de las esquinas, era un adúltero reconocido y después de la operación va a misa cuatro veces por semana. Sé de otros que han reconducido su vida del trabajo constante al ocio absoluto. No hay un manual para aceptar que, después de asumir que te morías, que todo terminaba para ti. De repente, vuelves a nacer. Con sudores, temblores, desmayos y una cicatriz de la hostia, pero renacido igualmente.

—Mi madre murió de insuficiencia cardíaca. Su renacimiento no llegó a tiempo.

Le vi resoplar.

—Tío, culparte por estar vivo no la va a traer de vuelta. Solo puedes aceptar que hay trozos

nuevos en ti e intentar que te gusten.

—Es un buen consejo.

Aunque no me ayudaba con el problema principal.

—Y oye, pillá una batería o algo. No sé, entre eso y el costurón, te hartarás a follar.

Estuve tentado de decirle que ya lo hacía. En sueños, al menos. O en mis... desfases imaginarios maravillosamente realistas, pero opté por sonreír y negar.

—Paso de que me dé una hipoxia y tener que dar explicaciones a mi cardióloga. Nada de sexo por el momento.

En pleno uso de mis facultades y estando consciente, por lo menos.

—Siempre tendremos donuts, amigo mío.

Manu me esperaba a la salida, con el coche bien aparcado y un montón grueso de documentos entre las manos. Tan concentrado estaba en su lectura que no se percató de que me acercaba hasta que hube abierto la puerta del copiloto y ocupado el asiento.

—¿Qué tal? ¿Has hecho amigos?

Le enseñé el dedo corazón después de ponerme el cinturón.

—He conocido a un tío asiático que teme que su corazón sea de otra raza.

Los ojos de mi cuñado se entrecerraron, asimilando los datos despacio.

—¿Se puede ser racista cardíaco?

—Es más bien un tema religioso y espiritual.

—No sé si es una buena influencia. No le invitaremos a tu cumple. —Arrancó. —¿Ha ido bien? ¿Has podido...?

—¿Sacar parte de la mierda que hace que vivir conmigo sea insoportable?

—Sí. No iba a maquillártelo, Adrián, a eso me refería.

Resoplé. Ojalá pudiera explicarles que me sentía entre la espada y la pared. Ojalá pudiera entenderlo alguien. Que por una parte deseaba retomar mi vida, o lo que quedara de ella, intentar ser feliz, aceptar lo que había pasado como una oportunidad y seguir adelante; pero que por otra... aquella chica había aparecido sin buscarla, obsesionándome los ratos despierto y acosándome en la vigilia. Que estaba seguro de que algo nos conectaba, algo más allá de tonterías como destinos, hilos rojos o esas mierdas. Algo tangible y real. Mi corazón, el corazón heredado de alguien que ya no moraba el mundo, la llamaba a gritos. Me enseñaba lo que había sido, lo que podía ser... qué sé yo. Me la enseñaba a ella. Obligándome a acometer locuras para encontrarla, para saberla aunque era muy posible que ella esperara por otro que no era yo.

O le llorara.

—¿Cómo está Raúl?

—Hombre... lo de los betabloqueantes le ha jodido, no te voy a mentir.

—Solo fue un pensamiento.

—Uno muy gilipollas.

—Vale, un pensamiento gilipollas, pero no lo hice. Y si no se lo hubiera contado ni siquiera se habría enterado de que por un segundo me lo había planteado.

—¿Y por qué se lo dijiste entonces? —Manu me miró un instante, antes de volver la vista a la carretera. —Si de verdad no pensabas pasarte por el forro de los cojones el tratamiento, ¿por qué decirle que se te había ocurrido la idea?

—Quizá quería... no sé tío. Crear una reacción.

Los ojos de mi cuñado se pusieron en blanco. Joder. Quizá no era buena idea mantener aquella conversación con el coche en marcha. Y circulando.

—Adrián... puedo entender que estés frustrado de narices.

Me reí.

—Créeme. Estás muy lejos de poder entenderlo.

—Vale. No lo entiendo. Nunca me han sacado del cuerpo algo vital para vivir y me han puesto otra cosa igual de vital que no me pertenece. Jamás he tenido que asimilar que me moría y luego que no.

—Pues eso ni siquiera se le acerca. —Crucé los brazos, apretándolos sobre el pecho. Notando el calor y el palpar. Era mío, coño. Ahora lo era. Y lo que sentía también debía serlo. —Me noto raro todo el tiempo. Como otra persona. Dependiente para... todo.

—Colega, siempre has sido un tío echado para adelante, que lo hace todo solo.

—Pues ahora no puedo ni venir a... estas mierdas de reuniones sin que me lles y traigas y pares lo que sea que tenías que hacer.

Manu negó, cambiando de marcha.

—No seas imbécil, que se te vuelve costumbre. No tenía nada que hacer.

—Ya... porque habías reservado la tarde para esto.

—Pues sí, así es. ¿Sabes por qué? Porque aparte de amigos somos familia. Y los amigos y la familia hacen estas cosas. Que ahora sudes como si te mearas encima todas las noches no quiere decir que vayas a estar así siempre. Te vas a poner bien, ¿te enteras? Ahora eso es una realidad joder. ¿Por qué no lo aceptas?

Quizá porque la estabilidad podía conllevar perderla a ella, y no quería que eso pasara.

Quizá porque solo encontrándome físicamente como algo que otro ser vivo hubiera vomitado era capaz de verla y notar, de forma auténtica, como me latía en el pecho aquel corazón al mismo compás que me daba vueltas la cabeza.

Quizá porque si todo se volvía rutina, estable y normal, tendría que admitir que las partes del otro Adrián que había sido, que todavía peleaba por ser y que cada vez se diluía más y más en el pozo del otro, no iban a volver.

Quizá porque la idea de asumir que nunca más iba a ser un enfermo, que mi vida era tan caduca como el del resto de las personas sin problemas congénitos, que mi mortalidad estaba sujeta ahora a otros parámetros probablemente menos inmediatos, arrojaba una suerte de eternidad donde me sentía perdido y sin metas.

Quizá porque había vivido gran parte de mi vida adulta buscando la satisfacción inmediata, el placer instantáneo, sin preocuparme por tener nada a largo plazo, por sentir satisfacción con mis decisiones o albergar el amor sincero por una mujer, una pareja y unos hijos... porque había asumido que ni tenía tiempo ni podría alcanzar algo semejante.

Quizá porque tenía miedo. Un miedo que me cagaba.

Quizá porque ella... significaba todo lo que quería cuando las cosas fueran bien; y a lo mejor cuando lo fueran ella no me quería a mí porque no era quién se supone que debía ser.

—No quería hacer daño a Raúl.

—Lo sabe. Es tu hermano mayor. Te conoce. —Paramos en un semáforo. Manu me miró. —Se pasa las noches en duermevela. Cada vez que tu cama se mueve abre un ojo. Eres un entrenamiento cojonudo para cuando nos toque ser padres.

—En comparación con lo que os estoy haciendo pasar, un bebé será pan comido.

—Lo criaré con un brazo mientras que con el otro juego a la Play. Fijo.

Sonreímos.

—Lo siento mucho, Manu.

—Déjate de tonterías. La familia está para estos momentos. Para tomar mojitos e ir al karaoke vale cualquiera. No me mires así. Ahora cocinas, igual también cantas.

—¿Sabes? Es la segunda vez que alguien me hace un comentario parecido.

Arrancamos. El tráfico iba inusualmente lento y empezaba a tensarme llevar tanto tiempo en aquella lata con ruedas.

—Es por las pintas. Cuando estabas inconsciente...

—¿Cuál de las veces?

Manu se rió.

—Buen apunte. Cuando el trasplante. Le dije a Raúl que deberíamos cortarte el pelo.

—Entonces mejor que me hubiera muerto.

—Pensé que dirías eso. Así que se le ocurrió lo de los moños. No te sientan mal.

—Hijos de puta. —Pero sonreí. Sí, la familia estaba para eso. Para eso y para escuchar locuras inverosímiles... sin encerrarlo a uno en un psiquiátrico. O eso esperaba. —Oye, Manuel...

—No jodas Adrián, cuando tú me llamas Manuel...

Abrí la boca. No estaba seguro de cómo enfocar aquella historia, de cómo... empezar. ¿Debería esperar a que estuviera Raúl? ¿Era desleal hablar primero con Manu, aunque fuera mi mejor amigo, antes que hacerlo con mi hermano? Pero claro, mi hermano estaba ya bastante mosqueado con mis últimos acontecimientos, puede que fuera mejor esperar a que las aguas se calmaran. Además, Manu y yo teníamos algo en común: los dos habíamos pasado por un proceso extraño y poco convencional de enamoramiento.

Vale. Comparar el amor de mi mejor amigo por alguien de su mismo sexo siendo ese alguien mi hermano con lo que yo sentía por una chica cuya identidad me era desconocida parecía un poco loco, pero ¿acaso había habido algo cuerdo desde que todo aquello empezó?

—¿Crees que este corazón pueda tener sentimientos de antes, por alguien que conoció cuando lo llevaba la otra persona?

—¿Cómo recuerdos de otra vida?

—¡Eso es!

—¿Estás viviendo algún tipo de *déjà vu* que no es tuyo?

Joder Manu... ¡eso era! ¡Eso era! Estaba tan cerca de parecerse remotamente a algo de lo que me pasaba que casi me eché a reír y llorar de alivio. ¿Sería posible? ¿Habría una respuesta lógica? ¿Podría entenderme?

—No estoy...

Silencio. El atasco, los sonidos molestos de los cláxones. La gente acalorada en sus propios vehículos. El tiempo transcurrido. El que quedaba por transcurrir. La conversación mantenida a medias. Las dudas sin resolver. El alivio que apenas me aleteaba al sentirme menos loco. La cordura que, tan pronto había venido... se fue.

Tiré del cinturón con todas mis fuerzas hasta desanclarlo de su enganche. Agarré la manecilla de la puerta como un ciego que ve por primera vez. Sin mirar a ambos lados, esa ley universal del civismo peatonal que es el primero y más básico que todos aprendemos, me precipité fuera del coche. Sin hacer caso a donde estaba, a las voces que me increpaban, a los sonidos que, opacos para mí, iban in crescendo a consecuencia de mi conducta temeraria y absolutamente irracional.

—¿Qué cojones...? ¡Adrián! ¡Adrián! ¿Qué haces? ¿Estás chalado tío?

Dejé abierta la puerta del copiloto y a Manu dándome voces. Todo quedó atrás porque, allí, en la acera contraria adonde me encontraba, en pleno Paseo de la Castellana, con un vestido de otoño y ajena a que mi universo mismo estaba a punto de implosionar en un Big Bang a la inversa que, en vez de crear, destruiría, estaba ella.

Ella.

¡Era ella, joder!

Me pareció que corría a toda velocidad en pos de su imagen. Más sano y fuerte que nunca, o tal vez, yaciendo echado sobre la calzada, con el rostro marcado por los neumáticos de aquellos que no habían podido frenar ante mi estampida sin previo aviso ni razón.

Era probable que estuviera sufriendo la mayor de las hipoxias que un doliente cardíaco recién trasplantado, lleno de dudas y sentimientos encontrados sobre quién era, donde estaba y qué leches iba a hacer, hubiera padecido jamás; pero con todo y el calor, con todo y el sudor, con todo y la agonía de que un paso menos se convertía en trescientos más, seguí adelante.

Porque ella estaba allí.

Porque si no lo estaba me ingresaría voluntario y dejaría que hicieran de mí cuánto quisieran.

Porque me moría por verla a la luz del sol de los conscientes.

Por tocarla con mis manos, por verla con mis ojos.

Porque mis labios le preguntaran si me buscaba, y escuchar cómo lo suyos respondían.

Porque si aquel corazón mío, en vez de mío era de ella, me reconocería.

Y entonces curarme encontraría por fin el sentido.

TRECE

Inótro

—Entonces, ¿tienes ganas de verme?

Sentí la risa al otro lado del auricular.

—Tengo ganas de verte hasta cuando te estoy viendo.

Fue mi turno de sonreír, levantando la vista para localizar mi maleta entre el montón que discurría ya, a ritmo pausado y lastimoso, por la cinta de equipajes. ¿Por qué había facturado? Si lo único que quería era salir corriendo de allí, empezar a contar el tiempo, a sumarlo y atesorarlo, antes de que se me escapara de entre los dedos como gotas de agua fresca.

—Qué peliculera...

—Pero sincera. ¿Y tú? ¿Me echas de menos?

—Claro que sí. —Suspiré. ¿Cómo podía ser de otra manera? —¿Por qué crees que he venido?

Por el tiempo que tardó en contestar, supe que la respuesta no la había satisfecho.

—Ya pero... ¿cuánto?

—No hay palabras que puedan expresarlo.

—¿Todo eso?

—Más.

¡Mi maleta! Estiré el brazo, sosteniendo el móvil entre la oreja y el hombro y tiré del asa hasta levantarla de la cinta. Por fin, joder. No quería perder ni un segundo. No podía permitírmelo. No cuando lográbamos arañar para estar juntos esos días de los que tanto hablábamos cuando veíamos amanecer, cada uno en nuestra cama, a solas en la distancia. Soñando con lo que sería, haciendo más planes de los que el tiempo, nuestro común y más terrorífico enemigo, nos permitiría cumplir.

—¿Hola?

—Sigo aquí. Cada vez más cerca.

—Qué ganas tengo de verte...

—Te aviso cuando esté llegando.

Colgamos mucho después de que el nerviosismo nos cortara las palabras. Todavía con el teléfono en la mano salí del aeropuerto y me ubiqué para buscar el transporte. Aquellas idas y venidas que uno emprendía con la ilusión del reencuentro, con la expectativa y la mariposa aleteante del beso inminente... pero que tan duras se tornaban cuando llegaba la despedida.

Cada vez resultaba peor. Esa era una verdad que no podíamos ocultarnos.

Yo no la acompañaba a pie de avión cuando se iba y le pedía que hiciera lo mismo cuando el que viajaba era yo. La situación se nos había complicado por algo tan sencillo como habernos enamorado sin compartir nombre de calle ni código postal. Había que hacer malabares, y entre los dos habíamos titulado ya como especímenes frontales de cualquier espectáculo circense. Era mucho lo que sentíamos y teníamos en esos encuentros breves. La intensidad de lo efímero hacía que cada caricia lacerara todas las capas de piel, pues tenía que mantenerse intacta hasta la próxima vez.

También había mucho que no se compartía, porque hacer otra cosa en esos interludios que no fuera caer en la adoración, en el sexo, la felicidad de estar juntos otra vez, la sonrisa perenne, el placer de tocarnos, de vernos... resultaba en pérdida de tiempo.

No podríamos mantener las palabras no pronunciadas omitidas mucho tiempo. Ni callarlas para siempre. Habría que tomar decisiones que supusieran afrontar cuánto estábamos dispuestos a entregar a aquella cruzada. Y cuánta pena y distancia éramos capaces de soportar.

Habría festividades que no podríamos compartir.

Momentos de tristeza inesperada a los que no llegaríamos a tiempo.

Seríamos ausentes perpetuos en la vida del otro y, al ponernos al día en el reencuentro se nos priorizarían las ganas de amarnos, que las de entender por qué los ojos brillaban con más preocupación que la última vez.

—Pero ahora estoy aquí. Ahora me espera.

Y el deseo de abrazarla me carcomía por dentro. Persiguiéndome cada kilómetro recorrido hasta que llegué a destino.

Los hoteles.

El tercer punto en nuestro triángulo. En nuestra historia peculiar. En ese algo que estaba siendo aun cuando no nos habíamos atrevido a reconocer en voz alta cuánto queríamos ser.

Lejos de parecer sórdido. Poco importante. De paso. Era nuestro refugio. Las cuatro paredes donde no nos conocía nadie, donde no nos apegaba nada. Donde no había recuerdos, fantasmas o reminiscencias pasadas. Allí éramos solo nosotros dos. Libres para reír, para hablar, para follar, para llenar la bañera de intenciones y jugar con los pies mientras las manos acariciaban rostros y los ojos susurraban historias que siempre se nos quedaban a medio contar.

Nada era más importante que estar. Y el resguardo que nos ofrecía la estancia de paso, íntimo, romántico, sin interrupciones ni terceras personas a las que ver, por las que parar, ante quienes callar, se antojaba perfecto. Un refugio en el desierto. Una fortaleza en alta mar.

—Estoy abajo.

—Necesito quince minutos. —Fue la respuesta. —Pero puedo hacerlo en diez.

—Si me dejas subir podría ayudarte a hacer lo que sea que estés haciendo.

—Hemos esperado casi dos meses. Puedes esperar diez minutos más.

Resoplé.

—Hemos esperado casi dos meses. Diez minutos más podrían matarme.

—Merecerá la pena.

—Soy yo el que viene de fuera, ¿qué es lo que necesitas hacer?

Recordé los pétalos de rosa. Que siempre llevaba ropa interior diferente. Que se pintaba las uñas de los pies de distintos colores y su piel jamás había sido menos que extremadamente suave. Su cabello olía como el paraíso. Sus ojos emitían una calidez impresionante. Su boca apetecible. Sus dedos tiernos. Su cuerpo...

No era tonto. Sabía que se preparaba para recibirme. Yo, en cambio, no me había cambiado de ropa ni duchado. No me había cepillado el pelo ni los dientes. Estaba sudoroso y con la misma ropa de primera hora de la mañana, con la que había comido en el vuelo. Me miré en la superficie transparente del ascensor y negué con la cabeza. Tal vez esos diez minutos me sirvieran también.

—Escríbeme cuando estés lista.

Pedí permiso en recepción para usar el baño. Lo que tenía pensado hacer rallaba en lo neandertal, pero era necesario. Me quité la camiseta y busqué otra en el fondo de la maleta. Con el agua del lavabo y el jabón de manos olor a coco que había dispuesto en el dispensador, me asexé lo mejor que pude... que no fue mucho. Se me escapó la risa al mirar mi reflejo en el gran espejo iluminado con aquellos alógenos amarillentos. La pasta de dientes chorreándome por las

comisuras mientras me peleaba con las Converse para sacarlas y poder cambiarme los calcetines.

Recordé una de nuestras primeras cenas. Aquella donde además de alcohol tomamos queso y picante. Recordé los besos que vinieron después y lo turbada que se sintió al temer que su aliento me importara menos que absolutamente nada. Las cosas no habían cambiado. Seguía importándonos gustarnos. Seguía importándonos que al desearnos, nos desearan también.

Estaba humedeciéndome la cara cuando me escribió.

Las ojeras hablaban a gritos de una noche sin descanso. De haber trabajado el día anterior y no haber conseguido pegar ojo en el avión. De ansias pero también de agotamiento. Mi mirada, que de pronto sentí rara y perdida, me suplicó que, después de amar y dar amor, después de abrazar con fervor, de morder con ganas y de devorar a manos llenas, no sintiera temor ni vergüenza en pedir consuelo. En buscar en sus brazos esa clase de cariño que solo cuando el sexo significa algo más, necesitas para descansar.

Quería acurrucarme en su pecho. Cerrar los ojos y concentrarme solo en respirar al mismo ritmo que su corazón latía, entre el galope y la calma.

Quería recuperar las energías para tenerla una vez más. Y otra después de la anterior. Quería ser romántico y dulce. Quería decirle por fin todo lo que hasta ese momento me había tenido que callar.

Quería cantarle al oído como en esa canción de Fran Fernández, con Marwán que a veces no le escribía tanto como quería para protegerme por lo vivido antes de ella. Que la pensaba y disfrazaba esos pensamientos, pero que no era una visitante ajena de mis sueños, ni algo pasajero que, como la llama titilante de una vela, se fuera a consumir. Que la tenía presente aun cuando no quería. Y me obligaba a morderme los labios, no dejándola ver lo que me hacía sentir... yo siempre quería verla. Siempre, siempre, quería verla.

Siempre quería verla...

Y ahora por fin iba a hacerlo.

Llamé con excesiva cautela. Como si en lugar de la persona que ella esperaba fuera una visita indeseada. Casi sin hacer ruido. Temiendo que la puerta cerrada no fuera capaz de contener el entusiasmo y la emoción. Oí pasos al otro lado. Y hasta un pequeño tropiezo seguido de una tenue maldición. Me mordí el labio. Noté las sienes sudorosas y rogué para mis adentros que el olor del jabón de coco enmascarara el del agobio y la tensión.

La manija de la puerta chasqueó. Pesaba. Lo sabía de las veces que había abierto y cerrado yo. Antes que verla, la intuí. Medio escondida en las sombras que proyectaban los estores que seguramente había bajado al llegar a la habitación. Entré por el hueco que dejó y, antes de poder mirar su rostro, ese que vigilaba de forma obsesiva en sus publicaciones, estados, fotos de WhatsApp y demás tecnología a mi alcance, vi su espalda. Cerró y se giró, mirándome con ese nerviosismo que te invade cuando tienes en frente, por fin, a la única persona en el universo que necesitas ver.

Susurró un hola trémulo. Nervioso. Adorable.

Me deleité en mirarla. En memorizar cada uno de los lunares, esos que se tapaba con maquillaje y yo fantaseaba con lamer. La ropa. La ausencia de complementos. El pelo apenas recogido y bien peinado... ese que pronto yacería entre mis dedos, perlado del calor de la unión de nuestros cuerpos. Me recordé su esfuerzo y me obligué a darme calma, porque no había nada más inmediato que ese placer sencillo, básico, primigenio, de poder observar sin depender de ningún sistema externo de comunicación. Sin teléfonos, ni ordenadores. Sin señales distorsionadas ni límite de tiempo. No estábamos sujetos a que el otro pudiera contestar la

llamada o estuviera desocupado. No había diferencia horaria. No había intermedios ni paréntesis.

Si estiraba la mano podía tocarla.

Saberlo, la certeza de que era real, de que respirábamos el mismo puto aire y con solo inclinarme unos centímetros vería aquellos ojos tan de cerca como llevaba dos meses deseando, me hacía ser capaz de esperar.

Sabía que cuando la tocara ya no podría parar, y antes de hacerlo, no quería perderme ni un solo detalle.

Eso era estar enamorado para mí. Tenerla dentro del pecho, en el corazón, sin necesitar que hubiera contacto entre los dos. Así había empezado todo. Era importante que no se me olvidara jamás.

—O me das un beso o me voy a desmayar.

Sonreí.

—Qué jodidamente bonita eres...

Puso los ojos en blanco.

—¿Pero hay beso o no hay beso?

Solté la mochila en la primera superficie que encontré. Recordé que le llevaba un regalo. Un detalle muy sencillo que me había costado horrores esconderle todas las veces que habíamos hablado en las últimas semanas. Me acerqué y dejé que ella impusiera los términos. Me echó los brazos al cuello y yo rodeé su cintura. Volvimos a decirnos hola en voz muy baja, bebiéndonos las palabras del otro como dos pobres tontos muertos de sed.

La besé despacio y me aparté con una sonrisa tramposa cuando ella abrió la boca para asediarme.

—Pero qué prisa...

—Dos meses.

—Por eso. No te lo querrás perder, ¿verdad?

Dijo que me quería a mí, y ante la tentación de revelarle que ya me poseía, sucumbí. Su lengua sabía mejor de lo que recordaba. Los sonidos de placer que hacía bajo mi tacto, sin embargo, era algo que rememoraba con nitidez perfecta. Nada se comparaba a este momento. Ni la mejor de las llamadas. Ni la narración más erótica y detallada. Podía abrazarla tan fuerte como me permitiera. Podía sentir sus curvas entre mis brazos. Podía bajar los dedos y apretarla contra mí, apartarle el cabello a un lado y morder ese cuello que tanto había deseado. Intenté recordar no hacerle daño, pero ganaron las ganas de perder en su recuerdo, y en su piel, todo cuánto pudiera.

—Hola...

Sonreí con los ojos cerrados.

—Qué ganas tenía de hacer esto...

—Nada te lo impide.

La miré, tomando su rostro entre las manos y deslizando los pulgares por sus labios.

—No hay prisa.

Me hizo un mohín que me arrancó una carcajada.

—Habla por ti...

—Qué rica eres...

Entramos a la habitación, dejando por fin atrás la zona de la puerta y enfrié mi mente lo bastante para abrir la mochila. En el proceso, me quedé mirando el espejo que alguien, con muy buen o el peor gusto posible, había colgado justo frente a la cama. Me distraje un momento,

observando otra vez ese reflejo que de pronto... joder. Debía estar más cansado y echo polvo del viaje de lo que creía.

Me pasé las manos por la cara. Por el pelo y por la camiseta. Por los brazos, cubriendo y dejando ver la tinta de los tatuajes. Me encantaban. Mis tres pirámides. Las marcas que hablaban de aventuras vividas y por vivir, de... mí. De mí, ¿verdad?

Joder, ¿qué coño me estaba pasando? ¿Tan nervioso estaba?

Sacudí la cabeza. Nada iba a sacarme de donde estaba. De ella.

—Te he traído un regalo. —Le tendí el libro mientras la veía taparse los ojos con las manos.
—Para. No hagas eso... ven. Toma.

Me acomodé en la cama sintiendo su calor en mi pecho, rodeándola con mis piernas mientras ella pasaba las páginas ilustradas de aquella biografía musical que, para mi eterna satisfacción, vi en su mirada que le encantaba. Acaricié su nuca con mis dedos y aspiré el aroma de su pelo, tentándola. Jugando a desconcentrarla del análisis de aquel regalo que, sin ser nada del otro mundo, era especial porque significaba un nudo más en la cuerda de nuestra unión.

Algo que habíamos compartido desde el primer momento.

Algo que nos había acercado cuando parecía no haber ninguna excusa más para buscarla.

Algo que, anecdótico en un principio, ahora nos complicaba lo diario haciendo sencillo todo lo demás.

—Me encanta. —Giró la cara para sonreír y darme un beso apretado. Corto. Demasiado. —
Es precioso.

—Eso depende de con qué lo compares...

Cambió la postura de su cuerpo, acomodando las rodillas a ambos lados de mí. Rodeé su cintura con los brazos. La miré, serio.

—¿Todo bien?

—Solo quiero mirarte. Que nos miremos.

—¿Cuánto tiempo?

—Shhh...

Me parecía estarla observando por primera vez. Tenerla cerca por primera vez. Mi cuerpo reaccionó endureciéndose y clamando. El corazón, incrementando la fuerza de sus contracciones, latiendo a golpes desbocados contra mis costillas, como si me hubiera tomando un medicamento inótrupo sin calcular previamente la dosis. Se me secó la boca y temí que la felicidad de tenerla en mis brazos se tornara tragedia porque sentía... todo. Incluyendo el dolor.

Su mano, blanca y pequeña se posó en mi pecho. Bajé la vista y al volverla a subir supe que lo que ella miraba estaba mucho de ser yo. Aunque lo era, el control de la situación, la realidad del momento, aquel instante juntos, en la cama, perfectamente vestidos y correctos, había dejado de pertenecerme. El cuerpo. El pelo. Las pirámides. El latido errático de aquel corazón...

El corazón...

—Parece que se te va a salir...

Tragué saliva. No sabía si aquello era un recuerdo, un anhelo tan arraigado que casi parecía verdad, un déjà vu o la insana mezcla de todo lo anterior. Solo sabía, sin saberlo pero con una intuición que acariciaba la locura, que ni aquel era yo, ni aquello mío. Ni ella me pertenecía ni yo la tenía. Pero deseaba conseguirla y encontrarla. Saberla y tenerla.

Y que me aceptara.

¿Tenía algún sentido?

¿Era real?

—Eso ya me lo has dicho.

—¿Cuándo?

Negué.

—Antes. Nunca. Otra vez.

Sus ojos, jodidamente bonitos. Preciosos de tan conocidos. Dolorosos de tan ausentes, parecieron dar una vuelta completa al interior de su mente antes de que sus labios pudieran volver a hablar.

¿Me lo había dicho a mí o a él?

Tomé sus manos por las muñecas y la pegué a mí. Ahora no podía ver su cara pero sí sentir su calor, el olor de su pelo y el roce de su cuerpo contra el mío. Presioné. Si lo hacía quizá esta vez me tuviera un poco de tiempo. Si era rápido, tal vez no se fuera una vez más.

—¿Dónde estás?

Su risa amortiguada por mi pecho, que retumbaba igual que las campanas en lo alto de una antigua catedral.

—¿Tantas ganas tienes de verme?

Suspiré, sabiendo que si había tenido el control, al menos por un segundo, lo había vuelto a perder. Se me diluía entre los dedos. Como ese agua...

Cerré los ojos.

—Tantas que no hay palabras que puedan expresarlo.

—Eso ya me lo has dicho.

Me iba. Se iba. Nos íbamos. La perdía. Otra vez. Como siempre. Sin haberla encontrado. Sin saber dónde, cuándo. Sin saber quién.

—No sé si he sido yo... o él.

CATORCE

Bacteria

—¿Una bacteria? ¿Qué quiere decir con una bacteria?

—Podríamos estar hablando de un microorganismo que...

—¡Sabemos lo que es una bacteria!

—Raúl... calma.

Mi hermano resopló, apoyándose en la silla donde estaba sentado, a mi lado, pero en completa tensión. La verdad es que fue un milagro que yo llamara a la tranquilidad, cuando los demonios que amenazaban con llevarse muy lejos de allí eran, probablemente, mucho más fieros que los suyos. La cardióloga, frente a nosotros en su butacón, nos miró con una paciencia infinita. O al menos, eso parecía.

—Reconozco que la situación es bastante irregular.

—¡Pues haga algo para que se regularice!

—Raúl... que te calmes.

Me miró como si me hubiera vuelto rosa de repente. Supongo que no le habría sorprendido. Así de mal estaban las cosas. Mi organismo era un puto cajón desastre, cualquiera sabía lo que podías encontrar si metías la mano un poco más profundamente.

—Lo que no entiendo es cómo tú puedes estar tan tranquilo.

—No lo estoy. —Miré a mi doctora. —Para nada.

—Adrián, entendemos que necesites respuestas. Y nosotros queremos proveerlas.

—¡Háganle pruebas! —Insistió mi hermano, pasándose por el forro mis palabras.

—Me temo que hemos cubierto todo el abanico posible de...

—¡Pues cojan otro abanico! ¡En la rama médica habrá más abanicos, digo yo!

—Raúl...

—¡Mi hermano está teniendo alucinaciones, joder!

Fue mi turno de incorporarme de la silla. Me erguí como si me hubieran encendido un soplete en las plantas de los pies y miré a Raúl con la traición pintada en los ojos. Porque así lo sentía.

—¡No tengo alucinaciones!

—Ves a una chica, Adrián. —Y para mi eterna molestia, lo dijo vocalizando y con un tono más bajo, como si su vehemencia pudiera alterarme y provocar... qué sé yo, que saltara por la ventana. —Viste a una chica y saliste del coche en marcha, echaste a correr...

—¡Ella estaba ahí! ¡Estaba ahí! ¿Manu?

Me pareció inconcebible tener que volver a contarlo. Tener que explicarlo otra vez. Era una pérdida de tiempo, y no porque fuera evidente que nadie me creía, eso me daba igual, yo sabía muy bien lo que había visto; era una pérdida de tiempo porque cuánto más me retuvieran allí, en el puto hospital que parecía a punto de llevar mi nombre, más tardaría en encontrarla.

Joder, a esas alturas ¿quién sabe dónde podría estar?

—Era... era el Paseo de la Castellana. —Balbuceó mi cuñado, de pie detrás de mi hermano, con los brazos cruzados y cara de circunstancias. —Había chicos. Y chicas. Eso es cierto.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿De qué vas? ¡Tú la viste!

Raúl giró el cuello hacia su marido, que se pasó la mano por la cara con evidente expresión de no querer estar allí ni saber nada de lo que estábamos hablando.

—Vi a todo el mundo que estaba pasando por la calle... pero fijarme en alguien en concreto

no... no...

—¡Vete a la mierda, Manuel! ¡Confié en ti!

—¡Estaba conduciendo, Adrián! ¡Te bajaste del coche corriendo! ¿Qué iba a pensar?

—Vamos a calmarnos todos. Por favor.

—Quiero que le haga pruebas. Más. Todas las que haya.

Bajé la cabeza y la escondí en el dorso del brazo. Aquello era surrealista. Peor que la peor de las pesadillas. El dolor en el pecho, en las sienes y en cada jodida parte del cuerpo no hacía más que crecer, atormentándome tanto como las voces, que no paraban de opinar y entrometerse, haciéndome sentir dudoso de algo que por mis cojones tenía que ser real.

Ella había estado allí. Clara como el sol de justicia que hacía que la ausencia de sombra me facilitara verla con toda nitidez. Estaba allí y nos habíamos mirado por un instante glorioso. Yo me había precipitado del coche, sí. Quizá no fuera lo más cuerdo por mi parte, pero ¿qué otra cosa iba a hacer? ¡No podía perderla! ¡No ahora que por fin la había encontrado!

Pero entonces...

—Como ya le he dicho...

—Me da igual si ya le han sacado sangre y hecho mear en un bote. Quiero que le hagan más pruebas. Es mi hermano y es obvio que le pasa algo malo.

La cardióloga cruzó los brazos. La evidente postura de defensa, que también lucía yo, denotaba que aquella paciencia interminable, era de hecho, finita. Cojonudo. Me encantaba no ser el único al borde de empezar a romper cosas.

—Valoramos las posibilidades de que esté infectado por una bacteria que...

—¡Oh, venga, no joda más con la bacteria, doctora!

—Raúl... —Esta vez, fue mi cuñado el que pidió calma. Con el mismo resultado que yo.

—Que le haga pruebas. Un TAC, un electro... encéfalo... cerebral del corazón. Lo que sea. Lo que no haya hecho. Invénteselo. Por favor.

—Podemos pincharlo hasta que no le quede una gota de sangre. —La miré con ceño. ¿Se acordaría alguien de que yo seguía ahí? —Pero me temo que no encontraríamos más resultados que los que ya tenemos.

Raúl abrió la boca y se llevó la mano al pecho. Parecía que alguien le había abofeteado.

—¿Me está diciendo que tengo que dejar que mi hermano pierda la cordura del todo?

—¡Que no estoy loco, coño!

—Ves una chica que nadie más ve.

—¡Eso no es verdad!

Manu carraspeó. Le miré con toda la advertencia de estar más que dispuesto a matarle si mentía. Total, seguro que mi nombre ya estaba grabado en alguna de las habitaciones de psiquiatría, ¿qué podía empeorar mi situación?

—A ver... chicas había. Yo no he dicho que no hubiera.

—Eres un traidor.

Lo dije en voz más alta de lo que pretendía, y la acusación dio a Raúl todas las alas que necesitaba para perder por completo la compostura. Pero claro, luego el que tenía la olla oxidada, era yo.

—¿Lo ve? ¡Está insultando a su mejor amigo! ¡Su mejor amigo! Y hace cosas raras. ¡Mi hermano hace cosas raras!

—Tu hermano no va a decirte más que te calmes. —Le susurré. —¿Podéis salir los dos? Quiero hablar a solas con mi cardióloga.

—Adrián...

Levanté la mano. Me iba a explotar la cabeza.

—Yo soy el que tiene el problema, que no tiene que ver con alucinaciones o personas que solo están en mi cabeza. —Eso esperaba, por lo menos. —Sino con demasiadas opiniones de algo que no entendéis, porque soy yo el que ha tenido el trasplante. Yo el que vive con un órgano ajeno y yo, el que debe asimilar cambios en una vida que creía terminal. Por favor, ¿me dejáis solo con la doctora de una puta vez?

Raúl abrió la boca, pero Manu, poniéndose de mi parte por primera vez en aquella tarde inverosímil, le dio un toquecito en el hombro.

—Vamos. Le esperaremos fuera.

Supe que mi hermano salía de la sala en contra de todos sus principios y creencias. Sin querer hacerlo en realidad. Obligado y forzado por una situación que no entendía y le superaba.

Yo también me sentía así. Desde hacía mucho, además. Puede que desde que me había despertado a aquella nueva realidad imposible, donde todos me veían distinto y no perdían ocasión de decírmelo, como si mi percepción de mí mismo no estuviera ya lo bastante jodida. Me sentía raro en el cuerpo que habitaba y solo por momentos podía reconciliar mi imagen con lo que vivía en mi cabeza. Con lo que sentía en aquel órgano latiente y fuerte; extraño y conocido a la vez.

No tenía nada que ver con el físico, con problemas relativos a mi aspecto, la debilidad corporal o alguna tontería semejante. Nunca había sido un tipo acomplexado y pasaba mucho de empezar a obsesionarme por chorradas. La cicatriz tampoco era un trauma. Podía vivir con ella porque gracias a ella podía *vivir*. O lo que fuera que estaba haciendo.

Lo que pasaba, y nadie asumía, porque ni yo era capaz de hacerme entender, era que tenía la sensación de vivir en un cuerpo que albergaba dos almas. Dos tipos de sentir. Dos realidades distintas, una consciente y la otra latente, que se manifestaba cuando el primero bajaba la guardia. Era dos hombres y no me reconocía por completo en ninguno.

Lo único que podía hacer, lo único que podía aceptar... era que existía una ella, en alguna parte, y que me llamaba a gritos a todo lo que le daba la voz. No sabía si lo que veía era real, el futuro, el pasado o una ensoñación que mi enfermedad había creado o el nuevo corazón traía consigo, como una aplicación en periodo de prueba por la que en algún momento iba a tener que pagar; lo único que me era certero, era que la deseaba. Que la quería conmigo para obtener respuestas, para oler su pelo. Para tocar su cuerpo y mirarme en sus ojos, a ver si en ellos, por fin, me veía.

—Estaremos en el pasillo. —Dijo Raúl, en un tono de voz cercano a lo normativo. Se levantó con torpeza. —Haga pruebas. Las que sea, todas las que...

—Vamos, cariño. Dejémoslos hablar a solas.

Cuando por fin salieron de la habitación y pude quedarme frente a frente con mi cardióloga, vi en su mirada que, fuera lo que fuese que tenía que decirme no iba a servir de mucho. Me planteé, por un segundo, contarle la totalidad de lo que ocurría, todos los detalles, no porque buscara su comprensión, hacía mucho que había asumido que no la obtendría, sino por desahogarme. Por ver si pronunciar aquellas palabras en voz alta significa algo. Arrojaba alguna luz.

Me daba alguna esperanza.

—Adrián...

En lugar de eso, opté por poner voz a una verdad incómoda que podía, tal vez, ser la única respuesta posible a todo eso:

—Creo que el corazón me está rechazando.

Como era de esperar, ella se mostró escéptica.

—No se ha detectado conducta destructiva por parte de tu sistema inmune. —Y señaló aquel dossier documental, que parecía el guion de una trilogía adaptada al cine más que el informe médico de una persona de mi edad. —Los inmunosupresores...

—No. No me ha entendido. —Puse mi mano sobre los papeles, para que cesara de leer y me escuchara. —No digo que mi cuerpo rechace el corazón, digo que es el corazón el que rechaza mi cuerpo. A mí. No me quiere. No está conforme con este... trasplante.

—Adrián, la ciencia médica no funciona así.

—La ciencia médica no es infalible, ¿no me dijo eso mismo usted?

—Sí, pero...

—¿No me dijo, cuando le pregunté si un órgano podía albergar o conservar recuerdos previos, que con todo lo que se había estudiado, había muchos vacíos de información?

Suspiró. La vi jugar con los dedos, hasta unir las manos para ponérselas bajo la barbilla.

—Adrián, el corazón no te está rechazando. El proceso de asimilación psicológico que supone un trasplante, de cualquier tipo, es largo y complicado. Es normal que...

—¿Es normal, dice? —Sonreí. —Doctora, con todo respeto... ni un puñetera cosa de todo esto puede ser normal.

Y no necesitaba visitar más grupos de apoyo para corroborarlo porque sabía, a ciencia cierta, que en ninguno de ellos iba a encontrar un caso siquiera parecido en una milésima parte a lo que experimentaba yo.

Esperé cualquier comentario por parte de la facultativa. Palabras de ánimo. De comprensión. Incluso que levantara el auricular del teléfono que descansaba sobre la mesa y llamara a los tíos de bata blanca y camisas de fuerza. Me preguntaba si sus drogas serían compatibles con los betabloqueantes. Si con ellas tendría más tiempo para formular preguntas y aceptar las respuestas que devinieran.

¿Qué pasaría si ella no me reconocía? ¿Qué pasaría si él, si el otro, tomaba definitivamente el control y me expulsaba? ¿Se estaría dando cuenta igual que lo hacía yo? Tenía que ser así. Su mirada, nuestra mirada, en el espejo, en el hotel... éramos uno y a la vez nos habíamos desdoblado. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo lo podía explicar?

Joder, ¿podía mi nuevo corazón tener doble personalidad?

—Adrián.

Levanté la vista. Por lo menos seguía siendo capaz de responder a mi nombre.

—¿Va a decirme que tengo una esquizofrenia o algo así?

Negó.

—Voy a preguntarte por qué no seguiste caminando. —Fruncí el ceño. —En el Paseo de la Castellana, después de bajarte del coche y echar a andar...

—Cuando la vi.

Hizo un gesto afirmativo.

—Cuando viste delante de ti a la chica a la que refieres que ese corazón reconoce, que tú reconoces, porque ahora es tuyo, ¿por qué te detuviste? ¿Por qué no seguiste adelante?

La respuesta era fácil. Quizá lo único fácil de todo aquel sinsentido.

—Me dio miedo.

—¿Qué te dio miedo?

—Que ella no me reconociera. Que me rechazara.

—¿Cómo no iba a reconocerte, si tú sabías quién era?

—No puedo explicárselo.

Y que me hiciera desgranar aquello, como si pretendiera que comentándolo en detalle me

diera cuenta de que no tenía sentido, no ayudaba.

—Adrián, ¿sabes lo que es la amnesia selectiva?

Me eché el pelo hacia atrás. La sensación de estar perdiendo el tiempo se me multiplicaba sin cesar. Sí, yo había perdido una oportunidad de oro porque me había echado atrás al tenerla a unos pocos metros, porque todas las dudas del mundo y las mayores incongruencias de aquella historia me cayeron encima con el calor de mil soles de agosto en pleno centro de Madrid.

La escena del hotel, y todas las demás, se me revolvían en la cabeza como una reproducción automática que nadie se ha tomado la molestia de parar, y en un parpadeo, en ese momento minúsculo de incertidumbre, ella había dejado de estar donde estaba, yo me había llevado la mano al pecho y, al igual que pasaba con Harry Potter y su cicatriz maldita, habían iniciado el protocolo de hospital.

No me había dado tiempo de asimilar si los últimos momentos juntos eran míos, nuestros, o de ellos, si los había vivido consciente, inconsciente, en coma o ya muerto de angustia. Recordaba haberme bajado del coche e iniciar aquella carrera con nitidez. Recordaba haberme detenido con claridad. No podía entender los vacíos, los huecos y las lagunas que parecían anegarlo todo cuando todo era algo que estaba viendo y sintiendo yo.

—Ya le he dicho que tengo... —*no digas visiones joder, ¿qué coño te pasa?* —que percibo, estas escenas muy claras. ¿Cómo iba a ser amnesia?

—¿Y por qué no?

Fruncí el ceño, seguro de que estábamos dando vueltas en una especie de tiovivo tortuoso y sinsentido.

—Porque... acabo de decirle que...

—Que lo ves, ¿no? —Sonrió. Pero no me dejé engañar. De niño tu madre sonreía antes de cortarte el pelo. Y el pediatra hacía lo propio antes de la inyección. No me dejaba engañar por las sonrisas. A no ser que fueran de ella. Si ella me sonreía eso indicaba que todo estaba bien. Al menos, mientras duraba. —¿Y si lo que estuvieras viendo fueran recuerdos reprimidos? ¿Olvidados, a causa del trauma?

—¿De qué trauma?

Empujó los documentos hacia mí. De reojo vi la radiografía cardíaca, el neumotórax, aquellos electros con los que se podría pavimentar el camino a Toledo y aún sobrarían... —Adrián, cuando ingresaste, lo hiciste con un infarto agudo de miocardio y la aorta dilatada en más de tres milímetros, lo que traducido en pocas y simples palabras significa...

—Ya sé lo que significa. —Raúl había tenido que ponerse en contacto con nuestra funeraria, Manuel me lo había dicho. —Casi no lo cuento.

—De hecho, causaste parada. Dos veces.

Me crucé de brazos, sin entender del todo qué podía tener que ver aquel desglose de mi obra y hechos en lo que estábamos hablando, y que dilataba, igual que mi aorta, el tiempo que malgastaba allí sentado, cuando podía estar... no sé, aguantando la respiración a ver si el cerebro se me quedaba sin oxígeno el tiempo suficiente para ver el nombre de una calle, una dirección o lo que fuera.

Así de desesperado estaba.

—No entiendo dónde quiere llegar.

—El trauma sufrido, como te he dicho, fue muy grande. De magnitudes difíciles de asimilar para cualquier persona. El cerebro tiene sus mecanismos para soportar ciertos grados de angustia o dolor. Uno de ellos, por ejemplo, es levantar muros protectores. Lo que conocemos como amnesia selectiva.

Arrugué el entrecejo.

—¿Cree que olvidé cosas a propósito?

—Creo que es posible que hubieras encontrado, conocido o... te hubieras enamorado de alguien, de una chica, y ante la certeza, porque la tenías igual que nosotros, de que no ibas a poder ver consumado ese amor por tu condición de salud, decidieras olvidarla.

Me quedé perplejo y no supe qué decir. Llegados al punto donde me encontraba, cualquier respuesta que distara de que estaba demente podía valerme. Aquello arrojaba una especie de luz al final de un túnel grotesco y en ruinas. ¿Sería posible? ¿Habría mi cabeza hecho una selección de recuerdos y suprimidos otros?

—¿Para qué iba a olvidarme de ella, si de todos modos iba a morir?

La cardióloga se encogió de hombros.

—Solo en nuestro interior sabemos la cantidad de pena que podemos soportar, Adrián. Tal vez tu subconsciente comprendió, mejor que tú ahora, que para irte en paz... necesitabas olvidar que dejabas a alguien atrás.

¿Sería verdad? Joder... ¿sería posible?

¿Me dictaba el corazón el camino de vuelta a aquello que la cabeza había borrado, ahora que tenía tiempo de recuperarlo? ¿O era el corazón ajeno el que quería volver a lo que había sido suyo antes de llegar a mí?

Quería creer tan desesperadamente que la doctora podía tener razón. Que aquella opción era plausible... pero si era así...

—¿Cómo recupero lo que se supone que he olvidado?

—Pues teniendo en cuenta el patrón que ha despertado las manifestaciones que has ido teniendo hasta ahora, yo diría que provocarlo puede ser peligroso para ti, Adrián. —Me miró con mucha seriedad. —En tu caso, forzar al corazón podría tener consecuencias gravísimas. Y no me estoy refiriendo a nada sentimental, por lo que debo desaconsejarlo categóricamente.

La muerte. Esa amante de la que no podía desembarazarme. La herida que no cerraba. La sombra que me hacía temblar de frío aun cuando todos disfrutaban bajo el sol.

No dije nada. No tenía que hacerlo. Si la opción de la amnesia selectiva, de los recuerdos sopladados al olvido como un montón de hojas caídas podía ser verdad, exigía a mi cerebro que me los devolviera. Si para lograrlo tenía que someter al nuevo corazón a un estrés desconocido... que así fuera.

Después de todo, pensé, para bien o para mal, ahora me pertenecía.

Ya era hora de que lo pusiera a prueba.

QUINCE

Choque

—No sé si lo entiendo.

—Yo sí. Quiere que veamos como coquetea con la muerte y no hagamos nada. Como los críos cuando lamen un cuchillo sabiendo que se van a cortar la lengua.

—Eso es un poco exagerado, ¿no te parece?

Raúl, que daba vueltas por la cocina, incapaz de quedarse quieto, me lanzó el trapo con el que estaba secando los cacharros.

—¡Hablamos de tu vida, Adrián!

—Soy muy consciente. ¿Puedes cortar esos pimientos en juliana y lavar los boletus, por favor?

Intercambió una mirada con Manu, que se encogió de hombros desde el taburete de la barra que había ocupado hacía un rato y del que todavía no se había movido.

—No. No puedo cortar nada con forma de nada porque no sé de qué narices estás hablando.

—Ya lo hago yo...

—¡Vas a cometer un error!

Le sonreí, girando apenas la cabeza mientras limpiaba la tabla y escogía con la precisión de un cirujano el cuchillo. Me había recogido el pelo en una especie de moño bajo y sentía más holgada mi camiseta de Pearl Jam al moverme por la cocina. De hecho, todo yo me sentía más ligero, como liberado del peso de un desconocimiento que, con suerte, pronto se iluminaría con la razón.

Joder, estaba de tan buen humor que me había dado por preparar un revuelto de champiñones y verduras regadas con una vinagreta de manzana justo antes de plantear la cuestión que ahora nos ocupaba, y por alguna razón, tenía a mi hermano de los nervios.

—Lo único que te pido es que estés presente.

—Y que no haga nada.

—Acompañarme, Raúl. Como has hecho toda la vida. Solo eso.

—Solo eso dice el muy... ¡solo eso! ¡Solo eso! ¿Tú le oyes?

Manu asintió

—Alto y claro, cariño.

—¿Y no tienes nada que objetar?

Mi cuñado, sabedor de que dijera lo que dijese incurría en molestarnos a uno de los dos —no envidiaba para nada su postura, por más que me hubiera enfadado con él a causa de su pasividad en el despacho de la cardióloga—, se limitó, otra vez, a encogerse de hombros.

—Creo que es su decisión...

—¡Hablamos de su vida! ¡De su salud!

—La mental también es importante. —Le di a Manu un cuenco y la aceitera. —¿Puedes mezclar el aliño?

—¿Puedo hacerlo en el coche, mientras conduzco hasta Alcalá y me quedo allí un par de horas?

Sonreí.

—No creo que te dejen llegar tan lejos.

—Adrián, ¿quieres parar de cocinar y prestarme atención?

Crucé los brazos y miré a mi hermano. Se le había rizado el pelo, aunque quizá lo más correcto sería decir que el fijador había perdido su potencia a causa de todo lo que lo había estado toqueteando y mesando desde que saliéramos del hospital. Tenía una manchita en su impoluta camisa burdeos. Y se le habían salido los faldones de los vaqueros. En conjunto, no parecía tan pulcro y ordenado como siempre. Era casi como si mi clarividencia, mi repentino asimilar de que lo que me estaba pasando podía adolecer a algo lógico, tangible y cuya respuesta podía alcanzar, le hubiera desestabilizado.

Podía entender que los métodos que yo había escogido no fueran de su agrado. Tampoco lo eran para mi doctora, que permanecería ciega a mi decisión. Ni ya puestos, para mí.

Pero a veces, había que presionar la máquina para obtener resultados.

En este caso, bueno... la máquina latía acompasadamente debajo de mi cicatriz.

Era mía, me recordé. Podía usarla.

—Si dejo esto a medias no cenaremos ni a las once.

—¿Y tienes que ir a algún sitio?

—Venga Raúl...

—¡Pediremos ternera teriyaki si hace falta! ¡Pero estate quieto!

Fruncí el ceño

—Qué asco joder.

Mi hermano, que no llevaba nada bien no ser el centro de atención cuando consideraba que lo que tenía que comunicar era más importante que cualquier otra cosa, levantó las manos al aire. Se le salió la camisa por completo fuera de los vaqueros y enseñó parte del ombligo.

—¡No me escucha!

—Raúl, eres tú el que no escucha.

La mirada de agradecimiento de mi cuñado, ya que al intervenir yo, su marido había puesto su atención en mí y no en él, fue digna de fotografiar. Lo habría hecho de no tener cosas más apremiantes entre manos, una cena para tres, para empezar. Y someterme al estrés físico suficiente como para obligar a mi cerebro a recuperar la copia de seguridad de los supuestos recuerdos que me había borrado cuando creía que iba a morir.

Lo cual conseguiría, si la teoría que había deducido de mi charla con mi doctora era acertada; estando casi a las puertas de la muerte una vez más.

No. No era un plan infalible. Estaba dispuesto a reconocerlo.

—Pones en riesgo tu salud.

—Eso ya lo has dicho. Y como te contesté antes, la mental también importa.

Para Raúl fue como si le abofeteara con la espátula de freír.

—¿Y te parece muy mentalmente razonable poner tu corazón trasplantado en peligro?

—Es un peligro que estoy dispuesto a asumir.

—¡Pero yo no, coño! ¡Eres mi hermano! ¡Ya tuve que llamar a la funeraria para ti, no volveré a hacerlo!

—No hace falta. —Tragué saliva. —Yo... dejaré las cosas arregladas. No va a ser algo inmediato ni impulsivo. No voy a terminar de comer y meter la cabeza en el horno, joder.

—Adrián, me da igual que tengas un plan de cinco días escrito en un Excel, ¡no puedes alterar el tratamiento, ponerte en peligro de forma deliberada y provocarte quién sabe qué daños! ¡Y menos por una chica cualquiera!

Sí, suponía que esa era la lectura, en resumidas cuentas. Había perdido la razón por una mujer. Una chica que había ocupado indebidamente mi coco, sin ser invitada ni dar visos de estar dispuesta a desaparecer. Entendía, porque de verdad que me esforzaba en hacerlo, que Raúl lo

sintiera como una especie de traición, como si después de todo lo vivido, lo compartido, lo sufrido y lo perdido por ambos, que era mucho, yo estuviera dispuesto a tirarlo todo a la basura de forma inconsciente por alguien, un ente incorpóreo, que podía o no estar al otro lado para recibirme.

A mí tampoco me parecía lo más inteligente del mundo si lo planteaba así, pero en estas cosas, bueno... solo los que sienten pueden darle sentido.

Los amores a distancia, por ejemplo, ¿qué empuja a dos personas que podrían encontrar opciones muchísimo más simples a la espera, la agonía, los puentes aéreos y las horas contadas, a seguir luchando el uno por el otro?

Los amores basados en creencias o aspiraciones vitales irreconciliables, ¿cómo podías poner en una balanza tu fe y tu crianza y la pasión que te despierta alguien y escoger la opción menos lógica?

Querer es la cosa más maravillosa del mundo. Todos estamos de acuerdo en eso si es que alguna vez así lo hemos sentido. Y también la menos lógica. Yo podía haber sido un cínico en cuestiones del amor, había cometido errores, me había dado y había perdido, igual que todo el mundo, pero nunca hasta ese momento había sentido algo remotamente parecido a lo que ahora experimentaba. Nunca había notado una necesidad tan real de saber, de conocer, de hablar, de sentir, de tener a otro ser humano hasta el punto de que esa necesidad se me volvía física.

Pensar que ella podía ser solo producto de una mala combinación química, que el mezclar el medicamento A con las tres cuartas partes del B era lo único que la traía a mí mente me llenaba de una desesperación que imaginaba similar a la que sufren los novios supeditados a un puto calendario de vuelos, escogiendo momentos vitales, festividades y eligiendo entre un fin de semana de concierto cualquiera o el próximo cumpleaños para verse, porque no pueden tener los dos.

No me sentía capaz de aceptar que ella no existiera fuera de lo onírico de mi cabeza, porque sin conocerla de nada la sentía demasiado mía. Y estar loco por alguien que podía no existir, se me antojaba una bruma demasiado cruel. Algo que no me sentía preparado para aceptar.

Sin embargo, si la cardióloga tenía razón, si mi cerebro había actuado con la piadosa intención de hacerme la transición más fácil y la había evaporado de mis recuerdos, todo cambiaba. Debía ser alguien importante. Alguien lo bastante serio y asentado en mi vida, a quien yo quisiera tanto y cuya pérdida pudiera devastarme hasta tal punto, que la única manera que había tenido mi cuerpo de aceptar la muerte había sido rechazando su existencia.

En cuyo caso... joder, ¿cómo no iba a querer recuperar un amor así?

—Si la olvidé porque estaba enfermo, ahora ya no lo estoy.

—¿Y si no es así? ¿Y si la doctora se equivoca?

El océano de los y *si*... no pensaba franquearlo. Aquello era Madrid. No estábamos preparados para defendernos en grandes masas de agua.

—¿Y si mi sistema inmune detecta la intromisión y expulsa mi corazón y nunca lo sé?

—¡Pero es que eso es precisamente lo que puede pasar si lo sometes a prueba!

—Raúl... —Me presione el puente de la nariz. —He pasado gran parte de mi vida adulta conteniéndome para no hacer algo que pudiera provocarme un puto infarto. Ahora que he me operado, se supone que es para tener una vida mejor. Más completa.

—¡Y lo que intentas hacer es morirme!

—¡No, joder! ¡Intento ser feliz!

—¿Buscando a una chica que puede que no exista?

Le miré a los ojos. Iris pardos contra sus gemelos. Raúl pudo soportarlo y giró la cara.

Sabía que había perdido esa batalla. Nunca hasta la fecha había podido convencerme de no hacer nada que yo ya hubiera decidido emprender. Fue así desde niños. Haberle hecho caso me habría librado de muchos problemas, heridas físicas y castigos que se eternizaron... pero también me habrían robado parte de mi esencia. De lo que era yo. Del Adrián que me enorgullecía de conocer.

De ese que tenía que elevar bien alto, como un jodido estandarte de intenciones, porque teniendo en cuenta cómo estaban las cosas, no sabía si podía levantarme al día siguiente con unas convicciones y apetencias completamente diferentes y desconocidas. Debía aferrarme a mis principios arraigados. Saberme, en lo profundo, era lo único que me mantenía cuerdo.

Más o menos.

—Tengo que terminar la cena, Raúl.

—Estamos hablando.

—No. Tú has decidido que estoy loco. Poca discusión queda ahí.

—¡Perdóname si no puedo entender que pretendas que acoja de buen grado tu intento de suicidio, Kurt Cobain!

Puse los ojos en blanco. El taburete de la cocina estaba vacío. Mi cuñado nos había hecho un *goshting* de lo más profesional. Qué cabrón... siempre había dado unas hostias como panes, pero se había escaqueado de tantas peleas como había podido.

—No voy a pegarme un tiro.

—No. Vas a dejar de tomarte la medicación. Después de prometerme, hace bien poco, que no lo harías. Para mí es lo mismo.

—No lo entiendes.

En ese punto estábamos de acuerdo. Derrotado, Raúl se apoyó en la encimera. Yo volví al corte minucioso de la verdura. Durante unos segundos, solo se escuchó el tenue siseo de la hoja afilada contra la tabla.

—¿Tan importante es?

Bajé la luz de la vitrocerámica y removí los pimientos.

—Si para poder irme tranquilo tuve que olvidarla... ¿a ti qué te parece?

—Que te vas a arriesgar por una teoría.

—La otra opción es que la imagine mi cabeza. —O que aquel corazón que no había madurado y crecido con el resto de mi cuerpo se estuviera revelando, llamando a latidos, porque no podía hacerlo de otra manera, a la persona que había querido cuando llenaba el pecho de su legítimo dueño. —Necesito salir de dudas, Raúl, no puedo pedirte que lo entiendas...

—Pero puedes intentar explicármelo.

—¿Cómo? ¿Qué necesitas saber que yo te pueda decir?

—¿Tan especial es esa chica? ¿Tan... guapa?

Sonreí. Ojalá fuera tan simple.

—No tiene nada que ver con eso. —De hecho, me descubrí pensando con sorpresa, si tuviera que describirla físicamente, dando detalles de la forma de su cuerpo, de su estilo de peinado o manera de vestir... no podría. —Cuando estoy con ella, puedo sentirla y puedo verla. Pero aunque la toco, no puedo decirte cómo es en el sentido más básico de la palabra.

—Porque es algo más profundo.

—Eso es. Más profundo.

Observó como pasaba por la sartén los boletus, girando la muñeca para removerlos con una pericia que sabía Dios de donde habría sacado.

—Pero también hay sexo.

—Lo hay.

—Y te gusta.

—Raúl...

—Intento entenderlo, Adrián. De verdad que intento entender qué puede tener ella que haga que pongas en riesgo una segunda oportunidad que otros... que muchos... que mamá, no tuvo.

El golpe de la sartén contra el cristal de la vitro fue aviso suficiente. Aquel punto era el de no retorno y mi hermano lo sabía muy bien. Podía jugar cualquier carta que quisiera, no había límites entre nosotros. Nos habíamos insultado, nos había pegado. Yo había puesto pasas en su comida a sabiendas de que las odiaba y él se había aprovechado de mi inconsciencia hospitalaria para hacerme moños en el pelo. Estábamos por encima de muchas cosas, excepto, por supuesto, mi madre.

No era un argumento que pudiera permitirle usar.

—No te pases.

—¿Qué crees que pensaría ella?

—Los muertos no piensan, Raúl. Pero los vivos adultos toman decisiones por sí mismos, de haber querido que otro lo hiciera por mí, no me habría operado.

—Me estás pareciendo un egoísta de mierda.

—Tú estás siendo un gilipollas y aun así, no ves que te escupa en la cena. —Le miré de reojo. —Aunque eso puede cambiar como sigas por ese camino.

—¿Serías capaz de dejarte morir por encontrarla? ¿De abandonarme? ¡Eres lo único que tengo!

—Estás casado con un tío que te quiere lo bastante como para largarse antes que decir algo que puedas interpretar como en tu contra. No te quedarías solo. Y no me voy a morir.

—¡No lo sabes!

—Lo sé. Este corazón viene con una App culinaria y con visión de futuro. Viviré hasta los noventa. Y me compraré una Gibson. Blanca.

—Eres un gilipollas Adrián. Un inconsciente de mierda.

—Mamá siempre decía que si dialogas insultando has perdido la discusión. —Eché salsa de soja a los champiñones. Me temblaban las putas manos, porque aunque estaba seguro de por qué hacía lo que hacía, aquel era mi hermano, joder. —Has perdido.

—Soy tu hermano. —Y éramos iguales. —¿Eso no pesa más que una tía cualquiera?

—No es una tía cualquiera.

—¡No lo sabes!

Solté la espátula de madera y le encaré. Era más alto que yo. Estaba en mejor forma y probablemente más sano. No es que tuviera nada que hacer. No es que fuera a pegarle ni nada así, pero la charla duraba demasiado, sobre todo cuando poco o nada más tenía yo a mi favor que una fe inquebrantable en que hacía lo que hacía por una razón lógica y no como medida desesperada.

Nunca había sido un loco que buscaba el amor a la desesperada. Yo no la busqué, joder, ella apareció. Sin que la invitara, como un vampiro emocional que me había enseñado, a mí, el alumno más díscolo de cuántos habían pisado alguna vez una escuela, que a veces estar a medio morir era mejor que vivir a medias.

Lo que sentía cuando la tenía cerca, cuando me miraba y sonreía, superaba con mucho los momentos que había considerado felices, antes de operarme. Había vivido en blanco y negro muchos años. Ahora que había atisbado el color, ¿por qué querían cegarme otra vez?

—Estás casado con alguien que te quiere, Raúl. Eres jodidamente feliz. Estás satisfecho en lo

emocional, en lo sentimental, en lo romántico y aunque sabe Dios que no quiero darme por enterado porque ese tío es mi mejor amigo, también en lo sexual. Quiero lo mismo. Me merezco lo mismo.

—¡No digo que no! Pero puedes encontrarlo de otra manera, Adrián.

—Yo podría haberte dicho lo mismo cuando te enamoraste de Manu. En lugar de eso te apoyé.

—Querer a Manu no era un peligro potencial para mí.

—Puede que no, pero si algo que podía afectarme. Era mi mejor amigo, podía haberle dado a elegir.

—Eso habría sido muy egoísta por tu parte.

Miré a mi hermano con seriedad. No estaba enfadado, solo... sentía decepción. Y no tanta contra él, que al final intentaba protegerme con las armas de las que disponía, sino conmigo. Por no ser capaz de hacerme entender. Por aquella voccecita insidiosa que me susurraba que quizá me aferraba a un clavo ardiendo. Por el miedo, que creía haber desterrado de mi mente cuando salí del hospital y que ahora, enfrentando los hechos y sus consecuencias, me asolaba una vez más.

—Quieres privarme de encontrar a alguien que es lo bastante importante como para colarse en mi mente en mi momento más vulnerable. ¿Quién es el egoísta?

—¡Adrián, yo quiero que seas feliz!

—¡Entonces ponte de mi lado, joder!

—¿Y qué hago? ¿Me quedo impasible mientras te mueres?

—Te quedas conmigo cuando la encuentre, porque si no existe y solo está en mi cabeza, o si ella busca a otro que no soy yo y todo lo que siento no tiene ningún sentido y es consecuencia del trauma, del trasplante o de que estoy perdiendo la puta cabeza, voy a necesitarte, Raúl. Voy a necesitar a mi jodido hermano para asimilar que me he estado aferrando a una quimera... porque si es así no creo que yo solo pueda salir.

Tiró de mí y me abrazó. Cuando nos separamos había pasado largo rato y Manu había puesto la mesa, silencioso como un ninja y sin interrumpirnos. La camisa de mi hermano tenía surcos y mi camiseta estaba húmeda. Los dos habíamos llorado la agonía de querer al otro y ser incapaces de aceptar su punto de vista por más amor que hubiera.

No quería morirme. De hecho, ahora que había obtenido aquel periodo de gracia tenía prisa por saber qué podía depararme una vida que creía perdida cuando la sentía casi por estrenar.

Pero no evitaría el riesgo, no cuando enfrentarlo podía llevarme a ella.

—Si es una amnesia selectiva... y tú te has protegido para enfrentar el trance, ¿qué habrá sido de ella? —Sentados a la mesa, tomando una cena que había quedado buena pero se había servido con demasiada guarnición de duda y descontento, mi cuñado, por fin, decidió participar del debate. —¿Por qué no te ha buscado?

—No lo sé, Manu. No sé si nuestra relación, de existir, habría sido tan profunda y seria como pintan los momentos juntos que he... donde he estado.

Los dos se miraron entre ellos. En ese lenguaje secreto y mudo que comparten los que se aman. El mismo que compartía yo con ella cuando llegábamos a nuestro hotel o hablábamos por teléfono y nos mirábamos a través de una pantalla que separaba dos mundos pero no dos sentimientos que, visto lo visto, se encontrarían incluso en el más imposible de los escenarios.

—¿Y... estás seguro de que el corazón no le pertenece a ella?

Algo frío. Desagradable, me corrió por la nuca. Dejé el tenedor y miré a Manu. Raúl se había quedado pálido.

—¿Qué dices?

—Hasta ahora has pensado que el donante, el... dueño del corazón era quizá alguien a quien ella quería. Que estaba lo bastante enamorado como para... bueno, para seguirla teniendo presente después de muerto, ¿no?

Asentí. Se me habían revuelto las tripas y de pronto, no quería seguir siendo parte de aquella conversación.

—Luego pensaste que a lo mejor siempre fuiste tú, pero que a lo mejor habías olvidado determinados aspectos... —De nuevo, asentí.

—¿Crees que hay otra opción?

Raúl miró a su marido y este se lo confirmó, volviendo después la vista a mí.

—Quizá sí haya un romance. Un amor que no muere con la muerte, ya sabes... y lo que ves sea real y todo eso, pero ¿cómo sabes que en las visiones, tú eres tú?, ¿que eres él?

—No son visiones. No tengo visiones. No soy un puto...

Iba a vomitar. O a desmayarme. Se me saltarían los puntos y regaría con sangre los putos boletus y los pimientos cortados en juliana. Recordé las veces, todas, el tatuaje de las tres pirámides, la mirada confusa en el espejo, la carrera por el metro, incluso el alivio y el placer de cada penetración. Cómo a veces sentía que tenía el control y otras que lo perdía. Cómo a veces lo veía todo desde unos ojos que parecían vírgenes a todo lo que se reflectaba en ellos y cómo otras sentía continuos *déjà vu* que me confirmaban que sabía y conocía. Que el suelo pisado ya había sido recorrido. Que el prólogo de aquella historia se había narrado conmigo dentro de la misma, y no como un lector que tomara el libro por casualidad.

Pesaban más las veces donde el yo y el otro eran sujetos distintos. Pero claro que era yo, hasta cuando no me reconocía y no lo era en absoluto. Tenía que serlo.

Cualquier otra opción era impensable.

—¿Y si lo que ves o, perdón, experimentas no es tu parte de la historia con ella? —Siguió Manu, que por lo visto no me veía ahogarme y desangrarme sentado a la mesa. —¿Y si es la historia tal como ella la recuerda... tal como la *vivió*? —El uso del pasado provocó que se me congelara un latido, como si el maldito corazón hiciera un redoble ante una verdad ingrata que tenía, por fuerza, que ser un embuste sin razón. —¿Y si la donante es ella? ¿Y si es ella... la que falleció?

DIECISÉIS

Troponina

—¿Y si nos perdemos?

Levantó la vista, haciendo un verdadero esfuerzo por no apartar la cabeza de mi hombro, donde se había encajado con la facilidad que da llegar al lugar al que perteneces, aunque tú no lo supieras. Miró hacia adelante, hacia el conductor, y luego otra vez a mí.

—Estoy bastante segura de que el taxista sabe adónde vamos.

Le sonreí, negando y acariciando con la yema de los dedos su cara.

—Me refiero a nosotros. Juntos Los dos.

—¿Perdernos?

—Perdernos.

—¿Dónde?

Me encogí de hombros.

—Donde sea. Cualquier sitio que sea ajeno a ambos. Para descubrirlo y descubrirnos.

—¿Como una aventura?

—Exactamente

Me acerqué y le rocé los labios. No fue un beso profundo, ni húmedo o apasionado. Esos ya llegarían.

—¿Y no sería mejor compartir la realidad en vez de huir?

—Es que no estaríamos huyendo... sino...

—¿Descubriendo y viviendo una aventura?

Resoplé. Su tono de voz había cambiado y cuando nos miramos, había algo en su mirada que me pareció decepción.

—¿Si hubieras sabido esto cuando nos conocimos, habrías seguido adelante?

—¿Qué quieres decir?

El conductor, zigzagueando entre unas calles madrileñas que empezaban a anegarse de agua igual que el interior del vehículo de todas nuestras dudas y palabras no dichas, pareció mirarme por un segundo a través del retrovisor. Me removí un poco.

—Podemos hablarlo después.

—No. ¿A qué te refieres? ¿Te arrepientes?

—¿Tú no?

Me parecía tan obvio. No porque nuestro encuentro hubiera sido malo o nuestra causalidad un error, es que nosotros, los dos... ¿no se supone que esas cosas debían ser fáciles? ¿No se suponía que si algo estaba destinado a ocurrir, ocurría y fluía de manera orgánica y natural? En nuestra relación, si podíamos llamarla así, había más zozobra que calma.

De haber estado en alta mar, estoy seguro de que uno, o ambos, habríamos terminado vomitando todas nuestras buenas intenciones.

—Los viajes, las horas de aeropuerto, los mensajes contestados tarde, las cosas que nos perdemos, los días que no conseguimos coincidir...

Sus ojos, aquellos jodidos ojos que habían tomado una vida no demasiado feliz pero relativamente estable y la habían vuelto del revés, se me clavaron hondo. Como una cuchilla afilada que me advertía de que el dolor que sufriría al salir no era siquiera comparable al que

había sentido al entrar. Suspiré.

—Me compensa cada momento que estoy contigo.

—Pero también lo pasas mal.

—¡Claro que sí! Y sé que me pierdo cosas y que a veces querría hablar contigo más de lo que podemos, y que existe diferencia geográfica, horaria y hasta de lingüística básica.

Sonreí.

—Me encanta tu acento.

Suspiró.

—Hablo en serio

Lo sabía. Yo también.

—¿Te parece poco?

—¿A ti te parece mucho? ¿Comparado con lo que tenemos?

—Lo que tenemos...

Sus dedos cálidos me rozaron la perilla, apartaron el pelo de mis sienes. Sus labios rozaron mi mejilla y me estremecí hasta el último hueso. Que me clavarán todas las espadas que fuera necesario si luego tenía sus besos para desinfectarme las heridas.

—Cuando estás aquí solo pienso que estás aquí. Nada más. Deseo que cada minuto dure el doble y que los días pasen lentos.

Volví a sonreír.

—Me pasa exactamente lo mismo.

—Pero cuando te vas...

—Te da miedo quedarte pensando y esperando el resto de días a que vuelva, sin vivirlos de verdad.

Asentí, aunque lo peor no era eso. Temía que ella se supeditara a esa existencia. A ver cómo avanzaban las semanas aguardando el siguiente encuentro, sin saber cuándo o cómo se produciría, yéndose a la cama triste o decepcionada si no habíamos hablado, sintiendo celos, envidia o inseguridad por acciones que yo pudiera acometer, viajando, saliendo con amigos... viviendo una vida que debía estar completa y ser lo más dichosa posible, porque cualquier otra cosa, lejos de llevarnos a algo bonito que compartir, nos sumiría en una pena constante, continua.

Que amargaría los ratos juntos.

Tal como estaba ocurriendo en ese preciso momento.

—¿Crees que está mal que solo quiera estar contigo?

Negué, besando su frente y apretando su cuerpo contra mí.

—No lo está si cuando no lo estás... sigues siendo tú.

No me dijo que paralizara su existencia por mí. No hizo falta. Yo sabía que tenía amistades, estudios, trabajo, aficiones, del mismo modo que yo las tenía. No dijo que me hubiera convertido en un vértice importante para ella, porque su geometría ya tenía forma antes de conocernos. No dijo nada de eso, pero me cogió la mano con fuerza y no volvió a soltarla hasta que llegamos a nuestro destino.

Yo tampoco le dije que me encontraba en la misma situación, y que si hacía tanto hincapié en ello era para intentar que uno de los dos fuera racional y quizá, intentara huir antes de que la situación se nos complicara más. Porque no era ningún ingenuo, sabía que aquello empeoraría. Llegaría el momento en que sabernos lejos se nos antojaría la peor de las maldiciones y no podría soportarlo. Entonces quizá diéramos un salto de fe y lo apostáramos todo a estar juntos; o tal vez... llegarían los reproches, la ira y el desamor.

Pero ¿cómo hablar de desamor cuando no nos habíamos dicho te quiero? Teníamos tanto miedo de que el otro no estuviera en la misma página, de que no hubiera aceptado leer el libro, que callábamos y llevábamos aquellos momentos anclados al corazón, haciendo cada vez más bulto y contrapeso, hasta que pronto, no quedara espacio para más.

—¿Dónde vas a llevarme?

—Hacia ningún lugar.

Cerró la puerta del taxi, se atravesó el bolsito en la cintura y me miró sin comprender.

—¿Qué clase de dirección es esa? ¿Un local secreto o algo así?

—Señorita extranjera, voy a hacerle un tour por alguno de los mejores garitos de Madrid para su deleite y conocimiento.

—¿Con anécdotas?

—¿Por quién me tomas? —La cogí de la mano. —¡Pues claro que habrá anécdotas!

Tomamos algunas copas en un par de sitios diferentes por la zona de Malasaña. En uno subimos el ratio de edad y en otro, lo bajamos. La música era decente y al ser mi ambiente conocía a gran parte de los camareros. Me saltaba a la vista que mi chica no tenía demasiada soltura en lo que a salidas nocturnas se refería, o que por lo menos, en su lugar de procedencia no había una carta tan variopinta ante la que elegir.

Me resultó un placer casi obsceno llevarla a sitios que sabía que iban a gustarle, por la decoración o el ambiente. Y ver su cara cuando esta se le iluminaba de ilusión. Me sorprendí pagando consumiciones que ni siquiera me había terminado, porque lo único que me interesaba era hablar con ella y escucharla contarme cosas. De su trabajo, de su vida, de sus relaciones... de cómo era posible que hubiéramos llegado hasta allí dadas nuestras circunstancias.

—¿Qué pensaste la primera vez que nos vimos?

Dejó la cerveza en la mesa y negó.

—Mierda.

—¿Qué? ¿Estás bien?

Sonrió. El cuerpo le osciló un poco en la silla. No llevaba ni tres birras completas, pero era pequeña y se dejaba llevar. Ahora no se sentaba tan rígida ni tenía el pelo tan perfectamente peinado como cuando nos habíamos encontrado. Se le había borrado el pintalabios y tenía un poco corrido el lápiz negro de ojos hacia el lagrimal.

Nunca había estado tan bonita.

A excepción de después de hacer el amor.

—No, digo que eso es lo que pensé: mierda.

—¿Mierda? ¿En serio?

Levantó los brazos, como exculpándose.

—Yo no esperaba que me gustaras.

—Vaya, muchas gracias. —Nos reímos. —Quedamos y mientras ella deseando “que sea feo, poco aseado y desagradable”

—Eso habría facilitado las cosas.

—¿Qué cosas?

Levantó su móvil, desbloqueado en la aplicación del calendario, donde había marcado otro vuelo para dentro de dos meses.

—Me pregunto por quién vendrás tanto...

—Eres imbécil. —Agarró la cerveza y le dio un buen trago. —¿Y tú? ¿Qué pensaste la primera vez que nos vimos?

—Que ojalá fueras inmadura... o íbamos a tener un problema.

—¿Y cómo conseguí engañarte?

Me incliné para rozar su mano. Estaba fría a causa del botellín, pero la habría sostenido aunque hacerlo implicara amputación. Añoraba mucho el contacto físico cuando no podíamos tenerlo. Ya lo decía García Márquez, parecía que los seres humanos no sabíamos amar sin tocar.

—Me encantaste.

—Seguro que cuánto más me vayas conociendo... más se te irá pasando.

Me gustó que se sonrojara e intentara echar balones fuera porque la intensidad de lo que estábamos sintiendo era demasiado fuerte como para que pudiéramos sostenerla los dos. Le sonreí.

—Si bueno, está claro que eso es justo lo que ha pasado.

Empezó a despellejar la etiqueta de la cerveza, pero con cuidado, intentando despegarla sin romperla. Conforme más la miraba yo, más trataba ella de evadirme, hasta que por fin, le pudo la presión.

—Tenemos un problema.

—Soy muy consciente.

—Tenemos un problema los dos.

—¿Quieres que me aleje? ¿Alejarte tú?

—Tengo vuelo para dentro de dos meses... ¿de verdad piensas eso?

Decidí arriesgarme. Darlo todo. Decirlo todo. No sabía si estaba arrojado por el alcohol o siendo un puto kamikaze a causa de él. Me latía el corazón a tal rimo que pronto sería visible a través de las capas de hueso, carne, piel y hasta de la tela de la camisa. Cogí aire. Lo solté tan fuerte que me mareé.

—¿Quieres que te quiera?

Pareció confusa. Yo también lo estaba, no era eso lo que quería decir.

—Yo no puedo decirte eso. No puedo gobernar tus sentimientos.

—Cierto, pero puedes decirme que no quieres asumir el riesgo. O seguir adelante.

—¿Y eso que cambiaría?

—Todo. Porque sienta lo que sienta yo... lo respetaría. No te lo diría. Y te dejaría marchar.

—Que tú me dejarías marchar a mí. ¿Cómo dándome permiso?

—Como aceptando que no estamos en la misma página.

—La misma página.

—Del libro. —Joder, ¿cuándo me había terminado la copa? —Emocional.

—El libro emocional.

—¿Quieres parar de repetir todo lo que digo?

—No sé, ¿me das permiso para ello? ¿O no me lo dirás porque por lo visto, ocultarme cosas en la máxima demostración de cariño y respeto que conoces?

La había fastidiado. Una vez más. Igual que en aquella huida sin salida ni retorno por las frías calles nocturnas de Gran Vía, había soltado algo que creía cortés y considerado y que solo había servido para que ella pensara que imponía distancias entre ambos. Distancias... cuando me sorprendía pasando las noches con la pantalla del teléfono iluminada, en pos de un contacto que a veces se resistía.

Las agujas del reloj corrían maratones y apostaban contra nosotros. Cada día, la partida nos era más esquiva y difícil de ganar. Intenté coger sus manos, pero no me atreví a tocarla temiendo un rechazo parido del enfado. Un mal gesto que pesara más que todo lo compartido hasta el momento.

—Oye, no quiero discutir... estás aquí poco tiempo y no...

—¿Y no merece la pena que hablemos las cosas porque podríamos estar haciendo algo más interesante?

—No me refiero a follar. Deja que me anticipe porque intuyo hacia dónde va esto.

Se irguió en el asiento, mirándome con seriedad.

—Sientas lo que sientas, con independencia de lo que opine yo, quiero que me lo digas.

Quiero que seas sincero.

—Lo soy, joder. Lo soy.

Negó. El flequillo le cubrió los ojos y ella lo apartó con un gracioso gesto de la cabeza. Me mordí el labio. Me notaba sudoroso y extraño, como si acumulara un cansancio profundo que se me mezclara con la piel.

—¿Entonces por qué no me lo dices?

Se me secó la boca. Mi copa estaba vacía. Todos los camareros ocupados.

—¿Decirte qué?

Sonrió, encogida de hombros, bebiendo con gracia de su Mahou. ¿Cómo podía seguir mi botellín tan vacío y el suyo no?

—Sino quieres decir, puedes preguntar.

—¿Preguntar?

Su mirada se me clavó y mis ojos, de repente, se enceguecieron para todos los demás. No hubo nada que ver. Nada que mirar. El punzante aviso de aquello que moraba bajo mis costillas casi me dobló por la mitad, pero no pude bajar la cabeza, pues ella me sostuvo las mejillas con aquellos dedos imposiblemente cálidos y fríos a la vez. No pude comprobar el sangrado o la apertura de la cicatriz, pero sabía que estaba. Sabía que latía aunque lo hacía a duras penas.

Sabía que volvía a ser yo, y que a la vez, otra vez, no lo era.

El miedo se me reflejó y supuró a todos los poros de mi cuerpo. Tenía el control de la situación, de forma precaria, como un feriante que sujeta los cordeles de sus títeres la noche del estreno y teme, porque sabe, que las cuerdas se enredarán sin remedio.

—¿Eres real?

Otra vez esa sonrisa, que podría haber palidecer de vergüenza a mil soles.

Esa sonrisa que lograría hacerme cantar como si hubiera nacido para llenar estadios.

—¿Tú que sientes?

—Que me muero. Que se me escape la vida. Que no puedo detenerla.

—Nadie puede.

—¿Quién eres?

Su mano tocó mi pecho. La piel me ardió.

—Es la troponina. Está más dañado de lo que creían...

Sujeté sus dedos con los míos. No había tiempo para eso. No había tiempo para nada.

—¿Dónde estás?

—Aquí. Contigo. —Cogió aire, mirándome con una mezcla de la pena más absoluta y el amor más sincero. —Tomemos otra copa. Bailemos. Recorramos Madrid toda la noche... hablemos hasta que amanezca.

—¿Y después? ¿Qué va a pasar después?

—Respira... mírame. Solo mírame.

Lo hacía. No podía no hacerlo. Lleno de ansiedad, la tomé por los hombros y la besé. Su boca húmeda me sabía a despedida, a una pérdida que ni entendía ni podía asimilar. A un montón de preguntas que no encontrarían respuesta, porque quizá, solo quizá, la respuesta

estaba en mí y me negaba a verbalizarla.

—¿Cuánto tiempo? —Fue lo único que pude formular.

—Todo el que tengamos.

Cerré los ojos, pero juro que pude seguir viéndola. Que descubrí nuevas vetas de color en su mirada, antes de que la oscuridad de lo imposible, de lo que no tenía explicación, nos engullera.

—Dime cómo puedo encontrarte.

—Es la troponina.

—No. Es real. Somos. Los dos. Somos.

Su beso acarició mi frente.

Su adiós mudo se escondió rompiéndome un corazón que ya había sido destrozado múltiples veces, en distintos cuerpos. Antes de despertar, o de caer en el sueño perpetuo, su boca perfecta dijo mi nombre, y con el eco de mi identidad agonizando entre sus labios, olvidé quién era yo y lo mucho que necesitaba descubrir quién era ella.

—Adrián...

DIECISIETE

Enzima

—Imaginaba que te encontraría aquí.

A mi espalda, el siseo de las pisadas de Raúl se entremezcló con el crujido de algo que reconocí, aun sin verlo, con el papel de envolver las flores. Cerré los puños, todavía con los brazos caídos a los lados de mi cuerpo. Yo no había llevado flores. Por alguna razón, no se me había ocurrido.

—Manu no puede cerrar la boca.

—No me lo dijo. No hizo falta.

Una vez a mi lado, Raúl se inclinó y depositó la ofrenda ante la lápida. Después se irguió y me miró de reojo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En tren.

—¿Desde Madrid?

Puse los ojos en blanco, aunque no me giré para mirar a mi hermano. Esperaba que notara el descontento en mi tono de voz.

—Estamos en Alcalá, no en Francia. Puedo soportar solo el trayecto.

—No lo decía por eso, imbécil. —Resopló. —¿Es la primera vez que vienes? Desde el entierro.

—Estuve la víspera de mi operación. Por escoger sitio en caso de que todo fuera mal.

—Coño Adrián.

—¿Qué? ¿No se me permite hacer bromas macabras en un cementerio? ¿Entonces dónde?

—¿Delante de nuestra madre? ¿Te parece apropiado?

Raúl intentó apartar una hoja marchita que el viento caprichoso había traído hacia nosotros. Al no conseguir su objetivo con la pulcra puntera de su Vans, se acuclilló para hacerlo. Cuando pasó la mano por el mármol, en cuyas letras grabadas en dorado podía leerse el nombre de mi madre, me vi forzado a apartar la vista. Detestaba estar allí exactamente igual que el día que fuimos para dejarla. Con la misma intensidad. Odiaba el olor, los colores, las interminables hileras de muertos con más o menos parafernalia decorando sus despejos, esfuerzos inútiles de los que nos quedábamos aquí para convencer a los demás visitantes de que no olvidábamos.

Como si mi madre necesitara eso para saber que sus hijos la echarían de menos cada puto día que les quedara por vivir.

Como si su ausencia no fuera ya lo bastante insoportable como para tener que ir, semana tras semana en los casos más enfermizos, a rendir pleitesía a un nombre que cada vez tenía menos sentido leer.

—Necesitaba...

—¿Despedirte?

—Joder Raúl, que pesado estás.

—Yo sé que siempre te has creído muy especial...

—¿Otra vez la envidia del defecto cardíaco congénito? Porque si eso te hace feliz, puedo darte un palazo en el pecho.

—...pero te conozco desde toda mi vida. Estuve allí el día que naciste. Te cogí en brazos antes que papá.

A pesar de que la situación lo era todo, menos algo que destilara ternura, sonreí.

—No me extraña. Supongo que siempre me quisiste más que él.

—Desde que supe que venías. Aunque dejé claro que no pensaba compartir mis juguetes. Ni las zapatillas. Tienes un pie rarísimo.

Nos miramos. Sonreímos. Conseguir que algo nos uniera incluso cuando estábamos discutiendo era uno de los principales dones que había tenido siempre en vida mi madre. Miré de reojo arriba, a esa enorme masa azul a la que no cubría una sola nube. Alguien no había perdido ni un poquito de su magia.

—Ya te he dicho que no voy a buscarme la muerte.

—No a propósito... pero estás jugando con fuego.

Cogí aire. Estaba acojonado, no me arrugaba decirlo. Cada decisión que tomaba y a la que me agarraba como un náufrago sujetaría los tablones de una balsa a medio construir me asustaba más que la anterior. En mi búsqueda por la respuesta, me aterraba tanto el dolor físico como que aquello que encontrara no fuera por lo que estaba porfiando. Aquel perseguir la realidad, como un *yonki* que busca metadona porque la tentación es demasiado fuerte si no tiene un anclaje me estaba consumiendo. Apenas dormía o comía, casi no era capaz de centrarme en lo auténtico, porque mi mente siempre andaba a la caza de ese nuevo clic que podría, o no, llevarme de vuelta con ella.

En mi nueva obsesión por controlar lo incontrolable de mis visiones, ensoñaciones o lo que fueran, había empezado a creerme que cuanto más creía estar al mando, más lo estaba. Pero no por voluntad. Por placebo. Porque la cabeza a menudo da como ciertas las cosas que le repetimos hasta el cansancio, aunque no lo sean.

—He pedido un TAC con contraste.

Raúl giró medio cuerpo.

—¿En el escáner cerrado? —Asentí. Apenas pude soportar las náuseas. —Adrián, eres claustrofóbico.

—Ya lo sé.

—Vomitaste en el parque de bolas cuando tenías seis años. Dos veces.

Y como siguiera recordándomelo, seguro que me iba a volver a pasar.

—Me había comido para merendar cuatro perritos calientes.

Solo de pensarlo, me daban náuseas ahora.

—¿Y los aviones de adulto? ¿Y el metro si vas del revés? ¿Y los reservados interiores de los garitos?

Crucé los brazos.

—¿Algo más?

—Intento entender tu afán por someterte a mierdas dañinas y peligrosamente cercanas a la tortura, para saber si de vuelta a casa me paso por el FNAC y te compro un kit de BDSM.

—Vete a tomar por culo.

Fingió escandalizarse.

—¿Delante de mamá? Muy maduro.

—Deja de meterla en esto. —Me di la vuelta hacia el nicho y lancé un beso cohibido. Odiaba... irme sin ella, joder. —Adiós mamá. Nos verás pronto, a mí porque Raúl me matará de aburrimiento con sus broncas, y a él porque después le mataré yo del susto cuando me aparezca en su cama a medianoche.

—Bueno, ya pareces un zombi, así que no creo que haya mucha diferencia.

Recorrimos a la par el camino de salida, en sorprendente silencio. No me relajé del todo hasta

que crucé las puertas y estuve fuera. En un lugar dominado por personas que andaban, sentían, hablaban y podía respirar.

—Mira, Raúl...

—Lo del TAC...

—Ya sé que vas a decirme que no te parece bien, porque últimamente ninguna de mis decisiones te lo parece, pero si pudieras ponerte en mi posición y andar un par de pasos con el peso que tengo dentro de la cabeza sin volverte jodidamente loco entenderías que necesite... eso, justo eso: saber si lo que me pasa es algo neuronal, fruto de la medicación, si tiene alguna explicación clínica que pueda tratar.

Si ella era, por algún motivo, algo distinto de lo real, porque si no era así... joder, si no era así, la buscaría hasta encontrarla aunque tuviera que recorrer la tierra a nado y los océanos a pie.

Por un segundo la teoría de Manu intentó hacer nido en mi mente, pero la espanté a manotazos, igual que había hecho durante todo el trayecto hasta Alcalá, incapaz de darle cobijo a algo que, como las termitas en el tronco de un árbol, me acabaría destruyendo sin piedad.

—En realidad iba a decir que me parece una buena idea. —Raúl se encogió de hombros ante mi mirada de suprema incredulidad. —¿Qué? Para una que tienes...

—¿Me estás diciendo que lo entiendes?

—Te estoy diciendo... que si pudiera haber algo que está mal, es mejor saberlo.

—Eso pienso yo.

—Pues bien, entonces. ¿Cuándo tienes la cita?

—No hace falta que me acompañes. Seguramente me dejarán ingresado el día de la prueba. Mi patología me avala para ser residente del hospital hasta después de hacerme un análisis.

—Llamaré a tu cardióloga para enterarme. —Eché a andar. —¿Nos tomamos el vermú? ¡Alcalá! Venimos muy poco para habernos criado aquí.

—Nos criamos aquí. Por eso venimos poco.

Anda que no me había limpiado yo raspones en aquellas fuentes siendo mucho más joven, cuando tenía por delante una efímera vida que se me escapaba al girar en cada calle.

—¿Quieres recorrer los garitos de tus tiempos de Bunbury? —La cara de Raúl se iluminó. —¿Seguirá la pintada grungera que hiciste a los veinte, cuando estabas cargado de odio adolescente?

—Que te aprovechen las bravas, nos vemos en Madrid.

La risa de mi hermano me acompañó hasta la primera terraza que encontramos disponible. Por supuesto que nos dimos una vuelta por el barrio, que comimos y bebimos, al menos lo que yo tenía permitido, y recordamos historias, esforzándonos mutuamente por hacer sentir al otro la mayor de las vergüenzas. No hablamos de lo que podría pasar si me encontraban algo en la cabeza. Ni tampoco de cómo procedería yo si era así.

Nos limitamos a disfrutar de una rara mañana de hermanos, solos y sin fantasmas que durmieran a los pies de nuestros sueños, tornándolos pesadillas que siempre culminaban en muerte al despertar.

Cuando tomamos el tren de vuelta, anochecía. Ya le había dado a Raúl las señas de la prueba y él se había pedido el día en el despacho para acompañarme. Estaba seguro de que Manu haría lo propio, y por primera vez desde que todo aquello había empezado, me sentí agradecido.

—Si poto en el tubo del escáner necesito que me cubras las espaldas.

Sentado a mi lado, con el traqueteo de las vías de fondo, tan bien vestido y peinado que parecía un actor demasiado bueno fingiendo ser un extra, Raúl asintió.

—Diré que la noche anterior te la cogiste con el ron ese que probamos cuando fuimos a

Canarias.

—No pido más. —Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento. —En el rato que llevas callado mirando el móvil, ¿cuánto te has empollado ya del proceso y todas sus vicisitudes?

—¿Lo de saber esa palabra es como lo del olvidarte de conducir? ¿Una App de tu corazón nuevo?

Sonreí con una mueca.

—No me lo menciones. Todavía no le hablo. —¿Por qué tenía que decidir fallar, fibrilar o llevarme al límite cuando más cerca estaba? ¿Cuándo ella había dicho mi nombre, reconociéndome a mí, como hombre a su lado? —El que calla...

—Puede que haya leído algo.

—Y por algo quieres decir que podrías hacerme la prueba tú.

Raúl se removió en el asiento para quedar más cerca de mí.

—Te van a inyectar yodo.

—Cojonudo. Si empiezo a flipar y a ver a Kurt Cobain le diré que todavía no lo has superado.

Raúl se echó a reír.

—Era un crío y estaba colgado. —Suspiró. —Los primeros amores tardan en morir.

—Díselo a él.

El tren anunció una parada. Algunos adolescentes, con ese idioma incomprensible que todos parecían dominar, se bajaron. Subieron otras personas. Retomamos el camino. Bien podrían quedarnos unos cuarenta y cinco minutos de trayecto. Ya me sentía hastiado, como si aquel recorrido me pesara en la espalda a fuerza de repetirlo una y otra vez. Supuse que, en una situación como esa, podría haber estado bien conducir, pero al recordarme encerrado en el receptáculo del coche, entre al asiento, la palanca de cambios y el volante, me dio un escalofrío.

Por lo visto seguía siendo claustrofóbico. Maravilloso.

—Papá era alérgico al yodo.

Fue mi turno de mirar a Raúl como si me hablara en una lengua muerta.

—¿Cómo sabes eso?

—Siempre fui un niño curioso. Cuando se fue, se dejó su cartilla médica. —Encogió los hombros. —La leí sin más. Solo por saber.

—Yo no lo soy. Una cosa menos heredada de él.

—¿Crees que lo sabe?

—¿Que tienes su cartilla médica? Seguramente se habrá sacado otra.

Si la opción para recuperarla era volver a casa, a vernos, habría hecho lo imposible para evitarlo. Así había sido mi padre. Joder... nunca dejaría de preguntarme por qué la enfermedad no había ido a por él, en lugar de hacia mi madre, que había sido buena persona hasta su último puto estertor.

—Me refiero a lo de mamá. ¿Crees que llegó a enterarse?

—No sé si algún miembro de la familia se lo contaría. —Nosotros no lo habíamos hecho, desde luego. —No mandó flores. Ni pésame. Así que lo dudo.

O puede que no le hubiera importado, como todo lo demás.

Raúl guardó silencio. Un silencio que solo avisaba de que la conversación estaba lejos de haber terminado. Lo de conocernos bien venía de ambos lados. Yo sabía que toda aquella reminiscencia hacia mi padre adolecía a algo, solo tenía que esperar.

No fue mucho.

—Adrián, si pasara algo...

Era una respuesta que no necesitaba pensarme ni un solo minuto.

—No. No quiero que lo avises.

Asintió. Esta vez el silencio fue definitivo por ambas partes. Estábamos de acuerdo en que no había nada más que decir.

Me dejaron quedarme con mi propia ropa. No sé si porque era el procedimiento habitual o porque ya me había convertido en algo así como parte del menaje del hospital y les daba un poco igual. Tumbado boca arriba, con mi chándal gris y una camiseta negra de The Who, las manos apoyadas sobre el estómago y mirando al techo, hice poderosos esfuerzos por no pensar en el tubo que me engulliría, y al que iba a entrar con los pies por delante, en tan solo unos minutos.

Me concentré todo lo que pude en el pitido de los focos del techo. Había una mosca atrapada entre los rieles de luz. Volaba y volaba, entrechocando sus alas contra el cierre de los tubos fluorescentes, sin poder escapar por más que lo intentara.

Joder, cómo la entendía.

—Vale Adrián, ahora vamos a inyectarte una enzima que va a acelerar algunos procesos bioquímicos en tu organismo. Te va a encender como un árbol de Navidad. Va a ser muy chulo.

Oí decir a la neuróloga, que estaba al otro lado del cristal, en la salida contigua.

—Espero que alguien haga fotos... —Respiré hondo. Llevaba puesta una vía en el brazo, lo dejé laxo sobre la camilla. La puerta se abrió. Una enfermera guapa me sonrió mientras procedía a introducir en el gotero la sustancia de la jeringa que traía consigo. —¿A qué hora sales?

Se rió.

—¿Eres un ligón?

—Qué va. Es para que me saques de aquí.

Me dijo que todo iría bien. Que me tranquilizara. Desde fuera podía oír, en tono mucho más bajo que el de la especialista, la voz de Raúl. Ignoraba cómo había conseguido que le dejaran llegar tan lejos, y casi que prefería no entrar a debatir sus métodos.

El calor me subía. Me recorría cada vena, cada resquicio del cuerpo. Se me colaba por todas partes. Por todas. Levanté la cabeza. El tubo emitió un sonido, se encendieron las luces. La pasarela dio una sacudida.

—Adrián, coge aire y suéltalo despacio.

—Lo que quiero coger es la puerta...

—Debes estar empezando a notar el calor. No te preocupes, es normal. —Intenté hacerle un corte de mangas sin levantar la mano de la bandeja donde me habían expuesto, común montón de sushi listo para comer. —En un minuto vamos a introducirte dentro del escáner y todo ese calor servirá para que veamos, por completo, el estado de tus venas y arterias. Especialmente la aorta. Cuando sepamos que todo va bien, procederemos a la parte neuronal, pero primero debes estar tranquilo para que el corazón bombee de manera natural, ¿puedes hacerlo?

Otra sacudida. Más calor. Joder, ¡yo solo quería ver qué pasaba dentro de mi cabeza! ¡Ver si aparecía ella! Ella, siempre ella. Sonriendo, con esos ojos preciosos y las manos pequeñas, que me acariciaban el rostro y apartaban a un lado mi pelo. Quería mirarla y que mis ojos pardos se tornaran arcoíris, porque en los suyos estaban todos los colores del mundo.

Mierda... ¿me habían drogado?

—¿Por qué no podemos hacer directamente la prueba del cerebro?

—¡Adrián, relájate!

—¿Raúl? ¡Sal de mi cabeza! ¡No ocupes espacio!

¿Estaba diciendo eso en voz alta? ¿Era idiota o qué?

—¡Es un escáner interno! ¡Tienen que saber si tu corazón podrá soportar la presión del TAC!

¡Es normal! ¡Es que eres de riesgo! Ay, perdón, no quería gritar, explíquesele usted.

Empecé a moverme. La camilla se movía. Pronto mis pies dejaron de estar visibles. A cada segundo, más y más de mí era devorado por aquel dragón metálico que pitaba y resonaba con un eco desesperante y atronador. Como una batidora abierta que desparramara su contenido por todas partes. La camiseta quedó opacada por las sombras. Pronto llegaría la oscuridad. Sudaba. Me palpitaban las sienes. ¿Perdería la consciencia? ¿Me iba a desmayar? ¿A vomitar? ¿Vendría ella a buscarme? Aún había tantos garitos que le quería enseñar...

Nunca había probado una michelada, ni una Hop House 13, joder, ¿qué clase de adolescencia tenían las buenas chicas?

—Cuando salga de aquí voy a hacerme un tatuaje. Pirámides. Tres.

Mi hermano dijo algo sobre una sobredosis de anestesia. O calmantes. Algo que se oía muy lejos, como en otro universo. Como en una vigilia muerta de sueño. Me indicaron que respirara lento. Que cerrara los ojos. Que relajara el cuerpo. Que no hiperventilara.

No me hizo falta seguir ninguna de sus instrucciones.

Ya no estaba ahí.

DIECISIETE

Mortalidad

Era como estar en guerra contra todo. Esa misma sensación. Dulce por estar donde más lo deseaba. Agria porque cada beso gastado, cada caricia entregada, nos acercaba a la inminente despedida.

Apenas había luz, pero para ver por dentro a la persona que amas no necesitas más que sentirla. Y eso estaba haciendo yo. Sentir a manos llenas, hasta quedarme vacío.

Con plena conciencia de quién era, recorrí con mis manos los valles y las llanuras, las montañas y los ríos húmedos, que corrían en torrente por las piernas laxas. El olor de su pelo. La textura de sus muslos a los lados de mi cabeza, el punzante quemar de sus uñas en mi espalda. El sonido acuoso de la penetración rítmica y a la vez, completamente fibrilada. El movimiento siseante de las sábanas cada vez que nuestros cuerpos luchaban por acercarse más. Por tenerse más. Por devorarse más.

Me sentía mareado. Como recién aterrizado en un planeta extraterrestre que era, no obstante, más hogar que aquel del que había partido. Con la piel trémula y perlada de sudor, la cabeza apoyada en la almohada y las manos sujetándola de la cintura, la vi cabalgarme con los ojos cerrados, moviéndose con la cadencia que da el placer cuando ejerces todo el control. Se mordía el labio y su pelo enredado cubría parte de su pecho y su rostro ensombrecido.

Ni rastro quedaba ya del sibilante sonido del tubo del escáner, las voces de mi hermano o las indicaciones de soslayo del inquisidor con bata de médico. Todo lo que no fuéramos nosotros, en aquel escenario de sexo cuyo código postal me era igual de desconocido que el tiempo de gracia con el que contaría, estaba fuera de mi alcance.

Habría sido tan fácil dejarse llevar por la alegría súbita de haber vuelto donde quería estar... tan fácil ignorar las preguntas que no quería hacer por temor a lo que ella pudiera contestar. Tan fácil simplemente dejarme seducir, envolver, enloquecer... e ignorar todo lo demás.

Y sin embargo, el latido tortuoso en el pecho. La cicatriz que parecía agrandarse, la tinta inconexa que surcaba mi brazo y llegaba a mi mente, llenándola de inquietudes que me desconcertaban, sacándome del momento, formando palabras que no podía ni quería leer. Arrastrándome fuera de la cama. Fuera de ella.

Tenía que saber. Necesitaba la certidumbre de qué podía significar aquello. De qué era lo que ocurría en realidad. ¿Estaba en mi cabeza? ¿El corazón la buscaba anhelante, incapaz de asimilar que su tiempo juntos, de vida, de amor, había acabado?

¿O era ella la que me mostraba lo que había sido, quién había sido, en brazos de otro, de ese que tomaba las riendas cuando yo me rendía en mis esfuerzos por protagonizar mis propias ilusiones?

Si ella estaba muerta. Si la mortalidad que había acechado casi toda mi vida la había conquistado, si se la había llevado y lo que quedaba no eran más que evocaciones de la chica que ya nunca conocería, a la que nunca haría el amor, entonces no sabía si mi yo consciente podría seguir viviendo.

No con su corazón, latiente pero difunto, vibrando dentro de mi cuerpo, como una joya robada a un dueño al que ya nunca se lo podría devolver.

—Espera... apenas puedo tocarte.

Me erguí del colchón, sosteniéndola en mis brazos, contra mi pecho. Cuando la hube

recostado, mis manos sujetaron su rostro, mirándola todo lo cerca que me permitía hacerlo y seguir respirando a la vez. Deslicé los dedos por sus labios, por sus garganta, por su pecho latiente. Los pezones rosados, erguidos, que llamaron a mi boca robándole el aliento. Tuve que succionarlos, como si de su calor y sabor pudiera obtener la solución a mis problemas. Vencer la tentación en la que tan gustosamente ya había caído. Escapar del ahogamiento en un mar al que me había lanzado de cabeza.

—No pares...

La oí susurrarme. Aquella voz queda, áspera. Clavó las piernas en mi cadera y embestí, ciego a todo estímulo que no fuera su cuerpo.

—No voy a parar... no pararé nunca.

Y no obstante, debía hacerlo.

Tomé sus dedos y los besé, sujetándole las manos por encima de la cabeza. Intentó rehacerse, como el ratón que sabe que no puede jugársela al gato pero de todos modos lo intenta, pues su supervivencia está en juego. Me vi reflejado en su mirada, clara de deseo, oscura de inquietudes, y me pregunté si el anhelo que sentía, si la pasión que le estaba enredando las entrañas la despertaba yo. Si era a mí a quién veía.

Si era a mí a quién veía yo mismo.

—Fóllame, —jadeó retorciéndose, ahogándose con sus piernas, con el cielo que se escondía bajo su vientre— fóllame como si fuera la última vez. Como si mañana no quedara nada. Como si todo, ahora, no fuera suficiente... porque no lo es.

Sus palabras fueron como la bocina que te avisa de que el coche está más cerca de lo que pensabas. Como el pitido del despertador. Como la sensación de alerta que te tensa la nuca cuando alguien te sigue. El acicate para darme cuenta de que perder el tiempo entregándome a él, a ella, solo me alejaría más del objetivo.

Pero ¿cuál era realmente? Yo solo quería seguir donde estaba. Allí. Solo allí. Entre sus piernas, acurrucado en su pecho, sintiendo cómo subía y bajaba al compás de mi respiración, porque mientras fuéramos, seríamos uno. No quería detenerme. No quería parar. Si morirme lleno de dudas era el precio por pagar no me parecía tan elevado.

Sin embargo...

La certeza estaba ahí. En alguna parte. Escondida bajo la cama. Gimiendo con nosotros. Chapoteando en la bañera que no habíamos tenido tiempo de llenar. Soplándonos las velas para que nuestro ambiente romántico se tornara frío y lleno de oscuridad. Sin sombras. Sin sol. Sin luz. ¿Cómo aferrarme a algo que no tenía? ¿A algo que no sabía cómo tener, o si podía tenerlo?

—Más fuerte... como si no quisieras dejarme ir.

Bajé la vista, mis manos aferraban con vehemencia sus muñecas. Suavicé la expresión al detectar la pena en la de ella. ¿Sería consciente, como lo era yo, de que estábamos sin estar?

—Di mi nombre... por favor.

—Agárrame. —Sollozó, envolviéndome el cuerpo con las piernas, con amor, con la necesidad de quien se asfixia y necesita respirar. —No quiero irme. No quiero que te vayas.

—Dime quién soy. Dime dónde estás...

—¿Me encontrarás?

Mi boca sobre la suya. El sudor que lo empañaba todo, pero que ya no era sudor sino lo mojado de una lágrima que se nos escapaba por no entender, por sentir demasiado como para que los sentimientos hubieran dejado de pertenecernos. O nos hubieran sido ajenos desde el principio, sin más.

Se incorporó, con una fuerza que me tomó por sorpresa y no hice nada por evitar. Sentado

contra las almohadas, la abracé mientras se movía, mientras cabalgaba mi voluntad y me hundía en las mieles de su cuerpo. Su sexo palpitante era refugio para el mío, que no entendía más que lo que quería y lo que quería estaba oculto en su interior. Me enredé los dedos con su pelo. Me sacié la sed en su saliva. Me curé la ceguera mirándola moverse, saboreando el tacto y el roce de todo su cuerpo contra el mío.

Una mano como una garra cubierta de seda me presionó el pecho. Las uñas arañaron sobre los arañazos y marcaron sobre las marcas que todavía no habían terminado de cicatrizar. Emití un quejido. Me pareció que una gota de sangre escapaba de la incisión. Que el latido se tornaba irregular. Que los bordes de la realidad con la ficción se volvían difusos, imposibles de discernir.

El mareo se incrementó y la sensación de estar anclado a ella, haciéndole el amor con mis cinco sentidos y otros veinte que me inventaba para complacerla, empezó a palidecer. Yo languidecía. El tiempo se me escurría.

La vida se me marchitaba, como unas flores olvidadas con descuido en el alféizar de cualquier ventana.

Solo su presión en mi pecho permanecía atándome al sueño. A la irrealidad. Solo el calor de sus dedos, dañándome y manteniendo vivo algo que, quizá, no me había llegado a pertenecer jamás.

—Cuidado...

Su mirada, extraña, me atravesó.

—¿De quién es?

—¿Mi corazón?

La sentí más cerca. El campo de visión cerrado cuando su pelo, como una cortina suave, me lo tapó.

—¿Tu corazón? ¿Estás seguro?

Suspiré.

—¿Vienes a reclamarlo? ¿Es eso?

Sonrió. Cerca. Muy cerca.

—¿De quién es? Dímelo.

—¿Es tuyo? ¿Eso quieres que te diga? ¿Que este corazón es tuyo, que te pertenece?

El beso, como de despedida, como de consuelo y pésame, me llenó de amargura. Como si fuera certeza de que no la volvería a ver. Como si me asegurara que era algo que no iba a poder tener.

—Dímelo. ¿De quién es? ¿De quién es el corazón?

Tenía la garganta seca. Los ojos húmedos. La mente ponzoñosa. La abracé con todo lo que era. Con todo lo que tenía. Sin saber quién era. Sin ser quien era yo.

—Tuyo si lo quieres. Es tuyo.

—Búscame... así lo sabremos. Búscame.

—Te buscaré.

—Encuétrame.

—Te encontraré.

—¿Lo prometes?

—Siempre.

—No se apreciaba ninguna anomalía.

Escogí ese momento para desconectar. No es que lo que decían sobre mí, el estado general de

mi cuerpo y el funcionamiento cerebral del que hacía gala en ese momento no me importaran, es que el diagnóstico no me sorprendió. Si en algún momento tuve dudas sobre el hecho de que algo pudiera estar mal en mi cabeza, que alguna conexión errónea o un chispazo de neurona pelada pudiera estar influyendo en aquella realidad que me habían echado encima, igual que un jarro frío en plano diciembre, se disipó la última vez que la vi.

Durante el sexo, que había sido una mezcolanza perfecta de hacer el amor y follar, ambos en justa y digna proporción, había habido palabras de amor, cercanía, verdad. Me había pedido que la buscara y la encontrara, y sus ojos, velados y mudos después, cuando la irrealidad volvió a arrastrarme, me gritaron que no volviera a dejarla ir.

No podía explicarlo, bien sabía Dios que no lo había podido hacer nunca hasta el momento, pero estaba seguro de que no estaba muerta. No obstante, saberlo no me bastaba, necesitaba dar con su paradero, tenerla frente y saber si ella también me sentía y tenía en ausencia. Y si juntos, estábamos destinados a que esos momentos compartidos, en rincones especiales que se me habían grabado a fuego, como si me hubiera convertido en cenizas mientras los pisaba, se convirtieran en parte de una historia tangible que un día, nuestros corazones pudieran contar, latiendo unidos y sin dudas, al unísono.

—¿No tienes nada que decir?

Miré a Raúl, que no habría podido estar más desconcertado ni aunque lo hubiera ensayado con el Método Stanislvski.

—Siento mucho no tener una conmoción o una parálisis cerebral. Sé que eso te hubiera dejado más tranquilo.

Me hizo un corte de mangas delante del especialista. Tuve que echarme a reír.

—¿Lo ve, doctor? ¿De verdad cree que con esas salidas, puede estar bien?

—En lo que respecta a la parte neurológica... lo está. Lo demás, deben solucionarlo ustedes.

Era una forma educada de mandarnos a freír espárragos de su consulta. Personalmente me fue bien, ya que había perdido un tiempo precioso que era muy consciente de no poder recuperar.

Salimos al aparcamiento y Raúl no tardó ni medio segundo en echarse a los brazos de Manu, a llorarle las penas de tener un hermano que parecía estar médicamente apto para vivir... pero emocionalmente desesperado por perder la vida en pos de lo que fuera que viniera después.

—¡Ahora volverá a querer morirse!

Puse los ojos en blanco.

—Lo de que quería saltarme el tratamiento o darme un atracón de inmunosupresores con pizza y cerveza es cosa tuya, yo nunca lo dije.

Su mirada, desde el retrovisor, me insultó en todos los idiomas conocidos por el hombre.

—Ahora que sabes que lo de esa chica no es fruto de que estés...

Se mordió la lengua.

—Loco. Dilo, hermanito.

—Vamos a tener paz... y a no decir palabras ofensivas que pueden desembocar en peleas cuando yo estoy conduciendo.

—Cariño, conduce y no te metas.

—Eso, cariño. No te metas.

Manu apretó las manos en el volante y susurró algo que sonaba sospechosamente a: *pude irme de Erasmus pero me quedé metido en esta familia*. Ni Raúl ni yo le hicimos caso.

—Me preocupas, Adrián. Mucho.

—Joder, ¿te crees que a mí no me preocupo yo mismo? De la hostia. Es como si estuviera viviendo en medio de dos mundos, de dos vidas y siendo dos hombres, Raúl. Estoy acojonado

todo el tiempo.

Me preguntó que cómo lo soportaba, qué como hacía para entenderlo. Se disculpó si había sido poco empático o no había sabido apoyarme más y quiso saber tantas cosas acerca de mis planes, de mis esperanzas, del arraigo profundo de mis miedos, del estado de mi mente, de cómo sentía esos momentos de fuga donde era a la vez yo, a la vez él y, ante todo, de ella... que colapsé. No pude contestarle porque para la gran mayoría de sus cuestiones no había ningún dato conciso que le pudiera dar.

Claro que había dudado mil veces de mi cordura, ¿quién no lo haría? Suponía que planteármelo era una señal muy irónica de que estaba en mis cabales, porque de lo contrario habría visto como normal aquella anomalía de la que ni siquiera Google, sempiterno faro en nuestro océano de incertidumbre, podía tener respuesta.

Quise tener valor para decirle que mis sentimientos por la chica eran todo lo que me mantenía firme. Encontrarla, conocerla, saberla, sentirla como algo corpóreo y auténtico. Verme reflejado en sus ojos y sentirme por fin completo, porque tal vez, ser a quien ella miraba cuando podía ver de verdad, me diría quién era. O quién podía ser cuando toda aquella locura pasara.

—*Dímelo. ¿De quién es? ¿De quién es el corazón?*

—*Tuyo si lo quieres. Es tuyo.*

A lo largo de mi vida había mentido muchas veces. Muchísimas. De crío, como todos, había ocultado malas notas a mi madre o peleas en el patio. Nunca le dije que había vendido la cadena de la Primera Comunión que me había regalado mi abuela para comprar un billete de metro y la entrada para un concierto. Que la noche que debía estar estudiando en casa de Manu, la había pasado con la chica con la que perdí la virginidad. Que le había roto la nariz al imbécil que se había burlado de la orientación sexual de mi hermano y que había buscado al hombre que me engendró, años atrás, cuando ella había enfermado, en un intento absurdo y ridículo de que el milagro que había fallado en todas partes estuviera en sus manos.

No llegué a llamar al timbre de mi padre. Mi madre supo lo de la pelea y con el tiempo, asumí que también se había terminado enterando de todo lo demás, aunque fingió creer el embuste con la misma sonrisa con la que asentía cuando Raúl y yo le asegurábamos, sabiendo que no era cierto, que se iba a curar.

Sin embargo, ni engañé a mi hermano al decirle que sentía miedo de todo lo desconocido que me miraba cuando observaba mi reflejo más por dentro que por fuera, ni me engañé a mí cuando le susurré, en la quietud calma y serena de aquella habitación a ella, que mi corazón sería suyo si lo quería.

Bien podría habérmelo arrancado del pecho y rendírselo si eso me hubiera facilitado un nombre, una dirección o la certeza, plácida y dulce, de que fuera donde fuese que estuviera, estaba.

Deseaba creer que era así. Y esperaba, con aquel corazón que me había traído la vida pero robado la paz en prenda, no estarme engañando tampoco en esta cuestión.

Manu paró en un semáforo. Justo al lado de la entrada de metro de Noviciado. Me miré las manos, que temblaban. Cogí aire, convencido de que, si quería respuestas, era hora de que enfrentara de cara a las preguntas, en lugar de esperar que ellas se me presentaran mansamente.

¿Por qué las personas nos empeñábamos en buscar señales, cuando todo lo que debemos hacer, es ser valientes?

—Raúl... estamos de acuerdo entonces en que en mi cabeza todo funciona bien, ¿verdad?

Confundido, mi hermano me miró a través del retrovisor un segundo, luego giró el cuerpo para encararme por completo.

—¿Adrián...?

No le dejé formular la pregunta. Abrí la puerta y pisé la calzada, antes de que los pitidos de los cláxones ajenos indicaran a Manu que la luz verde le permitía pasar, le oí decir, ya a lo lejos y con voz exasperada:

—¿Se puede saber por qué narices le ha dado por escaparse de los coches?

DIECIOCHO

Autoinmune

No asistí a demasiadas reuniones del grupo de ayuda para trasplantados. Debí haberlo hecho. Quizá eso habría podido ayudarme a entender mejor no solo cómo me sentía yo, sino el sentimiento que dejaban mis acciones en las personas que arrollaba a mi paso.

Literal y metafóricamente.

Mientras bajaba la escalera del metro, arrasando con los pocos vestigios de mi recién demostrada cordura, recordé una de las reuniones en las que sí había hecho acto de presencia, y que tenía como protagonistas a familiares, en lugar de a nosotros y nuestros cuerpos, vueltos a hacer con restos de aquellos cuya vida se había malogrado.

Sentado en la última fila, junto a un Lin que acudía exclusivamente para comer donuts gratis, oímos a parejas, hermanos, padres, amigos e incluso hijos, comentar lo duro que el viaje del trasplante había sido para ellos, si bien no eran quienes habían pasado horas tumbados en una camilla, abiertos en canal, a la espera de que los órganos residentes no decidieran expulsar al recién llegado provocando un colapso que desembocaría en muerte por fallo multiorgánico.

—No se siente como él mismo. —Decían unos.

—Está tan sedienta de vivir, ahora que puede hacerlo, que apenas la reconocemos. —
Comentó otro.

—La depresión por sentirse incompleta la está matando.

—No para de hacerse preguntas sobre quién era, a qué se dedicaba o que sueños tenía el donante. No come ni duerme. No vive su vida.

En ese momento, yo albergaba la esperanza de que mis sentimientos crecientes fueran consecuencia de un desorden neuronal. De una mala combinación en la medicación o una mezcla fortuita de ambos. No presté toda la atención que debía y después, con el azote y la certeza de estar perdiendo el tiempo sentado en vez de buscándola a ella, dejé de acudir.

El tiempo es tu mayor enemigo cuando te han echado la perpetua. Es como un largo domingo, una tarde interminable, perdida y donde no has hecho nada de provecho más que mirar el teléfono, por si alguien se acuerda de ti y te invita a salir, tomar unas cervezas o retomar la existencia fuera del caparazón.

Una enfermedad que degenera hasta la muerte es como tener la fecha de caducidad siempre presente. Como marcharte de la fiesta y que al día siguiente, los recuerdos memorables sean de cuando tú ya no estabas. Vives colgado de una cuerda floja de ansiedad de ansiedad, oscilando entre quemar los días por si son los últimos, y la agonía al fuego que te consume cada segundo que te quedas quieto y te permites tener miedo.

Es muy difícil acostumbrarse a una existencia así.

Pero es todavía más complicado no hacerlo.

—Esta gente no puede entenderlo. —Me dijo Lin en aquella ocasión, bajando el tono y acercándose hasta invadir tanto mi espacio personal, que migajas de donut cayeron sobre mi camiseta. —Cuando estás seguro de que la palmas y luego te dicen que al final no... ¿esperan que demos un aplauso y sigamos a otra cosa, mariposa? Yo había hecho testamento, joder. Grabado vídeos de despedida. Me daban menos de diez meses. Diez meses, Adrián. Y ahora tengo una puta vida por delante y me acojona tanto que me tienta la idea de tirarme a las vías del metro.

Me sentí inclinado a compartir la opinión de Lin, dado que era así como me sentía. Después de ser renovado para una nueva temporada en la serie de los que todavía respirábamos, me encontraba con los cambios abruptos sufridos por mi personaje. Unos que nadie me consultó y que yo no sabía si habría aceptado de tener opciones reales de tomar la decisión. Para empezar, no podía ejercer la que había sido mi profesión porque era muy complejo enseñar a conducir a nadie cuando yo sentía pavor al sentarme al volante. Ahora cocinaba. Y me decantaba por gustos, preferencias o actitudes que nunca me habían definido.

Mi esencia seguía siendo la misma, claro. Yo no había dejado de ser yo, pero mis circunstancias distaban mucho de serme conocidas. O cómodas.

Empezar a visualizar una vida llena de amor, de momentos para el recuerdo. De sonrisas y abrazos en la penumbra. Los ojos de una chica que me miraba como si quisiera enceguecerse para el resto de cosas del mundo... me perturbaba. Primero porque no era capaz de asimilar si era algo cierto, si existía en la realidad o lo traía mi cabeza para darme algo agradable a lo que aferrarme en aquella zozobra de vacío existencial.

Segundo, porque cuanto más estaba con ella, sin estarlo si quiera, más me encantaba. Llegando al punto de plantearme poner en riesgo mi salud, mental y física, para encontrarla.

Ahora, corriendo escaleras abajo, perdido en medio de unas líneas y transbordos que me eran desconocidos por lo frenético de mi huida hacia adelante, podía ponerme del lado de los familiares que habían dado su testimonio. Yo no tenía más poder sobre mis acciones actuales, erráticas, inverosímiles, del que tenía Raúl, pero aun con el egoísmo que latía en mi cuerpo, mezclado con aquella sangre que bombeaba vida a mi nuevo corazón, podía entender el daño que le estaba causando. Y avergonzarme por ello.

Yo era mi propia enfermedad, ese organismo microscópico que atacaba a mi sistema inmune, matando a mis propias células como un líder militar que envía a la perdición a sus tropas.

No era positivo lo que hacía.

De hecho, era probable que careciera de toda lógica.

Con todo, seguí adelante, arañando cualquier situación o contexto que pudiera dar al reverso del botón de reprimir recuerdos, si acaso aquel era el que regía ahora mi realidad. Habría despertado a mil dragones de las alcantarillas si el susto hubiera valido para que ella me diera su ubicación. Para que pusiera fin al tormento que me suponía la duda.

Recorrería cada uno de los recuerdos visitados en busca de la llave que abriera aquella puerta que permanecía cerrada porque ninguno de mis mecanismos previos había siquiera arañado el picaporte.

Había prometido encontrarla.

Hacer honor a mi promesa era lo único que estaba en mi mano poder cumplir.

—¡Corre, corre que lo perdemos!

—¡Más despacio!

—¡Despacio y correr no pueden ir en la misma frase!

La seguí. Como sigue el loco que no tiene voluntad sobre sus actos. Como el ciego que abre los ojos a las maravillas del color por primera vez. Como el sediento, al que le prometen hundirse en el agua fresca de aquellas formas que oscilaban entre la gente, que se apartaba a su paso, desapareciendo para no estorbar nuestro recuerdo. Nuestra historia no contada. Nuestra magia en forma de ensoñación.

Su pelo se mecía y yo perseguí los mechones con torpeza, tropezando con quienes entraban y salían de las vías. El humo y los olores. El ruido de los ascensores. La gente. La prisa. Todo

parecía mezclarse en un sinfín de caras borrosas y cuerpos rígidos que casi me veía obligado a arrastrar. Nada podía apartarme de ella. No podía permitirlo. Si la perdía entre el tumulto, si parpadeaba más de un segundo... ¿y si no volvía a encontrarla?

—¡Vamos, date prisa!

—Ya voy. Estoy aquí. Estoy aquí.

El silbido del tren. Las puertas que se abrían. El aviso de cambio inminente de estación. Estiré los dedos para coger su mano pero me resbalaron las intenciones. Culpé a las ganas de mi torpeza y le dediqué el doble de concentración. Alargué la zancada. Rocé su cintura y enredé en ella mis manos. Su sonrisa, al darse la vuelta, acalló todo el revuelo que me latía por dentro, igual que el desbocado corazón, que avisaba que algo iba mal.

Debí hacerle caso.

No pude obedecer a nada más que a lo que sentía estando con ella.

—Casi lo perdemos.

La sacudida del vagón nos empujó a sujetarnos. La trajo a mi boca. La hizo sonreír contra mis ganas.

—Nunca...

Quise decirle que nada perderíamos ahora que nos habíamos encontrado. Ahora que yo la había encontrado, y que ella me tenía a mí. Quise decirle y preguntarle muchas cosas, pero mis labios no eran capaces de emitir ningún sonido ni articular palabra alguna. Fue como si de pronto hubiera olvidado como hablar. Como si en ese instante, todo lo que pudiera hacer, fuera impregnarme de sentidos y sensaciones que rememorar cuando se me olvidaran.

—¿Qué hacemos ahora?

—El concierto. La cerveza. Cenar y pedir pan. Correr para coger un taxi. Llenar la bañera de...

—¿Intenciones?

Fruncí el ceño. El vagón continuaba su avance inexorable, sin detenerse. Sin variar el ritmo. La gente iba y venía sin moverse del sitio. Las caras, difusas, sin rasgos, ni nos miraban ni nos veían.

—¿Te lo he contado ya?

Ella puso la mano en mi pecho. Sentí una contracción fuerte, honda, como si toda mi sangre se hubiera estancado y de repente fluyera en ríos, a borbotones. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuántas paradas habíamos atravesado?

¿Había luz al final de aquél túnel?

—¿Si estuvieras muerta, me lo dirías?

Sonrió, acurrucando la cara en mi pecho. Cerré los ojos. Sentía calor naciendo de su contacto. Sentía frío vibrando en todo lo demás.

—Qué tonto... estoy aquí. ¿Qué hacemos ahora?

Cerré los ojos con fuerza, desesperado ante la impotencia de no saber. De no entender.

—Sé que eres real porque te quiero. Y al mismo tiempo... sé que no puede ser.

—¿Qué me quieras o que esté?

Habíamos pedido un cóctel nuevo. Al menos para ella. Lo probó y paladeó su sabor, con la mirada perdida en el techo, con aquellos ojos hermosos y brillantes, como brillan los de un niño que conoce algo por primera vez.

Me había arreglado a conciencia. Me había esforzado más que nunca. Ella se retrasó y cuando llegó, lo hizo con impaciencia, comentando sobre el tráfico, sobre el taxi, sobre la hora... y yo que solo quería mirarla y mirarme en sus ojos. Que solo quería que suspirara y al

verme se le olvidara todo. Tener el valor, entre copa y copa, entre las canciones que con torpeza íbamos a mezclar con bares y callejuelas, de decirle lo que sentía. Que no podía esperar más.

Que la distancia y los horarios, que los puentes aéreos y los mensajes a deshoras, que el no coincidir ni en nuestros sueños se me antojaba insoportable. Decirle que debíamos apostar todo a los dos, aunque hubiera que hacer ajustes y pasar penalidades. Aunque nos perdiéramos cumpleaños y festividades... decir te quiero nunca fue mi fuerte. Lo hice con mi madre menos veces de las que merecía. Se lo demostraba a mi hermano de manera muy precaria, sobre todo, en los últimos tiempos cuando mi ansiedad por reconocirme en quién ahora era no me permitía pensar más que en mí mismo, y ni siquiera para protegerme del peligro.

Atrás quedaba el metro y el vagón. Disipadas las personas que miramos pasar sin atención, la carrera, el dolor... no. El dolor no. El dolor me seguía. Latiéndome tras la camisa, escondido en algo que escogí creer que era deseo. Nervios. Cualquier cosa menos lo que sabía que era de verdad.

—¿Hola? Te has quedado muy callado.

—Estás preciosa.

Su sonrisa de duda, como siempre. Y la negación.

—Mírate esa vista... o confundirás freno con embrague.

—¿Qué...? Yo no...

Trajeron otra copa. Y algo de comer. Me quedé mirando el cuenco y algo en mi estómago se retorció. Lo aparté, buscando a la camarera sin rostro con un gesto de disculpa que nunca supe si ella pudo ver.

—Perdone, es que no como carne...

—¡Tenemos que beber deprisa, no quiero perderme al grupo afinando!

—Tranquila, todavía falta para...

—...la apertura de puertas. Sí. Lo sé. ¡Pero tengo tantas ganas de ver ese concierto contigo!

Yo también tenía ganas. De ella. De todo. Del concierto y de lo que vendría después. Los besos furtivos hasta que pudiéramos estar a solas, acariciando lo prohibido. Sonriendo ante lo que otros llorarían. Queriéndonos, el tiempo que pudiéramos.

La cogí de la mano. Mi mirada perdida en la calle, visible a través del ventanal. La otra vez también habíamos ocupado esa mesa. ¿O era la misma vez? ¿Éramos nosotros u otros diferentes? ¿Era ella consciente de que yo iba y venía, como una hoja atascada en el mes de octubre? ¿Se daba cuenta del miedo en mi expresión? ¿De la duda en mi mirada?

—¿Si estuvieras muerta, me lo dirías?

Su sonrisa brillante. Sus dedos tocando mi mejilla.

—Sigo aquí.

—¿Soy yo el que se va?

¿Era eso? ¿Moriría al final? ¿Rechazaría mi cuerpo el corazón, por eso no cesaba de dolerme el pecho, de palpitarme con la fuerza de las patas de un elefante? ¿Por eso sentía que me faltaba el aliento, que sudaba frío, que veía borroso? Quizá la gente con la que nos cruzábamos sí tenía cara. Tal vez era yo quién no podía apreciarlas, como no apreciaba la vida que se me escapaba.

—Prometiste buscarme.

Sonó desesperada. Su voz rota, casi como si sangrara. Me abrazó.

—Lo haré. No dejaré de hacerlo.

Levantó la cabeza para besarme y hablar. No sé en qué orden. No recuerdo qué pasó primero. Intenté tomar una bocanada de aire. La camarera se llevó lo que no habíamos pedido y

me miró con confusión. O eso me pareció. A mi espalda, algo blanco. Suave. El calor de unas sábanas limpias. El titilar de unas velas encendidas con mimo.

Mi cuerpo, yaciendo tendido en el blando regazo de una cama amplia y comfortable. Sus senos desnudos, con los pezones erguidos, rosados, dulces, apoyados en mi pecho. Quise acariciarla, lo juro por Dios, decirle que la amaba, porque así lo sentía, además de sentir un profundo dolor.

No me salió nada, aunque balbuceé.

Fue ella la que rompió el silencio cuando entre besos y lascivia apenas contenida, habló:

—¿Ya sabes cómo hacerlo, Adrián?

Estiré la mano. Los dedos como garras, buscando anclarse a algo, lo que fuera, quedaron laxos, vacíos.

A mi alrededor, nubes de humo y olor concentrado. Personas entrechocando entre sí. Caos y frenesí. Prisa. Bolsos, maletas, bolsas de la compra. Empresarios. Adolescentes en patineta. Niños saliendo del colegio. Oscuridad.

Miré arriba, llevándome las manos al cuello. No se veía luz. No había sol, brisa ni aire circulando. Los conductos de ventilación apenas dejaban pasar más que un sonido metálico tan ensordecedor como insoportable y yo, que ya no podía encontrar el vagón, había perdido de vista la cafetería, no había llegado al concierto y desde luego, me había quedado fuera de la cálida habitación del hotel, no tuve tiempo a caer de rodillas. El cuerpo me respondió lo justo para echarme contra la pared y bajar las manos hasta el torso, donde me golpeé con fuerza, como recordándole a quién allí moraba lo que debía hacer.

No. Ahora no. Late. Sigue latiendo. Ahora no. Todavía no.

—Hospital...

Murmuré para el que fuera que pudiera oírme, en medio de aquella masa informe de rostros sin género ni rasgos reconocibles.

—Hospital... por favor...

Después más oscuridad.

Por último, el silencio.

DIECINUEVE

Aleteo

Me estaba viendo desde la ventana. Lo supe sin necesidad de girar la cabeza para comprobarlo.

Me bajé del taxi, todavía con las gafas de sol puestas, la mochila al hombro y toda una serie de hormigas, en forma de aleteo tembloroso constante, recorriéndome la piel.

Hacía casi dos meses desde la última vez que nos habíamos visto sin el cuadriculado dominio de nuestros teléfonos móviles, en esas llamadas nocturnas donde rara vez éramos capaces de hacer algo más que mirarnos con el anhelo de quien desea algo tan simple como extender la mano para tocar y ser tocado sin poder hacerlo.

Enamorarse a distancia trae consigo muchas cosas. No todas son malas, pese a que en momentos como aquel, cuando sabía que desde que cruzara su umbral el tiempo juntos empezaría a descontarse como los granos maquiavélicos de un reloj de arena trucado que siempre nos iba en contra, me costaba verlo. Estar lejos enseñaba que no hacían falta grandes gestas, regalos, cenas caras o detalles imposibles para demostrar afecto. Mirarse a los ojos era un lujo que no superaría el mejor de los restaurantes.

Rozar el rostro con los labios, aspirar el aroma, acariciar el cabello, de forma real y auténtica, sin una narración de por medio que empezara, como siempre en nuestro caso, con el consabido: imagina cuando... o ¿sabes que haré si...?

Ahora estábamos allí. A un par de pisos de distancia que el rápido ascensor del hotel cubriría en segundos. Yo barrería con las zancadas más largas que pudieran dar mis botas los metros de moqueta de su pasillo. Llamaría a la puerta de la habitación, cuyo número me había enviado hacía unos minutos, y en contra de lo sucedido las veces anteriores, cuando los nervios nos habían dominado, obligándonos a forzar escenas de saludo convencionales hasta dar al corazón sosiego para ser nosotros mismos, no malgastaría un solo minuto sin sentirla.

Mi boca llevaba seca casi dos meses, y el ansia de ese primer beso me nublabá el juicio de tal manera que casi olvidé que tenía que pagar la carrera al taxista, que esperaba impaciente mientras yo miraba la rectangular superficie del hotel, como un tonto que se había enamorado sin quererlo ni siquiera pretender.

Ella estaba allí.

Por una causalidad del destino que me había empujado, la noche anterior, a llorar por su presencia, estaba allí.

Por una suerte, que nos había dado tregua en la espera y el agotamiento de llamadas a deshoras y mensajes leídos fuera de tiempo, estaba allí.

Porque yo le importaba más de lo que todavía se atrevía a decirme, había cogido un avión sin casi dormir, sin planearlo si quiera, con el tiempo justo de empaquetar las ganas de estar juntos en un día cualquiera donde las horas libres nos coincidieron en un calendario que, casi siempre, nos luchaba en líneas enemigas.

Estaba allí.

Había venido.

Iba a abrazarla.

Por fin, joder. Por fin.

Me obligué a ralentizar el paso. Cogí aire y descubrí que necesitaba infundirme calma. Y ánimo. No para verla, eso lo había deseado con sumo fervor desde hacía casi ocho semanas, sino para enfrentar la nueva realidad que se nos ponía delante. Era la primera vez que pasaríamos tantas horas juntos, a solas, sin más plan que sabernos, reconoceros y descubrir nuevas aristas de nuestra forma de ser.

No había garitos donde tomar copas, conciertos ruidosos atestados de gente o paseos con roces de manos furtivas. El gentío y el decoro que solían impedirnos, y a veces, en estado de tensión, nos escudaban para evitar tocarnos y mostrar demasiado de nosotros mismos, ahora se habían diluido. Las cuatro paredes que a veces crecían entre nosotros, y parecían aliadas para alejarnos, ahora eran amigas, y nos cercaban para que nada nos interrumpiera ni molestara. Tendríamos nuestro metafórico cartel para impedir que el mundo exterior formara parte de nuestro día.

Daba tanto miedo como placer.

Por supuesto, me dije que sin importar el acicate de mis ganas, tenía que darle tiempo de adaptarse a mi presencia. Sabía de su demanda por estar juntos, de sus ganas de verme, de su mimo, tan compartido a través de la interminable línea telefónica que habíamos compartido; pero también conocía un poco de su forma de proceder, de su ingenua inocencia, de su nerviosismo inicial. De sus dudas... que hacían que en vez de disfrutar cada segundo que teníamos por delante, llorara a priori lo que íbamos gastando.

Conocer a la pareja era respetar sus tiempos y momentos de altos y bajos. Asimilar que la respuesta a distintos estímulos no podía ser la misma. Que quizá, lo que habíamos concebido como un oasis de poco más de doce horas en medio del desierto de nuestra distancia no fuera tan paradisíaco como ambos habíamos fantaseado, en esa noche de escaso sueño y las horas de vuelo donde no nos habíamos podido comunicar.

A lo mejor al verme se derrumbaba, como a veces oía que se le quebraba la voz en esas conversaciones donde teníamos todo, menos fecha de reencuentro.

Quizá me echaba en cara el cansancio, no solo físico, sino por ser la que más se esforzaba en acercarse a causa de que mis circunstancias eran casi siempre más difíciles de solventar.

Era posible que no estuviera dispuesta a continuar con el arreglo, que no era tal pues había ido surgiendo del ensayo—error y las ganas, que dominaban todo.

Pero también podía pasar junto lo que ambos habíamos querido cuando, en un arrebató que solo podía llevar por nombre esas dos palabras no pronunciadas, pero sentidas cada día con más fulgor. No lo dudó al proponérselo, en aquel arrebató loco que hoy en día, todavía no podía explicar. La sensación de que la espera se acortaba, la certeza de que aquella locura se volvía cuerda gracias a un par de dígitos de número de cuenta y un bolso lleno de besos sin doblar, me llenó de una alegría imposible. Aterradora. Que me dio la fuerza para remover las capas de mi vida que no estaban en su lugar para hacer mi parte y volver lo improbable, realidad.

Ella estaba allí, detrás de una puerta que cerraría a mi espalda y, si de mí dependiera, no volvería a abrir jamás.

Estaba allí y yo me moría por ser egoísta y arrastrarla a mis brazos para que no volviera a subir a un avión sin mí nunca más.

Estaba allí, nerviosa, esperándome. Sonreí al alzar la mano para llamar. Quería ver su cuerpo y sentir sus dedos en mi nuca. Quería rozar su mejilla con mis nudillos y mirarla fijamente hasta que se me nublara la vista. Quería por encima de todas las cosas, que esas cosas que quería fueran más sencillas y justas para los dos.

Que no hubiéramos llegado tan lejos si nunca iba a ser cómodo. Si los momentos románticos iban a ser escasos y casi siempre, contados con el cuentagotas de las palabras escritas, dependientes de una tecnología tan fría como poco apasionada.

Y quería que aquello durara siempre... siendo siempre desde ese momento, cuando llamé con suavidad, otorgándole tiempo, hasta el fin de los tiempos mismos. O en unas pocas horas robadas, cuando me tuviera que marchar.

Aleteo.

Pero con la fuerza del rugido apasionado de un volcán que acabara de despertar.

—Ven aquí... necesito...

Hubo sexo en casi cualquier superficie de la habitación que puso soportar nuestras ganas. Y también, hicimos el amor. Deslicé las mejillas que no había tenido tiempo de afeitarme por su nuca y espalda, notando con complacencia como su piel blanca se marcaba ligeramente al paso áspero de mis intenciones. Mis manos la mantuvieron sujeta y mis acometidas la hicieron volar. Conquistamos estrellas y pisamos planetas que ningún otro par de amantes había explorado jamás. Al terminar, todas las veces, siempre sudorosos y jadeantes, yo reclamaba su cuerpo en mis brazos, buscando solo el placer simple de poder rodearla y sentirla sobre mi pecho, de tenerla tumbada cerca y oírla respirar. De saber que era su peso lo que sentía cuando inhalaba hondo y mi torso subía y bajaba con la resistencia que implica tener otra piel vistiendo tus huesos, cobijándote los órganos para que no dejen de latir.

Poder estirar los dedos y tocarnos, rozarnos los labios con los ojos abiertos, enredarnos en la lengua del otro mientras el olor de todo lo que nos queríamos impregnaba nuestro alrededor y nos creaba una cúpula a salvo del transcurso de las horas, que podíamos borrar a nuestro gusto con solo apretarnos fuerte en un abrazo perpetuo, que parecía que nada podía romper.

—No me puedo creer que esté aquí.

Le sonreí. Yo tampoco.

—¿Por eso estás tan seria?

—No estoy seria... estoy memorizando todos los detalles. —Sus dedos delinearon mi boca, mis párpados. Cerré los ojos, solo un segundo. —Tú tampoco quieres perderte nada.

Suspiré. Puede que los dos lo hiciéramos. Había pasado tanto tiempo... y éste pasaba ahora tan rápido, que temía que al tomar una bocanada de aire me llevara conmigo media tarde. El sol brillaba en lo alto, visible a través de la ventana a medio abrir por la que se colaba el aire en nuestro refugio. Pronto, en un parpadeo inconsciente, caería el crepúsculo. Y habría que volver a asumir la realidad.

—¿Vas a acordarte de esto cuando no estemos juntos?

Fingió que lo pensaba unos segundos.

—Soy muy olvidadiza...

—¿Ah sí?

—Tal vez tendría que afianzar un poco mis recuerdos.

—Tal vez alguno de nuestros vecinos de habitación puedan darte fe de lo vivido... —Sonreí con malicia. —Todo el pasillo debe haberte oído gritar.

Se tapó la boca con las manos y empezó a removerse, intentando en vano escapar de mí. La acallé con besos suaves en la sien.

—La culpa es tuya. —Me dijo. —¡Un caballero no tiene memoria!

—Este caballero sí. Sobre todo si puede usarla para hacerte enrojecer.

Me acusó de ser un tonto y yo me encogí de hombros porque realmente lo era. Había estado a punto de no verla ese día, durante ese paréntesis de gloria que le habíamos robado a la vida en

una mano de póker donde no teníamos más que muchas ganas y un farol. La situación era complicada. Yo no me sentía bien. Últimamente me costaba reconciliarme conmigo mismo, como si mi reflejo y la realidad no casaran en mi cabeza y me sintiera vacío de mí. No podía explicarlo. A menudo no me encontraba cuando buscaba muy adentro por respuestas, pero ella era una certeza que siempre, sin excepción, me hacía sentir bien. Completo. En paz. En el sitio correcto.

No había pedido tenerla. Yo no la había buscado. Su aparición había tenido lugar en un momento inesperado, o quizá, cuando más la necesitaba.

O cuando la necesitaba él.

—¿Estás bien?

Tomé su mano suave y me la coloqué en el pecho. Intentó acariciarme, pero yo la dejé posada, quieta, sobre mi corazón.

—Mucho. Relajado.

Feliz... pero no lo dije. Porque los bordes de la realidad se desdibujaban. El aire que movía la persiana pareció volverse más denso y yo, que ya conocía la sensación, me aferré con todo lo que tenía, que era bien poco, al lugar donde estaba, mirando sin ver para no perderme detalles, para que el aleteo de aquellas mariposas que sentía en mi pecho se acompasaran a la fibrilante galopada de mi corazón. Al sudor que me corría por las sienes. Al temblor que erraba mis dedos cuando intentaban dar caricias.

—Ojalá no tuvieras que irte nunca. —Su boca tocó mi garganta. Suave. Como otro aleteo. — Quedarnos aquí todo el tiempo.

—¿Hasta que salga el avión?

—Más. Hasta morirnos de inanición, pegados, abrazados. Hasta que nos encuentren.

—Qué final más trágico.

Su sonrisa se opacaba. Lo sentía aunque no pudiera verla.

—Igual que todos esos vuelos de vuelta.

Intenté volver a hacer el amor. Lo hice.

Intenté follar hasta que las fuerza fallaron y se me nubló la comprensión. Lo hice.

El ambiente se había enrarecido con la sombra de la despedida inminente. Ella tiraba de mí para retenerme, como en un secuestro donde la víctima firmaba por padecer un Síndrome de Estocolmo que le acompañara a perpetuidad. Cuanto más la besaba y tocaba más ansioso me sentía por saber cuándo sería la próxima vez. Cómo podría arreglar aquel jirón que parecía abrir la estancia en dos, creando una nada, un vacío oscuro donde antes solo había cama y pasión.

Comimos enredados, disfrutando de podernos tocar a placer. Yo la observé y me vi a mí mismo contándole esas cosas que uno cuenta cuando la prisa no forma parte de la ecuación. Hablamos de la familia y los amigos. Hablamos del pasado y de lo que el amor nos había hecho para ser los que éramos ahora. Jugamos a que éramos libres y podíamos perder el tiempo vestidos, masticando e intercambiando historias como si el mañana no fuera a llegar nunca o pudiéramos convertirnos, por encanto, en una de esas parejas a las que no les importa irse a dormir, pues saben que van a volver a verse al despertar.

Todo eso lo viví a su lado. Sonriendo cuando me sonreía. Deleitándome en abrazarla y perseguirla con la mirada al recoger los restos de nuestro picnic atrincherado.

Lo viví también con la mano en el corazón, no porque quisiera guardarme para siempre la imagen de su pelo recogido en una pinza, de su hombro desnudo a causa de mi camisa demasiado grande, del suspiro compartido al tumbarnos satisfechos, con los ojos cerrados y la

digestión acompañada. Me sujetaba porque el dolor de la ausencia se estaba transformando poco a poco en uno muy distinto. En uno más real.

Yo estaba allí con ella y no lo estaba en realidad.

Desde fuera, apartado de la escena que deseaba con todas mis fuerzas protagonizar, entendí que me enseñaban algo que había sido o que hubiera podido ser, pero que no era de verdad. Parado, solo en el frío que dejaban tras de sí las sombras de unas caricias que ella no me estaba dando, vi como sus dedos recorrían el brazo tatuado, el pelo, el cuerpo, como sonreía, como su boca temblaba tras cada beso. Como amaba con entrega, y con miedo.

Vi como encontrarnos era el error más grande jamás cometido, cómo se ennegrecía el ambiente cuando el momento de retornar a la vida abandonada se acercaba. Cómo el hecho de conocernos poco nos hacía dudar de las reacciones del otro y resbalar en la delgada línea que separa saberse de discutir por todo lo que se desconoce.

Intenté acercarme, pero no pude hacerlo. Era un espectador del yo que ella quería. Del que tenía. Del que buscaba, tal vez, tan desesperadamente como la buscaba yo.

Un pinchazo me hizo perder el equilibrio. Sus ojos entonces me encontraron, aunque no sé si me veía o buscaba al otro, que había levantado muros en forma de prendas de ropa que ocupaban ahora el espacio que antes solo había sido de ella, a través de mí.

Deseé que me viera.

En medio de la agonía que me auguraba el final del trayecto, me pareció que así era.

—¿Estás bien?

Mudo, en un recuerdo que era de otro y por tanto me privaba de poderme expresar, negué. Una voz, que venía de allí donde me esperaban, de allí donde había caído me impulsaba a exclamar. ¿Podría oírme ella si gritaba lo bastante alto? ¿Me podría quedar?

Hospital...

Hospital... por favor...

Me atravesó con una mirada gélida. No entendí si era pena o rencor. Parecía llena de dolor, calzándose las deportivas, cubriendo con maquillaje una amarga decepción. La pared sujetó mi espalda, haciéndome resbalar mientras una mano inerte, no sé si mía, intentaba mantener constante el cansado aleteo de aquel extraño corazón.

—Ojalá no tuvieras que irte nunca... —repitió. —Prometiste que me encontrarías.

Después, desapareció.

VEINTE

Pericarditis

Tenía una explicación médica, por supuesto. Siempre la tenía: Inflamación de las membranas serosas que envuelven al corazón. Provocaba fiebre e intenso dolor de pecho.

Una bacteria. Una reacción adversa de los medicamentos, contraindicados entre sí. La adaptación misma del cuerpo a las dosis de inmunosupresores. Subidas y bajadas de tensión. Algo relacionado con los glóbulos rojos, con la densidad y velocidad a la que circulaba la sangre por las arterias. Cualquier cosa médica que sonara lógica valdría.

Lo había entendido. No importaba lo que creyera, cuanto me esforzara o cuan real me parecieran las cosas que solo podía ver, sentir y experimentar yo: no era cierto. Todo venía dado por el trauma sufrido por mi cabeza y cuerpo. Por el terrible sufrimiento y la agonía que suponía no solo recuperarme de un trasplante, sino aceptar la vida tal como era ahora; nueva, cambiante, sujeta a que el paracetamol no hiciera malas migas con la hidroxiclороquina y la dapsona y me provocara alucinaciones donde amaba y era amado por la chica de mis sueños. Que no existía más que cuando algo en mi organismo no estaba bien.

Me había costado, es cierto.

Me había resistido con todo lo que tenía. Y hasta con lo que no.

Joder, hasta me había planteado causarme una especie de parada cardíaca de duración controlada para verla, como quien coge un avión un domingo para pasar la tarde y se vuelve a casa el lunes, cruzando aeropuertos y maldiciendo despedidas mientras arrastra en la maleta, enredados en dobleces descuidados, recuerdos y cosas pendientes a la vez.

Al final no me había quedado más remedio que asumir la cruda realidad, no aquella que se empeñaba en abrirse camino cuando se me cerraban los ojos por alguna deficiencia sanitaria.

Los informes médicos me habían vilipendiado.

Declaraba a la ciencia ganadora.

Me rendía.

Arrojaba la toalla y con ella mi fe.

Si solo la encontraba cuando el dolor era aviso de que aquel corazón emitía quejas del trato al que lo estaba sometiendo y las posteriores evidencias así lo reflejaban, ¿qué más podía hacer? Saltar de un rascacielos a cambio de un beso más todavía me resultaba tentador... porque algo en mi fuero interno susurraba, en voz cada vez más monocorde e ininteligible, que tal vez sería la próxima vez donde encontraría algo: una pista, una nombre, una dirección, una clave...

No obstante... bueno, allí estaba otra vez.

Sábanas blancas con el ribete de la Clínica Ruber.

La cánula en la nariz.

Un dolor profundo y constante en el torso, como si me hubieran hurgado dentro para comprobar que todo el cableado seguía conectado donde debía.

La sonda, manteniéndome tenso e inmóvil, impotente y avergonzado de no poder ni siquiera levantarme a orinar como un hombre independiente.

La vía cogida del brazo, conectada al suero.

Y por supuesto, los electrodos, induciendo el pitido constante y continuo que vigilaban todos los médicos y enfermeras de la planta con ojo de halcón.

Suspiré, quedándome quieto mientras miraba al techo, concentrado en la luz diurna que daba

paso al crepúsculo sin que yo me moviera un ápice. Abrí la boca cuando me acercaron la pajita para que tomara agua. Cerré los ojos cuando levantaron las sábanas para evaluar el líquido que había abandonado mi cuerpo. Levanté el brazo cuando hubieron de cambiar la vía, y respondí mansamente y con monosílabos a todas las preguntas que me hacían, tal como se esperaba de mí.

Tal como había hecho las otras veces, con una única diferencia:

—¿Aguantas bien el dolor?

—Sí.

—¿Tienes náuseas?

—No.

—¿Quieres cenar?

—No.

—¿Te damos algo para dormir?

—Sí.

Esa vez no pensaba negociar mi salida, intentar escapar antes de tiempo o revelarme contra lo que ocurría. Aceptaba aquello que se me había puesto delante en lugar de pelear en su contra.

—Tardará unos segundos.

Cerré los párpados otra vez. El fármaco fue eficaz.

Dormí sin sueños, igual que vivía.

Raúl llegó a primera hora, en cuanto le informaron de que mi estado era lo bastante estable como para recibir visitas. Lo hizo con una camisa burdeos llena de loros tropicales. Bien peinado, sonriente y llevando bajo el brazo el álbum de los horrores. Repasó con mimo y atención todas y cada una de las escenas de nuestro crecimiento que creía podían arrancarme una sonrisa, alejarme del mutismo en que me encontraba sumergido y reconectarme con aquella realidad que, si bien había aceptado, estaba muy lejos de sentirme inclinado a abrazar.

Retornamos a mi etapa Bunbury. Hablamos de nuestro barrio, en Alcalá. De las calles que antes estaban llenas de garitos, separados por paredes mugrientas cuyos desconchones se habían tapado con grafitis, esas que antaño habían cubierto las espaldas de las novias a las que habíamos besado cuando cada caricia debía darse a oscuras y después de medianoche.

Recordamos el día que casi le multan por haber intentado coger el coche de nuestra madre sin carné para ir a una gasolinera a por hielo y como yo, borracho de litrona hasta casi perder el sentido, le había prometido que el verano siguiente, si aprobaba el curso, le enseñaría a conducir. Siendo el pequeño y menos propenso a portarse con seriedad en lo que respectaba a los estudios, no dejaba de ser irónico que le hubiera soltado aquel discurso paternalista, que por otro lado y habiendo crecido sin una figura tal, sabía Dios de donde había salido... no obstante, cumplí.

—Me enseñaste a conducir. —Sonrió Raúl, señalando su foto con la L en alto mientras yo, cruzado de brazos y escondido detrás de mis gafas de sol de chico duro compradas en El Rastro, pretendía esconder un orgullo que era muy evidente que sentía. —Se te dio tan bien que hiciste de eso tu trabajo.

Giré la cara emitiendo un suspiro cansado, aunque llevaba cuarenta y ocho horas donde lo único que había hecho, además de notar como una válvula me extraía la orina de la uretra, era dormir. Mi curro... había sido bueno, recordé. Hasta que olvidé cómo hacerlo.

La enfermera entró a revisarme. Mi quitó la cánula de la nariz y con cuidado, me pasó una gasa húmeda por las fosas nasales reseca. Sonrió. Según el prendedor que llevaba en la bata, se llamaba Patricia.

—¿Te duele? ¿Estás incómodo?

—No.

Revisó los monitores. Cambió algunos electrodos que estaban soltándose del pecho. Aplicó una especie de pomada en la costura, que seguía cicatrizando ajena a lo que su existencia en mi cuerpo había provocado a todo lo demás.

—¿Crees que te sientes con fuerzas para ir al baño solo?

—Sí.

Raúl salió respetuosamente, aunque para mí, que me encontraba aletargado por las verdades que asumía pero no aceptaba, y a base de lo acostumbrado que me sentía a la exposición de estar enfermo, me dio bastante igual que fuera Patricia o cualquier otro quien me quitara la sonda. El escozor tampoco me afectó. Ni el tirón de los genitales al verse libres del confinamiento de aquella tortura. Me taparon. Extendí las piernas, con los brazos laxos, desnudos de tintas y tatuajes que nunca habían estado allí. La mirada en el techo. Luego, cuando mi hermano volvió a entrar, en la puerta.

Para cuando se sentó a mi lado, volvía a recorrer la distancia entre los alógenos. Esta vez no había moscas atrapadas.

El único preso era yo.

—Qué guapa, ¿verdad?

No contesté.

—¿Quieres seguir viendo fotos?

Raúl había marcado la página donde se había quedado. Pasó algunas más, llegando a la etapa donde mis imágenes con Manu daban paso, lenta pero inexorablemente, a instantáneas de los tres, recogiendo luego momentos clave de los inicios de su relación.

—No me creo que mamá sacara esta.

Supe que se refería a la Nochevieja donde hicieron oficial su noviazgo. La foto estaba movida porque mi madre lloró mientras disparaba su réflex. Yo salía de fondo. Me había pintado los ojos y llevaba un chaleco abierto sobre la camisa blanca, remangada. Me habían dado un puesto fijo en la autoescuela tres días antes y tenía muchos planes para mi nueva condición económica.

Después de eso la afección de mi madre empeoró.

Más tarde, mi tratamiento experimental dejó de funcionar, y tuve que centrarme en dar teoría porque no podía arriesgarme a pasar horas en el coche de prácticas y sufrir una insuficiencia cardíaca repentina.

Y luego... nada de lo que llegó luego mejoró.

En medio de mi nebulosa de auto—compadecimiento, oí a mi hermano suspirar.

—Para ya, Adrián.

Tampoco le contesté. Raúl no insistió.

Al día siguiente pude levantarme y comer sólido. La membrana que cubría el corazón, como haría un papel de plata con el bocata del recreo, relajó la inflamación. El dolor en el pecho cedió. No había más fiebre, por lo que se me permitió ponerme mis pantalones de chándal, una camiseta de Pearl Jam y caminar a pasos lentos, sujeto del bastón del suero, por los pasillos de planta.

Ya no estaba en críticos, solo en observación. Una observación que podría dilatarse tanto como quisiera mi cardióloga, que ya me había hecho la visita de rigor, indicándome la importancia de una dieta saludable, de un ejercicio moderado y constante y por supuesto, de aceptar las variaciones emocionales y físicas que tenía mi condición.

Porque de repente era como si mi ser se hubiera convertido en una especie de bomba nuclear

que había que tratar con sumo cuidado para que no explotara, pero parecía que el único que no se daba cuenta de la gravedad del asunto era yo.

—Eres como una parturienta por cesárea que cree que puede volver a casa al día siguiente y seguir su ritmo acostumbrado, Adrián. Y no es así.

Habló sin parar de que pidiera ayuda. De que nada de lo que sintiera scandalizaría a nadie porque vivía una situación sin precedentes, pero compartida por todos aquellos que, antes que yo, habían pasado por un trance semejante.

Me recomendó volver a las sesiones de terapia de grupo y asentí.

Me aconsejó que visitara al psicólogo del hospital y me pareció bien.

Insistió, mucho, en que aceptar que mi salud mejoraba, aunque existieran altibajos, era algo que podía costarme mucho asimilar. Que tras haber vivido casi toda mi juventud enfermo, saber que no prendía sobre mi cabeza la amenaza de la muerte podía causarme rechazo, al ser algo desconocido. Yo confirmaba sus palabras con gestos de la cabeza, me ponía las zapatillas cuando me indicaba que podía salir y caminaba cuando me decían que era hora de moverse.

—Tiene que ser muy jodido de entender, tío. —Me decía Manu, acomodando el paso al mío, en el recorrido número tres del pasillo. —No puedo entender ni la mitad de las movidas que debes tener en la cabeza.

Era una suerte que no. Yo casi me había vuelto loco intentando encajar las piezas de un puzzle donde era feliz, estaba curado, enamorado y viviendo una relación que parecía tan real, que todavía podía sentir en el cuerpo el calor del abrazo y el sabor de los besos de aquella chica.

Ojalá no tuvieras que irte nunca... prometiste que me encontrarías...

—¿Adrián?

Levanté la vista de la baldosa doscientos trece. Faltaban otras ciento cincuenta y siete para que nos diéramos la vuelta.

—Sí.

Manu resopló.

—Colega... dínos cómo ayudarte.

—Estoy bien.

Dos palabras. Era todo lo que podía dar de mí. Lo único que me quedaba. Mi cuñado y amigo lo sabía. Así que siguió andando y no me presionó.

Me apuntaron para la reunión del miércoles por la tarde porque el martes, si todo iba según lo previsto, me darían de alta.

No lo hice mal en la prueba de esfuerzo, pero fracasé miserablemente soplando la boquilla del artilugio de la bolita amarilla, que seguía sin llegar a los mínimos. Los médicos me tranquilizaron. No pasa nada, dijeron. Todo era normal, aseguraron. Entraba dentro de lo establecido y las cosas mejorarían.

Porque a peor, estaba claro, no podían ir.

Pasaba largos periodos sentado en la silla de mi habitación, mirando hacia el ventanal que hablaba de un mundo exterior al que la mayoría de los ingresados se moría por regresar, pero yo, que había vuelto de la muerte un par de veces, contemplaba sin entusiasmo. En mi regazo, el álbum de fotos y algún libro que me había traído Raúl. Ambos sin tocar.

Me acompañaba cada día y aunque su sonrisa jovial no le abandonada mientras duraba su visita, el nerviosismo y la incertidumbre no podían esconderse detrás del falso brillo de sus ojos.

Igual que cuando me habían diagnosticado el déficit cardíaco y este empezó a ir mal, mi hermano llenaba los silencios con comentarios optimistas en exceso, creyendo erróneamente que ahogar el silencio callaría lo que él pensaba que yo sentía, como angustia o pena, cuando en realidad me encontraba vacío de todo pensamiento.

Aceptaba, hacía o deshacía según me decían los demás, sin esperar nada. Sin pretender nada. Manteniendo mi cuerpo estable para que ninguna descompensación me llevara al lugar donde tan desesperadamente quería estar, pero al que no podía permitirme volver.

—Ahora te traerán el almuerzo. —Dijo, imagino que porque se había quedado sin más temas que tratar. —Esperemos que esta vez hayan recordado ponerte un poco de sal.

No me inmuté.

La imagen de la ventana revelaba mi rostro demacrado, con demasiada barba. Los ojos pardos hundidos y el pelo ondulado despeinado y sin arreglar. Seguía teniendo la vía puesta, pero me habían dado un cortaúñas y, al menos las manos, reflejaban algo de normalidad.

Fuera eso lo que fuese a aquellas alturas.

Cuando llegó el carrito, volví a la cama con obediencia, me senté y levanté los brazos cuando colocaron la mesa plegable ante mí y sobre esta, la bandeja.

En el plato había un cuenco con sopa de letras y un plato que contenía dos bistecs y unas patatas guisadas. También algo parecido a la zanahoria hervida. Metí al cuchara en el cuenco y tomé cuchillo y tenedor. Ahora esperaban que comiera, así que eso haría: comer.

Raúl, que se había acercado, seguramente para paliar el sonido monótono de mi masticar mirando al vacío con algún recuerdo feliz de cuando yo me sentía yo y no alguien que vivía en un cuerpo y una mente que solo me pertenecían a ratos y por retales, miró con ceño la bandeja y luego, alzó la voz hacia la encargada.

—Espere, señorita. Mi hermano no come...

Yo ya había troceado el bistec y me lo había metido en la boca. Sin pensarlo. Sin analizarlo. Sin pararme a equiparar al Adrián que había sido con las peculiaridades del que era. Mastiqué con esfuerzo, pero antes de poder tragar, mi estómago dio una sacudida y la bilis que almacenaba mi organismo subió como un torrente de lava por mi garganta, antes incluso de haber tragado, solo con apreciar el sabor cárnico en la boca.

Raudo, Raúl me acercó la tapa de la bandeja y en ella misma vomité, viendo lucecitas por el esfuerzo a través de los párpados cerrados. No tenía en la tripa nada más que los restos precarios del desayuno y unas pocas cucharadas de sopa, de modo que poco salió de aquel esfuerzo. Molesto, mi hermano apartó la bandeja y me pasó una servilleta.

—¿Estás imbécil? —Le miré, como si no entendiera. —¡No comes carne!

Me encogí de hombros, todo lo que daba el espacio confinado de la cama.

—Siempre lo he hecho.

—No desde que te operaste.

—Antes lo hacía. Y conducía.

Raúl se frotó la nariz. Entendía su frustración. La mía era muy parecida, solo que cien veces mayor.

—Adrián... nadie cree que te la estuvieras inventando.

El problema era que empezaba a temer que yo sí.

Prometiste que me encontrarías...

¿Has dejado de buscar?

—No quiero hablar.

Raúl me miró como si se planteara seriamente darme un puñetazo, olvidando dónde estábamos y por qué.

—No puedes quedarte callado siempre.

Ahí se equivocaba.

—Tengo hambre. Dame la sopa.

—¡Joder Adrián! ¡Tampoco puedes actuar como una ameba el resto de tu vida!

En eso tampoco tenía razón.

Revolví el caldo pastoso con la cuchara, a la que se habían adherido unas letras gomosas. No habría palabras en el fondo, aunque prometiera bebérmela toda, igual que no habría respuestas en las visitas a la psicóloga del hospital o en las reuniones de apoyo a trasplantados.

No habría nada más que la certeza de que todo lo que sentía tenía una explicación médica y racional sin importar lo fuerte o sincero que me pareciera.

No habría chica esperándome, por más que la echara de menos, ni encuentro, entusiasmo o ilusión. Nada más que informes médicos, listas de síntomas y pastillas que borrarían los recuerdos, vívidos pero inexistentes de mi memoria, mi cabeza y corazón.

Ojalá no tuvieras que irte...

Para eso, pensé con la boca llena y el alma cayendo al vacío, habría tenido que llegar.

VEINTIUNO

Refractario

Me acurruqué en el asiento trasero del coche, con las piernas encogidas, los brazos cruzados, las gafas de sol puestas y la capucha de la sudadera cubriéndome la cabeza. De haber sido una tortuga, me habría metido en mi caparazón, sin aceptar ver la luz del sol ni apreciar compañía alguna de mis semejantes.

No obstante, aunque hubiera querido, no habría podido hacer oídos sordos a la conversación en susurros que tenía lugar en la parte delantera del vehículo, donde mi hermano, tenso, tiraba del anclaje del cinturón repetidamente, como si este se le clavara en el cuello y el mero roce le impidiera pensar qué hacer conmigo a continuación.

—La cardióloga dijo que llevaría tiempo.

—Lleva diciendo eso desde la operación. Cada vez está peor, ¡míralo!

—Responder al tratamiento es difícil. Cariño... hay que tener paciencia. Ha pasado por mucho.

—Esto no tiene nada que ver con el tratamiento. Es del corazón, sí, pero no se refiere al funcionamiento. Es otra cosa.

Cerré los ojos detrás de los cristales polarizados y apoyé la cabeza en la ventanilla, rendido al hecho de haberme convertido en el equivalente a un niño de mal comportamiento cuyos padres deben discutir si enviar o no a las actividades extraescolares. Que hablaran por mí, decidieran por mí e incluso actuaran como si yo no estuviera presente, en mis cabales o capacitado para tomar el rumbo de mi vida ya me daba igual.

Todo empezaba a darme igual.

Actuaría exactamente de la misma manera que había estado haciendo los últimos dos días: como se esperaba de mí. Sin altibajos. Sin alterar las dosis de los medicamentos. Sin intentar convertir en auténticas unas caricias que alimentaban mis sentidos... matándome de hambre al tener que asumir que nunca habían pasado, que no eran reales. Que no iban a llegar.

¿Has dejado de buscar?

—Por lo menos... ya sabes... va haciéndose a la idea. —La mirada de Manu buscó la mía a través del retrovisor. Lo supe porque le conocía, no porque estuviera dispuesto a devolver el gesto.

No terminó la frase, pero todos los que ocupábamos el utilitario, incluso yo que me esforzaba por permanecer al margen de la conversación, sabíamos a qué se refería: había terminado por aceptar como delirios lo que a ojos de todos eran eso, delirios.

—Supongo que sí...

Raúl no parecía convencido. Le conocía bien. Intentaba aferrarse a que aquel era un cambio positivo, pero tal como yo le sabía de memoria, tras toda una vida recibiendo palos desde distintos frentes, esquivándolos cogidos de la manos, también me conocía a mí. No podía ocultarle que aceptar y vivir en consecuencia a esa aceptación eran dos cosas muy distintas. La melancolía que se me reflejaba en la cara así lo gritaba.

Ella seguía conmigo, provocándome dolores de cabeza y palpitaciones en el corazón y la entrepierna, por poco poético que suene. Me domeñaba estando despierto y cuando dormía, me

aferraba a los narcóticos con receta para no caer en aquel abismo de maravillas y sonrisas que luego tendría que abandonar. Los rincones de Madrid, antaño simbólicos por cientos de motivos diversos, estaban ahora preñados de ella. Gestando escenas que no habían tenido razón de ser pero que para mí se reproducían a todo color, vibrantes, conforme mis ojos se cruzaban con ellos.

El Carrión asomando de soslayo, a plena luz de mediodía, recordándome aquella discusión apasionada donde ella me rogaba que le pidiera que se quedara y yo intentaba no ser egoísta y dejarla volver allá donde sabía que se tenía que ir.

Qué ironía, pensé con algo que se pareció a una sonrisa.

Había intentado apartarla, y ahora era yo el que no podía volver.

—Estás muy callado, Adrián.

Giré la cara para mirar a Raúl, que seguía tirando del cinturón. Encogí los hombros.

—Tengo frío.

Mi hermano se apresuró a subir las ventanillas con el elevavinas eléctrico.

—¡Estamos a más de treinta grados!

Protestó Manu, aunque sabía de sobra que era como lanzar piedras a los aviones.

—Dice que tiene frío.

—¡No puede tener frío! —Insistió mi cuñado, cuya camiseta oscura tenía cercos en las axilas, visibles cada vez que movía el brazo para cambiar de marca. —¡Estamos a más de treinta grados!

—Por más que lo repitas, no bajaré los cristales.

—¡Pero es que no puede tener frío!

A pesar de que me venía bien que se centraran en sus propias rencillas, pues con eso lograba quedarme en aquel segundo plano en el que de pronto me sentía tan cómodo, ajeno a responsabilidades, toma de decisiones y obligación alguna de interactuar, carraspeé para intentar terminar con la discusión:

—Seguro que es una descompensación de algún inmunosupresor. O que dos medicamentos de los nuevos hacen palanca con uno de los antiguos. La dosis está equivocada. Tengo un hongo viralizado que se me ha pegado al ventrículo o alguna mucosa bacteriana me jode el termostato interno. —Encogí los hombros. —Decidid la que os guste más y tenga más sentido.

—Adrián...

—Y baja la ventana si quieres. Me da igual.

Era oficial: todo me daba igual.

Continuamos el trayecto a casa en uno de esos silencios incómodos que nadie quiere romper por temor a que lo dicho sea peor que lo que se guarda. Al llegar, me metí en la habitación, esa que había pertenecido a mi madre, alegando cansancio y malestar. No era mentira del todo. Solo esperaba la hora de volver a tomar mis medicinas, anhelando que me provocaran un sopor tan pesado que mi subconsciente no se moviera del sitio. Con tan poco me conformaba, llegados a ese punto.

Cogí la almohada y me la puse sobre los ojos. A mi lado, en la mesilla, proseguían esperando los informes que Raúl me había traído y con los que, en teoría, intentaría buscar información del donante por si ella, mi ella, la chica, tenía alguna relación con la persona que me había entregado el corazón.

Eso fue antes, claro. Antes de creer que mi mente la había olvidado como una suerte de preservación emocional ante una muerte inminente, antes de creer que ambos nos buscábamos, deseosos de estar juntos por fin. Antes de tener que asumir que todas y cada una de las veces en que había podido ser uno con ella, vivir aquel romance, gozar de una relación que por tan real

sufría hasta altibajos, me perlaba las sienes de sudor y hacía que mi cuerpo se irguiera y temblara; venían precedidas por un terrible ataque hacia mi salud.

Quizá debía morir para encontrarla.

A lo mejor a eso se refería con buscarla y no parar hasta dar con ella.

Puede que fuera la muerte, tentándome. Llamándome a su lado.

Doblé los brazos sobre la almohada hasta que ni un leve haz de luz pudo colarse. Ignoré los informes, el sonido de su risa y el tacto de sus mejillas bajo mis dedos. No era real. No estaba allí. No era mía. No lo había sido jamás.

Ya lo había entendido. Ahora tenía que aceptarlo de verdad, y no solo para calmar a mis seres queridos más cercanos. Después, habría de aprender a vivir con su ausencia, igual que hacía con la presencia, latente y desconocida, de aquel órgano que llevaba ahora en el pecho.

Desde su casa podía verse el mar. Acostumbrado como estaba al interior, recuerdo que en la primera visita apenas podía apartar la vista, maravillado, preguntándome qué se sentiría al vivir cada día con esa masa azul tan cerca de los ojos.

Por supuesto, la impresión se me pasaba tan pronto mi cerebro registraba que podía verla a ella. Tenerla. Tocarla.

Ahora, cada vez que volvía seguía dedicando unos minutos a mirar el océano, pero estos cada vez eran menos. Con el paso del tiempo y el aumento de los sentimientos, había aprendido a valorar más los preciados momentos en que podíamos estar realmente juntos, sin artilugios de por medio. En el mismo espacio y a la misma hora. Disfrutándonos. Conociéndonos más. Por querer, quería que me hablara de su infancia, de lo que soñaba y aquello que le daba miedo. Quería conocer de dónde venía cada cicatriz y marca de su piel. Donde estaba cuando se había encontrado los lunares. Cuando había perdido el primer diente de leche y el nombre de aquel que le astilló por primera vez el corazón.

Quería sus caricias en mi pelo. Sus labios en mi garganta. Sus piernas alrededor de mi cintura. Su sonrisa en mi mirada.

Joder, estaba enamorado y mi vida era un caos. Seguía sin reconocirme cuando me buscaba en mis propios recuerdos y vivencias. Me picaba el cuerpo, que sentía ajeno, cuando no estaba con ella. Y algo en mi mente, una suerte de melancolía y tristeza que me seguía allá donde fuera, me hacía imposible disfrutar de los placeres, que se me antojaban incluso imaginarios, esquivos, cuando no podía verla.

Era como si ella se sintiera lo único real de mi vida. Como si esos momentos robados, a solas, juntos, tuvieran el poder de hacer que todo lo demás cobrara sentido y encontrara la lógica que a otras cosas les faltaba. Sentía que me quedaba paralizado, como en estado de suspensión, cuando no la tenía conmigo.

Entonces, las visiones del otro, del yo que no era y a la vez, tenía el control, me cegaban y robaban el habla. Me rendía... ¿o lo hacía él? ¿Era su verdad la mía, o la mía la que él perseguía sin poderla encontrar?

—¿Te gusta con tomate y queso?

—Al queso siempre se le dice que sí.

Alguno de los teléfonos móviles, olvidados a su suerte sobre una superficie cualquiera, se iluminó. Eran casi las cuatro de la madrugada y ella, con mi camisa roja a cuadros, el pelo cogido en una pinza, descalza y sonriendo sin cesar, removía entre los fogones una pasta que olía a todo el placer que habíamos compartido y desgastado entre las sábanas desde que habíamos vuelto del aeropuerto.

Horas de memorizar y trazar todas las rutas posibles a nuestros cuerpos hacían rugir nuestro estómago, y allí, los últimos en pie, la miraba toquetear lo que tan bien conocía con el nerviosismo de saberse observada. No pude evitar mordirme el labio. Al ponerse de puntillas, mi camisa cedió a la gravedad y dejó ver un poco de su ropa interior. La misma que le había quitado horas antes. Me llamó con idéntica intensidad.

Temí y supe a partes iguales, que aún tardaríamos un buen rato en sentarnos a cenar.

—¿Seguro que no quieres que te ayude?

—Puedes poner la mesa. —Luego giró la cabeza y me sacó la lengua. —Te iré diciendo donde está todo.

Me acerqué, meloso, deseoso. La separación sería larga. Los días volverían a volar cuando el que volara fuera el avión que me alejaría de ella. No había tiempo que perder. Habíamos aprendido, por las malas, que no debíamos malgastarlo ni darlo por sentado.

Enrosqué las manos a su cintura y empecé a besarle el cuello. Chascó la lengua pretendiendo resarcirse, pero su cuerpo se amoldó. La cadera hizo contacto con mi entrepierna y la piel entera se me erizó. El deseo me elevó del suelo lo suficiente para llevarla conmigo. Mi sexo palpitó y el de ella floreció como una flor tocada por el rocío de la mañana. Cuando mis dedos traviesos encontraron su centro y tocaron acordes en él, así lo comprobé.

Susurró mi nombre en un jadeo, de esos que yo conocía tan bien... pues los intercambiábamos por teléfono cuando las ganas de querernos nos hacían imposible que la conversación no se nos deshiciera en fantasías. Mordí el lóbulo de su oreja. Dejó de remover.

—Me encantaría desayunar pasta...

—Tienes que parar.

Sonreí, afianzando más mis dedos. Estaba hinchada. Deliciosa. Húmeda.

—¿Entonces por qué sujetas mi mano?

No me soltó. La salsa borboteó y el agua de los fideos empezó a extinguirse. Tiré de su cintura hasta que pudo notar mi erección clavada en su carne. Subí la camisa a manotazos, besé su espalda, la marca perfecta que delineó la columna vertebral cuando se inclinó hacia adelante, arqueada de placer.

—No puedo...

—Apaga el fuego. —Dije con la última nota de serenidad que pude reunir. —O que arda la casa con nosotros dentro porque no voy a parar.

Su gemido me atravesó. Se dio la vuelta entre mis brazos con una velocidad tal que apenas pude reaccionar. Ancló la boca a la mía y me reclamó con la hostilidad de quien ha advertido que la excitación la ha consumido y lo único que puede hacer al respecto es actuar. Sujeté su pelo y le eché la cabeza hacia atrás, lamiéndole el cuello, la garganta y aspirando el aroma a su leve transpiración. Mi mano encontró la abertura de la camisa. Mis dientes hicieron lo propio con el erguido pezón.

Antes de perder por completo la cabeza, abrí un ojo y con los dedos todavía húmedos de su sexo, apagué la cocina y aparté la comida a medio hacer del fogón. Ya habría tiempo para comer. Casi tanto como para lamentar después del adiós.

—Hazme el amor... —Ronroneó. —Pero como si me follaras.

Me reí, levantándola en volandas para sentarla sobre la encimera. Con ternura, porque sabía que ahora la prisa la había invadido y quería probar su capacidad de aguantar, aparté mechones de su rostro, delineé los labios con mis yemas, miré sus ojos como si me pudiera ahogar en ellos. Que envidia habría de sentir el mar, pensé. Nadie lo admiraría jamás de poder mirarla a ella.

—¿Y cómo es eso?

—Pues... ya sabes.

Me mordí las ganas de sonreír. Sentía cómo me atraía con sus brazos, como sus dedos recorrían mis pecho, arañaban las pirámides de mi brazo, forcejeando a la vez con sus piernas para atraerme a ellas.

—No, no sé. Por eso te pregunto.

Probó a rodearme el cuello con los brazos. Accedí a dar unos pasos, acariciando su piel descubierta. Gimió. Estuve a punto de rendirme al anhelo que ambos compartíamos, pero me obligué a esperar. Su expresión de impaciencia me provocaba tanta ternura que no deseaba perdérmela. Memorizaría todos sus gestos, su expresión y la postura de su cuerpo para que me acompañaran en el camino de vuelta.

—Hacerme el amor...

—Como si te follara, sí. Eso has dicho. ¿Podrías explicarme...?

Me besó. Apretado. Con furia, mordiéndome el labio inferior, lamiéndome los dientes.

—Pues así. Así... haciéndonoslo como si el mundo fuera a terminar mañana... pero queriéndonos.

Hundí el rostro en su cuello. Aspiré.

—Entiendo...

—¿Y... quieres?

Me removí lo suficiente para volver a hundir los dedos en su interior. Jadeé cuando resbalaron por completo. Joder... era deliciosa. Mojada, cálida... tan mía. ¿Sería pronto para decírselo? Nos habíamos prometido no enamorarnos y ahí estaba yo, buscando la mejor manera de susurrarle que de entre todo lo que quería hacerle, feliz era lo primero de la lista, pero sin encontrar las palabras ni el valor.

—Siempre, preciosa.

La tensión nos invadió cuando nos miramos a los ojos y presentamos batalla a la poca ropa que habíamos sido capaces de ponernos rato antes. Cuando nos seguimos mirando después de la primera penetración, suave, controlada, porque sabía cuánto le gustaba ver mi cara mientras ocurría, porque sabía cuánto adoraba yo beber la suya cuando pasaba. Nos acomodamos con facilidad. Cada vez costaba menos. Cada vez era más fluido. Más certero. Y más profundo.

Y no solo en el sentido físico.

Incapaces de dejar mirarnos, el sexo nos encontraba usando posturas donde nuestros ojos podían leer lo que el otro sentía. Las manos unidas. Los pechos pegados. Las bocas tan juntas como el aire que se nos escapaba en bocanadas agónicas nos dejaba.

A veces era destructivo, fogoso, pasional. Golpeaba mis caderas contra las suyas, aferraba sus muñecas y le susurraba que rindiera la batalla y me dejara cantar victoria. Otras, como esa, el movimiento apenas era necesario. Empujar contra su cuerpo con mi propio cuerpo y con mi alma, y con las palabras que me callaba y el mareo que me invadía era suficiente. Decirle en mi cabeza cuánto la quería y lo mucho que necesitaba entender por qué tenía la sensación de que terminar significaría perderla. De nuevo.

Me concentré para no acabar.

Porque todo en mí rogaba por un clímax que impregnara las paredes y echara abajo las distancias, los aeropuertos y los miedos a entregarnos a corazón abierto... pero el corazón me advertía de que el último grano de arena había caído. Que no había tiempo para más. No se jugaría prórroga en aquel partido, ni habría minutos extra—añadidos al placer.

Con mi mano sumergida en su pelo y mi boca llorándole a la suya, le declaré mi amor y mi

desconsuelo, apretándola contra mi pecho, de puntillas en la cocina, con el aroma del queso fundido perdiéndose en el ambiente como se perdía mi conciencia conforme más se acercaba el final.

—Ojalá no tuvieras que irte...

Me dijo, y no entendí si se refería al vuelo de vuelta a Madrid o a la vida que me resbalaba y se perdía.

—Ojalá fuera real.

Le contesté sin saber si lo decía, lo pensaba o me lamentaba. Algo dentro de mí se detuvo. Todo se volvió borroso cuando el orgasmo nos arrasó. Me vacié entre sus piernas de todo cuanto era y tenía. Caí hasta el suelo, donde fueron mis propios brazos lo que ocultaron una cabeza que daba vueltas como una peonza sin control. Intenté coger aire, pero era tarde. Su olor ya no estaba allí.

Nos habíamos ido lejos. Por separado. Los dos.

VEINTIDÓS

Ablación

Lo que pasa con los seres humanos, es que no podemos dejar de competir. Incluso cuando nos atraviesa la pena más honda que hemos experimentado jamás nos empapan las dudas como el rocío de la mañana o nos atenaza el dolor. Convertimos en concurso hasta las lágrimas vertidas y comparamos, como si de algo meramente cuantitativo se tratase, la capacidad de sentir, bien o mal, que tenemos unos y otros.

Aunque tratemos de ser empáticos o mostrar compasión, lo cierto es que oímos la desgracia ajena enumerando en nuestra cabeza por qué la nuestra es más grave, más intensa. Por qué merece la pena ser escuchada con más atención.

Estés donde estés y pases por lo que pases, ninguna situación será equiparable a la tuya, porque tal como nos cotejamos unos con otros, también disfrutamos distinguiéndonos y buscando protagonizar eventos que ni nos pertenecen, ni nos atañen.

En eso pensaba, de pie al fondo de la sala de una de las interminables reuniones de grupo para familiares de trasplantados. Una vez más, era el turno de aquellos que nos habían acompañado en un proceso que jamás entenderían y nunca podrían asimilar, para compartir sus sentimientos y vivencias ante quienes teníamos diversas partes del cuerpo llenas de grapas y costuras, albergando en el interior piezas de cuerpos de personas que habían tenido que perder la vida para que la nuestra se alargara un poco más. No siempre con los resultados deseados.

Todos terminaban diciendo que estaban agradecidos de que la persona querida siguiera viva. Y los allí presentes rompíamos en aplausos porque responder que no tenían ni puta idea de lo que estaban hablando habría sido una grosería.

Bajé la vista con un suspiro cuando una madre, después de un testimonio que hablaba de la abnegación mostrada al asumir que su hijo, que vivía ahora con un pulmón ajeno afincado al pecho, quería dar la vuelta al mundo en lugar de quedarse con ella, que había estado postrada al pie de su cama, cuidándolo, cuando este creía que su único destino sería el hoyo del cementerio. No le había llamado públicamente egoísta, pero había narrado con suficiente detalle lo mucho que le gustaría tenerle más tiempo con ella como para que quedara implícito.

La sala, claramente dividida en dos bandos, como si se tratara de un partido de fútbol de solteros contra casados pero que en esta ocasión versaba más entre trasplantados y gente que los aguanta, tomó posturas diversas. Los primeros entendían a la perfección las ansias de volar de un joven que casi había existido sin alas. Los otros... bueno, ¿cómo es que no dedicaba el resto de sus días a su madre, después de lo que ella había hecho por él?

—Esto es una gilipollez.

A mi lado, un Lin que sacaba el máximo provecho a aquellas reuniones en forma de los donuts rellenos que devoraba a pares, miraba al estrado con una sonrisa pegajosa.

Me ofreció uno de los que aún colgaban de sus dedos, medio pegados y derretidos. Decliné.

—Todos tenemos que desahogarnos.

—Pues tú no has hablado nunca.

Me crucé de brazos, cubriendo con el gesto el rostro blancuzco y cadavérico, tan emblemático, de la banda The Misfits, que había escogido para la ocasión. No estaba seguro de que hacer alusiones a la muerte fuera apropiado, pero bueno, supongo que estaba en mi derecho. Después de todo, yo había bailado con ella también.

—No tengo mucho que decir.

Lin asintió.

—Claro. Porque lo de sobrevivir a uno de los trasplantes más jodidos de todos los que hay no es reseñable.

Señalé hacia adelante con un gesto de la barbilla.

—A ese tío le quitaron un trozo de cerebro. Deberían darle un monólogo en Netflix.

El siguiente ponente subió al estrado. El padre de una adolescente con problemas renales que por fin podía irse de viaje de fin de curso, fumar porros, perder la virginidad al terminar el instituto —o antes, ¡estaba viva, qué coño! —y, en definitiva, volar del nido sin mirar atrás ni siquiera para comprobar la contraseña de la wifi. Un drama. Me froté le puente de la nariz.

—Tío, cuando hablan las familias es una mierda. ¿No has traído a nadie?

—Oculté la información.

Lin asintió de forma apreciativa.

—Chico listo.

No dudaba de que Raúl habría venido. Joder, probablemente Manu también. Y su momento de compartir no habría estado encubierto de alguna clase de sirope pasivo—agresivo, eso seguro. Mi hermano se alegraba de que estuviera vivo. Yo me alegraba de estar vivo. Otra cosa era que no entendiera para qué había recibido una segunda oportunidad, con lo que eso conllevaba para la persona que había perdido la primera, si ahora toda mi existencia me parecía un sinsentido.

Veía a todos esos familiares y amigos, narrando experiencias terribles, los oía decir, a unos y otros, cómo habían asumido lo inevitable, cómo habían abrazado a la muerte porque temerle y gritarle groserías se había vuelto inútil... para al final tener que volver a hacer un ejercicio de entendimiento que supusiera dejarla atrás y podía identificarme. No obstante, yo no quería viajar por el mundo. No buscaba conocer los efectos psicodélicos de alguna mierda, lanzarme en paracaídas o ver a Eddie Vedder en concierto. Aunque lo habría aceptado de buena gana.

Lo único que quería era entender por qué, ya que me negaba a aceptar que fuera casualidad que estuviera allí mientras otros no por una simple cuestión de suerte y oportunidad. Mi madre no había podido morir por algo tan simple, tan injusto.

Aceptar que aquello a lo que me había aferrado, que aquello que creía que me esperaba al otro lado de las costuras, las cánulas, las sondas, los dolores y los cortes, que... ella, no era sino un mecanismo de mi subconsciente; una especie de broma a la que mi cerebro me sometía para que tomara las medicinas que le permitirían seguir echando aquel pulso en tablas con el nuevo corazón, se me antojaba insoportable.

Como insoportable me volvía yo conforme pasaban los días, incapaz de hablar sin ironía, de sonreír de verdad o de mantener una conversación que no provocara en los que me oían ganas de desaparecer.

—No hagas eso, colega.

Miré a Lin. De alguna manera se las había arreglado para reponer el arsenal de donuts. Fruncí el ceño.

—Tío, como sigas así...

—¿Qué? ¿Me va a dar un infarto? —Se encogió de hombros. —El otro motor aguantó dos. Y medio. A ver qué puede hacer este.

Me indignó. Giré el cuerpo en su dirección y le encaré. Si notó el cambio de actitud en mi cuerpo, le dio igual. Siguió comiendo, con la expresión de vuelta de todo que tiene el que se sabe muerto, pero con una prórroga más.

—¿Y te parece responsable? Alguien murió para que tú vivieras, ¿vas a malgastar así...?

—¿Mi segunda oportunidad? Mierda... ya te han comido el coco.

—Esto no es una secta.

Se metió medio bollo en la boca. Masticó solo un poco antes de tragar. Era un puto milagro que no se ahogara. Habría resultado muy irónico que después de haber sobrevivido a una insuficiencia cardíaca, muriera por tener un jodido donut atragantado en la garganta.

—Una secta, Adrián, es exactamente lo que es. Solo que en vez de pedirnos que nos inmolemos por un bien superior, nos intentan convencer de que debemos seguir vivos por ese mismo bien superior.

—No creo que los familiares del donante del corazón que llevas piensen eso.

Sonrió. Se le había manchado la comisura de chocolate.

—Lo has hecho, ¿verdad? No has podido evitarlo. —Entrecerré los ojos, sin entender. —Empezar a hacerte preguntas sobre el motivo por el que estás aquí. Lo que puede significar. El por qué...

—¿Acaso tú no?

—Adrián, eras el peor de la lista de trasplantes. El más grave. El primer corazón disponible fue para ti. Introducción, nudo, desenlace. No hay más.

Era imposible. No tenía ningún sentido. Me negaba a creer que eso fuera todo, porque no había habido nadie más grave ni peor que mi madre, y no había necesitado escuchar testimonios vagos ni aderezados para saberlo. La había visto languidecer día a día en una cama, hasta el culo de morfina porque nada más paliaba su dolor. La había visto maldecir como un marinero de permiso, llorar como la viuda que jamás había sido y rezar como la más devota de las creyentes. Asumió, lo rechazó, volvió a aceptar el destino y al final se rindió.

—Entonces, según tú, no hay ninguna razón por la que hemos sobrevivido. Ningún motivo en absoluto.

Lin solo me miró con algo que se parecía sospechosamente a la compasión. Habría querido estrellar el donut que le quedaba en su cara.

—Nos tocó. Suerte.

Era lo peor que me podía decir.

Convencí a Manu de que no fuera a recogerme al final de la reunión, cosa que creo que le alivió bastante. Yo necesitaba caminar, estar en silencio todo el tiempo que quisiera sin verme obligado a romperlo por el convencionalismo social de ser educado y él... supongo que disfrutaría conduciendo a cualquier otra parte, sin estar en tensión por si acaso se me ocurría volver a saltar del coche en cualquier semáforo.

—Como si eso fuera a servirme de algo... como si cualquier cosa hubiera servido de algo.

Había recorrido el Madrid de los recuerdos, o de las imaginaciones, sosteniéndome precariamente entre lo que sabía cierto y lo que deseaba que lo fuera. Fingía olvidar, asumir, aceptar... pero la verdad era que no paraba de rememorar en mi cabeza cada beso y caricia. Todo lo que había sentido y experimentado, y a cada vuelta de tuerca en aquella maraña de pensamientos, ella no se volvía más difusa e irreal. No perdía color ni nitidez.

Seguía sin poder describir con total fluidez el color de su pelo, la forma de sus ojos o las curvas de su cuerpo, pero eso no implicaba que hubiera podido reconocerla en cualquier parte, recorrerla sin la menor duda y emocionarme al contemplarla tal como sentía —o creía sentir— que lo había hecho tantas veces.

Deambulé hasta la plaza Callao, entré a una librería y luego a una tienda de discos de vinilo de segunda mano donde recordaba de forma fehaciente haber estado. Eso era parte de la vida del

Adrián que vivía de forma autómatas, pero sin dejarse nada en el plato por si acaso le pasaban la cuenta antes del último bocado.

Había sabido que iba a morir muy pronto, aunque el cardiólogo nunca usó esas palabras, como tampoco lo hicieron con mi madre. La certeza de la sentencia colgándome de las sienes me había dado empuje para formarme y trabajar, creyendo que cada alumno que salía de la autoescuela con la L era un legado que dejaba. Que cada foto que me hacía saliendo de un concierto con amigos sería un recuerdo válido para ellos. Que cada domingo con mi hermano, recorriendo Alcalá y los rincones de nuestra infancia, viendo vídeos antiguos e incluso repitiendo las mismas burlas que nos habían acompañado durante todo nuestro crecimiento, le consolarían ante mi partir.

Y que a mí me lo harían más fácil.

Había podido tirar adelante, no porque fuera valiente, sino porque daba igual si avanzaba, retrocedía o me escondía bajo las mantas por ver si esquivaba lo que ya me estaba cazando. La muerte me iba a llegar de una manera u otra y había decidido, con la consciencia que me daba estar todavía en mis cabales, que intentaría hacer de mis últimos meses algo que me ayudara a sonreír cuando llegara el dolor.

Por supuesto, cuando éste se hizo presente lloré como todos los demás. Me lamenté igual que había hecho mi madre y miré al techo de la habitación con la misma rabia que le habría dedicado a Dios de poder enfrentarlo cara a cara antes de expirar. Pero entonces... bueno. Había vuelto.

Y ella me había recibido, enseñándome algo que mejoraba con creces todos mis intentos de creer que estaba haciendo algo por lo que valía la pena vivir.

Porque sí, la familia y los amigos, la vocación y la alegría merecían ser experimentados, pero aquella clase de amor, por el que uno podía soportar, de forma literal, como se le iba parando el corazón de tan lleno, de tan colmado... era sin duda la razón por la que yo habría elegido vivir.

Era por la que quería vivir.

Que me la quitaran e intentaran convencerme de que esa razón no existía, hacía que todos mis esfuerzos perdieran fuelle, y que me planteara, cada vez con más asiduidad, si acaso aquella llamada suerte, en forma de lista de trasplantes, no habría errado.

El pensamiento era como una ablación de toda la posibilidad y el ejercicio de sentir agradecimiento que había estado practicando desde la operación. Sentía como si algo dentro de mí se hubiera apagado sin remedio, como si no quedaran razones o motivos porque nunca los había habido realmente.

Sentía que me habían quitado algo al extirparme la posibilidad de que todo aquello, de que nosotros, ella, fuera auténtico. Y aunque sonara terriblemente desagradecido, era como si una gran parte de mi vida ya no tuviera razón de ser. Como si no me quedaran motivos para respirar cuando me habían renovado todos los tanques de oxígeno.

Como si otra vez, igual que al saberme condenado, solo existiera andando hacia adelante, aunque lo mismo habría dado, de nuevo, quedarme donde estaba.

Yo no era especial, pues nada especial haría con aquella nueva oportunidad. Con la nueva partida que se habría ante mí para... ¿qué? ¿salir con amigos, ver fotos antiguas y comprar discos en vías de descatalogarse? ¿eso era todo? ¿no había nada más?

Si era cierto, tal vez, otro habría merecido ese corazón más que yo.

¿Para qué lo quería, después de todo?

Había vuelto a latir por ella. Si ella ya no estaba, lo sentía destinado a pararse sin remedio.

—¡Eres un egoísta!

—¿Yo soy un egoísta?

—¡Y encima no lo reconoces! ¡Te odio!

Escondí la sonrisa en la servilleta. Bajé los palillos y tomé un sorbo de Coca Cola. Ella, indignada, miró los restos de la caja del envío como si en ellas se hubiera cometido una atrocidad.

—Me parece un poco excesivo.

—¡Has echado wasabi en todo! ¡En todo!

Encogí los hombros, pescando un par de edamames. Casi los escupí al soltar una carcajada. Su cara de enfado era una de las cosas más dulces que había visto jamás.

—Cariño...

—¡No me vengas con esas!

Descruzó las piernas para levantarse de la cama, pero pareció pensarlo mejor. El hambre le podría al enfado, bien lo sabía yo. Pero tardaría en reconocerlo. También lo sabía.

—Esto es sushi. Se come con wasabi. —Señalé, condescendiente y capullo, una de las tarrinas abiertas ante nosotros. —Por eso nos las han enviado con el pedido. Seguro que lo entiendes.

—Eres idiota. —Me reí. —Muchísimo.

—No por eso te gusto menos.

—Eso es lo que tú te crees.

Limpió sin demasiado éxito el pegote de picante de una de las piezas, una bolita perfecta de aguacate y gamba que comió con fruición hasta que la inevitable quemazón le tocó la garganta.

—No es para tanto. Te gusta el picante.

—¡Le has puesto demasiado! ¡Mírate, si hasta te lloran los ojos!

Era verdad. No habría querido reconocerlo, pero resultaba una evidencia. Me sequé con una servilleta y luego me acerqué a ella, memorizando aquellas pupilas brillantes mientras la tráquea me ardía por imbécil.

—Me emociona mirarte, joder. No puedo contener las lágrimas.

Sonrió, a su pesar.

—Idiota.

—Eso ya lo has dicho.

—Pero lo reafirmo.

—Ya bueno... y aun así dejarás que te abrace y te bese cuando acabemos de comer. Y pondrás morritos para que no deje de abrazarte hasta cuando se me duerman los brazos.

Se apartó el pelo hacia atrás en un ademán increíblemente sexy. Joder, toda ella lo era. Llevaba una camiseta larga que le dejaba las piernas al descubierto y convenientemente cerca de mí, que a menudo soltaba los palillos para acariciarla, rozarla o hacerle cosquillas solo por el placer de poder hacerlo.

—Eres tú el que no deja que me aparte.

La miré, sereno.

—Ni un puto milímetro.

Chascó la lengua.

—Esa boca...

—Tuya.

Comió el último rollito vegetal, masticando despacio y lamiéndose la comisura de los labios con deleite. Mierda. Estaba loco por esa chica y no sabía cómo había pasado.

—De poco me servirá con todo el picante que has comido.

—Luego lo comprobaremos.

Bebió de su refresco, estirando la pierna para tocar la mía, cubierta con los vaqueros, pues había sido yo el que había atendido al repartidor y estaba completamente vestido. Cuestión que arreglaría a la mayor brevedad.

Su mirada se perdió entre las paredes, las que ahora nos cobijaban, amigas, y las enemigas que tendían a separarnos. Le di su tiempo, consciente de que, en medio de aquella maraña de alegría, del sopor de sabernos llenos de placer, de caricias, colmados de besos... subyacía algo más profundo.

—¿Me cuentas con qué sueñas?

Entrelacé mis dedos con los suyos.

—Eso es fácil. Contigo. Todo el tiempo. Te recuerdo pasando de la sonrisa a la carcajada. Mirándome mientras te miro. Los momentos compartidos... y aquellos que espero que podamos compartir.

Se mordió el labio. Supe que mis reservas no soportarían mucho más antes de volver a reclamarlos yo. De soslayo, al otro lado de la ventana, el tiempo pasaba. Las horas se nos escurrían por entre los dedos, igual que aquella salsa mexicana había corrido por su barbilla en esa primera cita que no sabíamos que lo era.

—Sonríes.

—Por ti.

Suspiró, cediendo a la presión que yo apenas controlaba, alzándose sobre las rodillas y echándome los brazos al cuello.

—Puede que seas un idiota.

—Lo has dejado claro.

—Pero también eres monísimo.

—Y fuerte. Y tengo mucho don de gentes y educación.

—Todo eso. No te falta de nada.

—Estoy para entrar a vivir.

Me besó suave. Apenas un roce, pero cerré los ojos como si fuéramos a enredar nuestras bocas sin control. Quise mantener el ambiente así, sexy y ligero. Sin entrar en detalles de qué iba a pasar después y el poco tiempo que nos quedaba para compartir en aquella nueva zona gris que le arrancábamos a la realidad.

La atraje a mis brazos, la recosté en la cama. La miré a los ojos y le dije todo lo que era capaz sin pronunciar ninguna palabra. Cuando el esfuerzo por seguir callando mi propia decepción me superó, le pedí que se recostara en mi pecho y ella lo hizo. Al sentir sus dedos en mi brazo, cerré con fuerza los párpados, alejando los fantasmas que me aullaban en los oídos, los demonios que nos lamían las entrañas, llenándonos de incertidumbre e incomodidad.

—Siempre quiero verte. —Le dije en un susurro, besando su sien.

—Ahora estoy aquí.

—Ojalá no tuviera que irme...

Joder, ojalá el otro recibiera una señal de que no estaba loco por querer volverla a buscar.

VEINTITRÉS

Arritmia

—Ya te he dicho que no hace falta que me acompañes.

—Y yo a ti, que no es ninguna molestia.

Apreté la mandíbula, mirando sin ver la lasaña vegetal a medio descongelar que mi hermano había puesto en el centro de la mesa. Manu, en silencio sepulcral, se servía salchichas sin hacer contacto visual. Como si en aquella mesa se juzgara algo más que a mí.

—Me sentiré más cómodo solo.

—¿No van los familiares de los demás?

Con cuidado, cogí el cuchillo y troceé las porciones. Iba a estar incomible, eso seguro, pero no pensaba enfrentar dos reyertas a la vez. Todo tenía un límite.

—La asistencia de acompañantes es voluntaria.

—Estupendo. —Raúl se abrió la servilleta sobre los caquis. —Pues voluntariamente acudiré.

—Joder... ¿cómo quieres que te lo diga?

—Adrián...

—No necesito que opinéis sobre lo que comparto cuando voy a las reuniones. Ya es suficiente con las citas en el médico y el resto de mi vida en general. Al menos, dejadme ese espacio, ¿es mucho pedir?

Manu levantó el tenedor, lleno de trozos de salchicha con ketchup. Si había un ápice de mí que lamentaba sentirse irracional, se me pasó. Comía como un niño de seis años en un cumpleaños.

—Déjame destacar que estás acusando en plural y yo en ningún momento he dicho que vaya a ir contigo a ningún sitio. —La mirada de mi hermano fue gélida. —Solo para que conste.

—Las reuniones de trasplantados son para trasplantados. Joder, ¿en serio tengo que debatirlo?

—También acuden familiares y amigos, Adrián. He leído el folleto.

—Sí, cuando algo va mal, como que tu hija de dieciséis años con riñones nuevos quiera irse al Tíbet sola. Ahí respeto que asistas, pero en mi caso...

—¿En tu caso...? Venga, termínalo. Dilo.

Intenté soltar el cuchillo, pero se había quedado clavado en la lasaña y no salía, como una especie de copia barata de Excalibur, solo que en vez de en piedra, esta sobresalía de un montón de berenjenas revueltas con un queso de procedencia más que dudosa.

—No me apetece discutir, Raúl.

—Ni hablar. Ni reír. Ni contestar preguntas sencillas...

Manu abrió la boca de buzón para atacar las salchichas, pero se llevó mi mal gesto quisiera o no.

—¿No decías que no te ibas a meter?

—Tiene razón, Víctor. Últimamente no te comunicas. —Mi cuñado asintió. —Estamos preocupados.

—Lo que estáis... es confabulando contra mí, cosa que se especificó, en los albores de esta relación, que nunca haríais. —Dejé la servilleta sobre la mesa y me levanté. —No soy un crío, no tengo por qué aguantar intervenciones. Ya tuve bastantes cuando creí que me moría.

—¡Estás dejando de vivir, Adrián!

Me quedé parado, de espaldas. Valoré seriamente coger las llaves y... no sé, salir a pasear. A

caminar. A desconectar. Sin móvil, sin hermano ni cuñado. Sin las expectativas de nadie que tener que cumplir, sin dar opciones a que me dijeran qué era mejor o peor para mí.

Joder, el único desahogo que me quedaba era ver como las familias de los otros miembros del grupo de apoyo despotricaban en muchos casos y se lamentaban en otros, sabiendo que yo no tendría que ser de los que bajasen la cabeza y aguantara la tormenta porque nadie saldría al estrado y pronunciaría mi nombre. Dentro de todo lo malo, de lo inútiles que me parecían aquellas sesiones, donde todos sabían por lo que estabas pasando, pero estaban a años luz de entender nada, aquel era un consuelo. Saber que podía ser un mero espectador, un oyente que escogiera qué compartir, cuándo y hasta dónde, sin que nadie le presionara.

Raúl no podría estar callado. Lo conocía bien. Haría preguntas, sacaría cuestiones de mi conducta a colación. Ahondaría en aquello donde yo no quería zambullirme, porque estaba acojonado con solo imaginar la profundidad a la que podría estar el agua y, además de muchas otras cosas, también había olvidado cómo cojones nadar.

—No sabes lo que estás diciendo tío. —Abrí los brazos, abarcando mi alrededor. —¡Estoy viviendo! Como y camino y voy a las reuniones y hago los ejercicios, soplo la puta bola amarilla y me tomo las pastillas como tocan. ¿Qué más quieres?

Raúl se levantó. No iba a llorar, pero su rostro estaba demudado por la angustia y la preocupación. Igual que en las últimas semanas de mi madre.

—¿De verdad renunciar a la idea de la existencia de esa chica ha acabado con todo lo que eras?

Esta vez, presioné tanto la mandíbula que me oí crujir los dientes.

—No quiero hablar de eso.

—Y hace un tiempo eso me habría tranquilizado. Mucho. Pero ahora creo que, en su momento, cuando empezó, debimos hablar más.

—No hay ninguna chica. —Y decirlo en voz alta me laceró las capas de piel que las operaciones, las transfusiones, las inyecciones y las demás pruebas no habían tocado ya. —¡No la hay! Todos queríais que lo asumiera. Que lo entendiera. ¡Ya lo he hecho! ¿Qué más puedo...?

—¿De verdad vas a dejar de buscarla?

Me sorprendió que usara esas palabras. Esas justas de entre todas las que podría haber elegido. Puse mis ojos en Manu, que había dejado de comer porque no podía dejar de mirar, con asombro, el gesto de mi hermano, entre colérico y sobrepasado por una situación que claramente, no entendía.

Que se uniera al club.

—No hay nada que buscar. —Determiné, firme. —Tenía una bacteria. Una infección. Una sobredosis de medicinas que no combinaban bien entre sí. Eso era ella. Nada más.

Prometiste buscarme.

Ojalá no tuviera que irme...

—¿Seguro? —Para mi sorpresa, fue Raúl el que lo preguntó. —Porque parecía que tu nueva vida te iba en ello. En buscarla.

—¿Queréis dejar de usar esa palabra, joder?

Me llevé las manos a la cabeza. No empecé a tirarme del pelo como un demente porque supe que eso sería exactamente lo que iba a parecer. Y ya había dado esa imagen el tiempo suficiente como para seguir extendiéndola. ¿Podía saberse qué les pasaba? ¿Qué narices querían de mí?

—Adrián... estás dejando de vivir.

Lo repitió, como si decirlo por segunda vez fuera a calar en algún rincón de mi cerebro hasta el momento inalterado por aquella discusión que yo, desde un comienzo, no había querido tener.

—No, Raúl, estoy haciendo exactamente lo que todos queríais que hiciera. Que siguiera adelante, que asumiera la realidad, y eso estoy intentando, ¡con todas mis jodidas fuerzas!

¿Qué más esperaban? Estaba dando todo lo que podía. No me quedaba nada más.

—Quizá nos equivocamos.

Manu miró a mi hermano exactamente igual que la primera vez que lo había visto. Y dado mi estado de nervios, fue muy simbólico que pudiera darme cuenta. Raúl se incorporó. La servilleta que había llevado en el regazo cayó al suelo. El cubierto que yo había dejado clavado en la lasaña vegetal escarchada cedió, escorándose sobre la mesa con un golpe seco que no nos inmutó a ninguno de los tres.

—No quiero seguir hablando.

—Adrián...

—No, Raúl. No quiero seguir hablando de esto, ni que vengas conmigo a las terapias de grupo. No quiero saber más de ella ni quiero tener que asimilar que ahora, de repente, tras todo a lo que me he sometido, de haber creído que perdía el juicio y haber sufrido físicamente los estragos de aceptar que lo único que me daba un poco de ilusión por esta nueva jodida y maravillosa segunda oportunidad, os parece factible después de haberme forzado a creer que no podía ser verdad. Se acabó. No puedo más.

—Adrián...

—Deja que se vaya.

Fue lo último que oí antes de recorrer el pasillo en dos zancadas y encerrarme en el dormitorio. Le di una patada a la silla del ordenador como el crío que en ese momento dominaba mi comportamiento. Me senté en la cama, agaché la cabeza y la escondí entre las piernas, con los ojos fuertemente cerrados, las sienes apretadas con los dedos, la mandíbula tan tensa que fue un milagro que no me partiera un diente con el esfuerzo.

—No aparezcas... ahora no. Por favor. No...

Escuché pasos al otro lado y supe que era cuestión de minutos que Raúl no pudiera contenerse. Por un segundo, me planteé gritarle que se fuera, que me dejara en paz, pero todo tenía un límite, incluso una rabieta sacada de contexto.

Cuando fui capaz de incorporarme y respirar, vi los archivos que mi hermano me había dejado días antes, aquellos donde había información, precaria y apenas útil, sobre los familiares y donantes de órganos, procedentes de accidentes y demás situaciones mortales fechadas uno o dos días antes de mi operación. Descartando los evidentes, por falta de compatibilidad, donaciones que no fueran cardíacas o lejanía en el tiempo —aunque fuera una cuestión de horas— con respecto a mi último infarto fulminante, habían quedado un par de candidatos viables que no me había permitido volver a estudiar.

Había sido duro, de cojones, asimilar que la vida que mi cabeza había evocado estaba, de hecho, en mi cabeza. Capaz de aferrarme a lo que fuera, incluso al hecho de que mi propio cerebro hubiera borrado las copias de seguridad para hacerme la transición al más allá menos amarga, la aceptación de que todo lo que me parecía haber vivido y sentido no era cierto me había nublado el juicio más de lo loco que podía haber parecido cuando creía en ella a pies juntillas.

Permitir que mi hermano me acompañara a la reunión sería el equivalente a volver a pasar, pero esta vez en voz alta y con público, por el desagradable desarraigo que me había estado acosando desde que despertara tras la operación. La sensación de que estaba vivo por casualidad,

sin ningún motivo de peso que me hiciera más merecedor de aquella gracia que al resto de personas que luchaban cada día, como había hecho mi madre, sin éxito, se había diluido un poco al conocer. O al creer que la conocería.

La promesa del amor. De la pareja. De la vida feliz junto a alguien que solo quería que la encontrara le había dado a mi segunda vida un propósito distante al mero hecho de sobrevivir a duras penas, como había estado haciendo antes de trasplantarme. Asumir que eso no existía, que esa razón no era tal, significaría llegar a la conclusión de que no era más que un imbécil que buscaba profundidad y dobles sentidos en algo que no había sido más que la suerte de ser el paciente más grave de una lista arbitraria de enfermos.

Y que nada me esperaba más que lo que ahora veía: una sensación de egoísmo que me ahogaba por sentir que lo que tenía entre manos, que era la posibilidad de seguir viviendo cuando durante años creí que envejecer sería un imposible, me resultaba insuficiente.

¿Cómo dejar que allegados, amigos y personas que habían pasado por la misma situación vieran mi lado más miserable? ¿Cómo permitir que mi propio hermano subiera al estrado y hablara del agradecimiento que sentía al no haber perdido otro ser querido a causa de una afección cardíaca, habiendo paralizado su vida, sus planes de futuro y de formar una familia mientras yo, por dentro, seguía escuchando una voz tenue que me impulsaba a ponerle fin a todo si en el último aliento podía volver a verla?

Estaba enfadado, sí. Pero no con mi cardióloga por hacerme ver realidades que rechazaba. No con mi cuñado por evitar ponerse de mi parte en aquel momento de absoluta estupidez donde me lancé del coche en pos de algo que, por más que me reventara, quizá era momento de asimilar que no estaba más que en mi subconsciente, y desde luego, no con Raúl, que lo único que pretendía era mantener con vida al último ser humano de su sangre que quedaba en el mundo.

Estaba molesto conmigo mismo. Porque teniendo razones más que de sobra para ser feliz, optimista y positivo, no podía más que sentirme ruin, lamentando lo que me faltaba, que no era mío, y quitando valor a un regalo por el que tantas personas entregaban la vida.

¿Qué diría mi madre de mi conducta?

¿Qué pensaría la familia del donante de mi corazón?

¿Y ella? ¿Se repugnaría de mi forma de ser, de mi incapacidad para entender que aquel extra, que esa meta que tanto esperaba alcanzar era haber sobrevivido?

—Pero ella no entra en la ecuación Adrián, joder, ¿cuándo vas a entenderlo?

Me miré el brazo de piel pálida de soslayo. Si el otro tenía algo que decir, no había vuelto a manifestarse. Sonreí un poco, más con pena que con humor. El otro... ella... ¿se podían vivir dos vidas a la vez mientras te quedabas paralizado en medio de ninguna de las dos?

Iba a perder la cabeza... y de seguir por el camino que iba, también a la única familia que tenía.

—¿Puedo pasar?

Raúl, desde el quicio de la puerta, agitó una servilleta de papel blanco.

—Ya estás dentro.

Encogió los hombros y se acercó, sentándose en la cama a mi lado.

—Sí bueno... no es que fuera a hacerte caso, aunque me echaras.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Vais a tener que trabajaros eso de hablar como si yo no estuviera, opinar como si no me afectara y decidir como si fuera menor o siguiera enfermo.

Esperé una pulla. La desgastada frase de “estás en recuperación” o cualquier otra de esas salidas a las que tan acostumbrado estaba. No obstante, mi hermano, que durante aquel proceso

me había sorprendido tantas veces como debía haberlo hecho yo con él —aunque en mi caso, estaba seguro, para peor—, suspiró y asintió con la cabeza.

—Nos cuesta entender que cada día que pasa es uno donde nos necesitas menos. Es como... aceptar que los hijos crecen y se van de casa.

—Hijos que a este paso... —Chasqué la lengua. —Raúl, lo siento.

—No pasa nada, Adrián. No soy capaz de siquiera imaginar por lo que estás...

—No, no... déjame acabar. —Giré medio cuerpo hacia él. —Me he disculpado varias veces por lo mismo, pero sigo haciéndolo porque me resisto... porque no sé bien cómo gestionar esto. Pero por traumático que sea nada justifica hablarte mal o levantarme de la mesa y pirarme como si tuviera cinco años.

Raúl sonrió, de nuevo, sorprendiéndome.

—Si te sirve, yo habría hecho lo mismo. Cualquier cosa a cambio de no comerme esa mierda de lasaña vegetal.

—Sabes que seguía congelada, ¿verdad?

Hizo un mohín de disgusto.

—Tampoco creo que hubiera mejorado mucho cocida, la verdad.

Compartimos una sonrisa cómplice, seguida de un suspiro y unos minutos de silencio. A nuestro lado, parcialmente ocultos de la vista, pero no olvidados, los informes que, durante un breve lapso, me habían dado algo parecido a la esperanza. Esa que se me había colmado y agotado primero con el deterioro y la muerte de mi madre y después, en el ejercicio hercúleo de buscarle una razón a seguir vivo, cuando de hecho, seguir vivo debía de ser la razón con la que enfrentara todo lo demás.

—Necesito que me prometas una cosa, Raúl.

—Te dejaré cocinar durante el resto del tiempo que vivas con nosotros, no insistas.

Sonreí.

—Aparte de eso... quiero que me prometas que no vas a dejar de vivir. —Frunció el ceño. — Sé que te preocupa que sea yo el que lo haga, que me quede paralizado, que no... entienda que la segunda oportunidad empezará cuando me decida a aceptar que la tengo, pero tú estás sano. Casado con un hombre que te quiere. Tienes derecho a avanzar.

—Adrián, habrá tiempo para eso.

Ya estaba negando antes de que terminara la frase.

—Mamá creía que tenía tiempo hasta cuando pasaba las horas enganchada a la bomba de morfina. Creyó que habría tiempo hasta que este, literalmente, se le escapó. No dejaré que cometas el mismo error. Eres el listo de los dos, no puedes permitirte.

Vi toda una lucha de voluntades armarse para la batalla en el reflejo confundido de sus ojos. Aquella mirada límpida, desinteresada, desprovista de todo el egoísmo que yo había hecho mío desde que mirara mi nueva realidad lleno de suspicacia en vez de con agradecimiento. Raúl se quitaría la comida de la boca para dársela a otro. Era noble y generoso. Sería un gran padre. Joder, sería un padre cojonudo.

Era hora de que lo comprobara. El tiempo ya le había robado demasiada vida.

La vida ya le había quitado mucho tiempo.

—No quiero que pienses que no te mereces estar aquí, Adrián. Que compares o que sufras pensando que no padeciste suficiente, que no te dolió lo bastante. —Tragó saliva. —Cuando creas eso, piensa que yo doy gracias todos los días porque esa lista de trasplantes te pusiera a ti en primer lugar. Fuera suerte, cuestión de gravedad, un milagro o intervención de mamá. Si buscas un motivo para seguir y no lo encuentras, que sea pensar que tu hermano ve tu operación

como una razón para levantarse todos los días creyendo que el mundo es un poco más justo.

Asentí, tirando de su hombro para atraerlo a mis brazos. No podía estar del todo de acuerdo con lo que me decía, pero ya le había hecho sufrir demasiado como para llevarle la contraria.

Si no me quedaba nada más, si debía aceptar como cierta que la razón de estar donde estaba y respirar era esa, sin más, tocaba coger aire y entender que no era poco.

Tener toda la vida por delante para acompañar a Raúl y a Manu en las siguientes etapas de su relación, ver como crecía su familia, envejecer mientras mis sobrinos crecían, sería una razón de peso para cuidarme, volverme más optimista y ser capaz, por fin, de agradecer lo que tenía.

Sería suficiente.

—Soy afortunado. —Dije, y por primera vez, casi lo creí del todo.

—Encontrarás lo que te falta, Adrián. Sea lo que sea. Te ayudaremos a buscar.

Ignoré el escalofrío al escuchar aquella palabra, me limité a sonreír y asentir, porque era lo que se esperaba de mí, porque era lo que necesitaba mostrar.

No podía seguir molesto con la realidad cuando esta me había dado tantos motivos para no estarlo. La sensación de vacío se disiparía, estaba seguro. Tenía que hacerlo.

Con el tiempo, entendería que no me estaba conformando, sino abrazando un sinfín de posibilidades que, hasta hacía bien poco, no había tenido. Quizá lo que sentía no era amor, sino el pecho abierto a la esperanza de algo nuevo. Tal vez ella no existía como tal, siendo una mujer a la que desear, sino como la promesa de todo lo que estaba por venir.

A lo mejor, aquel desasosiego que hacía que mi nuevo corazón latiera con arritmia cuando recordaba sus ojos tristes, pidiéndome que no dejara de buscar, paliaría con el tiempo. Se diluiría.

Entonces, con suerte, no tendría que esforzarme en recordar que ya tenía suficiente para ser feliz, aunque me faltara ella.

—Ven a la próxima terapia de grupo.

Raúl me cogió la mano y suspiró.

—¿Estás seguro?

—Tienes derecho a desahogarte y expresar lo que todo esto ha sido para ti.

—¿Y podré decir lo que quiera?

—Siempre que no lles el álbum de los horrores...

—¡Venga Adrián! ¿No quieres que tus compañeros y compañeras trasplantados vean que, de joven, eras clavelito a Enrique Bunbury?

—Primero, ¿de joven? Estoy hecho un crío. —Raúl susurró algo relativo a las salidas de tiesto en la mesa, pero lo ignoré. —Segundo, ni se te ocurra tirar de anécdotas.

—No podrás impedírmelo.

—Tío, ahora soy capaz de caminar ocho minutos seguidos en la cinta a treinta kilómetros por hora, no me pongas a prueba porque podría placarte... a ritmo de tortuga.

Nos reímos. Él se inclinó y me dio un beso en la frente. Dijo que pediría comida mexicana y que me avisaría cuando llegara.

—Pero ven fuera a cenar, eres un manazas y llenarás toda la cama de salsa... ¿Adrián?

—*Muy depurado el modo en que escurre la salta del taco por tu barbilla.*

—*No me juzgues por mis torpezas.*

Sonrió, apresurándose a coger una servilleta.

—*No lo soñaría.*

Sacudí la cabeza con tanta fuerza que mi propio pelo me tapó la visión de la realidad durante unos instantes. O bueno... de aquella realidad a la que me empeñaba en aferrarme.

—Ahora voy. Dame un minuto.

Raúl asintió.

—Me alegro de que hayamos hablado.

—Y yo...

Salió del dormitorio con una sonrisa y le oí cuchichear. Seguramente mi cuñado estaba al otro lado de la puerta, atento, esperando para saber si tenía o no que intervenir. Cansado, de esforzarme y de pensar, me dejé caer sobre la cama un segundo y cerré los ojos con fuerza. Volví a rogar por ella, porque no viniera, porque no apareciera, porque no torturara una mente que ya había sufrido casi tantos tormentos como mi cuerpo tipo Frankenstein.

Recordé la cita en el mexicano. Y todas las horas compartidas en nuestro hotel.

Recordé los momentos tiernos y los apasionados.

Recordé los instantes de zozobra y separación inminente, y hasta cuando me miraba con pena y me rogaba que me quedara, que no cesara en mi empeño.

Confundido, porque por más que me prometiera aceptar que lo que era, era lo que había, que lo que veía y tocaba era lo que tenía, la leve voz, titilante como la llama a punto de extinguirse en una vela, seguía susurrándome. Era como si una parte pequeña de mí, diminuta pero fuerte, me impulsara a no rendirle cuentas a lo evidente. A lo lógico.

¿Cómo podían un montón de medicinas crearme aquellos sentimientos?

¿Cómo los procesos químicos del cuerpo me empujaban a no quitarme de la cabeza que amaba y era amado por una persona a la que no podía tener... porque no sabía dónde estaba?

Con los ojos cerrados, apretados en busca de una luz al final del túnel de mi propia oscuridad, me puse la mano sobre el corazón. El latido, irregular, arrítmico, errático, lejos de asustarme, me esperanzó.

—Dame una señal. Solo una, por última vez, por pequeña que sea... por favor.

—*Búscame...*

—*Te buscaré.*

—*Encuéntrame.*

—*Te encontraré.*

—*¿Lo prometes?*

—*Siempre.*

VEINTICUATRO

Reanimación

—¡Muy bien, Adrián! ¡Estás mejorando mucho!

Sonreí, intentando por todos los medios mantener la dignidad mientras el pelo se me pegaba a la frente perlada de sudor y resollaba como un cerdo al que hubieran hecho correr una maratón. Sujeto a las barras de la cinta, miré a la fisioterapeuta, aquella chica guapa de coleta alta y hoyuelos que me felicitaba tanto cuando estaba a punto de vomitar después de doce minutos ridículos de caminata a ritmo andante, como cuando batía mi marca... que era absurdamente baja.

—¿Listo para soplar?

—Prefiero volver a subirme a la bici.

Negó con una sonrisa amable, acercándose una toalla. Se quedó cerca mientras me secaba la nuca y hacía lo imposible por despegarme la camiseta sudada del cuerpo. Me pregunté, y no por primera vez, cómo haría para sujetarme si perdía el equilibrio y todo mi peso cedía contra el suelo. Como no quería averiguarlo, ni ponerla a ella en la tesitura de tener que cogerme al vuelo, caminé unos pasos hacia atrás y me apoyé en la pared. Bebí agua, miré al techo con los párpados cerrados y resoplé.

Había logrado aguantar más en la cinta. Incluso había podido trotar un poco sin que el pulsómetro que estaba conectado a mis electrodos se volviera loco y empezara a rechistar. Tal como me habían enseñado, cogí aire por la nariz y lo solté por la boca. Luego, me até el pelo con la cinta que llevaba en la muñeca y miré a mi Santa Inquisidora personal con la misma sumisión que tendría un niño delante de un plato de brócoli.

—Estás muy guapo Adrián. Te sienta bien el pelo recogido.

—Mientes. Pero gracias.

—Venga, ¡vamos a soplar!

Deseé por todos los medios que su entusiasmo se me contagiara, pero era muy difícil cuando enfrentaba una prueba que estaba convencido de que no iba a superar. Recorrí el perímetro, aquella especie de gimnasio para lisiados y post—operados en vías de recuperación, como era mi caso. Saludé con la cabeza a todo aquel o aquella con el que me fui tropezando. Cirugías de rodilla, otro trasplante, pero este de pulmón, recuperaciones de cáncer, mejora de la flexibilidad después de rotura de huesos, implantes de cadera... éramos un montón de locos a piezas, hechos, deshechos y contrahechos, pero con ganas de salir de allí para no volver.

Por eso dábamos hasta lo que no teníamos, porque cuánto antes nos pusieran el apto, antes sería verdad eso de que estábamos camino a la vida normal.

La mía pasaba por un ejercicio donde no necesitara pararme cada cinco minutos por ver lucecitas tras los párpados.

—Ya sabes cómo va. —Me dijo la fisio, después de apartar la silla de delante de aquella especie de mesa de torturas para que me sentara. —Conecto todo esto a los sensores, te pongo la boquilla en el aparato, tú coges aire...

—Soplo y me siento absolutamente inútil porque la puta bola amarilla no llega a las líneas. —Fruncí los labios. —Perdón.

—Tranquilo, he oído cosas peores. —Hizo los ajustes necesarios y sacó del precinto la boquilla, que conectó al soporte dentro del cual, estaba la bola. —Ten confianza. Puede que hoy

sea el día.

—Estoy seguro de que no.

Para empezar porque no me sentía más fuerte que la última vez, y para continuar, porque tenía la cabeza llena de cosas, que pasaban por la inminente reunión de grupo a la que iría esa tarde con Raúl, y que me llenaba de tensión por miedo no solo a lo que él pudiera decir, sino a cómo podría encajarlo yo.

La verdad es que me sentía como un polvorín, sin saber nunca qué ráfaga de aire podría hacer que todo volara por los aires y dejara un cráter del tamaño del culo de un rinoceronte donde antes había estado yo.

Y la voz de ella, claro. Eso también.

Pidiéndome que la buscara... siempre.

—¿Listo Adrián?

Apoyé los labios en la superficie que la fisioterapeuta había habilitado para mí, levanté el pulgar en su dirección, cogí todo el aire que sentí que mis pulmones podían albergar, cerré los ojos con fuerza y... soplé.

—¿Entonces? ¿Cómo ha ido?

Raúl giró tanto la cabeza desde el asiento del copiloto que pensé que se iba a desnucar. Solté la mochila dentro del coche, en la parte de atrás, me subí y resoplé, estirando el cinturón de seguridad en el mismo momento en que Manu iniciaba la maniobra de arrancado.

—Lo importante es participar.

Al menos eso había dicho la experta, con su eterna sonrisa de muñeca Mattel.

—Bueno... ¡lo conseguirás la próxima vez!

Desde detrás de sus gafas de sol, mi cuñado y amigo levantó el puño en señal de victoria, haciéndomelo visible por el espejo retrovisor.

—Ya podrían darte al menos un diploma de participación, joder. ¿Es que en esta clínica no saben lo que es el refuerzo positivo?

Le hice una peineta.

—Aguanté corriendo diez minutos más que hace quince días.

Raúl volvió a contorsionarse.

—¡Adrián! ¡Eso es genial!

—¡Es estupendo, tío! ¿Quieres que paremos de camino a casa a por un helado?

Esta vez, la peineta fue a dos manos.

—Iros a la mierda, capullos. —Pero sonreí. Era nuestra primera conversación no tensa desde hacía días. —No rechazaría un buen almuerzo antes de la reunión. Estoy famélico.

—He reservado en un italiano aquí cerca. —Raúl empezó a trastear su móvil. —Necesitamos quitarnos el mal sabor de la jodida lasaña congelada del otro día.

—Mis salchichas estaban de escándalo. —Manu hizo un cambio de sentido. —Pero es buena idea. Cuanto más llenos estéis, menos posibilidades de que la charla esa de grupo acabe en tragedia.

—No seas cenizo. Todo va a ir bien. ¿Verdad, Adrián?

Miré a mi hermano y asentí, confiriéndole una seguridad que me encontraba muy lejos de sentir.

—Claro que sí. ¿Qué podría salir mal?

Todavía no lo sabía, pero iba a aprender sobre los peligros que entrañaba decir esa frase. Más pronto que tarde.

—Y una cama con dosel. Ese es mi top tres.

Me miró como si no me creyera, aunque el brillo de entusiasmo que mostraban sus ojos no se enturbió ni una pizca.

—Una cama con dosel.

—Lo declaro prioridad.

—La verdad... es que no me gustaría morirme sin probar cómo es hacer el amor en una cama con dosel.

Le sonreí, apartándole un mechón de pelo de la cara y rozándole los labios con el pulgar.

—No lo harás.

Me besó la yema del dedo. Todo en mí se encendió. Así de fácil era. Ahí radicaba su magia. En ser ella. En hacerme yo cuando estábamos juntos.

—Entonces, para recapitular...

—Recapitulemos...

—El apartamento debe tener...

La frené con un mohín.

—Cabaña mejor que apartamento. Apartamento le quita romanticismo, y queremos que la escapada sea romántica, ¿verdad?

—Queremos que lo sea.

—Hey. —Me acerqué para besarla. —Va a ser. Yo reuniré unos días y a ti te coincidirán los mismos, y los pasaremos juntos. Enteros. Mañana, tarde y noche. Ninguno de los dos tendrá que irse corriendo al aeropuerto.

Me miró con intensidad, a punto de formularme la pregunta que los dos sabíamos que ni ella debía hacer ni yo podía permitirme contestar.

—¿Me lo prometes?

La abracé. Y en su suspiro me dejó claro que no iba a insistir, porque lo entendía.

—Entonces... —Carraspeé. —Cama con dosel...

—Chimenea para ver el chisporroteo del fuego.

Asentí.

—Y ventanales grandes, para que podamos ver llover.

—Para ver llover.

—Hemos quedado en que iríamos en invierno, ¿no?

—Por eso lo de la chimenea.

—Exactamente. —Me incliné para besar su cuello, para oler su piel. Para sentirla entera junto a mí, por el mero placer de poder hacerlo. —Si ya tenemos la lista de exigencias terminada...

—¿Cómo piensas ver el chisporroteo del fuego y ver la lluvia a la vez?

Levanté la cara para mirarla. El arco perfecto de sus cejas estaba marcado. Me miraba intentando contener la risa.

—Mientras oigo tus gemidos. No te olvides. Eso hará que la estampa sea perfecta.

—¡Oh! Qué seguro estás.

—Bueno... me remito a audiómetros reventados por los decibelios alcanzados en encuentros anteriores.

Le dediqué una sonrisa lobuna. Ella se mordió el labio, pretendiendo fingir un desinterés que los dos sabíamos estaba muy lejos de sentir.

—Pues te recuerdo que la última vez, no fue mi voz la que más se oyó.

Levanté el dedo índice.

—Sacar a relucir los sonidos que hace un hombre cuando le tocan el pelo no es caballeroso.

—Perfecto. Soy una mujer.

Fue mi turno para fruncir el ceño.

—Dirás que eres mi mujer.

—¿Y eso cuando lo hemos decidido?

Tiré de su cuerpo para atraerla hacia mí. La abracé, meciéndola contra mi pecho. Cerrando los ojos al percibir el dulcísimo aroma de su pelo, mientras la realidad, como siempre, se desdibujaba

—Tú no lo sé. Yo, desde la primera vez que te vi.

—Entonces, ¿por qué tienes que irte?

—¿Adrián? ¿Todo bien?

Asentí con la firmeza que da haber aprendido a mentir con tanta soltura que, al final, hasta tú terminas creyendo los embustes.

—¿Estás listo?

Raúl también asintió, aunque era probable que él lo hiciera sinceramente. Abrí la puerta del salón donde tenían lugar las reuniones de apoyo de grupo. Las sillas, puestas en hileras de seis, en varias filas frente al estrado, estaban ocupadas por algunas caras que me eran conocidas, reconciliadas con los nombres de aquellos que más solían participar.

Aquí y allá había grupitos, familiares, amigos y trasplantados se arremolinaban en rincones, hablando en distintos tonos de voz, compartiendo nerviosismo, decidiendo las historias o anécdotas a contar o, como era mi caso, rogando por dentro para que todo terminara cuando antes y no hubiera heridos.

—¡Menudo ambiente!

—Por favor, no vayas a decir que es igual que una escena de Alcohólicos Anónimos de serie americana.

Raúl me miró como si le hubiera ofendido en lo más íntimo y personal. Casi tan mal como cuando le obligué a dejar el álbum de los horrores en casa antes de salir. Esperaba que no se hubiera metido ninguna foto de Adrián Bunbury en el bolsillo.

—¿De verdad te piensas que no me sé comportar? Te recuerdo que fuiste tú al que echaron de un hotel de cinco estrellas por intentar colarte para orinar.

Casi sonreí. Joder, qué tiempos aquellos.

—Primero, no digas orinar, es esnob. —Le miré con sus pantalones vaqueros azul oscuro, planchados, la camisa blanca de botones y la americana de raya diplomática. El pelo ensortijado peinado de tal modo que ni una puta explosión nuclear podría arrancarle un solo mechón del sitio. —Aunque tal vez ese barco ya ha zarpado para ti.

—Eres muy desagradable Adrián.

—... y segundo: no me echaron del hotel, para echarme habría tenido que ser cliente, y no lo era.

—Intentaste colarte.

—Me meaba, ¿habrías preferido que me la sacara en plena calle?

—Seguro que alguna vez lo habrías hecho.

—Si las calles de nuestro barrio de Alcalá hablaran... —La cara de disgusto de mi hermano bien valió la súbita ráfaga de recuerdos que me invadió entonces, aunque no de momentos del pasado, sino de esos que vivía con ella, donde también había calles, paredes, camas y un amor

que parecía diluirse y deshacerse como una hoja de papel que el jodido guionista que controlaba mi vida se empeñaba en meter dentro de un vaso de agua. —No sufras. Este corazón es mucho más tímido que el anterior.

Por no hablar que el sexo era algo que ni me planteaba, por muchos y variados motivos.

—Me quedo más tranquilo.

Recorrimos parte de la sala buscando dónde sentarnos. Según mi criterio, mantener alejado a Raúl del estrado era lo más inteligente, pero no me hacía demasiadas ilusiones con lograr que permaneciera callado. Estaba seguro de que había acudido para compartir algo con el resto, y aunque respetaba su derecho a expresar lo que todo aquello había supuesto en su vida, me preocupaba lo que sería para mí oírsele decir.

Una cosa era ser consciente de estar abusando, malgastando incluso el tiempo de personas a las que quieres, por más que ellas te quieran a ti y lo hagan de corazón. Otra, ser testigo directo. Manu, por ejemplo, que nos había traído y se había quedado haciendo recados mientras terminábamos, nunca había echado en cara nada de aquello, pero resultaba evidente que haber pospuesto sus planes de formar una familia con Raúl, centrarse en el laborioso y complejo trámite de adopción y esperar, con todas sus fuerzas enfocadas en ello, la llegada de su primer hijo o hija era lo que quería hacer. Y lo que debería estar haciendo.

En lugar de eso, bueno... comía salchichas de tapadillo para respetar que su mejor amigo y cuñado, amén de muchas otras curiosas revelaciones, hubiera salido vegetariano después de una operación que no solo había alargado mi vida, sino complicado la de ellos.

—¡Adrián! ¡Ya creí que no venías!

Lin nos interceptó junto a la mesa de refrigerios. Raúl, a mi lado, le miró y luego me miró a mí. Carraspeé.

—Raúl, mi hermano. Este es Lin.

—¿Uno de tus amigos del grupo? —Raúl extendió la mano con una sonrisa amplísima. — ¡Encantado de conocerte! ¿Eres miembros o familiar? Yo familiar. Todos mis órganos son de fábrica.

A modo de respuesta, Lin se apartó el cuello de la camiseta, revelando el inicio de un costurón muy parecido al mío.

—Adrián y yo servimos en la misma batalla.

—Entiendo... ¡enhorabuena por el trasplante! oye, este sitio está muy bien ¿eh?

Lin y yo intercambiamos la mirada comprensiva de quién sabe lo que le espera... y lo rechaza con todas sus fuerzas.

—Perdona el entusiasmo de mi hermano. Cree que hemos venido de excursión.

Raúl triplicó su mala mirada.

—Y tú perdona a Adrián. Nació así.

—Sí... es como medio taciturno nuestro chico, ¿no? Así como con alma de grungero de los que quieren morirse a los veintisiete con el pelo sucio y un montón de canciones arrugadas y escondidas en latas viejas de café.

Culminó su diálogo dando una mordida descomunal al bollo relleno de mermelada que tenía en las manos. Raúl se me quedó mirando.

—Tiene buena pinta, ¿podemos...?

—Vamos a coger sitio, anda.

Conseguí arrastrarlo a una de las últimas filas, aunque si hubiera sido por mi hermano se hubiera sentado junto al atril. Había sido así incluso en el colegio. Como pude, a media voz y entre gestos, logré convencerlo de que esperara a oír algunos testimonios antes de lanzarse a dar

el suyo.

—Y puedo hablar de lo que quiera, ¿no?

—Joder Raúl... —Me aparté el pelo de la cara. —Me va a dar otro infarto como sigas por ahí.

—No creo que debas hacer bromas con eso aquí.

Miré alrededor, donde Lin seguía comiendo donuts, aparentemente sin familiar alguno que pusiera su ya precaria cordura en peligro; atrás, donde la chica del trasplante de riñón susurraba con una mujer que tenía toda la pinta de ser su madre, y junto a nuestro maestro de ceremonias, un hombre mayor del que sabíamos todo su historial médico pero para quien preferíamos usar su leyenda viva, comentando que había sido el primer trasplantado de cerebro, aorta, estómago completo y cualquier otra cosa que se nos ocurriera.

Era el equivalente a los hechos de Chuck Norris pero... en cuanto a órganos humanos.

—Todos hemos vivido enfermos y a las puertas de la muerte gran parte de nuestra vida. Hacer bromas es nuestro derecho.

La mano de Raúl se puso sobre la mía.

—¿Te imaginas si...?

—¿Si hubiéramos venido a acompañar a mamá?

Mi hermano bajó la mirada.

—Perdona. Ya sé que es egoísta esperar dos milagros en una misma vida, y yo conocí a Manu y te recuperaré a ti, no sería justo que... pero no puedo evitar...

Apreté sus dedos. Me costó tragar.

—Lo pienso todos los días. Todos.

Los dos compartimos un gesto que hablaba de estar conformes con lo que teníamos, y también, de haber maldecido mucho lo que habíamos perdido pese a haberlo peleado con todo lo que pudimos.

—Diré que estoy agradecido. Nada más.

Le sonreí.

—Más te vale.

Raúl soltó una risita que rompió la tensión y yo, por primera vez en aquel día, me sentía realmente bien con tenerle allí. Mantuve su mano sujeta mucho rato, hasta que nuestro superviviente número uno presentó a la primera chica que iba a decir unas palabras. Yo no la miré cuando empezó a hablar, con la voz temblorosa a causa de la emoción y los nervios. Susurró que sentía estar allí porque quizá no le correspondía hacerlo, ya que no había un familiar al que acompañar. Su pariente había fallecido, y había sido uno de sus órganos, el que había ido a parar a alguien enfermo.

Y fue su tono de voz en esas palabras, lo que provocó que mi corazón, que no había dado muestras de olvidar cuál era su trabajo pese al cambio de receptáculo, se sintió tentado a saltarse un par de latidos. El sudor frío que tan bien conocía me bajó por la espalda. Empecé a levantar la vista, decidido a no creer por más que viera.

Me había pasado antes.

—Joder... debe ser durísimo, ¿no te parece? Tener que ver a personas que se han beneficiado de una pérdida tan grande, quiero decir, nosotros lo hubiéramos hecho con mamá si la medicación y esas mierdas experimentales no hubiera tocado los demás órganos, pero, de todos modos...

—Raúl...

Mi hermano dejó de hablar. También dejó de mirar al estrado para fijarse en mí, que tenía los ojos muy abiertos, la boca seca, los dedos garrotados.

—¿Adrián...? ¿Estás...?

Negué. La mirada fija en ella. Solo en ella. Nada más que en ella. Se estaba secando los ojos. Enseñaba una fotografía. Decía que la consolaba saber que había salvado vidas. Que había personas sanas por lo que ella había perdido.

Ella, que se encontraba allí.

Porque lo estaba.

Tenía que estarlo.

Joder, ¿lo estaba?

—Raúl... ¿ves a esa chica? ¿A la chica del estrado, la ves?

—Claro que la veo, Adrián. Está ahí, ¿cómo no voy a verla?

Le miré un segundo, antes de volver a aquello de lo que no quería apartar la vista nunca más.

—¿La ves de verdad?

—Me estás asustando.

—Es ella.

Eso lo resumía.

No explicaba nada.

Pero significaba todo.

—Adrián...

—Es ella. Mi ella. Es real. Existe. Y está aquí, joder. ¡Está aquí!

La había encontrado.

Al final, no había parado de buscarla.

Había cumplido mi promesa.

VEINTICINCO

Quercetina

Su consejo fue que buscara un punto fijo y lo mirara. Que aguantara sin parpadear lo máximo posible. Que cogiera mucho aire y lo fuera soltando poco a poco y que cuando hablara no intentara recordar todo lo que había ensayado, porque me conocía y sabría que lo haría; sino que improvisara. Que lo hiciera con el corazón.

También me dijo que me olvidara de esa chorrada de imaginármelos a todos desnudos, ya que no había ningún universo donde eso hubiera servido para que nadie se concentrara jamás.

Dijo que llorara si sentía que necesitaba hacerlo. Que no me hiciera la fuerte, ni intentara ser coherente o dar explicaciones de más. Después de todo, allí todos estábamos por lo mismo. Todos compartimos un dolor que era gemelo al de otro en un enorme porcentaje. Todos, aunque las circunstancias hubieran sido distintas, entenderíamos las palabras pronunciadas con torpeza, los hilos de voz y los puntos ciegos de la narración y los abrazaríamos como propios. Porque así eran.

Me pidió que fuera cuando estuviera preparada.

Pero que no dejara de hacerlo.

Que no intentara sobrellevarlo sola, ni creyera que un día sin ansiedad significaba que lo peor habría pasado, porque no pasaría.

Dijo mucho.

Ofreció infinidad de consejos.

Incluso relleno una lista de puntos, con cuadrículas y unas pegatinas en forma de tic verde para que yo pudiera ir marcando aquellos hitos que conseguía después.

Cuando él ya no estuviera para verme andar hacia adelante.

Cuando no caminara a mi lado.

Cuando hubiera dejado de respirar.

Lo que no me dijo, porque no hacía falta, era que nada de eso me ayudaría a vivir sin él. Que no eran más que unas directrices para que el socavón que se había abierto bajo mis pies no me engullera hasta la desesperación. Una serie de instrucciones que me forzarán a mantenerme en pie por la cabezonería propia que me iba a obligar a cumplirla a rajatabla solo por no fallarle.

Aunque no pudiera comprobar si lo había hecho o dejado de hacer.

Deberes post—mortem, le gustaba decir, sonriendo con una dentadura sorprendentemente brillante en un rostro que cada día invadía más la palidez.

La cánula de oxígeno, como un miembro más del cuerpo delgado, maltrecho y lleno de fugas, emitía un silbido siseante cuando intentaba reír, avisándole de aquel modo que excedía los límites. Como si las carcajadas, dentro de aquella realidad con olor a desinfectante y muerte que acecha, estuvieran prohibidas.

Probablemente era así.

Al igual que pasaría con mi realidad después de que se hubiera ido.

Me dejó tareas. Algunas muy dolorosas. Otras que me hacían sentir sumamente egoísta, como tomar un helado en la Plaza Mayor. Sentarme en uno de los bancos de piedra del Prado mirando la Juana de Pradilla. Hacer fotos con una cámara Polaroid en el Retiro. Comprarme, como mínimo, un par de botas de temporada cuando encendieran la primera ristra de bombillas de Navidad.

De entre todo lo que me ordenó hacer, en aquella especie de patrón sobre cómo sobrevivir a la ausencia de quién más has querido, no me dijo cómo de duro era existir con un pedazo de alma menos. Cómo de repente los colores habían perdido brillo y lo que antes me gustaba comer, sabor. Cómo nada me satisfacía tanto como me lo había hecho, ni se sentía tan suave la tela delicada que había acariciado. No había evento que esperara con ilusión, por más ilusión con que lo hubiera esperado tiempo atrás. Ni nada que me apeteciera más que encerrarme en el rincón más oscuro de mi pena y dejarla brotar a borbotones, con la furia del que llora a gritos, pero muy callado, porque por más lágrimas que empapen la almohada no habrá alivio en el llanto.

Nada era igual. Nada volvería a serlo.

No encontraba consuelo en pensar que, como bien había dicho Jim Morrison, con la llegada de la muerte había cesado el dolor. Y dolor había habido mucho en su vida. Yo le había visto retorcerse. Padecer. Quedarse sin aliento. Marearse hasta el desmayo. Perder el equilibrio y caer. Había visto apagarse su vida como una vela abandonada a la intemperie, a sabiendas de que por más que intentara protegerla con mis manos, no habría escondite donde la pudiera albergar.

Intentaba pensar que estaría en un lugar mejor. Rodeado de aquellos que habían partido antes que él. Que en su nuevo hogar no habría lugar para los pinchazos, los ensayos, las pruebas, y las operaciones que llegaban y pasaban sin arrojar luz ni esperanza. Que ya no habría días que viéramos pasar detrás de la ventana del hospital, anhelando el mundo que se abría paso fuera mientras nosotros nos quedábamos estancados dentro.

Nada me servía.

Como tampoco me sirvió la decisión que tomó al final.

—Quiero que quede algo de mí cuando me haya ido. Que merezca la pena haberme muerto joven. Que haber vivido, aunque poco, haya valido de algo. O para alguien.

Lo más duro no fue rellenar los papeles. Ni dar el consentimiento o marcar la casilla con los nombres de las partes del cuerpo que autorizaba a donar.

Lo peor fue cuando se lo llevaron, y en lugar de darle descanso a su cuerpo, hubo más cortes y costuras. Y sacaron todo aquello que daría hálito a otros, devolviendo unos despojos que eran menos que nada. Menos que él.

Por supuesto yo sabía que una vez las máquinas se apagaron y las sábanas le cubrieron el rostro aquellos ojos que tanto había querido, que me habían consolado en noches de tormenta y habían sido mi playa segura cuando los naufragios de la vida me habían acosado, no iban a abrirse jamás, pero después de que le llevaran... ¿cómo iba a despertar si le habían robado su esencia?

Me dejé caer al suelo imaginando que arrancaban y extraían. Que espoleaban un cuerpo que ya había sufrido de más, en vez de dejarlo tranquilo en la muerte para que fuera donde debía ir con todo cuanto le quedaba.

Pero no tendría ni eso.

¿Cuán injusta podía ser la vida con una misma persona?

¿Cuándo acabaría todo aquel dolor?

—Piensa en los egipcios. —Me había dicho, con la eterna sonrisa del que, agotado de esperar por un milagro que no para de negársele, acepta lo inevitable con humor porque no puede aspirar a más. —Se preparaban para la vida eterna sacándose las vísceras. Ocupate de

que hagan eso por mí. Y siéntete agradecida por aquellos que van a vivir. Y cuando puedas, intenta conocerlos.

Dijo que eso me daría consuelo. Que me haría sentir bien. Que me ayudaría. Que no sería igual que comer el helado, hacer la foto con la Polaroid o comprar las botas. Eso, me explicó, era combustible para mi cuerpo, para que no olvidara cómo funcionar, cómo arreglárselas en medio de la oscuridad fingiendo que moraba a plena luz, como los demás.

Lo otro, sería para el alma.

Para mi paz.

Para encontrar un motivo, una razón que, aunque no sanara la herida, cerrara la cicatriz.

Y que el tiempo me dejaría contemplarla sin recordar el momento en que me había lacerado, sino que solo me centraría en que, a pesar de la sangre y los puntos, al final, había curado.

Yo no lo creí.

Estaba segura de que no quedaba nada en el mundo que pudiera ayudarme a superar algo así. Nada me haría sentir agradecimiento y no hallaría consuelo en ver a nadie respirar y andar cuando él había dejado de hacerlo.

Dudaba mucho que mirar a la cara a esas personas diera a una muerte que me había arrancado mi propia vida sin pararme el corazón algún tipo de sentido.

Pero le prometí que lo haría.

Le juré que cumpliría cada uno de sus pedidos, porque, a las puertas de dejarme, con los dedos fríos y la mirada perdida en rincones del universo que a mí no me estaba permitido ver, me lo rogó.

Así que me tragué mi rabia y mis gritos de frustración y asentí.

No le había mentado nunca.

No lo haría en el último momento que nos quedaba juntos.

Supongo que por eso estaba allí, de pie ante aquel atril. Delante de esos desconocidos, retorciéndome las manos y con unas angustiosas ganas de echarme a llorar, pero intentando por todos los medios no hacerlo.

Eso también lo había prometido.

—Mi hermano murió de un osteosarcoma. Cáncer de huesos. Se lo diagnosticaron solo un año antes y estaba tan avanzado que le aconsejaron paliativos casi de inmediato. —Busqué el punto fijo. —Es un caso muy raro de cáncer. Representa menos del uno por ciento de todos los casos. Le gustaba decir que era especial hasta para eso. —Me froté las palmas en la parte trasera de los vaqueros. Era sorprendente que me quedara líquido en el cuerpo para sudar con todo lo que había llorado. —Después de las sesiones de radioterapia llegó la quimio. Perdió la pierna. Cuando se despertó de la anestesia, sonrió medio dormido y dijo “por fin estoy en mi peso ideal. Solo necesitaba eliminar la comida sólida y el fémur derecho,” —Algunas sonrisas, de esas que pretenden acompañarte cuando el relato se torna muy duro. —En los últimos tres meses no dejé de hablar con él, aunque ya no era él, sino alguien que no podía pasar sin la morfina. Lloraba los veinte minutos previos a la dosis. El dolor, me decía, era insoportable. Y solo quería que parara, aunque nunca lo vi enfadarse. No se enfadó jamás. Nunca preguntó por qué. Él solo... mi hermano solo...

Lo había aceptado. Aferrándose a las vidas que podía salvar. Obsesionándose con que el avance de aquel veneno que le pudría por dentro no afectara a las partes de sí mismo que quería

conservar para dar a otros. Yo sí estaba enfadada. Colérica. Odiaba que le hubiera pasado a él, que los tratamientos que debían ayudarlo a mejorar solo le hicieran sentir peor y que, al final, cuando no nos quedaba esperanza para seguir perdiendo, solo hubiera dolor.

Me importaban poco otras personas, sus sueños o ilusiones, la vida que los aguardaría mientras hacían planes, callados como ratones al acecho en sus habitaciones, esperando el último aliento de mi hermano para beneficiarse de lo que quedara de él. Anhelando sus restos como buitres. Sabiendo que eso que a él no le era suficiente para salvarse, les supondría evitar la muerte a ellos.

No era justo.

No estaba bien.

Lo odiaba.

—He sentido rencor mucho tiempo. Por muchos de vosotros... por los que sé que tenéis una parte de él. —Intenté dulcificar el tono del discurso. Sacudí la cabeza. El punto fijo se me escapaba entre los dedos. —Cuando eres donante se te permite conocer el estado de gravedad de las primeras personas de la lista, es una especie de “premio de consolación”, un modo de humanizar el trauma. El trance. De hacerte pensar que aunque estés a punto de atravesar el final, tu final no será tal porque en última instancia harás algo por mucha gente. Tu pérdida tendrá un significado. Tu vida, tendrá un significado. El gran porqué de por qué tienes que morir... se responde con un “para que otros puedan vivir”. A mí no me consoló. De hecho... sigue sin hacerlo. Pero era lo que él quería. Fue lo que le ayudó a dejarme sin dolor. Aunque el dolor, nunca me dejará a mí.

No quería hacer contacto visual, aunque él me había dicho que podía ser bueno. Que ayudaría. No quería mirar ojos y encontrar en ellos compasión. No quería agradecimiento ni palabras amables. No quería encontrar en nadie parecidos o reminiscencias. Había tenido que acudir a varias sesiones con la psicóloga del hospital para entender, para asumir, que los órganos de mi hermano eran eso, órganos, tejido, cartílago. Algo que en su ser ya no tenía cabida, razón ni funcionamiento, pero que conectados al resto del cuerpo de otra persona, con su sangre circulando, volverían a tener una razón para funcionar.

No debía buscar más allá, ni aferrarme más de lo que era adecuado.

No es como si mi hermano siguiera vivo, en pedacitos diseminados dentro de otras personas.

Había hecho algo bueno con su último aliento, insuflando vida a quienes iban a perder la suya, pero no hallaría en el latido de su corazón, morando ahora en otro pecho, nada de lo que él había sido.

Me lo habían inculcado hasta el cansancio.

Y yo lo había aprendido bien.

O eso creía.

Hasta que lo vi a él.

Me advirtió, en medio de los avisos y los consejos, porque así lo sentí, como un aviso de lo inevitable, como un atropello si te tumbas en la calzada cuando pasan los coches, que un día, mi corazón roto encontraría la fuerza suficiente para sanar y volver a amar. Yo no quise creerlo. Me reí y le dije que cuando los latidos volvieran a ser regulares, y respirar no doliera más, probablemente sería porque había muerto también. Porque me había ido con él, y entonces, sería capaz de querer de nuevo, porque ya no formaba parte del mundo que me lo había

arrebatado.

No insistió. Se quedó dormido cogido de mi mano, cubierto de mantas que no le mataban el frío porque algo más frío le estaba matando ya.

No volvimos a hablar del tema, y cuando tuve delante las carpetas con los datos de las personas que iban a trasplantarse, no tuve fuerzas para mirarlas. Sumida en mi dolor, no quería conocer el dolor ajeno. No me importaba el padecer de nadie más. Lo que les hubiera ocurrido. Lo que les quedara por pasar.

Me esforcé en olvidar que había firmado esos documentos. Que mi hermano había sido vaciado de lo que le había hecho humano y que ahora, esos pedazos formaban parte de otras caras, y albergaban otros sentimientos. Durante mucho tiempo, casi olvidé mi promesa, pues no tenía interés ni fortaleza para cumplirla. No creía poder encontrar nada positivo en saber quiénes eran esos desconocidos a los que ahora me ataba una especie de lazo imposible, intangible, pero que temía se volviera real si les ponía cara.

Tal vez el odio se triplicará.

O quizá me sintiera tan reconfortada que necesitara acercarme para crearme la falsa ilusión de que algo de mi hermano seguía latente.

Supe que él tenía el corazón aunque no lo supiera. Lo vi en sus ojos, que me miraban conmovidos, pero no por la crudeza de mi historia, o mi poca pericia la contarla a pesar de que eran unos sucesos que se me habían repetido hasta el cansancio. Había algo en sus ojos, pardos, grandes, tiernos, que me impulsaba a ignorar los consejos recibidos, el punto fijo de la pared o todas las demás tonterías a las que me había agarrado antes de conducir hasta la reunión.

En su pecho latía la parte de mi hermano que más le había hecho ser quien era. Aquel bombeo constante que yo había oído en mi propia piel cuando me tumbaba sobre su pecho en los días más largos y grises, cuando la respiración era poco más que un murmullo y necesitaba comprobar que seguía morando el mundo junto a mí.

Algo que no era físico ni tampoco mental.

Algo que parecía espiritual, incorpóreo, invisible... hizo que no pudiera apartar la mirada. Que se me anclara en la garganta su imagen. Que se me atragantaran las palabras en el fondo del paladar y mi propio corazón emitiera un salto mortal que lo hundió en el fondo de las costillas, provocándome un mareo que no fui capaz de disimular.

No sabía si me estaba aferrando. Tal vez quería acurrucarme en ese pecho para cerrar los ojos a la verdad y creer que mi hermano seguía latiendo, rítmicamente, en la Tierra.

O quizá quería sus brazos a mi alrededor para consolarme por la pérdida mientras su voz, que reconocía suave a pesar de no haberla escuchado, me arrullaba, colmándome de una sensación de bienestar, mientras sus caricias me llevaban a nado, a salvo de las profundas aguas inciertas, a un lugar mejor.

Sabía quién era. Lo supe desde que le vi. Reconocí su boca y su sonrisa, aunque no estaba sonriendo. Y entendí lo que me decía con los ojos incluso cuando dejé de mirar.

Porque ya lo había visto, estuve segura.

Lo había visto antes aunque no lo hubiera visto jamás.

—Recuerda tomar vino. Todo el vino que puedas. Hazlo por mí, que no puedo. Y por ti, que lo necesitarás. ¿Sabes que el vino tiene quercetina? Es una sustancia que dicen que beneficia al corazón y los vasos sanguíneos que lo riegan. Así que cuando te tomes una copa de vino y pienses en mí, piensa también en mi corazón. Y en que ojalá la persona que lo reciba beba vino.

Y tenga mucha quercetina. Y viva. Y bese. Y folle. Y ojalá te busque, hermanita. Y ojalá te encuentre y te lo diga.

Lo había hecho.

Me había buscado.

Y yo lo había encontrado a él.

VEINTISÉIS

Autólogo

—¿Y se fue? ¿Así? ¿Sin más?

—Igual que en una película. Se bajó del atril ese, caminó por el pasillo y desapareció.

—¿Y él no hizo nada?

—Mirarla mientras se alejaba.

—¿Y ella? ¿Lo miraba a él?

—Todo el rato.

—¿Y tampoco hizo nada?

—Salir por piernas. A tal velocidad, que si la puerta hubiera sido batientes, seguro que habría dado un portazo.

—Joder... ¡para una cosa que me pierdo y resulta la más interesante!

—Todavía estoy flipando.

—No me extraña.

Lancé la cuchara sobre el plato de sopa de ajo. El charco que provoqué empapó la mesa y parte de las rodajas de pan que todavía no habíamos tocado y esperaban dentro del cesto un destino mejor el que ahora les aguardaba: reblandecerse en silencio y terminar en la basura.

Lo abrupto de mi comportamiento apagó la conversación, así que me pareció que aquel era un fin que justificaba los medios. Cualquier cosa habría estado bien si eso traía el silencio. Lo que fuera.

—Adrián...

Levanté la mano. Mi hermano giró la cara para mirar a su marido, mi cuñado, y ambos, intercambiaron ese gesto tan de pareja, cuando dejan fuera al resto de personas para centrarse únicamente en los dos.

—Está sosa. —Fue todo lo que dije antes de limpiarme la comisura con la servilleta y dejar esta sobre la mesa. —La sopa, digo. Le falta sal.

Otra de esas miraditas, parcialmente ocultas pero bien visibles para el damnificado principal, que tenía los huevos muy escocidos de seguir siendo el divertimento principal de la audiencia a costa del circo en que se había convertido su existencia.

—Según tu última analítica no puedes abusar de la sal.

Asentí.

—Así que además de olvidarme de conducir y rechazar la carne como alimento ahora debemos sumar a la lista de dones y milagros, tener que comerlo todo soso. —El silencio se volvió incómodo, como si alguien, y por alguien me refería a mí, hubiera dicho algo tan políticamente incorrecto que los otros no podían siquiera responder. —¿Se me olvida algo?

—Hermano...

—¡Sí! ¡Claro! ¡La incapacidad para hacer notar a la gente que estoy delante para que paren de meterse en mis cosas!

—Oye, colega...

—¿Creéis que es agradable? ¿O fácil? ¿Creéis que puedo comer, respirar, pensar, vivir, mientras no paráis de soltar teorías y mierdas por la boca sobre mí como si no tuviera derecho a opinar?

Raúl, tenso, dejó la servilleta sobre el plato que apenas había tocado, entretenido como estaba

narrando lo ocurrido en la reunión de grupo de trasplantados como si resumiera a un amigo el último capítulo de la serie friki del momento. La tela se empapó, hundiéndose en el fondo de la sopa sin remedio.

—Nadie ha dicho que tengas que quedarte ahí callado, mirando al vacío como si nada fuera contigo.

—¡Oh! ¡Perdona! ¿Entonces se me permite participar del debate de mi puta vida? ¡Qué honor!

—Adrián... te estás pasando.

Miré a mi cuñado igual que aquella vez en el despacho de la cardióloga, como si me traicionara con sus palabras. Manu se había incorporado, y aunque en sus ojos no había enfado, sí brillaba en ellos una advertencia de que el tema, quizá, se estaba yendo de madre.

Por mi parte bien podría arder Troya. Y meterse el jodido caballo por el culo.

—No tenéis ni idea de lo que habláis. No sabéis nada y os permitís opinar como si mis cosas, mis sentimientos... fueran de dominio público. Estoy harto, joder.

—A lo mejor entenderíamos algo si lo compartieras con nosotros.

—¿Compartir qué, Raúl? ¿Qué? ¡Si has hecho una saga y la has publicado al resto del planeta antes de dejarme tiempo para asimilarlo!

—¿Ahora soy el resto del planeta? ¿En serio? ¡Qué te den, Adrián!

Manu se cruzó de brazos, mi hermano intentó consolarlo con una de esas caídas de ojos que podían traducirse como “*no se lo tengas en cuenta, es el tema del corazón*” que tanto me sacaban de quicio. No quería que hablaran a mis espaldas, que maquillaran la verdad por temor a que no pudiera soportarla o me trataran con condescendencia. Los días de dejarme el puto último trozo de pizza porque me iba a morir habían pasado, joder.

Pues lo mismo con todo lo demás.

—Eres tú quién nos deja fuera Adrián, no al revés. —Mi hermano había bajado el tono y también se me había acercado, despacio, mirándome a los ojos con la desesperación de quien quiere resolver un enigma que está escrito en una lengua que no ha visto jamás.

—No sé qué quieres decir.

Pero claro que lo sabía.

—Es ella. La chica. Tu chica. Esa de la que no paras de hablar y de cuya existencia todos llegamos a dudar.

Manu asintió. En su gesto, la culpa de quien acepta loco como definición de cuerdo y tiene que asumir que quizá etiquetó demasiado pronto.

—Tú tenías razón tío. Existe joder. Es real. Y está cerca, ¡la has visto hoy mismo!

Me encogí de hombros. El dolor que me recorrió el brazo me hizo pensar en un nuevo infarto, en la falla del nuevo corazón que, agotado por toda una vida condensada en varias semanas latiendo por mí, por el que era cuando estaba con ella y por el recuerdo de su dueño anterior, se rendía. No obstante, lo acusé a un agarrotamiento muscular. A la tensión de volver a casa cuando todo mi cuerpo me impelía recorrer las calles de Madrid nadando sobre el asfalto si fuera necesario en pos de... ¿qué? ¿Qué esperaba que pasara ahora?

Raúl, que nunca había llevado la paciencia por bandera, se aburrió de esperar a que estuviera preparado para contestar. Asiéndome del hombro, forzó una sonrisa que pretendía esconderle el nerviosismo bajo capas de optimismo.

—¿No estás contento?

Ahora fui yo el que le miró como si se dirigiera a mí en código morse.

—¿Por qué debería?

Hermano y cuñado se miraron entre ellos lo que me pareció una eternidad.

—La chica. Existe.
—La has visto hoy.
—Está aquí. Aquí cerca.
—Y está claro que te ha reconocido.
—¿No piensas hacer nada?
—¿No vas a buscarla?
—¿Adrián?

Ojalá no tuvieras que irte...

Me pareció que todas las preguntas llegaban al mismo tiempo, desordenadas, reiterativas, saliendo de dos bocas que hablaban demasiado deprisa como para poder entender si quiera una parte de lo que decían. Deambulé sin rumbo, aunque dentro de la casa pocos destinos había a los que uno pudiera decidir exiliarse. Me dejé caer en el sofá, frente a una televisión que en modo mute reproducía la programación estipulada ajena a que el mundo de los espectadores pudiera haber volado en pedazos.

Ignoro si Raúl y Manu siguieron hablando o mi aparente incapacidad para formar parte activa de la conversación les hizo callar. No pude oír más. Ni asimilar ninguna parte del discurso. En mis oídos un pitido incesante que me hacía imposible concentrarme en nada, hilar respuestas lógicas o pensar con claridad.

Mi cerebro se había quedado anclado en tres momentos puntuales que se me repetían sin censar, el primero, ese instante maravilloso, casi etéreo, cósmico, del reconocimiento. Más allá de lo que ella estaba diciendo, de lo que sus palabras ahogadas en una pena que se le había arraigado hasta enraizársele en el pecho; estaba su mirada. Su gesto inequívoco al verme. La conexión que no precisaba de hilo rojo ni madeja de almas, sino de la autenticidad, de la certeza, de la verdad... con que ambos leímos que el otro estaba en la misma página. Gozando y sufriendo el mismo libro.

Pareció que el mundo se paraba y de hecho, así fue, pero luego todo pareció acelerarse, y de la mirada de anhelo, del ansia compartida durante ese segundo en que nuestras mentes y almas encontraron el sosiego de saber que ya no moraban solas, partidas a la mitad, en busca de algo que quizá nunca había existido; llegó el segundo momento que no podría olvidar: rechazo. El miedo. La imposibilidad de superar un contra que era más grande que la inmensidad de todos los mares, y todas las distancias alguna vez andadas por el hombre.

Llevaba el corazón de su hermano, y esa era una realidad que no habríamos podido tapar ni dándole la espalda al mundo. Quizá lo que ella veía en mí era el resquicio de lo que podía quedar de aquel al que había querido, de forma más cruenta y profunda a como se podía querer a un amante. De manera más intensa a como se podía amar a un amor.

La sangre de la familia era más espesa que nada, bien lo sabía yo. ¿Qué no habría dado por un instante más con mi madre? ¿Qué no habría hecho con conservarla? ¿A cuántos no había maldecido por su muerte? ¿Cuántas veces había rechazado la verdad de lo ocurrido porque era demasiado brutal como para asimilarla?

Ella había tenido el valor de cumplir su promesa.

Había dado la palabra a la persona que más quería y había hecho honor de ella.

Entonces, el tercer momento. La incapacidad para aceptar lo que se vivía. Cuando todo era demasiado grande, demasiado ilógico. Algo grotesco y fantasioso que de mágico tenía bien poco. Saberte atraída hacia alguien que existía porque aquel a quien añorarías para siempre había

dejado de existir.

¿Cómo habría podido mirarla? ¿Cómo hablarle si quiera? ¿Qué iba a decirle? ¿Qué sentía que la amaba y que había acariciado su alma con mis besos y hecho el amor a su cuerpo sin haberla mirado nunca a los ojos? ¿Que había compartido con ella momentos que recordaría hasta mi muerte y sentido en mis latidos cada uno de sus gemidos, de los temblores de su piel al contacto con el mío? ¿Cómo decirle que sentía lo que sentía si para estarlo sintiendo ella había tenido que permitir que me dieran aquel corazón?

Se había marchado a tal velocidad que de ella no había quedado más que el rastro dulce de su perfume y un montón de preguntas destinadas a no ser respondidas jamás.

Y tenía sentido.

Casi habría preferido que no fuera real. Que no existiera. Que mi mente atribulada, mi cuerpo despedazo y aquel órgano que empezaba a detestar la hubieran inventado como juego, consuelo o quién sabe qué para entretenerme y volverme loco mientras peleaba por una recuperación que cada día se me antojaba más ajena.

Ojalá nunca la hubiera visto.

Ojalá siempre me la hubiera imaginado como algo incorpóreo, intangible, perdido entre mis deseos y cualquier parte del mundo donde hubiera océano y acentos dulces.

Al menos así no sufriría un rechazo tan brutal y comprensible.

Al menos así, quizá, podría haber albergado la esperanza de qué habría podido pasar si nos encontrábamos... en lugar de tener entre las manos la terrible certeza de lo ocurrido de verdad.

—¿Adrián?

—Jamás querrá volver a verme. Ni hablar conmigo.

Me levaté, torpe y tembloroso. Alcé la mano para detener a Manu cuando se apresuró a intentar consolarme. No quería palmaditas, joder. Quería poder hundirme en la desesperación, a ver si con suerte ahogaba todos las incógnitas que pudieran restarme.

—No te pongas en lo peor. —Me dijo mi hermano.

—Claro tío, es normal que la chica se haya impresionado, ¡no todos los días conoces...! —Guardó silencio. Aquello fortaleció lo que yo pensaba. Si ni él podía decirlo... ¿qué podía esperar que hiciera ella? —Debes darle tiempo.

—Que ahora lo tienes.

Los miré a ambos, casi sintiendo envidia por sus capacidades para enceguecerse. Ojalá yo hubiera podido seguir con los párpados bien apretados, viendo habitaciones románticas de hotel entre sombras, camas con dosel, tacos mexicanos y sonrisas tiernas. Compartiendo momentos de pasión, rodeando con mis brazos las ganas y cumpliendo fantasías que eran verdad aunque nacieran de una mentira imaginada a doble voz. Ojalá no la hubiera visto mirarme como si mi existencia en el mundo pusiera en jaque todo en lo que ella creía.

—Ni todo el tiempo del mundo cambiará el hecho de que su hermano ha muerto para que viviera yo.

Raúl, que se había aprendido muy bien el discurso, se apresuró a negar.

—¡Eso no es cierto Adrián! La muerte no fue consecuencia de tu recuperación. Tu posibilidad de vivir vino dada porque alguien murió primero. Su pérdida fue la causa, pero tú no tuviste la culpa. Eso era inevitable.

—Explícaselo a ella. Dile que me mire a la cara. Que coja mis manos. Que se tumbe en mi jodido pecho y oiga los latidos del corazón de su hermano fallecido cada vez que cojo aire.

—Tío... lo estás viendo por el lado mis bizarro posible. No es así.

Miré a Manu y empecé a negar. Necesitaría dos vidas para hacerles entender, y ni así me

alcanzaría.

—Si existe una definición para diferencia irreconciliable, es esta. Ella nunca lo aceptará.

—¿Recuerdas lo que nos has dicho antes? ¿Toda esa parrafada de que no habláramos por ti ni opináramos sobre tu vida? —Asentí, sin entender qué sentido podría tener aquello. —Estás haciendo exactamente lo mismo. Con ella.

—No lo entiendes Raúl.

—¡Joder, claro que no! ¡Y tú tampoco Adrián! ¡Nadie entiende una mierda porque no hay precedentes! Es imposible encontrarle la lógica al hecho de que mi hermano fuera capaz de conocer a una chica que no conocía y... estar con ella sin haberla visto nunca y ser capaz de... alguna manera inverosímil... dar con su paradero. Y hacer que ella lo sintiera. Porque lo sintió. Yo la vi mirarte. La vi verte. Y era de verdad.

Oculté la mirada en un rincón del intrincado dibujo de la alfombra que teníamos bajo los pies. No quería que mi mirada releva lo que tanto me estaba costando callar. Que aquello era cierto. Que yo también lo había percibido. Que el sabernos había sido bilateral, estado allí y sido tan fuerte e intenso como aquella primera vez, en esa cita que no existió y de la que ya empezaba a tener serias dudas de que alguna vez llegara a pasar.

¿Qué habían querido decir mis sueños lúcidos, mis fantasías, mis extractos de otra realidad? ¿Quién era el hombre del tatuaje que me miraba con ojos confusos cuando nos jugábamos el control de la irrealidad hasta que esta se empezaba a desdibujar? ¿Era lo que habría podido ser si las cosas hubieran sido distintas? ¿El futuro que hubiera tenido si lo que me restaba de vida no me condenaba a apartarme de la chica a la que quería porque quererla era una locura imposible?

¿Me guiaba el corazón, en el sentido más literal posible?

¿Era una señal de algo... de alguien? ¿Para que diera con ella?

Joder, ¿su hermano la había traído hacia mí, para confiármela cuando él no estuviera? ¿Había sido mi operación algo concertado por una fuerza que nada tenía que ver con la medicina? ¿Una suerte? ¿Una casualidad orquestada? ¿Algo injusto para el resto de los enfermos, para los que murieron en vez de mí? ¿En qué me convertía eso?

—No puedo volver a verla.

Y al decirlo, lo comprendí.

—Adrián, espera...

—No puedo volver a verla nunca.

—¡Cuñado, no sabes si ella te aceptaría! ¡No le estás dando el beneficio de la duda!

—No puedo hacerlo. Y sé que ella no lo querría. Incluso si estuviera dispuesta a creer todo lo que le contara, todo lo ocurrido, aquí, aquí... —me toqué la sien. El pecho. —¿Cómo sabría que es a mí a quien acepta? ¿Qué es por mí, por quién apuesta? Tú lo sabes, Raúl. Sabes como es. Nos aferramos a los vestidos de mamá porque olían a su perfume. No nos deshicimos de sus sábanas hasta mucho tiempo después. Guardarnos en el congelador lo último que había cocinado para tener algo tangible que hubiera salido de sus manos a lo que poder agarrarnos cuando no nos quedara nada más. ¿Qué crees que hará ella cada vez que me abraza, cada vez que se me acerque?

Negué. Tal vez pudiéramos saltar el escollo del corazón donado, pero estaba convencido de que no podríamos superar lo que implicaba de verdad. De que ella no podía. De que pedirselo, igual que pedirle a la chica de mis sueños que no se fuera cuando debía volver a casa, sería egoísta. E incluso cruel.

Mi latido, cada bocanada de aire que me hiciera palpar el corazón, que me alzara el pecho, sería para ella algo perteneciente a su hermano. Autólogo. Extraído de aquel al que había

pertenecido igual que los ventrículos y las aurículas. Usurpado. Robado. Nunca mío de verdad. Tal vez podría silenciarlo y guardar el hecho en algún rincón de su memoria, pero el subconsciente se lo traería una y otra vez, recordándole cual era la verdad. Que yo vivía porque él ya no estaba y que por mucho que sintiera, si es que podía sentirlo, siempre habría una parte de ella que susurraría un ojalá horrible y sentencioso, igual a aquel que tantas veces había dicho yo ante personas que se habían salvado en lugar de mi madre:

¿Por qué tú y no él?

Sí. Tal vez ella pudiera vivir con eso. Tal vez sería capaz de intentarlo, pero yo no. Yo no podría mirar los ojos que había amado, la piel que había acariciado, los labios que había besado y el cuerpo que había venerado con placer, perlándolo de sudor, llenándolo de pasión, y tener la certeza de que, en los momentos más oscuros, ella sufriría consigo misma por lamentar mi vida en detrimento de la que había visto apagarse. Sería inevitable. Y sé que trataría de esconderlo, pero yo podría verlo. Y no sería capaz de consolarla porque estrecharla entre mis brazos solo acrecentaría la brecha entre los dos, recordándonos aquello que nos separaba, en forma de latido, sin remedio ni solución.

—No puedo volver a verla.

Sería mi sentencia más firme. Aquello a lo que me agarrara cuando hubiera de flaquear. Si había sido capaz de traspasar los umbrales de lo onírico con la realidad y dar con ella cuando parecía imposible que fuera de verdad, lograría evitarla. Tenía que poder.

Había demostrado que podía jugar a ser una especie de deidad, manejando los dados invisibles de una vida que vivía sin que me perteneciera, ocupando un cuerpo y usando una máscara que se me parecía pero nunca había sido yo. Nada sabía de las vicisitudes de esa pareja, a cuya existencia me había asomado como el más cutre de los mirones, nada de lo que les unía o se empeñaba en separarles. No eran mis brazos los que lucían tinta ni mis ojos pardos los que ella buscaba por las calles de Madrid cuando llegaba de visita. No mis besos. No mis preguntas. Ni mi amor.

Por qué se me había permitido verlo, lo ignoraba.

Qué había de trasfondo, aparte de la mayor de las crueldades, me era desconocido.

Solo sabía que no quería presenciarlo más. Que no quería sentirlo más.

Verla solo haría mantener vivas unas esperanzas que tenía que dejar morir. Si su hermano había orquestado aquel disparate, esperaba que se divirtiera allá donde estaba, sabiendo a la chica atribulada y a mí perdido en un mar más imposible que el que la separaba del otro cuando el avión la devolvía a la que quiera que fuera su casa.

No. No podía volver a verla. Porque aunque ella me aceptara y yo cerrara los ojos con fuerza, la verdad terminaría haciéndomelos abrir.

Entonces ella volvería a mirarme igual que había hecho en la reunión. Como había hecho yo con los otros supervivientes, con el desprecio a una suerte que no consideraba justa. Que no creía que merecieran.

Por más que pudiera amarla, ella nunca me querría hasta el punto de perdonar lo perdido y aceptarme en su lugar. Era una petición imposible. Una compensación insuficiente. Ningún amor sería pleno jamás a sabiendas de que era aceptado como lo segundo mejor a lo que una de las partes podría aspirar.

Para mí, ella siempre sería lo primero. Y yo... ¿qué cojones sería yo? ¿Lo que le quedaba de él?

Una prueba de esfuerzo demasiado dura para dos almas débiles que nunca la podrían pasar.

Yo había prometido, usando al otro como ancla con la vida terrenal, que nunca dejaría de buscarla.

Y ella, que aceptaría mi existencia y trataría de reconciliarse con ella.

Los dos habíamos cumplido nuestra parte.

Era momento de que, por separado, nos dejaran seguir con nuestras vidas rotas, a medias, incompletas, en paz.

VEINTISIETE

Biopsia

No me resultó difícil mimetizarme. Ni pretender que seguía el curso de la corriente delante de los demás. Podía decir que me estaba convirtiendo en un experto en el más que inmoral arte de mentir, pero era la única forma que tenía para lograr el objetivo principal que se me había impuesto: sobrevivir.

—¡Muy bien Adrián! ¿No dices nada? ¡Si necesitas tu aliento hasta el punto de no poder hablar, más vale que vea mejoras en los resultados!

Levanté el índice en dirección a la fisioterapeuta y seguí recorriendo las barras fijas, pasando a trote suave por entre los conos y subiéndome a la jodida bicicleta estática. El cambio en el circuito me hacía gruñir, empapaba mi camiseta de Soundgarden y provocaba un vergonzoso tembleque de rodillas a causa del esfuerzo, porque daba igual cuanto intentaras moverte en tu día a día, siempre, en el momento de enfrentar las pruebas de esfuerzo, hacías el ridículo.

Por suerte no eras el único.

Lo que me dióla clave perfecta para conseguir el que era el segundo objetivo: pasar desapercibido.

Dado que no quería conversar, ni tenía la menor intención de compartir la maraña de sentimientos que se me enredaban con aquel cableado imposible de bombeos de segunda mano, me pareció que redoblar mis esfuerzos en las sesiones de fisioterapia sería la mejor manera de escapar, estando a simple vista, de la exigencia que suponían tanto el grupo de apoyo como mi propia familia.

A pesar de haber dejado claro que para mí, el tema de aquella chica, cuyo nombre por pura cabezonería me empeñaba en seguir sin conocer, estaba tan muerto y enterrado como el portador del corazón que en ese momento me permitía a mí jadear, con las manos apoyadas en las rodillas y los ojos bizcos, ni mi hermano ni mi cuñado parecían inclinados a aceptar mi voluntad. Al principio, insistían con conversaciones y charlas interminables donde ofrecían consejos que no había pedido y me apoyaban de forma metafórica, con calidez y unos golpecitos en la espalda que no podía soportar.

Después, llegaron las miradas. A veces de incompreensión, otras de lástima. No sabía cuáles me sentaban peor.

No encontraba más lógica en mi comportamiento que el de ser un sujeto al que habían estafado tantas veces en su vida que ya no podía fiarse de nada. Incluyendo él mismo. Primero había creído estar lo bastante sano como para no perseguir la dura estela de mi madre; después, que pese a ver mi diagnóstico empeorar a cada cita médica a la que acudía, había esperanza. La imagen final de todo eso había sido la mía propia, tumbado en la camilla del quirófano, cubierto de cables, con las palas de reanimación haciéndome quemaduras en la piel y la misma pinta que la Ofelia en el agua de Millais. La vista perdida. Los miembros laxos. La vida escapándoseme antes de haber podido decidir qué quería hacer con ella.

El trasplante era la línea de meta. Eso decían todos. Una vez lograras trasplantarse, coronar el Everest que suponía la lista de afectados, —todos siempre más graves y necesitados que tú—, encontraras compatibilidad y te intervinieran... las cosas mejorarían. Dejarías de estar en continua ruta de paso para por fin llegar a alguna parte. A una que sería mejor. Lejos de la luz, la muerte, el dolor. No es que vuelvas a vivir, es que tendrás una vida nueva. Serás una persona

sana. Alguien a quien no perseguirá el estigma del defecto congénito, ni temerá caer fulminado por un infarto ante un ataque insistente de tos.

Libre.

Una puta mierda, claro. Otra mentira.

No te hablan de la torpeza, de tener que aprenderlo todo de nuevo, del miedo al rechazo, que te pintan como si la posibilidad de que se te abrieran las costuras y tu cuerpo eyectara el órgano invasor, rollo Alien, fuera una posibilidad más que probable. No te dicen nada del cansancio, y de que pasas de ser un enfermo a un tío en perpetuas *vías de recuperación*. Vías que no llegan a ningún andén. Viajas en un metro sin puertas ni fin. No puedes salir. No tienes adonde correr.

Lo de la bicicleta estática me parecía una metáfora de lo mejorcito, ya que no importaba lo mucho y muy fuerte que pedalearas, jamás llegarías a ningún sitio.

—Adrián, ¿estás listo para poner en jaque la potencia pulmonar?

Volví a alzar el índice. Me sequé la nuca con una toalla y bebí agua. Detrás de la puerta por la que ya se había perdido la fisioterapeuta me esperaba la maldita bola amarilla. Mi némesis en aquel partido de entrenamiento donde nadie me suplía por más que pidiera el cambio. Conforme me alejaba, hice gestos a aquellos quienes, como yo, buscaban desvanecerse en medio de quienes eran como ellos. Todos vueltos a montar, con las cabezas bajas. Algunos sonriendo con el entusiasmo que da encontrarte embebido todavía en la última gran mentira, esperando ese día en que se levantarían de la cama y todo lo pasado no sería sino una ilusión, un mal recuerdo ya prescrito.

Otros, como yo, aprovechando el ejercicio continuado y repetitivo para encontrar silencio en el que oír unos pensamientos que todos, sin excepción, deseábamos mutear. Daba igual lo bien que lo hicieras, siempre decepcionarías a alguien: tu familia, tu pareja o tú mismo. No parecía haber avance en la sala de las barras fijas y las bicicletas sin ruedas, solo sudor, saludos por compromiso y muchas ganas de permanecer allí solo por no estar en ningún otro lugar.

—¡Hoy es el día, lo presiento, Adrián! ¡Hoy vencerás a tu dragón!

Tomé asiento mientras la pizpireta terapeuta física, con alma de animadora de equipo americano de fútbol, montaba la boquilla de soplar en el aparato donde estaba encajada la bolita. Cogí aire, aunque sabía que era demasiado pronto. Lo hice por todo excepto por el ejercicio.

Principalmente por lo agotado que me sentía por... existir, si es que eso era posible.

Después, porque haber renunciado, lejos de traerme paz, me había llevado a una nueva habitación del purgatorio donde, al contrario que en aquel gimnasio de postas conocidas, toda una nueva gama de torturas imposibles se abría ante mí. Para hacerme las intontas de recuperación más traumáticas, si cabía. Para hacerme el pozo de la desesperación más cenagoso.

Para quitarme la poca esperanza que todavía se me adhería, como la capa de sudor frío que ahora me arrancaba escalofríos.

Pensé en qué excusa le daría a mi hermano para no acudir esa tarde al grupo de apoyo, o si acaso merecía la pena intentarlo. Raúl insistía en que ir me ayudaba con el ánimo y la asimilación, pero aquella mirada suya de romántico empedernido al que la historia le ha salido bien decía otra cosa: albergaba la ilusión de que la chica, la hermana del hombre cuyo corazón me latía ahora tras las costillas, regresara para buscarme. Justo como en el final de cualquier película mala.

Secretamente, yo también lo esperaba, solo que con un temor que no me sentía inclinado a compartir. La mirada que había visto en ella, tan distante, tan distinta a cuantas habíamos *compartido*, me perseguía. Intentar ponerme en su pellejo solo me ratificaba que había hecho bien echándome a un lado en el arcén de aquella sucia carretera que debía conducir a la gracia de

Dios, aunque este no tenía ni puta idea de lo que era el sentido del humor.

—¿Estás preparado, Adrián?

Asentí, sujetando el aparato con las dos manos y acercando la boca, con los ojos cerrados, para soplar. No quería ver el fracaso, como tampoco más miradas de empatía forzada. Manu ocultaba a duras penas que ahora sí creía que me había vuelto loco, susurrando por lo bajo que había tocado los huevos con la chica y ahora que la encontraba me apartaba sin razones.

No podía entenderlo. Nadie podía.

Ni yo era apto para dar explicaciones.

Solo podía decirme a mí mismo, en los raros momentos en que permitía que algún pensamiento fugaz, algún titileo de luz o algún resquicio de fe, o lo que quiera que fuera aquello que restaba, se me apareciera, que no iba a ser capaz de gestionarlo. Aquello era, solo que elevado a la máxima potencia, el equivalente a empezar una historia sin haber cerrado antes los asuntos que habías dejado pendientes: algo cuyo único fin, era el naufragio sin supervivientes.

Supongo que la impotencia que sentía tenía que salir por alguna parte, arrancárseme como la piel muerta cae de la cara podrida de un zombi en una peli de serie B. Igual que en una biopsia, aquel experimento de supervivencia que consistía en volverme una sombra chinesca y escapar de la luz todo cuanto pudiera, me arrancó tejido y células muertas. Partes mí. De la personalidad que creía mantener a pesar de todos los cambios y confusiones que sentía que me llenaban de aristas, cortando al Adrián que había sido. Enseñándome retazos de uno que deseaba desesperadamente ser, pero al que no podía alcanzar.

Con los ojos cerrados y los puños apretados, soplé hasta que me pitaron los oídos y se me vació el torso de aire y ganas. No es que quisiera morirme, es que pensaba que vivía de prestado, en un cuerpo que apenas se tenía en pie, fallándoles a las personas que me querían y haciéndoles daño porque dejarlas participar de lo que ocurría era demasiado duro para mí. Porque implicaría ahondar en aquello que seguía sin estar bien, pero que había barrido bajo la alfombra, obligándome a creer que sino no lo veía, todo estaba bien.

Igual que la partida inexplicable de mi padre.

Igual que la gravedad del estado de mi madre.

Igual que la desesperación en los ojos de mi hermano.

Igual que estar seguro de amar, y sentirte incapaz de aceptar que no puedes ser amado.

—¡Es suficiente! ¡Adrián, puedes pasar! ¿Adrián, me oyes?

Así que sí. Supongo que la frustración tenía que salir por algún lado, igual que salió disparada la pelota amarilla del aparato medidor de la capacidad pulmonar, rebotó contra el suelo y rodó hasta tropezar contra la pared mientras yo, inmóvil y mareado, sentía insuficiente el alivio e insuficiente la satisfacción de haber logrado el objetivo que durante tanto tiempo se me había resistido.

Comprendí que hacerme el invisible ante todo y callar por cualquier cosa no me estaba funcionando. Y que las ganas de pelea, igual que aquel resoplido que habría hecho enrojecer de vergüenza al Lobo Feroz del cuento infantil, tendría que reventar por algún sitio.

Las consecuencias serían catastróficas.

—*Creo que no puedo seguir con esto.*

—*¿Con esto? ¿Y qué es esto, exactamente?*

Parecía una puta película. Una escena cutre con exceso de drama que no nos representaba. Porque no éramos así. Ella metiendo las cosas de cualquier manera en su bolsa de viaje, esa que siempre quedaba tirada en un rincón de la habitación, con la cremallera abierta y las

prendas que con tanto cuidado había seleccionado antes de venir a mí, a nosotros, revueltas de cualquier manera.

La bolsa que siempre era preludio de reencuentro y alegría, ahora símbolo de huida. De enfado. De incompreensión.

—¡Esto joder, esto! ¡Nosotros!

—¿No puedes seguir con nosotros? —Me levanté de la cama, buscando con qué taparme un cuerpo que antes ella había desvestido y ahora se sentía inseguro en su desnudez. —Perdona pero que uses ‘creo’ me hace pensar que no es un pensamiento muy meditado.

Me miró por encima de su pelo revuelto. De esas madejas trenzadas que yo había despeinado, que había sujetado mientras la amaba con todo lo que podía, de todas las formas que sabía, cuando todo era perfecto. ¿Cómo podía haberse jodido la cosa en un segundo?

¿Qué había pasado?

—Te aseguro que he tenido tiempo más que suficiente para pensar.

Resoplé, poniendo la camiseta del derecho y metiendo los brazos en ella como si diera puñetazos al aire, al tiempo, al espacio y a la realidad misma, por entrometerse en lo que era nuestro. En lo poco que teníamos.

—Sabíamos que se volvería más difícil. Que el trabajo y las obligaciones... acortarían las visitas. Que las harían más espaciadas. Los dos ponemos de nuestra parte.

—No me refiero a eso y lo sabes.

La vi ponerse la ropa interior, subirse la falda por aquellas piernas que habían abrazado y dado calor a mi rostro. Abotonarse el jersey. Cada gesto fue como un mal golpe. Como un paso más que la alejaba de mí antes de tiempo. Siempre antes de tiempo.

—No entiendo por qué quieres discutir.

—¡Porque nunca lo hacemos, ese es el problema!

Me crucé de brazos, mirándola sin comprender cómo la burbuja nos había reventado en la cara y, después de habernos comido a besos, ahora nos ahogábamos sin razón en los restos jabonosos del que debía ser un reencuentro feliz.

—¿Desde cuándo no tener problemas es un problema?

—No entiendes nada.

Lanzó el neceser a la bolsa. Y el cepillo de pelo. Guardó las gafas que usaba para leer por la noche en el estuche y la percibí tan molesta que incluso un objeto tan delicado como ese acabó en el fondo de la maleta, igual que nuestras ganas de hacer de una tarde quimeras de tiempo. La recordé preciosa llevando esas mismas gafas cada vez que la veía a través de la pantalla del móvil. La recordé preciosa tumbada entre mis brazos hacía solo un instante.

La recordé mirándome con todo el dolor del mundo desde el atril de aquella sala, y ese recuerdo, que no pertenecía al momento presente, me nubló el juicio. Errático, aparté las almohadas de la cama para sentarme, con un suspiro que hablaba del agotamiento del que, tal como ella había dicho, uno no entiende nada por más que se esfuerce todos los días en comprender.

—No quiero pelear. No es justo. No es lógico. Apenas nos vemos, ¿por qué vamos a desaprovechar...?

—Esa es la cuestión. —Insistió. —No todo está bien por el hecho de que nos dé pereza usar los pocos ratos que tenemos para hablar de las cosas. Porque el tiempo pasa y en algún momento, habrá que hablarlas.

—El tiempo pasa y cuando se va, te vas tú. ¿No entiendes que lo único que quiero es mirarte, besarte, sentirte?

—¿Durante cuánto tiempo?

Supé que no se refería al cómputo de horas que podíamos robarle al día. O a un fin de semana que lográramos cuadrar estar juntos de cada tres.

Nuestro tiempo avanzaba y con él aquella relación triangular que formábamos los dos junto a la distancia que nos separaba. La emoción inicial, las ganas del reencuentro la aventura del viaje a medio planear, de la escapada apenas pensada, de la locura compartida aderezada con ese vernos de refilón cuando no esperábamos coincidir empezaba a palidecer ante la realidad que se nos iba presentando, ante esa pregunta imposible, inexpugnable, insoportable que tarde o temprano, sin importar en qué ciudad te escondieras, qué vuelo nocturno tomaras o en qué hotel decidieras hospedarte, llegaba sin que pudieras hacer nada para evitarla.

¿Adónde iba aquello? ¿Tenía un futuro? ¿Era real?

—Cuando estoy contigo solo quiero estar contigo.

—Y cuando me voy sigues con tu vida como si nada.

—¡Pero ahora estás aquí! ¿No es eso lo que importa?

Me levanté y tomé sus manos, quise echarlas alrededor de mi cuello. Bailar sin música. Besar sin miedo y apretarla contra mí a base de todas las promesas que sabía que no podía hacer, por miedo a aferrarme a ellas antes de saber si podría cumplirlas.

Se deshizo.

—No es suficiente.

—No me apartes, por favor.

—No es suficiente ser solo cuando estamos, ¿qué pasa después?

—Vivimos. —Así había sido antes. Así lo habíamos hablado. —Los dos. No podemos agarrarnos a la ausencia ni dejar que nos devore la distancia o ni siquiera los momentos juntos valdrán.

—¿Es suficiente para ti?

—Es lo que tenemos ahora.

—¿Y es todo lo que quieres?

Me tapé la cara con las manos. Preguntas. Cuando. Dónde. Por qué. Tiempo. Espacio. Distancia. Suficiente. Instante. Momento. Ausencia. Miedo.

Se me hacía pequeñita delante y yo odiaba hacerle daño, porque lo hacía incluso aunque pretendiera evitarlo. Porque lanzarnos a aquello teniendo cajones abiertos había sido una locura. Porque a mí me latía en el pecho todo el temor del mundo y si ella también lo sentía, si podía vérmelo, entonces las costuras amenazaban con abrirse.

Porque sabía que intentaba no llorar para no mostrarme lo mucho que la destrozaba, y notar lo hacía que casi se me parara el corazón.

Ese corazón que no era mío.

Que no me había pertenecido jamás.

—¿Quieres que acabe? ¿Que dejemos de vernos?

—Quiero una seguridad. Algo claro. Quiero saber...

Que me tenía. Que yo la tenía. Que pelearíamos juntos contra el resto. Contra todo lo demás. Quería justo lo que no estaba en mis manos. Lo que no le podía dar.

—Yo solo quiero que me mires como cuando entré a esta habitación y verme parecía lo único que deseabas. Lo único que podía hacerte feliz en el mundo. Y saber que es así como te sientes, incluso cuando no me tienes.

—Ya no sé si es así o si es una ilusión. —Y con la sentencia, me mató. Miró mis restos desde lo alto y dejó que siguiera cayendo por no callar. Por hablar del tabú que yo me había

empeñado en esquivar. Por ese cadáver bajo la alfombra que resultaba que era yo, inerte por incapaz de sentir, de decir y de expresar lo que me aterraba de verdad. —No sé si te miro como te miro por todas las veces que no te puedo mirar. O si me empeño en quererte porque de saberte ajeno te empiezo a idealizar. No sé si esto es verdad, y si no lo es... no sé si lo puedo perdonar.

—Prometí que te iba a encontrar. Que nunca te dejaría de buscar.

Ahora sí, con los ojos surcados de lágrimas, con todo el pesar del mundo hundiéndose en ese mar de sus ojos que había brillado hacía un rato, pero en el que ahora los dos nos íbamos a ahogar, dijo aquello que unía los dos mundos, y que al mismo tiempo, los volvía a separar.

—¿Entonces por qué me dejaste marchar?

VEINTIOCHO

Crioablación

—¡Insisto en que deberíamos hacerte alguna prueba!

—De verdad que no. Está todo bien.

—Pero... ¡Adrián!

Habitado como estaba a escuchar mi nombre con aquel tono que mezclaba la preocupación con la exasperada certeza de que algo iba mal, solo sonreí a la fisioterapeuta y empujé la puerta del cubículo con el hombro, mirando de soslayo, y muy pagado de mí mismo, la pelotita amarilla, que yacía en el suelo, rendida y olvidada tras haber ido arrancada de su reino de terror.

Adrián uno, puta prueba de soplar trescientos veinte. Pero ese uno valía mucho. Lo valía todo.

Incluso las lucecitas que iban guiándome en mi camino a la taquilla, pegadas a mis ojos, haciéndome andar en eses como si me hubiera tomado un par de *whiskys* demasiado deprisa. Las voces de la cabeza, las imágenes inconexas y la extraña sensación en la boca del estómago y la nuca amenazaban con robarme el instante de triunfo, pero decidí ignorarlas. Por salud mental, si acaso aquello seguía siendo una opción para mí. Porque me negaba a seguir siendo una víctima de mis propias necesidades descubiertas.

Mi vida se sentía como un jodido naufragio, pensé cuando logré alcanzar los vestuarios. Yo era un pecio en mí mismo, un pedazo de casco resquebrajado y enmohecido que yacía varado en una playa maldita, cuya arena antaño blanca se surcaba ahora del rojo de los muertos, cada vez que subía y bajaba la marea. En rachas de buen viento, mis velas todavía hacían el intento de flotar hacia un horizonte más prometedor, pero entonces, la madera partida se incrustaba todavía más entre los guijarros de la playa, haciéndome imposible avanzar.

—Pero hoy he ganado yo. Hoy he sabido cómo flotar.

Del hundimiento había rescatado algo que me había ayudado a sobrevivir y encontrar cobijo. Comida. Agua. Un teléfono satélite. Un pequeño alivio que debí saber que no iba a durar, pero al que me agarré de todos modos porque, igual que el que yace bajo el agua más segundos de los que puede soportar, estaba desesperado por encontrar el modo de respirar.

Me llené los pulmones mientras me duchaba y cambiaba de ropa, creyéndome mi propio cuento de castillos en el aire y princesas de reputación dudosa, de las que se dejan besar por el mero hecho de ser rescatadas de un peligro que ellas solitas habrían podido evitar. Salí con el pelo húmedo y me despedí con la mano de aquellos como yo que se escondían de ellos mismos, viendo pasar los días en la tierra de nadie de ser unos pacientes recuperados que nunca dejarían de ser tratados como enfermos.

—Nos vemos el miércoles.

Atravesé la puerta antes de que la fisioterapeuta pudiera detenerme o decir cualquier cosa que me empujara a pensar que, naturalmente, algo estaba mal conmigo. Algo que pensaba que a fuerza de ignorar, iba a poder arreglar. Se ve que el trasplante no me había matado lo iluso. Ni lo cabezota, pues empeñado en sortear lo que se me atravesaba a golpes en lugar de dar un rodeo en otra dirección, caminé a la desgracia creyendo que huía de la pena y me di de bruces contra la realidad que, por distinta a la que yo quería, me empeñaba en evitar.

Debo admitir que sonreí, algo que no hacía desde hacía muchos días. Cuando llegué al aparcamiento y reconocí el coche de mi hermano los labios se me curvaron y hasta levanté la mano para hacerle notar mi presencia. Quizá no contento, pero sí en paz con el hecho de haber

sido capaz de superar un escollo y demostrar que había, al menos una sola cosa en toda aquella pesadilla en forma de una vida 2.0 peligrosamente vestida de inconformidad, que podía controlar.

Algo que me pertenecía.

Donde las normas, los límites y los resultados dependían de mí.

Una mentira más de todas las que ya llenaban mi cupo. Una, que rebasó el vaso y estrelló los vidrios contra la peor pared posible: la de mi relación con Raúl.

—¿Adivina qué? no, déjalo. —Tiré de la manecilla de la puerta trasera y lancé la mochila dentro. —Nunca acertarías, ya te lo cuento yo.

—Adrián.

Levanté el brazo para callarle, pero otra cosa me cerró la boca a mí. De forma tan abrupta, que pareció que el golpe que supuso la presencia, allí agazapada, me cosía los labios para impedirme volver emitir sonido alguno jamás.

Ella.

Era ella.

¿Cómo podía ser?

Era imposible, y sin embargo...

¿No lo era?

—Raúl, ¿qué cojones?

Mi hermano, con la misma cara de culpable que había delatado las cosas malas, estúpidas, buenas y ridículas que había hecho a lo largo de toda su vida, se me acercó. Al percibir su expresión de disculpa me aparté dos pasos, y volví a levantar la mano, pero esta vez para advertirle sin palabras que no se le ocurriera tocarme.

Jamás le había hecho daño físico a Raúl, pero no estaba seguro de seguir manteniendo esa promesa si se acercaba un paso más. Joder, no estaba seguro ni de ser capaz de no provocarme secuelas a mí mismo si todo aquello no se desvanecía ante mis ojos y demostraba ser una más de mis imaginaciones.

Por favor, hostia, rogué en silencio, o al menos, eso esperaba, que no esté pasando. No aquí. No ahora.

Cerré los ojos con fuerza, pero al abrirlos, igual que el dinosaurio del famoso microcuento, ella seguía allí. Más allá de lo que había estado nunca hasta entonces, y al mismo tiempo, fue como si su presencia no tuviera sentido, como si alguien la hubiera sacado de contexto y ahora intentara introducirla en un decorado al que no pertenecía. Mirarla fue como ver un anacronismo.

Observar la incomodidad de su semblante, la clara ansiedad que le suponía tenerme delante, casi me paró el corazón. Algo que seguramente, pensé con un cinismo que solo vaticinaba una tormenta, sería la peor de las ofensas que podría hacerle.

—Adrián... escúchame.

—No quiero hablar.

Pero mi hermano no había entendido nunca la sutileza de las señales que indicaban cuando una conversación no iba a tener lugar. Por supuesto, esa vez, no fue la excepción.

—Lo he hecho por ti. Para ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Y cómo cojones quieres ayudarme trayéndola aquí? ¡Aquí! Después de que te dije...

—¡No estás actuando con cordura, Adrián!

Fue como si el primer puñetazo lo hubiera dado él. Me acerqué un paso, Raúl no se movió, seguro como estaba, por tener toda una vida de garantía, de que no habría nada que lamentar.

Haría bien en no estar tan seguro.

—Me han sondado. Intubado. Clavado agujas. Abierto el pecho en canal. Cosido. Cortado y vuelto a remendar. He meado en botes. Cagado en la cama. Vomitado con público. —Noté el palpar de la furia en las sienes, en las muñecas. Detrás de los ojos. Percibí como ella se inquietaba. Y como a pesar de todo, yo no era capaz de apartarla de mi vista, aun cuando hiciera esfuerzos tácitos por no mirarla. —He pasado por un puto infierno desde que todo esto empezó, incluyendo creer que me volvía loco, que imaginaba cosas, que me había enamorado de una mujer que no existía y que todos a mi alrededor pensaban que lo más humano para mí sería encerrarme y tirar la llave al Manzanares.

—Adrián...

—¡No he terminado, joder! —Levanté más la voz. Esta vez, la señalé. —He peleado con fuerzas que no conoces, Raúl, que no entiendes, de las que no tienes ni puta idea. He puesto del revés aquello en lo que creía, lo que sabía y hasta lo que he sentido porque todos me decían que no era posible, que no podía ser verdad. Que ella no era. Que no estaba. Y lo creí. Lo creí incluso cuando la tuve delante y, sin explicar por qué la había visto y sentido antes, se convirtió en algo tangible. En algo de verdad. Pero imposible.

Cogí aire, no quería oír su réplica, no dejé que nadie se interpusiera entre mí y mi declaración de estar hasta los huevos de que nada de lo que pedía, rogaba o exigía importara una mierda. Ya estaba bien joder. No pensaba aguantarlo más.

—Si todo eso es cierto, ¿por qué quieres renunciar? ¿Por qué rechazas la posibilidad de que esté aquí, de que puedes hablar con ella, de que los dos...?

—¡No es cosa tuya, Raúl! ¡Joder, no es cosa de nadie, ni siquiera mía, ni de ella! —La chica, confundida, bajó la mirada. Estaba muda, pero yo leí en su expresión, lo poco que pude observarla antes de que el suelo se llevara toda su atención. Me descubrí entendiendo por sus gestos lo que decía sin mediar palabra, lo que sentía por la forma de sujetarse las manos, de mover los pies. Si estaba allí era o bien por coacción, o impelida por el aleteo de su hermano que ahora volaba a medias dentro de mi pecho. Cualquiera de las dos opciones era igual de funesta para mí. Cualquiera de las dos, ratificaba lo decidido. —No tenías ningún derecho a forzarme a esto. A traerla aquí para que enfrente lo que según tú tengo que enfrentar. Soy un hombre adulto, coño, ¿cuándo lo vas a asumir?

Raúl levantó la barbilla, envalentonado para decir algo a lo que yo respondería sin dudar. Y de lo que luego, nos arrepentiríamos los dos.

—A lo mejor cuando tú te comportes como uno y empieces a asumir como es tu vida de verdad, en vez de estar asustado de cada cambio con el que te tropiezas en el camino.

—¿Asustado como lo estás tú de convertirte en padre?

—Adrián...

—Te metes en mis decisiones porque te es más fácil que aceptar que tienes que tomar las tuyas. Te agarras a que estoy enfermo para no tener que valorar el estado de tu vida, de tu relación y del futuro que tu marido quiere pero tú pospones por razones que no sabe nadie. Soy tu excusa, pero estoy hasta los cojones de que me paseéis de un lado para otro. El cuento del enfermo se te ha acabado, a ver en la puta vida de quién hurgas ahora para no hacerte cargo de la tuya.

Metí medio cuerpo en el coche y agarré la bolsa del gimnasio. Sentí que me temblaba todo el cuerpo cuando pasé junto a ella, la chica de mis sueños, con la que había discutido, hecho planes, recorrido Madrid, follado hasta el cansancio, reído, llorado, hablado durante horas por teléfono, a la que había añorado, besado en cada pétalo y cada espina que conformaban su ser, y que yo

conocía más y desconocía más a cada vez que le hacía el amor, estando dentro de ella o sintiéndola en cada poro de mi piel.

No le dije nada. No pude hacerlo.

Me quedé con el leve aroma de su recuerdo que se me pegó al cuerpo cuando seguí de largo sin girarme, porque con todo y las mierdas que había soltado a mi hermano, allí el más cobarde de todos era yo, que no me atrevía a mirar lo único sobre la faz de la Tierra que necesitaba ver, por miedo a que la mirada que me diera de vuelta rompiera lo poco de mí que quedaba en pie.

Ojalá, mi hermano no se hubiera entrometido.

Ojalá no me hubiera hecho tener que enfrentar la verdad de que verla igual que necesitaba quererla, era algo que estaba lejos de poder ser.

Ojalá hubiera sabido hacer las cosas de otra forma, pero en el nuevo corazón, igual que en antiguo, parecía quedar espacio para el rencor.

De eso, no tenía culpa mi hermano, el donante, la vida, o cualquier otra excusa de las que ahora buscaba a la desesperada en mi interior.

De eso, el único responsable era yo, que nunca supe pedir perdón antes de largarme sin decir adiós.

Llegué a mi piso con los puestos. Pasar por casa de Raúl y Manu habría supuesto otro enfrentamiento e infinitos transbodos, amén de un tiempo que habría enfriado mi ira, cosa que no podía permitirme.

Solté la bolsa de la terapia física en el suelo y me dejé caer en el sofá, a oscuras. Olía a cerrado por doquier. Seguramente la nevera estaría vacía y el polvo cubriría todas las superficies. Aunque estaba en el que había sido mi refugio, mi casa, mi hogar, no se sentía así. El peso de las malas palabras dichas a mi hermano me ahogaba hasta el punto de tener que quitarme la sudadera y notar como las gotas de transpiración me escurrían por el cuello. Cerré los ojos. Me apreté las sienes.

Yo había decidido subir la pelea de nivel, dar la espalda a lo único que tenía, Raúl, y a la precaria esperanza de aquello que anhelaba tener, ella; para dar un golpe en la mesa, disfrazado de crearme la mentira de que tener el control de las cosas me hacía más válido, cuando la verdad era que me había convertido en un gilipollas.

Tiré de la cremallera de la bolsa. Tenía medicación justa para un día. No llevaba el cargador del móvil. Me había dejado los informes médicos, así como toda mi ropa, calzado y elementos útiles de aseo en casa de mi hermano. En la que había sido mi casa desde que me operaran.

No había calculado los costes de mi estampida, y por supuesto no me refería a las cosas que había dejado atrás y tendría que reponer con brevedad en aquel exilio escogido; sino en el pago emocional que me iba a suponer asimilar lo que había dicho y lo que esas palabras, iban a hacerle a Raúl.

Le había llamado cobarde y puesto en juicio la forma en que llevaba su relación, asumía su realidad y se enfrentaba a los cambios.

A él, que fue el estoico que tuvo que ocuparse de casi todos los factores prácticos de la defunción de mi madre mientras yo actuaba como un adolescente enfadado con el mundo, dando patadas, puñetazos y gruñéndole al que se me acercara.

A él, que había paralizado su vida para cuidarme. Que había pospuesto sus planes para estar conmigo, para vigilar que me mantuviera vivo porque ambos, éramos lo único que el otro podía entender como familia después de las terribles pérdidas que habíamos sufrido.

Me había perdonado otras veces. Muchas, pero nunca algo tan gordo. Nunca algo tan

desagradable.

Había pretendido ayudarme, estaba seguro, Raúl nunca hacía las cosas por maldad, y sin embargo, yo no había visto más allá de mi propio miedo, de mi propia inseguridad. Temía más que a la muerte que me había rondado verla a ella porque hacerlo significaba enfrentar que sus ojos no iban a mirarme como yo recordaba que me miraron, aunque nunca lo hubieran hecho de verdad.

Significaría la posibilidad real de que me dijera que lo que no había sido no iba a poder ser, porque lo que yo suponía para ella era ser un receptáculo que albergaba los latidos vivos de quien había muerto dejándola atrás.

Podía entenderlo.

Más que nadie.

No quería saber nada de la persona que viviera por la partida de mi madre. El odio que sentiría, durante tanto tiempo que cifrarlo me resultaría imposible, sería visceral.

¿Cómo plantear si quiera la opción de conocerlos?

¿Cómo explicarle, cómo decirle, que estaba seguro de que de alguna forma, en alguna especie de universo paralelo, nos habíamos querido hasta que aquel corazón que no debía haber sido mío, casi había explotado de emoción?

Jamás lo aceptaría.

Incluso a mí que lo había vivido me costaba entenderlo.

Pero una cosa era asumir el rechazo dentro de la cabeza y otra, que te lo pusieran delante, porque eso me habría obligado a anular el último ‘y si’, que callado y apenas visible, me mantenía cuerdo para soportar un día más. Ese que no me atrevía a reconocer que existía ni ante mí mismo.

Ese que Raúl, con su buena fe, había estado a punto de arrebatarme.

—Pero no se merecía... joder, ¿cómo cojones he podido decirle algo así?

Al final, mi expediente brillante de no haberle dañado nunca se había ido a la mierda de la peor de las maneras. Puede que no le hubiera tocado un pelo, pero el golpe recibido valía lo mismo que el peor de los puñetazos.

Porque se lo había dado desde dentro, con el tono más hiriente, escupiendo en palabras todas las inseguridades que sabía que él sentía y usándolas en su contra, arrancándome de su vida, de ser su amparo y su refugio como él había sido el mío en momentos de necesidad. Como una ablación de tejido blando que, después de ser atacado con frío, quedaba extirpado de los dos, separándonos en una distancia que era más que física.

—No tenía derecho a hacerlo. No así. No allí. Verla o renunciar tenía que ser mi elección. Aceptar y rendirme tenía que haber sido mi elección. Dejarla ir, olvidar... era mi jodida elección.

Como mía había sido la de desaparecer. Huir, esconderme para lamer unas heridas que me había provocado solo.

Volví a ser el crío enfadado con el mundo que daba puñetazos y golpes por doquier, el que cerraba de un portazo antes de pararse a pensar si se dejaba algo de valor incalculable al otro lado de la puerta. Ese que no se disculpaba antes de maldecir lo que dejaba atrás.

Agotado, me llevé las manos al pecho y cerré los ojos, recostando la espalda en un sofá que había comprado por ser extremadamente cómodo pero que ahora se me antojaba la peor de las torturas. El latido regular me hizo sentir miserable. Pequeño, ingrato e injusto.

No solo había herido a la única persona que me había querido a pesar de mí mismo, sino que me había negado la posibilidad de mirar una vez más a la única chica que había sentido querer desde que me habían dicho que podía soñar con no morir. ¿Qué pensaría de mí ahora? ¿Qué

pensaría Raúl? ¿Qué narices pensaba yo, confundiendo libertad con abandono? Puede que siguiera vivo, pero en el silencio de mi casa, a solas con nadie, olvidé cómo se hacía para respirar.

VEINTINUEVE

Marcapasos

Cuando uno vuelve a casa después de mucho tiempo, siempre le cuesta adaptarse. Entendiendo casa como el sitio donde ha morado, sentido, guardado sus cosas y tenido sus pensamientos más profundos y los momentos más humillantes y ratos de infinita frustración.

Parecido al síndrome postvacacional, donde todo te parece peor y más deslucido.

Algo similar sentía en esos momentos, deambulando por las habitaciones, encendiendo luces para luego dejarlo todo en una oscura penumbra que no me permitiera observar mi imagen en el espejo. Abrí cajones que volví a cerrar para no enfrentarme al hedor vacío de un contenido que había preservado en su momento pero ya no lograba recordar por qué había querido conservar.

Cociné con la tele puesta de fondo, solo para notar que, de pronto, el murmullo sin sentido de fondo me molestaba. Era como si acallara mis pensamientos, por más que estos, de darles rienda suelta, me hundieran en un somero malestar.

—¿Queda algo más de mí que se haya actualizado sin avisar, joder?

Eché a la basura una tortilla de verdura que aún humeaba. Abrí una cerveza pero se calentó antes de que pudiera darle un sorbo. De la ensalada que había preparado, con mimo, aguacate, brotes de soja y un poquito de parmesano, no supe nada. Era como si hiciera las cosas por mantener ocupados los brazos y la mente atribulada en cuestiones prácticas que escondieran la verdadera tribulación, pero esas eran acciones que no podían llenarme, igual que tampoco lo haría ningún almuerzo por más tiempo que le dedicara a su preparación. Vacío de ganas. Inapetente de cualquier tipo de actividad por más que hubiera deseado hasta hacía pocos días contar con mi espacio propio para estar a solas y ser yo, encontraba la casa demasiado grande, llena de menaje con una historia que se me antoja ajena.

No me sentía quien se suponía que debía ser, y allí, sentado a la mesa de la cocina, mirándome los pies descalzos, me pregunté si la incomodidad que me ahogaba era a sabiendas de lo que había hecho mal en pos de una libertad que estaba claro no había entendido bien.

Igual que de crío, cuando engañaba a mi madre con alguna cuestión ridícula y le contaba una mentira que ella fingía creer, porque sabía que el remordimiento por haberla engañado sería para mí un castigo más grande que cualquiera que me pudiera imponer.

Remordimiento. Sí. Eso era. Igual que al que le devuelven de más en el supermercado y de pronto tiene mil opciones para gastar un dinero con el que no contaba pero se ve incapaz de escoger ninguna porque sabe, en el fuero interno, que no le pertenece.

En medio de mi propio naufragio de estupidez, lamenté no haber respirado hondo y escuchado lo que Raúl tuviera que decir. Y haberme ido como me fui, por el miedo que me daba verla a ella, allí, frente a mí, sin trampa ni cartón, sin efluvios de recuerdos pasados a contraluz, ni imaginaciones de esas que podía permitirme afrontar porque me engañaba con medias verdades, diciéndome que no me pertenecían y por tanto no podía cambiarlas ni opinar sobre ellas, solo dejarlas fluir e interactuar simulando que era quien tal vez, nunca había estado destinado a ser.

Raúl me había puesto ante la única situación que no me sentía con coraje para afrontar. No estaba enfadado con él, sino conmigo, porque con todo y tanto que decía sentir por aquella chica, que me había obsesionado, perseguido y acompañado durante la etapa más complicada y extravagante de mi vida, la idea de enfrentarlo me paralizaba.

—No puedo darle lo que recibí sin que fuera para mí... y lo que quiero darle, tal vez ella no lo

quiera.

Me tapé la cara con las manos, preguntándome, tarde y mal, qué la habría impulsado a acompañar a mi hermano hasta la salida del centro de fisioterapia. Por qué habría aceptado verme si hacerlo era un recordatorio constante de que yo caminaba, hablaba y vivía porque su hermano había tenido que fallecer.

No se me ocurría como empezar la conversación que se supone debíamos tener. No había manera de explicar que, en aquel corazón reubicado, parado y vuelto a encender, había empezado a mecerse a fuego lento un sentimiento del que no me podía desprender. Sabía cómo consolarla y más o menos, qué decir para hacerla sonreír. Sabía cómo tomar sus manos, como besar sus labios y la manera en que suspiraría si la aferraba contra mí. Sabía cómo hacerla feliz, en el sentido más físico y simple. Y conocía secretos de su cuerpo y su mirada que nunca habíamos podido compartir.

¿Cómo ponerme ante ella y decirle que sabía que me quería si no nos habíamos llegado a conocer?

—Pensaré que estoy loco. Y lamentaré todavía más la donación. No tiene sentido. Es una locura.

Desde lo de mi madre, las segundas oportunidades dadas por un ordenador y una lista de nombres me habían parecido arbitraria. Ahora que yo formaba parte del ilustre grupo de supervivientes de un mal que se cobraba peajes vitales para dejarnos a otros seguir recorriendo aquella carretera maldita del vivir, lo corroboraba.

Nadie se reconcilia nunca con el que queda en pie cuando los que quiere han caído.

Nadie podría amar con el corazón a un corazón que antes, ya ha perdido.

La mirada se me desvió hacia el cajón situado bajo el fregadero. En él había guardado el abridor, los panfletos de mis restaurantes de comidas rápidas favoritos y... un sobre, cuyo contenido había garabateado el día que me diagnosticaron, y que solo revisé cuando mi estado pasó de grave a realmente jodido. Me levanté despacio y lo busqué. El papel se había amarilleado pero el contenido, escrito en tinta azul, seguía intacto. Algo se me anudó fuerte en el pecho cuando lo releí, después de años sin haberlo repasado, pero recordando cada letra de lo escrito como si hubiera sido ayer.

Los últimos de Adrián...

—Si este fuera el final, porque lo es... ¿cuál escogerías?

Todos tenemos una lista en la cabeza. O hemos jugado a hacerla en una noche con amigos, ante botellines vacíos de cerveza, sentados en una terraza mirando al mar o viendo pasar a la gente ataviada con abrigo mientras titilan las luces navideñas. Hay mil escenarios posibles, cualquiera válido, el contexto en este caso no importa. Para mí, sin embargo, fue vital. O mortal, mejor dicho.

Uno no siempre valora las cosas. Al menos no hasta que las pierde. Miramos el cine, escuchamos la música y pasamos por los sitios como si siempre hubiera una opción a repetir, cuando la realidad es que la vida es exactamente igual a un plató donde se ruedan escenas de incendios; solo tienes una toma. Una y nada más. No hay dobles secuencias o nuevas posibilidades de hacerlo mejor. Por eso, cuando fantaseamos con el final, y nos planteamos cuál sería la última canción que escucharíamos, el último beso que daríamos o la última comida que degustaríamos, lo hacemos con la feliz certeza, con la calma y tranquilidad de que es solo una ilusión, una forma de pasar el tiempo, nada vinculante. Nada auténtico.

Para mí lo fue.

Redacté cada una de las palabras con la consciencia de que si el infarto no era fulminante,

sabría exactamente el momento en que iba a morir y podría controlar las últimas horas. Aunque estuviera en un estado precario o en una situación realmente incómoda y dolorosa. Pediría la menor cantidad de sedación. Intentaría mantenerme despierto y consciente. Escucharía esa canción. Vería una fotografía de mi madre en particular. Pediría llevar puesta una camiseta en específico. Querría, si fuera posible, que la televisión estuviera puesta de fondo, y, para terminar...

—Cogería la mano de mi hermano. Y le miraría a los ojos, hasta que no pudiera verlo más. Joder, Adrián...

Guardé el papel con reverencia, introduciéndolo en el sobre con el cuidado que unas últimas voluntades requerían. El malestar que ya sentía se me triplicó.

Solo un estímulo externo, lo bastante fuerte para arrancarme de mi desidia interior, podría sacarme del bucle infinito de mi lástima por mí mismo, de aquella especie de depresión del superviviente que me habían advertido que sentiría pero que estaba seguro venía dada por unas cuestiones que ningún otro trasplantado había sentido antes.

Ocurrió en forma de llamada al timbre. Insistente. Molesto.

—Alguien se va a llevar buena parte de mi frustración a casa...

Me calcé las deportivas sin atar y caminé por el pasillo a oscuras, tropezando con el sofá y una estantería, cuyos libros apilados quedaron tumbados sobre la balda. Rebufé. Unas pocas semanas y ya había olvidado conducir, el gusto por el sonido ambiente de los programas de tertulia musical, la distribución de mis muebles... y quién sabe cuántas mierdas más.

—Lo que no te dicen, y deberían, es que tu órgano nuevo tendrá acceso a tu información personal para mandarla a tomar por culo sin permiso.

Abrí la puerta, sin estar muy seguro de qué o a quién esperaba encontrarme... pero hallando al otro lado del umbral a mi cuñado, Manu, que tenía los brazos cruzados. De su codo derecho colgaba una bolsa en la que reconocí el emblema de la farmacia donde comprábamos mi medicación. Raúl debía haberle mandado.

Como si no me sintiera ya lo bastante basura.

—Escucha, tío...

Pero me calló con un gesto. Estiró los brazos y me señaló.

—¿Estás estable, sin temblores, sudoración, mareos ni nada por el estilo? —Confundido, asentí. —¿Has comido, te has tomado las pastillas esta mañana? —De nuevo, lo confirmé. —¿No estás mareado ni te sientes débil?

—Que no joder, ¿qué coño...?

No pude terminar la pregunta.

No me dio tiempo.

Lo siguiente que supe es que me tambaleaba. Manu me había propinado un empujón colocando sus manos abiertas en mis hombros, empujándome hacia atrás mientras farfullaba algo que sonaba sospechosamente a una recriminación —muy merecida— sobre el trato que había dado a mi hermano. Intenté mantener la verticalidad, sujetarme a algo... pero no recordaba qué estaba dónde o dónde tenía el qué, de forma que las manos, agarrando un aire que hizo poco o nada por mí, se vieron sin asideros. Me pisé el cordón suelto de la zapatilla y, sin remedio, acabé de culo contra el suelo, tirado cuan largo era, hecho un guiñapo en mi propio salón.

Me di un golpe, y aunque no perdí la consciencia, parte de la realidad, como venía siendo habitual, se me difuminó...

—Ahora tengo una obsolescencia programada, ¿ves? Soy como un iPhone. Este marcapasos es una especie de App de última generación. De última, última. Actual que te mueres.

Chasqueé la lengua. Seguía odiando aquellas bromas. Todas ellas. Las referidas a la muerte inmediata, las de las apariciones como espíritu vengativo, las de ser de luz que movería cosas y pondría mensajitos en la nevera usando los imanes, la de ser una especie de medio robot que perfeccionaban para conseguir una mayor viabilidad de los humanos...

Nada de eso me distraía del hecho cierto, categórico, inolvidable e inmutable de que mi hermano estaba a punto de morir. De hecho, la sustitución del aparato que llevaba por el que tenía ahora así lo corroboraba. Era más un paliativo, algo de control. Efímero. Que le acompañara en sus últimos días.

Porque a eso se nos había reducido el tiempo.

Y yo no podía soportarlo.

—Para. En serio.

Fue su turno de chasquearme la lengua a mí. Hasta eso lo teníamos en común. Gestos, pequeñas manías... cosas que habíamos compartido, imitado del otro, que nos habían definido... y que en un tiempo incluso llegaran a molestarme. Ahora deseaba con todas mis fuerzas haberlas atesorado más.

—Dame una semana. Menos si he cogido alguna mierda en el quirófano. —Encogió los hombros, que eran apenas unos huesos acariciados por piel pálida y cetrina. —Ya sabes hermanita, habla ahora o...

Se pasó el índice por el cuello y sonrió. Solo con la boca. Hacía mucho que sus ojos no mostraban expresión.

—¡De verdad, Danny, para!

Me levanté de la cama donde había estado acompañándolo y un montón de carpetas selladas con el nombre de la clínica, historiales de pacientes en situación terminal o de extrema gravedad por fallo orgánico se desparramaron por el suelo. Mi hermano, mucho más comedido, dejó la suya en la mesilla, se rascó la cabeza, prácticamente calva, y cruzó los brazos.

—¿A qué viene tanto drama? Soy yo el que se muere. Cuando me quitas protagonismo te pareces a nuestra prima Isabel, la que quiere saber de todo.

—No soporto que hagas chistes sobre esto.

Sonrió más.

—Me han quitado todo, hermanita. Incluyendo la decisión de cuál va a ser mi último latido.

—Señaló el maldito aparato. —Lo único que me queda, es reírme. No van a poder decidir cuando voy a soltar la última carcajada, así que pienso hacerlo cada vez que pueda. Y los pedos. Eso tampoco lo podrán detener. ¿Me prometes pedir que no me metan cera en el culo, para que suelte alguno post—mortem?

Juntó las manos como si rezara y yo, que lloraba, porque era todo lo que mi propio cuerpo, tan maltrecho como el suyo a pesar del funcionamiento, era capaz de hacer, sonreí también.

—Pondré unos altavoces entre las mortajas y los conectaré con el exterior para hacer eco.

—Dios, sí. Te quiero.

A pesar de lo morboso de la conversación, tuve que sonreír. Le habría dicho que sí a todo lo que me pidiera, exactamente igual que cuando todavía nos quedaba una vida entera para cometer locuras juntos.

Apuntalé la rodilla en el colchón e incliné el cuerpo para que Danny tuviera mi torso como apoyo. Acurrucó la cabeza y yo le acaricié. Se me clavó la cánula de oxígeno en la carne, pero

no me importó. Mi hermano intentó abrazarme pero su brazo, sujeto al gotero, no llegaba. Me incliné más. Era una postura realmente incómoda, pero no sabía cuántas más tendría.

—¿Alguna petición más?

—He hecho una lista.

—¿Una lista?

Levantó la mirada, asintiendo.

—De últimas cosas.

—¿Qué tipo de últimas cosas?

Me removí para que pudiera acceder al cajón de su mesita. Sacó un cuaderno garabateado. Pasó las páginas. Lo curioso de esto es que yo puedo contarle en frases cortas y rápidas, pero a él le costó un mundo llevar a cabo estas acciones. Tardó en poder doblarse y erguirse lo suficiente para volver a recostarse contra las almohadas, y para manipular el pesado cuaderno precisó de las dos manos. Aunque todo en mí me impelía a ayudarlo, me contuve para hacerlo. Tenía razón al decir que le habían quitado demasiadas cosas, eso, al menos, debía hacerlo por sí mismo.

Debía hacer por sí mismo todo lo que pudiera, mientras pudiera.

—Aspectos del funeral, unos serios, otros no.

—¿Sigues queriendo que sobre la tapa del ataúd ponga una foto de Kurt Cobain?

—Por favor. —Se restregó los ojos, con aquel sueño inducido por los calmantes que ya nunca le abandonaba. —El ataúd estará cerrado. Nadie sabrá si realmente era él o es que yo me parecía mucho.

—Lo confirmaré a todo el que me pregunte.

Asintió, repasando la lista con el dedo de forma distraída. Demasiado distraída como para que yo me creyera que allí, de fondo, no había algo más.

—Tampoco pases allí mucho tiempo. Dale un beso al aire cuando me saquen de aquí y vete de vacaciones.

—¿Estás loco?

—Estoy cansado. —Me miró. Sin broma ni chiste en la voz. —Agotado. Exhausto. Y tú también. Me queda poco para descansar. Prométeme que lo harás. No necesito que pases por todo eso, ni que estés allí horas. No lo quiero para ti. Cuando no pueda verte, ni hablarte, deja que me vaya.

—Aunque lo prometa no podrás comprobar si lo cumplo o no.

—Quererme es tu kriptonita. Eso y que eres una santurrona. Si das tu palabra la cumples.

—Eres un capullo.

—Ya... pero estoy moribundo, así que no es políticamente correcto que lo digas, en cambio yo... puedo decir lo que quiera. Lo que me lleva...

Me dio la libreta. Me bastó una pasada leve por las palabras escritas con aquella letra pequeña y torcida para encontrar lo que él quería que viera. Negué.

—Ni de coña. No pienso hacerlo.

—¿Para qué crees que son los historiales? ¿Qué utilidad crees que tiene que lea los partes médicos traumáticos y deprimentes de toda esta gente?

—¡Yo qué sé! Me impuse desde el principio pero me dijeron que era alguna clase de mierda terapéutica rollo: haz tu última acción humanitaria.

Danny soltó una risilla mezclada con tos. Le acerqué el vaso de agua y tomó unos tragos. De nuevo, le resultó más trabajoso, mucho más, de lo que podría suponerme a mí nunca describirlo.

—Pues tenían razón. Ayuda. Saber que va a quedar algo de mí, que alguien va a sacar algo

positivo de esto... es como... eso de que quien hace la ley hace la trampa, ¿sabes? Me desahucian. No puedo vivir más, pero algo de mí lo hará. Y no solo eso, les dará vida a otras personas.

—No puedo, Danny. No...

—Está en mi lista de último deseos. —Señaló la primera libreta. —No voy a pedirte que me ayudes a escoger... pero voy a apelar a todo tu sentido de la moralidad, lo buena que eres y tu incapacidad para romper una promesa en esto: quiero que conozcas a los receptores de mis órganos. Quiero que los veas sanos por mí. —Sus ojos, que pronto se cerrarían para siempre, me miraron con anhelo. —Quiero que te alegres de su vida y que encuentres en eso un motivo para seguir.

—Aunque tú te hayas ido.

—Pero nunca del todo. Y no en vano.

Respiré hondo, perdiendo el sentido en los paisajes difusos de aquella ventana que nos entregaba amaneceres y días de lluvia, pasados por brillantes tardes de sol y noches oscuras, sin que nos moviéramos del sitio. Estancados como estábamos en un final de partida cada vez más próximo, encerrados en un cubículo asfixiante del que deseaba desprenderme con desesperación pero al que temía más que nada perder de vista.

—¿Es importante para ti?

—Voy a irme de todos modos... pero lo haré más tranquilo si te dejo una última putada en forma de tareas pendientes. —Nos reímos. Nos miramos. Nos despedimos mil veces, solo por si acaso. —Conócelos. Deja que te digan lo que tengan que decir. Y permite que sus palabras te ayuden. Por mí. Por favor.

Poco había que yo pudiera decir.

—Está en tu lista, ¿eh?

—Y acabo de enviar una copia a mi nuevo marcapasos por si acaso.

—Lo prometo, Danny.

—¿Lo harás?

—Lo haré.

Se volvió a recostar sobre mi pecho, dando golpecitos suaves con el índice en la parte baja de mi cuello a cada latido que percibía.

—¿Quién crees que recibirá mi corazón?

—¿No puedes elegirlo tú?

—Puedo hacer una selección... pero dependerá de si en el momento hay que lo necesite más.

—Espero que respeten lo que quieras tú.

—Yo también. —Sentí que sonreía, aunque no podía verlo. —Creo que te gustaría. Es guapo. Se merece vivir.

—¿Cómo se llama?

No obtuve respuesta. Danny se había dormido y yo aproveché el momento para dejar salir la rabia y la pena. Se merecía vivir... tres palabras que habían copado mis oraciones y maldiciones a partes iguales durante aquellas semanas.

Miré los historiales que antes había tirado al suelo sin querer, viéndolos sin quererlos ver. Sin desear memorizar nombres o quedarme con caras. Todas esas personas merecían vivir, sí, pero mi hermano también y para él no habría milagro. Nadie pondría el dedo sobre su nombre y diría: él.

No me parecía justo. Y hacer lo que me había comprometido a hacer me supondría un trago

amargo que no estaba segura de cómo acometer. O de si fuera capaz de hacerlo... por más que lo hubiera prometido.

TREINTA

Subdérmico

—¡Joder Adrián! ¡Joder!

—Estoy bien.

—¡Y una mierda estás bien! Ni te he tocado y te has ido al suelo. Espera, deja que... ¡espera coño, no seas orgulloso!

Aparté el brazo, aunque no miré a Manu con el ceño que habría debido si la situación hubiera sido menos ridícula y menos culpa mía de lo que era.

—Me has tirado de un empujón. Deja que me levante solo y mantenga un mínimo de dignidad.

—¡Dijiste que habías comido!

—En teoría no es mentira.

La tortilla no tenía mala pinta en el momento de tirarla a la basura.

—Lo siento tío.

Miré a Manu por encima de la mata de pelo mientras me ataba los cordones, acucillado, en ese medio camino entre erguirme del todo y seguir en posición de defensa por si la segunda tampoco la veía venir.

—No me lo creo.

—Pues es verdad. Bueno... casi.

—Ya. —Señalé la bolsa de la farmacia que todavía sostenía colgando del codo. —¿Para mí?

—Te lo manda tu hermano. No te lo mereces.

—¿A Raúl o las drogas recetadas para que mi cuerpo no expulse el corazón trasplantado?

—Estoy por decir que ninguna de las dos cosas.

—Qué duro...

Aunque estábamos de acuerdo. El recordatorio de mi lista de *Los últimos de Adrián* así me lo aseveraba.

—Te has pasado, tío.

—Lo sé. Lo sé y lo siento.

—No es a mí a quien tienes que decírselo. —Manu tomó asiento a mi lado. —¿Quiero saber por qué llevas los cordones desatados?

—Para hacerme el rebelde.

—¿Estás bien, Adrián?

Resoplé, mesándome el pelo, que ya me caía sobre los hombros. ¿Lo estaba? La respuesta más evidente era: ni de puta coña. Pero tampoco quería ponerme dramático. Había sobrevivido, estaba allí para contar lo que me había pasado, con gente que se preocupaba lo bastante por mí como para seguir viniendo por mal que yo actuara.

¿De eso iba la segunda oportunidad? ¿De tener tiempo para limpiar y corregir las cagadas, de no poder usar la excusa mágica, la carta de la cárcel que era la inminente muerte y enfrentar por fin las cosas? Empezaba a entender, a fuerza de todo aquel ensayo, metida de pata, desastre apocalíptico y hecatombe mundial, que en mi caso iba a necesitar todo un set orgánico nuevo si es que quería conseguir hacer algo bien.

Importaba poco lo que intentara o cuánto me dijera que obraba según mi criterio. Este parecía una soberana mierda que, una vez superado el calor del momento, me salpicaba en la cara,

borrando todas mis intenciones, cualesquiera que estas fueran.

—No digo que las formas hayan estado bien.

—Eso se queda corto.

Levanté la mano para hacerme oír. Manu cruzó los brazos. Por si acaso, me aparté un poco.

—Pero tenéis que entenderme. Los dos. Hemos pasado de intentar prácticamente asumir que esa chica, que... ella —trague saliva. Joder, cómo me costaba. —Era un producto de la mala mezcla de químicos que llevo en el cuerpo a aceptar que se ha convertido en una persona real. Que siempre ha sido una persona real. Y que ha estado ahí.

—Ya... eso lo entendemos. No explica que soñaras con ella o que... en forma de flipadas mentales cósmicas tú... la vieras, ¡pero ahora puedes preguntárselo! ¡Esa era la intención de Raúl, que pudieras salir de dudas!

—Sí, cuando él decidió que era el momento.

—Tío, tu hermano no es egoísta.

—No, pero es un impaciente y se cree que las cosas tienen que ser, estar y parecer cuando él lo considera y ha sido así toda la vida.

Manu guardó silencio, seguramente reconciliándose con aquella definición. Yo quería a mi hermano. Joder, era mi única puta familia. La única persona que había cogido mi mano antes y después de que me abrieran el pecho. El que había cargado a mi lado, la caja con los restos de mi madre. El hombro sobre el que yo había maldecido mi suerte y mi salud. Y la sonrisa más grande cuando logré sobrevivir. Le tenía en un jodido pedestal... pero mecánico. Podía bajarle para ver sus fallas, y para saber lo que no hacía bien.

Ponerme ante una situación que yo había declarado de forma categórica que no quería — porque no me veía capaz— de enfrentar había sido un arma de doble filo. Raúl había abrazado contra sus huesos el lado de la ayuda, de solventarme las dudas, de darme ese algo que durante tanto yo había creído que no era para mí, ni existía en realidad. Por otro lado, estaba la aprensión que me había supuesto verla. Aquella expresión que debía tener y no me atreví a mirar por miedo a lo que pudiera encontrar.

A lo que sabía que iba a encontrar.

A lo único que podía encontrar.

Dicen que la probabilidad de que dos rayos caigan en el mismo sitio es ínfima. Bien. Pues la de que un segundo corazón roto pueda ser sustituido dentro de una misma persona es aún menor.

—No dejaste que te explicara, Adrián. Te fuiste sin más, cogiendo las cosas y saliendo por piernas como si...

—¿Y qué me iba a explicar? ¿Qué podía decir? —Negué. —¿Iba a contarme el chantaje emocional al que había sometido a esa pobre chica para conseguir que se me pusiera delante?

La mirada confundida de Manu se me contagió durante unos segundos. Volví a sacudir la cabeza.

—¿Chantaje emocional?

—Venga Manuel. Raúl es abogado. Sabe que putas teclas tocar para conseguir lo que quiere.

—No te sigo.

—¡Ya está, da igual! Sé lo que pasó. Sé cómo pasó. No tienes que excusarlo.

—No te enteras de nada Adrián. ¿Y sabes? Más allá que el tema de la insuficiencia cardíaca, de la operación, de que no sepas lo que es un volante o seas el mejor amigo de las terneras; tu problema principal es justo ese, ese: que vas por la vida de vuelta y no sabes de lo que estás hablando.

Molesto, porque aquella era mi casa y Manu había venido a llamarme ingenuo a la cara, me

levanté. Sentí un leve mareo y me maldije por no haber comido, pero me rehíce pronto. Una cosa era que me hubiera salido completamente de tiesto y otra muy distinta que intentaran robarle veracidad a lo que yo sabía que era cierto. Eso no podía pasarlo por alto. Ni siquiera a mi hermano.

—Vi su cara el día de la reunión de grupo. La expresión de sus ojos, como le costaba mirarnos a todos los que estábamos allí. Lo vi. Lo sentí.

—¿El qué, exactamente? ¿A una chica afectadísima por haber perdido a su hermano?

—A una con un rencor más que lógico por aquellos que viven gracias a que él esté muerto. Yo el primero. Tengo su corazón. —Me callé. Dios, ¿decir aquellas palabras en voz alta tendría sentido? —El que dejó de latir en el pecho de su hermano para hacerlo en el mío.

—Lo dices como si lo hubieras hecho a propósito. Como si se lo hubieras sacado tú.

—No pero... es un hecho insalvable. Lo primero en lo que pensará cada vez que me mire, y el motivo por el que no querrá hacerlo. No creo que le haya apetecido ir a verme de forma voluntaria. No es justo para ella. Y Raúl no debió presionarla para que lo hiciera.

Mi vida por la de su hermano. Podían pintarlo de cualquier color, que él ya estaba condenado, que moriría de todos modos, pero igual que yo todavía sentía la culpa del superviviente en lo que respectaba a mi madre, ella no podría alejarse de aquel enfado que sin duda habría de sentir frente a los que no habíamos muerto. Era algo que viviría con ella. Que respiraría a su lado. Algo subdémico, yaciendo profundo en su piel.

Podría mirarla el resto de mi vida como lo hacía en esas habitaciones de hotel donde no existía nada más que nosotros y aquel amor que hacíamos hasta empañar los cristales y amputarnos las dudas a besos, pero eso no cambiaría los hechos.

Nada podría cambiarlos.

—Es que nadie la presionó, Adrián. Ella llamó a Raúl. Que sigue siendo tu contacto de emergencia, por cierto.

Mis ojos, tan desenfocados como si se me hubiera aparecido el espíritu de todas las cosas inverosímiles existentes en el mundo, intentó enfocar a mi cuñado, que se encogía de hombros ante un hecho que por lo visto a él le parecía de lo más evidente, mientras que yo... yo me sentía atrapado en el puto agujero del conejo que se había tragado a Alicia y el jodido País de las Maravillas entero.

—¿Que ella llamó a mi hermano?

—Claro.

—¿Puede saberse para qué?

—Joder Víctor, ¿en serio? ¿Quieres un corcho lleno de fotos unidas con cordel rojo y tachuelas?

—Manuel...

—¿Para qué iba a ser? Para verte. Quería verte. Por eso la llevamos a la salida de tu fisioterapia, capullo. Porque ella lo pidió.

—¡No llegamos!

Sonreí, recordando demasiado tarde que debía conservar el valioso aire para seguir la carrera por la acera en que mi chica y yo llevábamos embebidos un buen rato. Sonreí más, ignorando mi propio pensamiento previo. ¿Cómo no hacerlo, joder? Mi chica. Mía. La que pronto, muy pronto, iba a ser mi esposa. Mi jodida y adorada mujer.

Bueno, si llegábamos al juzgado, claro.

—¿Quieres correr más?

—No van a empezar sin nosotros. Somos los novios
—¡Y llegaremos tardísimo! ¡A nuestra boda! ¡Corre!

Estiré la mano para intentar detenerla, para instalar a que se detuviera un momento a oler las rosas, o lo que yo consideraba el equivalente en aquel momento, a verse reflejada en cada espejo, escaparate, charco del suelo o mesa recién limpia de cualquier cafetería y valorara lo increíblemente preciosa que estaba. El recogido en que se había anudado el pelo cedería mucho antes de que terminara la ceremonia, pero daba igual. Seguramente el vestido corto, encorsetado en la cintura, con volantes azulones y que abrazaba un estilo entre victoriano moderno y una princesa tremendamente sexy cedería al sudor del esfuerzo. El maquillaje se vería afectado. Y era posible que le temblara la voz más de lo previsto si mantenía la velocidad de crucero hasta final de trayecto, pero todo eso carecía de importancia.

Nada pesaba tanto como nuestra cabezonería. Aquella puta determinación que nos había llevado a ser más fuertes cuando peor venía el oleaje, remando en la misma dirección hasta cuando nuestros encuentros, espaciados y distantes en el tiempo, surcados de husos horarios cambiantes, fines de semana imposibles de coexistir y fechas señaladas vividas bajo un diferente código postal, tenían lugar en un ambiente seco y sin mar.

Nuestro amor había superado el miedo, la distancia, la falta de tiempo, una precaria conexión a internet, malentendidos en los mensajes escritos y los celos, inevitables, dañinos, ácidos, de sabernos ajenos a la vida del otro cuando lo único que queríamos era ser y estar.

Y permanecer. Sobre todas las cosas.

No es que ahora las cosas se hubieran acomodado por arte de magia, pero habíamos dado un golpe en el suelo y, a fuerza de billetes de avión y una organización casi quirúrgica, ahí estábamos: haciendo esperar a las personas que se habían tomado el tiempo de acompañarnos en aquella romántica insensatez que empezó con un par de mensajes inocentes y un almuerzo casual que ambos habíamos aceptado porque... ¿qué podía pasar?

Nada grave, por lo visto. Tan solo la mayor locura jamás acometida por cualquier hombre y mujer: enamorarnos hasta el punto de poner patas arriba lo que éramos y todo lo que nos viniera por delante.

—¡No vamos a llegar, no vamos a llegar!

Me resultó imposible evitar la carcajada. Sentía flato, me sujeté un lado del abdomen y, en un salto mortal que me habría dado los dieces de todo el jurado de los Juegos Olímpicos, me estiré más allá de mis posibilidades para agarrarla. Logré que se detuviera, aunque no parecía contenta. Me miró sin entender.

—¿Quieres esperar?

—Esperar es lo que no podemos.

—Esperar ha sido la tercera pata de nuestra relación. La cuarta es la paciencia. ¿No quieres tener paciencia?

Rebufó. El flequillo se le movió y yo no pude resistir la tentación de besarla, tomarla por la cintura y girarla para que se viera en la superficie de mármol oscuro del edificio que teníamos justo frente.

—Vamos fatal de tiempo.

—Nos esperarán.

Cogió aire. Sus manos encontraron las mías. Nuestros dedos se entrelazaron.

—Estás súper guapo. —Sonreí. —Un poco fatigado...

—Eso es porque no llevo zapatillas de correr.

Con ese mohín de listilla que tanto me gustaba, dobló la rodilla y levantó el pie. La tela

vaporosa por el encaje que se escondía bajo la cubre falda azulona cedió y mostró su pie, calzados en unas Converse blanquísimas adornadas con lazos de satén. Me mordí el labio. No llevaba liquero, pero estaba seguro de haber visto una bolsa de lencería en la maleta de mano que había preparado para cuando volviéramos a Madrid, a esa improvisada Luna de Miel a medias que pasaríamos entre el amor recién casado y nuestras variopintas y cambiantes actividades laborales. Sacudí la cabeza. Ya incendiaríamos ese puente cuando llegáramos a él.

—¿Te gustan?

—Estás preciosa. Toda entera. Ha sido un buen toque.

Se dio la vuelta en mis brazos y me rodeó el cuello. De puntillas, me besó la barbilla y aspiró mi olor, acercando la nariz a ese rincón entre mi cuello y mi hombro que había declarado de su propiedad. Me encantaban esos gestos. Todo el montón de cosas que la hacían ser la chica de la que me había enamorado sin pretenderlo, que llenaba mi mente de pensamientos con su curiosa forma de ver la vida, de pensar y de arriesgar.

La que había luchado por mí, por lo nuestro, cuando lo más fácil habría sido renunciar.

¿Cómo no volar a la isla después de haber trabajado dos turnos dobles seguidos para casarme con ella, cuando la llevaba clavada en mi capa más subdérmica, tatuada como las pirámides que marcaban mi brazo?

¿Cómo no poner del revés la existencia que conocía, gris, tormentosa, cuajada de días de lluvia, cuando el premio era tenerla entre mis brazos, y poder ver lo perfecta que era y lo maravilloso que encajaba su cuerpo contra mi cuerpo, reflejados ambos en un edificio de usos múltiples cualquiera?

—Quiero casarme contigo. —Me dijo, con la misma veracidad que usaba en cada llamada telefónica donde expresaba lo mucho que quería verme.

—Y yo quiero que estemos así de locos para siempre.

—En contra del tiempo y del espacio.

—Y pensando seriamente invertir los planes de jubilación en una compañía aérea.

Se irguió unos pocos centímetros más y me besó. Parte de su carmín quedó en mis labios, amén de su sabor, la cálida humedad de su saliva. Las ganas de estar juntos, a solas, sin nadie que fuera testigo de nuestra sed más allá del apetito que nos recorría con solo mirarnos.

—¿Estás listo?

—Desde el día que te vi.

Me indicó con un asentimiento que el momento de intimidad tendría que esperar. Nos cogimos de la mano, yo con mi camisa burdeos de pequeñas calaveras bordadas remangada sobre los brazos. El chaleco oscuro de ante dejándome un reguero de calor en la espalda que sin duda habría marcado la tela. Las botas presionándome los pies y el pelo ondulado pegándose a las sienes. El frufrú de su vestido me dio el pistoletazo de salida; y aunque nos sudaron las manos, de tan unidas, de tan apretadas, no las soltamos ante las bifurcaciones del camino, ni frente a los giros inesperados, ni cuando llegamos ante el Palacio de Justicia. Ni siquiera al ser rodeados por las caras conocidas, asombradas y un poco molestas de amigos, conocidos, familiares y personas queridas en general.

Se nos preguntó si nunca podríamos hacer nada de forma regular, y con un gesto cómplice, ambos nos encogimos de hombros.

Aquella no sería una boda convencional, y tampoco compartiríamos, en la suerte de votos intercambiados ante la concurrencia, lo que implicaba para los dos aquel paso en realidad. Había miedo en nuestros ojos, uno que se ahogaba en la determinación del amor que me había impulsado a dar una oportunidad a un sentimiento que me había llenado de dudas al principio.

Lo que fuera sería lo que tuviera que ser.

Habíamos decidido, mucho tiempo atrás, que estaríamos juntos hasta el final.

Ahora sellaríamos con ese gesto simbólico, con aquella ceremonia legal y ante testigos, que nunca, sin importar el dónde o el cuándo, e incluso si nada de todo eso llegaba suceder jamás, nos volveríamos a separar.

TREINTA Y UNO

Prevalencia

Según los estudios, la prevalencia en cuanto a insuficiencia cardíaca en España representa el 1.89% de la población de dieciocho años o más.

De las donaciones totales que se llevan a cabo en la Unión Europea, un 22% provienen de España. Y de entre todas las personas necesitadas, abocadas a una lista de espera interminable y que parece no tener fin, alguien, por azares del destino, en medio de su propio drama personal, de su inminente fallecimiento y con unos datos que recogen que la incidencia total en pacientes con fallo coronario es de casi tres casos por cada mil personas al año, me escogió a mí.

Sin conocerme. Sin tener más noción de mi persona que un registro de ingresos y altas, pincelados con operaciones varias, medicación que habría hecho las delicias de un rockero de los sesenta y un diagnóstico que me pondría, más pronto que tarde, en la misma situación donde se encontraba él.

Me habían elegido de forma arbitraria. Pensar cualquier otra cosa sería una locura.

Optar a un donante no era como entrar a una prestigiosa universidad americana. Nadie te pedía que redactaras un ensayo diciendo por qué tú merecías el corazón más que la persona que tenías al lado, cuáles eran las cosas increíbles que querías hacer en tu vida y a qué lugares todavía desconocidos te apetecía viajar antes de estirar la pata.

Después de lo de mi madre lo vi claro. Podían reflejarlo en la tabla de Excel más elaborada, con índices de gravedad, patologías y afinidades en la sangre y los tejidos, pero la realidad era que el factor suerte pesaba casi más que cualquier otra cosa: de hecho, lo determinaba todo.

En alguna cama de hospital, agonizando y viendo cómo le arrancaban la vida, una chico joven, acurrucado probablemente en el pecho de la persona que más iba a sentir su marcha, había señalado mi nombre en medio de cientos más. Que luego los médicos hubieran estado de acuerdo con él o no, entra dentro de otra discusión. Las causalidades. El destino. El si no. La puta gracia de Dios o el peso sobre los hombros del que sobrevive y cree que por el mero hecho de hacerlo necesita dedicar su existencia a algo más que cotizar y tomar cerveza los domingos.

La segunda oportunidad de vivir, te dicen siempre, incurre en la gran responsabilidad de hacer que quien había *palmdo por ti*, no lo haya hecho en vano. ¡Joder! Como si asumir que te morías y luego no, ya no fuera lo bastante duro.

Si algo tengo que criticar a los grupos de apoyo, los expertos y todos los demás que opinan sin llevar costurones en el cuerpo, es esa visión tan positivista y cargada de tareas que se impone ante quienes solo intentan recuperarse, reconciliarse con la nueva realidad que tienen delante y asimilar, después de haber asimilado.

No es fácil estar vivo cuando te has preparado para morir.

No es fácil conectar la imagen de tu órgano latiente y saludable con el de la persona que, vacía de él, yace en la morgue.

No es fácil ver a las familias, o imaginar su existencia mientras intentas interpretar de nuevo todo lo que tienes delante, sintiéndote distinto y desagradecido cada vez que un mal día, el cansancio, el estrés o las dudas hacen que tu segunda oportunidad, que esa gran misión que ahora se te ha encomendado por respirar, parezca insuficiente.

Porque lo lógico es estar todo el día sonriendo y ser feliz.

Porque no te mueres aunque otros sí.

Porque has ganado tú, te han elegido a ti.

Esa es la teoría, al menos.

Una que estaría más que encantado de abrazar sino supiera lo que se siente al otro lado. Y sino me hubiera enamorado de la hermana del chico cuyo corazón me había dado a mí la vida que él ya nunca recuperaría.

Así que sí. Casi el 2% de la población española mayor de edad tenía problemas de corazón, allí parado, delante de la puerta de casa de mi hermano, con el rabo entre las piernas, como el que sabe que la ha jodido pero bien, me preguntaba cuál sería el porcentaje para aquellos que seguíamos teniendo la patata fastidiada, incluso después de que nos la acabaran de arreglar.

—¿En qué piensas?

—Prevalencia de insuficiencia cardiaca en el país.

Manu cerró el coche y asintió.

—No es una mala técnica para entrarle a Raúl, pero se sabe todos los pronósticos y probabilidades habidas y por haber. —Se encogió de hombros. —Yo tiraría por una disculpa al uso.

Asentí, sin querer entrar en debate ni pararme a pensar demasiado qué diría o cómo iba a hacerlo. Raúl era mi hermano. Mi única familia. La persona que había comido más mierda conmigo y con la que había compartido mis peores momentos. No me daba miedo que no me perdonase. Lo haría porque mis palabras hacia él serían honestas. Yo sabía dónde había cometido el error, y esperaba hacerle entender mi punto de vista para hacer las paces.

Estaba dispuesto incluso a volver a ver aquellas fotos de los horrores y hasta a ponerme la puta bandana Bunbury si eso lo hacía feliz. Lo que me angustiaba, el peso que no me dejaba respirar bien... era otra cosa.

Un hecho que debía ser cierto porque así me lo habían contado pero al que no encontraba lógica. Que no parecía real aunque lo fuera, como muchos de los aspectos con los que lidiaba en aquella vida que era más reality show que existencia corriente.

—¿Adrián?

—¿Estás seguro de que fue cosa de ella? ¿Seguro al cien por cien?

Manu puso la cara de quien se aburre de repetir lo mismo una y otra vez.

—Ya te he dicho cincuenta veces que sí.

—Es que no lo entiendo.

—¿Y qué quieres entender? La chica está llevando su duelo como puede. Como sabe. Si eso pasa por conocer y ver a los receptores de órganos...

—No tiene sentido que lo haga.

—¿Y quién decide lo que tiene sentido y lo que no? Tú te has vuelto vegetariano, por el amor de Cristo.

Cubrimos el trecho que separaba la calzada de la puerta principal. Manu metió la llave y la giró en el picaporte. El olor a limpio me inundó las fosas nasales, y me recordó a aquel momento obsesivo—compulsivo—terapéutico en que a Raúl le había dado por desinfectar todas las habitaciones con aromas cítricos, después de los últimos ingresos de mi madre. “*Tenemos que matar el olor a hospital*”, decía, como si ahogarnos en limón fuera a cambiar las cosas.

—¿Por qué iba a querer verme si cuando me vio puso cara de que estaba a punto de vomitar?

—Bueno, tu expresión de odio al mundo tampoco es que te haga muy atractivo.

—Vete a la mierda, Manuel.

—¡Adrián! ¿Quieres dejar de darle vueltas y centrarte en lo que estamos?

Negué, aunque mi cuñado hizo caso omiso y accedió al interior de la vivienda sin decirme

nada más. Aquello no encajaba, y de ahí no pensaba bajarme.

Puede que hubiera muchas cosas sin sentido rodeándome, para empezar, que una persona que quería *conocerme*, fuera alguien con quien yo tenía la sensación de haber convivido, haber amado y haber compartido momentos que sin duda la harían enrojecer si llegara a enterarse; pero con todo, mis imaginaciones me parecían más plausibles que el hecho de que me hubiera buscado.

Estaba convencido de que la prevalencia de familiares de personas fallecidas donantes de órganos que deseaban ver vivitos y coleando a los receptores era mínima. Entonces, ¿por qué?

—Si solo pretende gritarme a la cara su desprecio, no voy a poder...

—¡Adrián!

Aunque debía estar habituado, seguía sorprendiéndome el uso de mi nombre con aquel tono de sorpresa. Abrí la boca para decir... qué sé yo. Lo siento. Perdóname. Soy un gilipollas. No te merezco como hermano. La culpa es de la medicación, de haberme enamorado sin remedio, de estar acojonado porque el único motivo por el que encuentro razones para que me lata el corazón es la persona que seguramente cree que no me lo merezco. Soy un egoísta. Me asusta vivir, porque me resultó jodidamente más fácil aceptar que solo tendría que sentarme a esperar la muerte de lo que me parece ahora compaginar toda la maraña de sentimientos desagradables y sudores que me perlan la frente con una existencia de años y años... cualquier cosa. Lo que fuera.

Sin embargo, debí saber que Raúl me sorprendería. Que me estaría esperando.

Y que como siempre, por ser el listo de la familia, se habría preparado para una situación que sabía a mí me costaría más digerir.

Me abrazó como si hiciera meses que no me veía, y cuando cerré el puño en su espalda y lo apreté contra mí, cogiendo aire, llenándome de la sensación familiar de no estar solo, de tener en quién apoyarme, el nudo de la garganta cedió. Lo justo para dejarme respirar.

—¿Recibiste la medicación?

—Tu marido cumplió con su cometido. —Sonreí, mirándolo. —¿Lo de la agresión también fue idea tuya?

Los ojos de mi hermano casi se salieron de sus órbitas.

—¿Agresión? ¿Le agrediste?

Manu levantó las manos en señal de inocencia, igual que un futbolista al que pillan metiendo tacos y luego pretende fingir que no es así.

—Solo fue un empujoncito.

Miré a Raúl negando con firmeza. Usando la expresión de inocencia que de tantas broncas me había sacado con nuestra madre.

—Me tiró al suelo.

—¿Le tiraste al suelo?

—¡Tenía los cordones desatados y no había comido!

—¿Le tiraste al suelo sin comer! —Raúl giró la cabeza, igualito que la niña del Exorcista. Me dio con la mano en el hombro. —¿Y tú por qué no comes? ¿Eres tonto?

Solté una risita. Manu dijo algo de que muy listo no sería si iba a hacer las paces creando un conflicto matrimonial y al final, terminamos sonriendo los tres.

—Lo siento mucho, hermano mayor. Seguro que podría haber atajado la situación de forma diferente en vez de...

—¿En modo Adrián?

Hice un mohín.

—En vez de en modo Adrián, sí.

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Mi hermano y yo frente a frente, Manu, apoyado en la encimera, con los brazos cruzados. A pesar de que había un levísimo resquicio de tensión en el ambiente este se disipó al instante. Esas personas no me guardaban rencor a pesar de mis errores y salidas de tiesto. Me querían y se alegraban de que estuviera por allí, aunque fuera para tocar las narices.

Sí, el peso sobre los hombros del que sobrevive, por hacer con esa vida algo grande y significativo, es tan grande que a veces sientes que no puedes soportarlo. Lo importante es recordar a quién tienes contigo para cargarlo. Esos que te rodeaban la cintura con sus brazos para que recorrieras los pasillos del hospital, y que ahora, con un gesto amable, te dan palmaditas en la espalda preparándote para que puedas hacerlo solo.

—No me diste tiempo a explicarme. —Dijo Raúl. —Cuando la viste... creí que te volverías loco de alegría pero en vez de eso, saliste huyendo sin dejarme contarte lo que estaba pasando.

—Y tampoco te molestes mucho cariño, porque ya lo he intentado yo y parece que los datos no le llegan.

Raúl nos miró simultáneamente a Manu y a mí, sin entender.

—Ella me llamó para verte. Es la que quiere conocerte.

Tragué saliva. Me parecía tener en la garganta el equivalente al Desierto del Gobi.

—Eso me han dicho...

—¿Y qué es lo que no te queda claro?

¿Por dónde empezar?

¿Por qué lo hacía, si había quedado claro que todo aquello la superaba?

¿Por qué lo había pedido, si había declarado que sentía un natural rencor por todos aquellos que seguíamos en pie tras su pérdida?

¿Por qué se ponía en contacto con Raúl de forma directa, para una cita —*no, no Adrián, no es una cita. No es esa clase de cita, joder*— en vez de hacerlo con la cardióloga?

¿Quería cerrar el capítulo y seguir con su vida?

¿Quería reafirmar su incapacidad para hacerse cargo de la situación y desaparecer?

¿Y qué pasaba si lográbamos vernos, entablar una conversación? ¿De qué hablabas con la hermana de la persona cuyo corazón tenías en el pecho? ¿Del tiempo? ¿De los hábitos de los fumadores? ¿De cómo ha mejorado tu marca en la elíptica últimamente?

Joder. La hostia. Aquello no tenía pies ni cabeza.

—¿Qué cojones voy a decirle? ¿Qué se le dice a una persona a la que tienes la sensación de conocer, de querer... pero a la que no has visto más que unos pocos minutos, un par de veces?

Una de las cuales salió huyendo ella. La otra, yo. No parecía un comienzo prometedor.

—Yo me ahorraría las ensoñaciones de hoteles y romances oníricos. —Manu se encogió de hombros. —Y las insinuaciones al amor... igual también.

Bajé la cabeza hasta esconderla en mis propios brazos. Cerré los ojos con fuerza.

Encima de todo lo raro que ya tenía de por sí aquella historia, mi única baza, lo que sabía, o creía saber de ella, la cercanía, el cariño... eran aspectos a los que no podía recurrir. Con los que no podía contar.

Maravilloso. ¿Alguien daba más?

—Esto parece una simulación, joder.

—A ver... no perdamos los nervios. Adrián, escucha. —Miré a mi hermano, convencido de que nada de lo que dijera podría arrojar luz en aquella autopista al infierno. —Olvidas que ha sido ella quien ha pedido verte. Ella. Si no quisiera, no lo habría hecho.

—Eso no quiere decir nada. Probablemente lo haya prometido. Lo dijo en la reunión. Su hermano la hizo prometer que seguiría a delante y todas esas mierdas que decimos los moribundos para hacer sentir mejor a los que no se mueren.

—¡Oye! ¡Tú me dijiste eso!

Asentí.

—Y mamá. Es lo que hacemos. Llegamos a un momento donde nos duele tanto y nos la sopla todo a tal nivel que entramos en la fase de consolar. Seguramente ella estará ahí.

—Que haya hecho la promesa no quiere decir que vaya a cumplirla. —Opinó Manu. —Joder, vale que fue en lecho de muerte, pero enfrentarte a los receptores de órganos de tu hermano es una mierda muy gorda. Puede haberle dicho a él que lo haría pero a la hora de la verdad no poder hacerlo. Nadie la juzgaría.

—¿Entonces por qué cojones ha buscado a Raúl para verme?

Los dos se miraron entre ellos, en su lenguaje marital en el que quedábamos apartados todos los demás. Me obligué a ser paciente. Y a esperar lo inesperado, teniendo en cuenta cómo iban las cosas.

—Porque tal vez sí sea capaz de sobrellevarlo.

—O porque quizá... —Se lo vi a mi hermano en los ojos antes de que lo dijera, y empecé a negar, pero no me hizo el menor caso. —Tú seas especial.

—Raúl...

—Piénsalo Adrián. ¿Por qué no? ¿Quién te dice que las mismas sensaciones, las mismas imágenes, las realidades paralelas esas donde has medio vivido mientras vivías, no las ha ido teniendo ella también?

—Coño. Podría ser.

Manu, repentinamente acicateado por una nueva vertiente en aquella teoría conspiranoica en la que por lo visto se habían convertido mis días, se acercó y tomó asiento con nosotros. Me tocó el brazo, sonriendo.

—¿En serio? ¿Pensáis de verdad que existe una mínima posibilidad de que eso pueda ser así?

Y aunque fui todo lo cínico que pude, una pequeña luz se me encendió dentro. En aquel pecho que era una ciudad a oscuras, descuidada mucho tiempo atrás por quienes la habitaron antes, esquilmando todo cuánto tenía por dar.

—¿Por qué no?

Por qué no... vaya tres palabras arbitrarias para marcar el sino de una persona.

Abstractas, y sin embargo, cargadas de todo el sentido que uno fuera capaz de darle, cuando todo lo que le restaba era tener fe o seguir sumido en la desesperación.

No supe qué decirles.

Tampoco creo que hubiera nada que añadir.

El clavo ardiendo ya me había atravesado la piel hacía mucho tiempo, ¿qué diferencia podía suponer una ampolla más?

Si de forma casi caprichosa alguien me había escogido a mí para salvarme, ¿cómo de ilógico podía ser pensar que aquella conexión entre nosotros, ella, yo, el corazón, su hermano... existía? ¿Era real? ¿Me habría sentido? ¿Me buscaba guiada por algo que, como yo, no podía explicar, pero a lo que por alguna razón, tampoco quería renunciar?

Estaba dispuesto a jugarme la vida y la razón para descubrirlo. Total, no sería la primera vez.

—Y yo quiero que estemos así de locos para siempre.

—En contra del tiempo y del espacio.

TREINTA Y DOS

Sístole

Reconocí a Adrián aunque no sabía quién era. Le vi, aun cuando mis ojos habían estado cerrados todas las veces que le había mirado antes de saber que le veía. Que le sabía. Que sería él.

Percibí su olor, ese tan especial que moraba en un lugar escondido entre el cuello y el hombro, bajo el pelo ondulado y suave, cuando todavía le tenía lo bastante lejos para confundirlo con cualquier otro. Como si eso fuera posible. Como si pudiera pasar.

Algo que no se podía medir. Que era intangible pero inmenso. Ficticio pero real, me hizo levantar la cabeza cuando supe, aún sin tener la menor idea, que se acercaba. Y mis ojos conectaron con los suyos. Ojos cálidos. Pardos. Que no había visto llorar nunca pero me parecieron llenos de toda la pena del mundo. Que no había observado arrugarse al sonreír pero se me antojaron felices, pícaros. Niños. Que no había conocido pero quería desesperadamente amar.

Un sinsentido como todos los demás, ese que me impulsaba a romper las distancias mundanas, de mesas, sillas y café a medio beber en cafeterías a medio llenar con camareros que iban y venían interrumpiendo una conversación que nos había costado dos vidas tener.

La de mi hermano y la de él.

Reconocí a Adrián aunque no esperaba que verle le diera sentido a las canciones que todavía no había escuchado ni sabía que iba a aprender a tararear cuando tuviera la boca ocupada sonriendo su nombre.

Le reconocí porque era la verdad que se me había escondido entre todas las mentiras que me dije para evitar creer que algo como aquello podía nacer de la destrucción. Llegar de la despedida. Vivir de la muerte.

Aprendí el tacto de sus manos aunque al sentarse frente a mí no me tocó, y supe que en su pecho encontraría consuelo hasta en esas noches frías de tormenta donde no quisiera hallar nada más que desazón y tristeza. Que sería mi roca. Que se rompería para dejarme unirle los pedazos.

Adrián era un enigma que yo había resuelto sin saber qué esperar. La respuesta a cuestiones que nunca me había permitido formular. El amor buscado que me negaba a encontrar, porque aceptar lo que nos había unido me obligaría a eso... a aceptar. Lo perdido. Lo despedido. Lo acabado. Y recibir lo que podía estar por llegar y por empezar.

Como empezamos el café que se nos quedó frío entre miradas de conocimiento mutuo que ninguno se atrevió a formular a viva voz. Recordando momentos compartidos que no habían ocurrido, y guardando aquel en el cajón de lo real, igual que había sido, sin ser, todo lo demás.

—¿Hace mucho que esperabas?

Me preguntó, descubriéndose la mirada de las gafas de sol. De las ganas de besarme. De cogerme en brazos. De romper con la tensión y saltarnos las fases que necesitábamos para irnos a hacer el amor, pero no con el cuerpo, sino con el corazón. Con aquel que se me saltaba latidos, caprichoso, inconsciente, desde la primera vez que le había mirado. Con ese otro que le palpitaba dentro y ya me había pertenecido antes, que servía ahora como faro en medio del océano. Que nos había guiado en una navegación silenciosa, llevándonos de la zozobra de barcos perdidos a buques que se encuentran en la quietud del mar.

Dos vidas enteras, quise decirle.

Pero ahora estaba ahí. Así que daba igual.

—Todavía puedo hacerlo un poco más.

Hablamos del tiempo. Del miedo. Del destino. Del pasado que nos unía. De tener a personas queridas al borde del precipicio. De vernos obligados a sentarnos para verlos caer. Adrián había pasado la fase de duelo por su madre entre la pena de perder y la sensación del inminente reencuentro. Enfermo como estaba, a un mal empujón de caer, se acostumbró a ver pasar los días como el que espera el mejor plan posible al final de la semana y se olvida de vivir los miércoles, pasa los jueves sin pena ni gloria y maldice los domingos como los amantes los adioses en los aeropuertos.

Me habló de su hermano y de la juventud que creía perdida y a la que ahora se aferraba sin mucha convicción. De lo que había olvidado y aprendido después de la operación y lo difícil que le resultaba estar agradecido cuando todo a su alrededor no era más que cambio, sufrimiento y tensión.

Yo le hablé de ti.

De cómo bromeabas diciendo que se esperaba mucho de ti por estar a punto de morir. De esas expectativas que me narrabas, del perfil que se supone tenía el desahuciado y que por narices, tenías cumplir. Le hablé del declive y de los días buenos. De cuando decidiste que parte de ti quedara en otros, quizá no como un acto generoso, sino como uno donde encontrar consuelo, como si entonces irte fuera solo un rito de paso. Un instante sin mucha importancia. Algo que se pudiera deshacer.

—Como apagar y encender un aparato que se ha bloqueado, decía. —Adrián sonrió. Yo removí la taza de café, preguntándome cuánto cariño abarcaría aquel gesto cuando lo dedicaba a alguien que lo conociera más. Cuánto abarcaría para mí si, como me gritaba la sinrazón le tenía cerca toda una vida. O solo un poco más. —Desenchufar un interruptor y conectarlo en otro lugar. Así resumía mi hermano la donación de órganos.

—No se equivoca demasiado. Si pasamos por alto las horas de intervenciones, los puntos, el postoperatorio...

Hacer las paces viviendo con pedazos que no sentías tuyos. Que no poseías de verdad. Adrián no creía que el corazón que le habías donado le perteneciera. Y oírlo de su boca, esa que me había besado a hurtadillas, robándome el aliento contra tantas paredes recónditas de ciudades perdidas donde no habíamos estado nunca, me confortó. Tal como dijiste que pasaría.

El rencor de su vida por la tuya se diluyó igual que la nata fresca en el café que pedí por nervios y no me tomé porque me embebí en sus ojos, que no era capaz de dejar de mirar ahora que por fin los veía.

Era consciente de que se le había dado un regalo, aunque no había pugnado por él, ni acometido tarea alguna para merecerlo. Me habló de nuevo de su madre, y de cómo el proceso le parecía desgastante para el que esperaba, desesperante para el que acompañaba y terriblemente cruel para el que lo padecía desde el otro lado. El que había sido mío. El que respetaba los designios aunque no los compartiera.

Yo le conté lo duro que había sido imaginarte vacío. Sin tu esencia. Sin tu pensar ni tu latir, y no apartó la mirada como si se avergonzara porque la culpa no era suya, pero me dio su atención y su comprensión. Y fue la primera vez, hermanito, que pude estar conforme con tu decisión.

Supe que tenías razón.

Que Adrián merecía vivir.

Que merecía tu corazón.

Y que yo, pronto, iba a tener que dejar de llamarlo así.

—Te he buscado mucho tiempo, pero no era capaz de encontrarte. —Me dijo de repente, animado a compartir un secreto que nos era conocido a ambos, que nos había unido, pero que ninguno de los dos se había animado todavía a verbalizar. —No sabía por dónde empezar.

—No estaba preparada para dejarme ver. —Era mi verdad. Toda la que le podía dar. —Tenía miedo.

—¿De que no fuera verdad?

—De que pudiera serlo. De que lo fuera y entonces tuviera que aceptar que era algo que iba a pasar, sin que lo pudiera controlar.

Asintió. Me habló de que había tratado de evitarlo y luego de dominarlo. Que había unido pistas, que había atado cabos. Que todo le había llevado donde estaba, pero que la nada se lo había llevado.

Yo no estaba segura de que aquella especie de lazo, aquel hilo de un destino que nos había marcado con sufrimiento y pena, rojo como la sangre derramada, existiera. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía haber imaginado a Adrián, visto su voz y oído su mirada cuando eso no tenía ningún sentido? ¿Cómo había sabido donde ocultarme a su búsqueda y cuándo hacerme visible a su encuentro? ¿Cómo había podido mi hermano, si es que había podido hacerlo, señalar con el dedo para traerlo hacia mí en las horas más oscuras donde el vacío y la soledad me acosaban igual que fantasmas, aullándome al oído, torturándome el alma?

No era posible y sin embarco allí estábamos.

Poco más que una causalidad llena de intenciones.

Un flechazo entre las dos personas que menos podían tener en común, unidas por algo cruel y triste. Empezando por el final.

—Háblame de la isla. Del mar.

—El lugar en el que nació mi madre.

—Y del tatuaje en el brazo.

—Mi hermano siempre tuvo miedo a las agujas. Y a volar. Quería viajar y llenarse de tinta.

Sonríó y le hablo más de ti. De tus planes fallidos. De tus ideas de loco sin tiempo pero llenas de imaginación.

—Cuéntame de los besos que nos dimos.

Me asomé al borde de su mirada. Me caí dentro.

—¿Me contarás tú sobre los que nos vamos a dar?

La duda nos paralizó en aquel primer encuentro donde compartimos solo palabras inconexas, fruto de momentos que creíamos haber sentido y nos costaba conjugar con la realidad. Adrián me habló de su vida y su trabajo, de que no tenía nada que esperar, pero esperaba que le quedara vida para todo lo que estuviera por llegar.

Supe que me quería, y que aunque yo estaba más o menos segura de lo que sentía, no podía afirmar qué quería yo. Llena de temores porque aquello fuera tan mentira como todo lo auténtico que había experimentado estando a solas cuando me sentía con él, bajé la cabeza y evité la mirada, igual que la fan que, tras horas de cola alcanza la primera fila y le falta el valor para alzar el gesto hacia el guitarrista por el que tanto ha llorado a solas en su habitación.

Hablamos de lo humano y lo divino. Y arreglamos el mundo con un par de cervezas cuando entendimos que el café se nos iba a quedar pequeño ante el tamaño de la situación.

Nos dijimos que no podíamos estar juntos, de modo que naturalmente, quedamos otra vez.

Vi pasar los días pensando en él.

Viviendo bajo un cielo eterno, haciendo de todo una alusión y una ilusión constante que sin yo quererlo provocaba sonrisas de puro placer.

Adrián. Siempre Adrián. El que se había colado por los restos de un naufragio al que yo había prendido fuego para que no quedaran ni las astillas. El que había sacado el polvo a mis alfombras y ventilado mis habitaciones, llenado de luz mis dormitorios, aderezando con aromas dulces mis comedores. Me había demostrado que podía vivir y que no quería esperar más para estar viva. Que detrás de la pérdida podría existir el amor. La esperanza.

Y que incluso si aquello no era más que una alegoría, una imaginación, un sueño estigio, me había despertado del letargo. Y eso era lo primero que le agradecía.

Lo segundo, darle un poco de sentido a la ausencia de mi hermano. Hacer de su despedida algo más que un adiós.

Era guapo por fuera, en eso también habías tenido razón. Pero no se merecía vivir solo por eso. Adrián era hermoso por cómo pensaba, por su imperfección, por las rabietas e ir de cabeza contra el mundo, en guerra en post de todo. Por rebelarse sin químicos, solo con su voz y las quejas del que toda una vida ha asimilado que le ha tocado en suerte danzar ya no con la más fea, sino a solas en un salón de baile repleto de parejas que se declaran su devoción.

Además tenía un buen corazón.

El pensamiento, de alguna manera, me hacía sonreír.

Y le provocaba la misma sonrisa a él, aunque quizá un poco tensa, cada vez que se lo hacía saber.

—¿Es mío, entonces? ¿El corazón?

Y yo, oculta tras el café. El abrigo. La cerveza. La vergüenza. Todas las sensaciones que me costaba comprender y los sentimientos que no había sido capaz de terminar de asimilar, me encogía de hombros, sin responder.

—Pregúntamelo otra vez.

Caminamos sin saber adónde ir. Sin tener nada que decir. Con el frío de lo desconocido calándonos los huesos y el calor de las posibilidades llenándonos el pecho.

Yo no estaba segura de querer seguir con ello, pero la idea de terminarlo me parecía insoportable. En medio de la tormenta, de aquel desasosiego que me había acompañado desde que te perdí, la aparición de Adrián había sido como un refugio. Como la luz amiga que se encendía en medio de la negrura, recordándome que había motivos por los que respirar aunque el aliento doliera en el alma y sintiera que cada bocanada solo me provocaba ganas de llorar.

No sé cuándo me enamoré de él. No sé si lo estaba ya.

Le conté de mis pesadillas, y de los sueños donde veía su cara sin saber que era él. Hablamos como dos tontos que ven pasar las horas imbuidos en uno de esos chats de Internet, compartiendo imágenes que habíamos pintado a cuatro manos sin ver nunca la sombra del otro en nuestro lienzo particular. Mis colores casaban con sus oscuros, y sus grietas de desespero las había usado yo para cimentar unos edificios que quizá, soportaran el paso del tiempo y las vicisitudes por venir.

—¿Como las pirámides del brazo, las que no están?

—A mi hermano le encantaban. Decía que eran hermosas y dramáticas por su historia. Porque lo bello también te puede hacer llorar.

Como tener delante a alguien a quien amar, pero al que habrías podido perder mucho antes de llegarlo a conocer.

—¿Y esto? ¿Es por nosotros, o por él?

—¿Nos habríamos encontrado de otro modo?

Nos despedimos con un beso en el portal.

Con sexo en el balcón.

Con una copa de vino tomada a medias sentados en el arcén.

Con la calma de quien sabe que tiene más mañanas para las preguntas que se le han quedado sin responder, pero sin saber qué va a decir cuando se las formulen otra vez.

Adrián era paciente en su impaciencia, porque estaba tan lleno de dudas como lo estaba yo. Temía, y yo lo sabía, que viera en él solo el tejido vivo de quien ya no vivía. Y que nada fuera auténtico más que el recuerdo que yo a toda costa quería preservar.

Mi miedo era distinto.

Me asustaba que llenara mis pensamientos de ideas que solo con él me apetecía hacer realidad.

Que se hubiera convertido en una parte imposible de arrancar de mi jardín de realidad, ese que me había empeñado en regar con la sal de mis lágrimas, para que nada más volviera a brotar.

Que hablarle y escuchar su voz le regalara brillos a la oscuridad. Y que tenerle, aunque me fuera todavía ajeno, valiera aquello que nunca había estado dispuesta a entregar.

No lamentaba su existencia, aunque esta me había costado más de lo que nunca podría reconocer. ¿Era amarle un insulto a la memoria de mi hermano? ¿La ilusión y el entusiasmo una ofensa al duelo donde todavía me encontraba?

¿Me engañaba a mí creyendo que veía futuro donde solo había días que pasaban?

Si todo había sido orquestado, una suerte de casualidad, entendí que no me importaba. Que era algo que nadie me iba a contestar. Adrián estaba porque había llegado, y en mí existía la necesidad de que se quedara, no para llenar vacíos, sino para ayudarme a caminar con los míos sin zozobrar.

Cada vez que le veía y le aprendía cosas nuevas, me sorprendía sonriendo al cielo y dándote gracias por tu elección. No sabría jamás si te habría tocado alguna divinidad en tus últimos momentos que te llevaran a escogerlo. Si tú le habías puesto en mi camino con tu elección o si la vida, después de quitarnos tanto, a los dos, nos daba una oportunidad en forma de aquella conexión.

Me llevaría tiempo, pero aprendería a vivir sin preguntar.

A respirar sin temer el calor del aliento.

A besar sin contar los segundos antes de parar.

A no vivir en constante sístole, con el corazón contraído en un apretón auricular.

Adrián tendría la llave.

Para llorar sin miedo. Para caminar sin freno. Para amar sin duda.

Para relajarme el corazón.

TREINTA Y TRES

Diástole

Había personas que no emprendían ninguna empresa sin prepararse antes. Esos, que se llenaban la boca con el mantra de dejar fluir pero querían saber la hora y el día a la que fluiría todo para que no les pillara con la cama deshecha y la ropa sin tender.

Cómo si hubiera algo más bonito que las sábanas revueltas, tibias del calor de dos cuerpos que se habían entregado con todo su ser.

Estaban los que para viajar revisaban tutoriales, compraban guías del país a visitar y se empollaban las salidas de metro. Como si perder el tiempo estando de vacaciones incurriera en el cobro de alguna tasa extra.

Existían los que no iban a un examen sin dejarse nada por leer. Los que por llevar cargando por si acaso a los aeropuertos acababan pagando de más por un equipaje que, embebidos en la felicidad de salir de la zona de confort, ni siquiera iban a usar.

Y luego estaba yo.

¿Cómo prepararme de antemano para la cita con la chica de mi vida si ya la había querido hasta que literalmente, se me había parado el corazón?

¿Cómo preparar temas que cortaran silencios incómodos cuando habíamos discutido hasta el cansancio y hecho las paces en habitaciones cálidas y llenas de amor?

Yo conocía de su cuerpo los valles y los ríos. Lo que enseñaba con gusto y escondía con timidez. Me sabía su comida favorita. El volumen al que le gustaba ver la televisión. Conocía de ella cosas que nunca me había contado, porque en aquel ejercicio de querernos sin habernos conocido, sin sabernos más que en sueños y esperanzas que no podía aseverar que fueran compartidos, había hecho los mejores deberes de mi vida. La había disertado en mi mejor redacción.

Por saber de ella lo sabía todo, excepto lo que sintió cuando me vio, desprovisto de ambagues, sin poder esconderme en la irrealidad de aquellas fantasías que se me habían hecho más reales que la vida, esa a la que con gusto tantas veces en los últimos meses había querido renunciar por la posibilidad insana de volverla a mirar.

Había sido mi todo en medio de una nada existencial que vacía de toda lógica, me había ayudado a respirar. A llegar. A sentir. La había tenido sin tenerla y se me había antojado esperanza en medio del desasosiego y la depresión.

Preparase para verla no tenía sentido, porque yo no quería empezar desde cero, dar dos besos y hacer preguntas cuyas respuestas no me dirían lo que necesitaba tan desesperadamente oír.

Quería seguir justo donde los habíamos dejado. Enredados en una pasión que hablaba de sexo cómplice, de planes a medio concretar. De hoteles reservados por el mundo. De toda una vida para arrancarnos la tiritita de la pena que nos había unido, y ver hacia donde la cicatriz resultante nos podía llevar.

Porque sí. Habernos conocido en un rito de paso entre la vida que se apagaba y la que volvía a brillar no nos aseguraba una buena historia que contar a los nuestros. De hecho, haberme enamorado de ella sin saber su nombre, dónde estaba o si podría corresponderme me tacharía de loco ante cualquiera, por poco experto que pudiera ser. ¿Por qué era tan difícil creer que de la ciencia más pura, de la matemática, la cirugía y la razón, había nacido algo que no tenía lógica ni explicación?

¿No creíamos a pies juntillas las mentiras que nos decía la prensa?

¿No se nos ahogaba la boca en suspiros en las grandes historias ficticias de amor?

¿Por qué era más fácil hacer oídos a lo malo, al embuste, que a algo que había nacido puro, por más que escapara a nuestra comprensión?

Había dudado de su existencia el segundo que tardé en comprender que nada que te empuje a seguir en pie cuando todo a tu alrededor pugna por tumbarte, puede ser falso. Que una luz como la de ella hacía refulgir los intramuros más negros de mi alma, esos que habían perdido la fe y la claridad desde el adiós a mi madre. Y que eso, sin importar lo que pareciera o lo imposible que resultara de explicar, para quien había visto esconderse la esperanza bajo piedras inamovibles, pesaba más que cualquier cosa que cualquier otro pudiera pensar.

Así que no, no me preparé para la cita de mi vida, porque mi vida pertenecía ya a la chica con la que me iba a citar. Y no estaba nervioso, sino con ansia.

Porque me atrevería a mirarla a los ojos sin tener ni un segundo de miedo por lo que los suyos pudieran responder.

Me tomé un café olvidando que para eso mismo habíamos quedado. Me di una ducha y no me arreglé. Quise ser el mismo que ella había recordado. Aquel al que realmente quería ver. No deseaba juegos ni artificios, bastante fantasía habíamos tenido ya. Quería algo real, tangible. Mirarla y dejarme llevar.

Tenerla entre mis brazos desde enero hasta diciembre y nunca más perderla, ni dejarla escapar.

Llegué al lugar acordado con las manos temblorosas de quien recibe por fin lo que tanto esperaba. Deseando lo mejor pero preparado para que el adiós saliera de su boca. Dispuesto a aceptarlo, aunque mi fuero interno fuera a pelear guerras sin fin, sin cuarteles ni trincheras, de espaldas contra la pared y sin más munición que la esperanza de dedicar lo que le restara, que ahora era mucho, en pos de un final mejor.

La vi sentada a la mesa, removiéndose y tocándose el pelo con anticipación. Compuse la sonrisa que le diría que todo está bien. Que estábamos allí, donde se suponía que estábamos destinados a ser. Me acerqué despacio, intentando embellecer el escenario para recordar todos los detalles después. Ahora estaba despierto.

Ahora yo era su él.

—¿Hace mucho que esperabas?

Le pregunté, quitándome las gafas de sol y guardándolas junto a las ganas de besarla, algo que estoy convencido, ella notó.

—Todavía puedo hacerlo un poco más.

Y me pareció que en su voz se escondía más verdad. Que su mirada risueña al oírme evocó palabras que se guardó y no quiso compartir. Quizá me había esperado tanto como yo a ella, presumí. Toda la vida que había gastado y la que ahora me quedaba por vivir.

Toda la que había tenido y perdido su hermano, y los restos de ésta que ahora latían dentro de mí.

Hablamos del tiempo y del miedo. Eso lo teníamos muy en común. Como también compartíamos el peso de extrañar a aquellos que ya no iban a volver. Le hablé de mi rebeldía ante la enfermedad y muerte de mi madre. Y de cómo me reté contra mi propio diagnóstico, decidido a ponerme final yo mismo para tener la falsa sensación de algo que pudiera controlar.

Le conté de Raúl, que había sido mi roca, igual que su hermano la suya hasta el momento de desmoronarse frente al terrible peso de la enfermedad. Le dije que yo intentaba unir los pedazos

cuando estos amenazaban con resquebrajarse, pero que en la mayoría de las ocasiones, era yo mismo el que colaba las uñas por las grietas para forzar las roturas que más tarde sería Raúl quien repararía con amor y comprensión.

Le conté sobre el miedo a las segundas oportunidades y las obligaciones que eso me suponía. Como no me creía digno ni merecedor, ni comprendía por qué me había tocado aquella lotería que traía además de vida, mala suerte. Que me había resistido a seguir vivo, porque aceptar la muerte me parecía más natural. Más fácil y, llegado un punto, más cómodo.

Para mi sorpresa asintió. Fresco en su memoria, el agotamiento de un hermano al que había visto marchitarse como una flor abandonada de cualquier modo en el alféizar de un balcón. A veces uno se cansaba de pelear, hasta cuando tenía motivos para hacerlo, y en medio de aquel funesto pensamiento, me pareció que algo nos unía más. Algo que no tenía que ver con causalidades llenas de intención o una suerte de hechizo mágico llevado a cabo por la mano temblorosa de un moribundo que nos había enredado los destinos con una simple elección, algo que era auténtico y certero, que estábamos viviendo y experimentando al tiempo los dos.

Algo que me dio el empuje necesario para dejar las banalidades y expresarme con el corazón. Aquel que se me había otorgado para tener una segunda visión de las cosas. Un nuevo comenzar.

Si moraba en mi pecho y latía, ¿por qué no le permitía expresar lo que de tantas formas me había dicho ya?

—Te he buscado mucho tiempo, pero no era capaz de encontrarte. No sabía por dónde empezar.

Suspiró y desvió la mirada, pero al poco tiempo me la devolvió. No sabía si mi arranque la había animado, o si como yo, había decidido dejar de esperar. Allí a solas, ante cafés fríos que no tomaríamos y en medio de una cafetería que no seríamos capaces de recordar, contra el pronóstico evidente de habernos visto al mismo tiempo no más que un par de veces, decidimos abrirnos a la verdad.

Demasiado silencio y muerte habíamos vivido. Demasiados días y horas de callar.

—No estaba preparada para dejarme ver. Tenía miedo.

Comprendí que esa era su verdad. La respeté con todo el valor que merecía confiármela

—¿De que no fuera verdad?

—De que pudiera serlo. De que lo fuera y entonces tuviera que aceptar que era algo que iba a pasar, sin que lo pudiera controlar.

La ausencia de control era algo en lo que nadie podía comprenderla mejor que yo.

Logré hacerla sonreír contándole mis peripecias médicas, los momentos de inutilidad tumbado en la cama. Cómo me había sentido perdido dentro de mi cuerpo, sin nada que pudiera decidir por mí mismo. Se lo narré a modo de monólogo, como haría quien está de vuelta de las penalidades que suponen no poder ir al baño sin supervisión.

Compartió sus propias angustias desde el punto de vista de quien quiere ayudar incluso sujetando el catéter del enfermo, y como había sucedido antes, hallamos comunión en lo inverosímil, y aquella experiencia compartida fue como el flechazo imposible de dos personas que sin estar destinadas a encontrarse, de alguna manera, habían coincidido. Abocados a un montón de errores que no iban a poder controlar. Enamorados sin saberse ni sus nombres, sin tener un principio.

Empezando por el final.

Me perdí en el mar de sus ojos mientras ella no cesaba de remover el café, cuando me contó lo que le había costado tomar la determinación de encontrarnos. Cuando se quedó callada y parte

de su entusiasmo, al perderse en sus recuerdos, se fue.

Yo me perdí en las imaginaciones de nuestros otros encuentros. En su risa de cascabel. En lo vacío que sentía el pecho por echar de menos no haberla tenido nunca tumbada en él.

En todas aquellas dudas que me llenaban un corazón que lo había empezado todo. En las conexiones vagas, imposibles, pero difíciles de romper. En los aeropuertos y los viajes. En las maletas a medio deshacer. En lo poco que sabía y lo mucho, todo, que necesitaba desesperadamente conocer.

—Háblame de la isla. Del mar.

—El lugar en el que nació mi madre.

Me toqué sobre la camisa, la piel vacía que había sentido ajena, extraña

—Y del tatuaje en el brazo.

—Mi hermano siempre tuvo miedo a las agujas. Y a volar. Quería viajar y llenarse de tinta.

Me habló de él. De todos los planes que había hecho a sabiendas de que no los podría cumplir. De que siempre tenía ideas de loco, creativas pero difíciles de seguir. Me contó cosas de él que me unieron pedazos rotos que ahora entendía, nunca habían sido parte de mí.

Aquellas conexiones, la manera que él había tenido de decirnos que estaba detrás. Conforme. De Acuerdo. Que no solo me había dado a mí una segunda oportunidad dándomela, sino que se la daba a ella poniéndonos en el mismo camino, para que pasara lo que tuviera que pasar, para que nos encontráramos si éramos capaces, como tantas veces me había dicho ella, de no dejarnos de buscar.

Me quedé mirando su pelo. El brillo de sus ojos cuando la oía hablar. Lo hermosa que era, más que por su aspecto o sus rasgos, por el valor de estar sentada abrazando la posibilidad de un nuevo amor, cuando tanto dolor, le brillaba todavía en la cara.

—Cuéntame de los besos que nos dimos.

Le pedí, rogando que se asomara al borde de mi mirada y viera cuánto de ella había ya en mi interior.

—¿Me contarás tú sobre los que nos vamos a dar?

Intenté hacerme el inocente y creo que hasta me sonrojé. Me dijo que tenía buen corazón y el pensamiento, por ridículo, me hizo sonreír.

Parecía una elección de palabras torpe. Estúpida quizá. Cuando busqué sus ojos con los míos, no pude evitar preguntar:

—¿Es mío, entonces? ¿El corazón?

Rogando que al pensar en sus latidos, hundidos en mi pecho, para ella solo estuviera yo. Se escondió tras la taza y el abrigo. La cerveza y la timidez. En medio de un montón de sensaciones muy difíciles de comprender. Se encogió de hombros. Me pareció que tardaba días en ser capaz de responder:

—Pregúntamelo otra vez.

Nos despedimos con la inevitable certeza de que íbamos a volver a quedar, y al decirnos el adiós definitivo, me pareció que ante nuestros ojos discurrían mil noches de sexo y cientos de besos en un portal.

Le dije sin palabras que aquello no tenía ni pies ni cabeza y que no me quería complicar. En aquel nuevo lapso de mi vida, olvidando quién había sido e intentado asumir quién iba a ser, no me parecía que fuera el momento propicio para iniciar una relación o entregarme a ninguna mujer. Por supuesto el pensamiento duró lo que tarda un parpadeo en acontecer, yo no tenía más control sobre mis sentimientos que los que había tenido en ser el elegido para recibir un corazón.

Igual que en aquel momento solo podía tumbarme en la camilla y dejarme llevar por el sopor.

Mi cabeza la había elegido y ese pecho cicatrizante la llevaba clavada en el interior, ¿cómo ponerle freno a lo que nunca había sido? ¿Cómo parar lo que se había salido de control?

Me habló de pirámides. Del drama hermoso que te parece bello y te hace llorar. Me rozó el brazo con la mirada y yo la abracé sin poderla tocar. Cuando nos miramos por última vez ese día, me pareció que el miedo compartido era completamente nuevo. Algo distinto.

El temor de tener delante a quien amar pero al que habías podido perder mucho antes de llegarlo a conocer. Parecía un riesgo inasumible, sobre todo cuando ya habías vivido la pérdida y no estabas del todo dispuesto a volver a padecer.

Ella ya había sentido pararse mi corazón, antes de que fuera mío. ¿Soportaría romperlo de nuevo, aunque ahora no dejara de latir? ¿Lo sentiría como si me perteneciera aunque no fuera así? ¿Al escucharlo dentro de mi pecho, el alivio de mi aliento le bastaría, sería mi amor suficiente para que superara su duelo?

—¿Y esto? ¿Es por nosotros, o por él?

—¿Nos habríamos encontrado de otro modo?

No supe qué contestarle, ni qué valor darle a lo que me acababa de preguntar.

Aquellas eran dudas que también me perseguían, y que apenas me dejaban pensar. ¿Era auténtico lo que sentía, me pertenecía mi amor en realidad? ¿Había sido heredado por otro, dado al azar, para que el cariño que ya habitaba en ese músculo siguiera su curso aunque ahora latiera en otro lugar?

Al mirarla comprendí que todo aquello, tarde o temprano me daría igual.

Puede que las dudas me acosaran durante mucho tiempo. Puede que fueran algo con lo que durante el resto de mi vida, tuviera que aprender a lidiar.

Total, ya lo había hecho con muchas cosas, ¿qué más daba una más?

Con su pelo entre mis dedos, perdido en la forma de su mirar, la boca seca, anhelando sus besos y el cuerpo temblando de ganas de sentirla temblar, entendí que, sin importar lo que pasara, aprendería, de alguna forma, a vivir sin preguntar.

Aunque bueno... quizá solo una cuestión más.

—¿Quieres salir conmigo, tener una cita normal?

Ella sería mi refugio.

La que me enseñara a vivir en diástole, con el corazón relajado en un alivio ventricular.

El lugar donde encajara mi llave. La puerta que deseaba con fiereza atravesar.

A mi lado podría llorar sin miedo, porque yo la guiaría cuando no pudiera caminar.

La amaría sin reserva, y me aseguraría de que nunca volviera a dudar.

A su lado contraería mis propios temores.

Junto a ella aceptaría que merecía mi segunda oportunidad.

EPÍLOGO

Latido

Recorrí el pasillo a grandes zancadas y cuando entré en el ascensor, dándome golpecitos en las piernas, cogí aire con fuerza. Me sentía fuerte, aunque con un levísimo soplo a la altura del pecho que más tenía que ver con los nervios de lo inminente, que con cualquier posible problema de mi corazón.

Sonreí, mirándome en la superficie transparente mientras ascendía, planta a planta, por el tan conocido espacio del hotel.

—Todas las veces. —Le dije al reflejo que los nervios hacían brillar en mis ojos pardos.

La campanita me avisó de que había llegado a la planta correcta y me precipité fuera tan pronto las puertas así me lo permitieron. Los pasos, de nuevo raudos, no hicieron que me fallara el aliento ni una sola vez. Si algo moraba dentro de mi cuerpo eran las ganas. La impaciencia por un reencuentro esperado hasta desesperar; pero ya no había ahogos ni sudores fríos. No precisaba detenerme en cada rellano para esperar que volviera el resuello o sentirme capaz de volver a caminar.

Muchas cosas habían cambiado en aquellos últimos seis meses.

Joder, mi vida entera había dado un puto giro que esperaba con todas mis fuerzas que no volviera a descarrilar.

—Aunque la realidad siempre sorprende. —Me dije, parado ya delante de la puerta, que lucía la misma numeración que minutos antes, yo había recibido por WhatsApp.

Algunas de esas sorpresas, asumí llamando despacio y con suavidad con los nudillos, habían sido de las mejores cosas que me habían pasado jamás. Cogí aire. Preparé la sonrisa para la belleza que me iba a deslumbrar. Para la tremenda alegría que en unos segundos muy escasos, me iba a robar el aliento que había logrado conservar durante la carrera. Aprendería a aceptar lo que me diera la vida con el convencimiento de que tenía todo lo que necesitaba para enfrentarlo como fuera.

Estaba preparado.

No volvería a sentir miedo ante lo que pudiera pasar.

La puerta se abrió lo justo, revelando el perfil de mi chica, ataviada con un conjunto muy sexy oculto bajo un vestido más increíble aún. Porque era ella quien lo llevaba. Sonrió vacilante, haciendo poses extrañas apoyada en la jamba que aquel resquicio de luz interior apenas me dejaba percibir. Fruncí el ceño y me crucé de brazos. Algún día, y no era la primera vez que lo pensaba, alguien pasaría por el pasillo en medio de aquellas escenitas... entonces tendríamos muchas explicaciones que dar.

—¿Otra vez?

—¡Venga Adrián! ¡Sígueme el juego!

Puse los ojos en blanco, removiéndome el pelo, que había perdido algo de volumen a causa de la persistente lluvia otoñal que azotaba Madrid.

—Te seguiría hasta el fin del mundo, pero esto... no es necesario. Lo sabes.

—¿Por qué no? ¡Es tan bonito cuando lo cuentas!

—La realidad es mejor.

Me hice espacio entre su cuerpo, apenas cubierto y visible para cualquier transeúnte que

eligiera esa planta para pasear, y la puerta. Entré y ella cruzó los brazos, mirándome con esa mezcla de ganas y enfado fingido que me volvía loco. Como toda ella.

Recorrí la habitación con la mirada y no pude evitar sonreír. ¿Cuántas sábanas revueltas? ¿Cuántas bañeras llenas de agua tibia desparramada? ¿Cuántos recibimientos alegres y despedidas taciturnas? ¿Cuántos besos bajo a oscuras, arañazos de cabecero y cuadros rotos a golpe de pasión? ¿Cuántas veces antes de la primera? ¿Cuántas habían venido después?

—¿No lo he hecho bien? —La tomé por la cintura, besando su lóbulo, mordisqueando esa zona delicada de la oreja que la hacía perder el hilo de cualquier conversación.

—Perfecto. Tal y como lo recordaba de cuando no pasó.

Sonreímos juntos, cómplices en aquella amalgama de recuerdos que no habíamos tenido y aun así, nos apresurábamos en atesorar.

—Entonces, ¿por qué dices que la realidad es mejor?

—Porque es real.

Se puso de puntillas y encontró mi boca. Yo hallé todos sus puntos de temblor. No teníamos prisa, ya no. Ahora el tiempo se nos había vuelto algo mucho más relativo. Algo que podíamos llegar a tener bajo control. Un cómplice, casi. Con horas y días por delante, la única ansiedad compartida era la de estar desnudos para podernos sentir.

—Tengo tantas ganas de hacerlo contigo. —Me dijo, vehemente, acariciándome los hombros y deslizándolos dedos por mis brazos hasta llegar a las palmas de mis manos. —Ni te imaginas.

—Por suerte no tengo que hacerlo.

Ya no había que caer en una suerte de inconsciencia consciente para poder verla. Para entenderla. Para tenerla o poseerla. Ahora nos pertenecíamos los dos, estábamos allí juntos, de verdad, intentando desentrañar un futuro que nos pertenecía por completo, aunque hubiera venido dado por un pasado que nos habían intentado arrebatar.

Al principio obramos con miedo, emulando lo vivido, queriéndolo imitar. Sin embargo, pronto comprendimos que habíamos navegado demasiados océanos como para tenerle miedo a cualquier mar.

Seguía habiendo despedidas. No convivíamos aún, pero la vida sabía por qué hacía las cosas. Y ahora teníamos mucha por delante para seguirnos encontrando, una y otra vez. Donde fuera que el otro tuviera que estar.

El adiós ya no era una palabra de la que esconderse, sino una nueva posibilidad para volvernos a buscar.

Tal como habíamos prometido, en otra vida, mucho tiempo atrás.

—¿Cómo ha ido la prueba? ¿Y la reunión?

Echados sobre las sábanas, a medio enredar, a medio desvestir, con las manos ocupadas en caricias y los labios en susurros desesperados por salir, le conté que había conseguido, por segunda vez tras aquel periodo considerado de prueba, soplar la dichosa bolita amarilla con éxito. El lapso de medio año inmediatamente posterior al trasplante era uno de los periodos más complejos para todos los pacientes. Yo no había tenido amenazas de rechazo, pero eso no me eximía de peligros de infección o alteraciones con respecto a la medicación.

Sabía Dios que me habían pasado unas cuantas cosas muy locas desde que todo el proceso empezó. Nadie había logrado encontrar una explicación lógica al fenómeno emocional que nos había pasado a los dos, al modo de sabernos cuando no había ningún razón para que nos hubiéramos conocido.

Habíamos hablado con amigos y familiares. E incluso con algún que otro profesional. Todos llegaban a la conclusión de que el lazo de unión entre ella y su hermano era tan fuerte que se

había visto abocada a dar conmigo para asegurarme de que cuidaba bien de su corazón. De que merecía el regalo que suponía una segunda oportunidad. De que vivía mejor.

Nadie sabía decirme cómo la había visto en mis sueños estando despierto. Cómo podía recordar a qué sabía su lengua y cuál era su olor. Que en ratos como el que acabábamos de compartir, tumbado sobre su cuerpo, escuchando los gemidos que escapaban de su boca sabía a ciencia cierta que nos habíamos amado más de mil veces antes de hacerlo por primera vez.

No había respuestas correctas ni coherentes. Era algo, suponíamos, que solo podíamos entender a través del corazón, de aquella masa orgánica que había sido capaz de morar en dos hombres, de vivir dos vidas, de latir en dos cuerpos; para quererla en ambas realidades.

Tal vez nunca lográramos entenderlo.

A lo mejor es que no era algo que tuviéramos que comprender.

El destino nos había llevado al otro en el momento en qué más necesitábamos aparecer. Con el tiempo, estaba seguro, aprenderíamos a agradecer el gesto y dejaríamos de preguntarnos el por qué.

—Lin ha compartido hoy en la terapia grupal.

La sentí removerse, acurrucada en mi pecho. Su pelo me hizo cosquillas en la barbilla. Cerré los ojos, deslizando los dedos por su costado.

—¿Ha vuelto a decir algo de los donuts?

—Siempre. Ha sobrevivido a un trasplante de corazón pero va a terminar muriendo de un coma diabético.

Sonrió. La sentí. Y la paz que me dio su gesto me hizo suspirar. En aquel momento, casi por primera vez en mi vida, sabía que no había nada mejorable. Absolutamente ninguna cosa que cambiar.

—Seguro que la fisioterapeuta no está nada contenta con él.

—Se excusa diciendo que cree que su donante fue un gran proveedor de harinas de masa madre. La felicidad perfecta yacía entre mis brazos. A una mirada de distancia.

—¿Sigue sin saber la identidad? —Le respondí que no. Para Lin, igual que para mí en un principio, la información de su donante era cerrada. —¿Y si yo no me hubiera atrevido a localizarte?

La envolví con fuerza, intentando que ni siquiera los pensamientos fríos pudieran robarnos el calor cuando estábamos allí, juntos. En nuestra habitación.

—Lo habrías hecho. Lo prometiste.

—Sí pero... ¿y si no hubiera podido?

—Pues entonces te habría encontrado yo. También lo prometí, ¿te acuerdas? Tú me pedías que no dejara de buscarte.

—Y no paraste de hacerlo.

—Eso es. —Besé su sien.

—Ahora estás aquí.

—Y no pienso irme a ningún sitio.

Estaba seguro, o eso quería creer con desesperación, de que ambos habíamos tenido que aprender a superar la pérdida, a entender lo que era el dolor, para estar preparados para ese momento. No parecía justo. De hecho, era un precio exagerado a pagar. Cuando perdí a mi madre me pareció que ninguna de las cosas que me quedaban en la vida tenían ningún sentido sin ella. ¿Para qué quería recuperar mi salud? ¿Para qué iba a pelear por salvarme? Ella no había tenido su milagro, me parecía absurdo esperar uno para mí.

No me compensaba lo comido por lo servido. No había absolutamente nada que valiera la

pena después de aquel infierno que habíamos transitado sin tener la más mínima posibilidad de escapar.

Entonces, había llegado el corazón. Y con él, la chica que me había despertado a unos sentimientos que creí haber enterrado cuando decidí que vivir, ya solo supondría un ir hacia delante sin rumbo para mí.

Durante aquellos meses nos habíamos conocido de mil maneras distintas. Habíamos llorado y peleado juntos, puesto en varas de medir lo que ambos habíamos padecido y juzgando como los peores detractores lo que podía devenir de cualquier tipo de relación entre los dos.

Todo fue en vano.

Nada sirvió para frenar lo que provocaba que todas aquellas veces, sin excepción, terminara llorando en sus brazos o cobijando su llanto en mi interior.

Esas veces ella acurrucaba la cabeza en mi pecho, se quedaba callada, aguardando en silencio: —Adrián... —susurraba. —Sentir cómo late es lo único que tiene sentido.

Entonces, todas las veces, yo la cuestionaba:

—¿Es mío entonces? ¿El corazón?

Y ella, con un suspiro que iba del cansancio a la duda, de la duda a la consciencia y de esta, al amor todavía por confesar, me miraba, encogía los hombros y decía:

—Pregúntamelo otra vez.

Aunque le prometí que no me marcharía, salí de nuestro refugio esa tarde, antes de que empezara a refrescar. Embutido en mi abrigo largo, caminé hasta la boca del metro y esperé. A lo lejos, me esperaba la silueta familiar del coche de mi hermano, recortada bajo las luces de un Madrid que prometía otra noche bajo cero. Alcé la mano y saludé, mientras él salía del vehículo y me tendía las llaves, antes de posicionarse en el lado del copiloto y empezar a parlotear, para llenarme de conversación un viaje que duraba poco más de cuarenta minutos pero que él tenía un don casi mágico para eternizar.

—Eres el peor conductor del mundo. No sé cómo me dejo convencer. No volverás a hacerlo. Eso seguro.

Le lancé las llaves en cuanto aparcamos. Tuve la pequeña satisfacción de ver cómo casi se le caían al suelo. Raúl me miró con ceño, metiéndolas en su bolsillo como si escondiera el Santo Grial.

—Eres un exagerado.

—Señalizas las maniobras muy tarde.

—Soy profesor de autoescuela.

—De teoría.

—He pasado el examen de circulación.

—De chiripa.

—¡Pero si aprobé sin un fallo!

Estiré la mano para darle un capón. Aquello no ayudó mucho a que me mirara mejor.

—¿Meterás a tu chica en un coche conduciendo así?

—Todavía no. Para llevarla a ella necesito más soltura, lo que me recuerda... —Estiré la mano con maña y le arrebaté el llavero sin que se diera apenas cuenta. —Que para Madrid vuelvo a llevarlo yo.

—Eres un peligro al volante, Adrián.

—Bueno... esa es tu opinión. Además, eres abogado y una pesadilla de la organización. No me creo que no tengas hecho testamento.

Se le abrieron mucho los ojos, señalando a nuestro alrededor con una mano enguantada.

—¿Quieres no hablar de testamentos delante del cementerio?

—Como si todos estos no hubieran pasado por eso ya...

Cruzamos juntos las puertas y, en la comodidad del silencio que daba haber hecho eso más de una vez, buscamos a nuestra madre. Raúl, siempre preparado, le llevaba sus flores favoritas. Yo le dejé junto a la lápida el sobre que contenía mi último informe médico y le conté con orgullo que me habían reducido la dosis de una de las pastillas. Hablamos mucho y no dijimos nada, leyendo una y otra vez el nombre escrito en piedra que durante tanto tiempo yo me había negado a mirar.

Seguía siendo la visión más grotesca de cuantas había tenido, pero si algo había aprendido de todo aquel viaje, el físico, el médico y hasta el puto subidón espiritual, era que uno no podía avanzar en la vida si se empeñaba en cargar con las piedras que se le habían atravesado por el camino.

Toda la carga que había intentado llevar conmigo, el peso del miedo, de las dudas, del supremo rencor que había amargado mi ser, decidí, se quedaría ahí. Justo ahí. Ya no me acompañaría más. Ya no volvería a definirme. No me pesaría, ni me haría tropezar.

Había mucho en mi nueva realidad que necesitaba poder apreciar, abrazar. ¿Cómo hacerlo con las manos llenas de aquello que no había sabido superar?

Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a aquella idea. Al pensamiento de soltar. No me engañaba con mis propias capacidades. Era muy consciente de hasta dónde y cuánto iba a poder dar. Pero estaba dispuesto. Era el momento.

La vida se había dedicado a enseñarme por las malas que cualquier día dado por sentado es un día perdido; y que este, podría ser el último. Si había decidido aprovechar lo que tenía, más me valía no perder el tiempo y empezar.

Dejé que la vista se me perdiera unos segundos en las letras que conformaban su nombre. Después, sin desviar la mirada, llamé la atención de mi hermano diciéndole algo que, descubrí en cuanto empecé a pronunciar, llevaba mucho tiempo anclado dentro de mí, esperando el momento perfecto para poder salir.

—No sé si voy a poder perdonarle alguna vez. No lo creo. —Se quedó callado, esperando.

—¿A papá? —Asentí. —Adrián... no tienes que hacerlo.

—Pero quiero. Es decir...no sé si *quiero* perdonarle, pero lo que sí sé es que no quiero llevar auestas la mierda de lo que hizo por los restos. No quiero malgastar mi prórroga. No es justo.

El brazo de mi hermano rodeó mi hombro, juntos, en silencio, tratamos de hacer las paces con un pasado que nos había puesto el presente tan difícil, que ahora que nos veíamos liberados de su yugo, todavía nos costaba creer que éramos dueños de cada decisión que pudiéramos tomar.

Raúl había guardado dentro la sensación de sentirse fuera de contexto, por no compartir un mal que nos había perseguido a mi madre y a mí. Secretamente, yo que era el menor, pero me consideraba el más fuerte porque estaba enfermo y tenía que compensar lo poco que me quedara haciendo grandes gestos dramáticos por mi familia, me había sentido inferior por no ocupar el lugar que mi padre había dejado vacante durante tanto tiempo.

Mi hermano sobrecompensaba su salud con buenas notas y un comportamiento ejemplar.

Yo, odiando el doble a quien nos había dejado e intentando estar presente hasta cuando mi propia salud empezó a flaquear.

Los dos, de una forma u otra, habíamos vivido a expensas de lo que nos ponían delante, transitando sendas que no habíamos elegido. Sobrellevando el mal tiempo con la mejor cara que pudiéramos encontrar.

—Tenemos que dejar de posponer la vida y vivir, Raúl. Yo dejando de esconderme en el odio y todas las cosas malas que todavía puedan quedar para mí y tú...

—... en esperar a que haya salud. Primero la de mamá, luego tú.

Asentí.

—Tenemos que agarrar el tiempo. Ya hemos dejado ir bastante. —Suspiré, mirando la lápida, despidiéndome en el silencio de quien sabe que, cuando la vea otra vez, será una persona nueva.

—No sé si podré olvidar lo que hizo papá, pero sí sé que si quiero ser un buen padre algún día, tengo que dejar ese rencor atrás.

Con un gesto, Raúl me indicó que era hora de irnos. Echamos a andar por en medio de los matorrales y flores, a paso lento, como si el día entero nos perteneciera y nada más urgente que estar juntos esperara por nosotros. Porque así era.

—Hay muchas formas de prepararte para ser un buen padre en el futuro.

Sonreí.

—¿Alguna especie de clase especial, como las de reactivación de la memoria del conductor?

—Eres idiota. —Nos reímos. —No me refiero a eso. Digo que podrías practicar.

—¿Rollo mirando jugar niños en el parque? No sé Raúl, no me parece algo que los demás padres pudieran entender.

Mi hermano se paró en seco. Los brazos en jarras sobre aquella camisa que llevaba estampados, ahora me fijaba, un montón de koalas bebé.

—¿Quieres parar de decir tonterías y dejarme hablar? Digo que podrías ensayar... empezando por ser un buen tío. Un tío increíble para tu sobrino o sobrina, porque Manu y yo estamos preseleccionados en el proceso de adopción y pronto... si hay suerte, seremos padres.

Lo que sentí en ese momento me descubrió que, aunque pensara que no podía ser más feliz, ni estar más agradecido, me equivocaba. Al parecer aquel nuevo corazón mío tenía cabida para mucha más alegría, y estaba lo bastante sano como para albergar toda la que estuviera por llegar.

—No te equivoques Raúl, Manuel y tú no vais a ser padres... vais a ser *los padres*. Unos padrazos de la hostia. —Le atraje a mis brazos, frotando su espalda y sin hacer nada por disimular la lágrima de alegría que se me escapó de los ojos cuando entendí que por fin, la vida de mi hermano avanzaba también. Hacia donde merecía. Hacia la familia que tanto había querido y ahora por fin iba a tener. —Ese niño o niña va a ser el más afortunado o afortunada del jodido mundo.

—Va a vivir en una casa llena de amor, eso seguro.

—Y nunca le faltará nada.

Para eso tendría a los padres más cariñosos del mundo.

Y donde ellos no pudieran llegar... el tío Adrián entraría en acción.

—¿Lo celebramos?

—Pues he quedado con mi chica para una cita especial antes de llevarla al aeropuerto. —Raúl asintió, tocándome el brazo con una sonrisa de ánimo—, pero esta noche podemos tomar algo. Yo pongo los betabloqueantes y tú... me dejas conducir de vuelta.

Y hasta ahí duró su comprensión.

—¡Mierda Adrián, que no! ¡Que reaccionas muy lento a los estímulos!

—Tú sí que eres lento, que ni te has dado cuenta de cuando me he quedado con tus llaves.

—¿Esas son las cosas que vas a enseñar a tu futuro sobrino o sobrina?

—¿A ser más espabilado que sus padres? Pues claro. Otra cosa me haría fracasar como tío.

—Puede que me haya precipitado diciéndote lo de practicar.

—Tranquilo, hermanito... te aseguro que habrá muchas páginas del álbum de la vergüenza

para llenar. —Sonreí, ocupando el asiento del conductor. —Ahora sube y ponte el cinturón. Pero reza bajito. Me apetece conducir con música.

Llegué a Madrid de excelente humor. Tenía plan con mi chica. Tenía un hermano y un cuñado felices. Iba a tener un sobrino al que malcriar, y el peso de no entender por qué me había tocado en suerte ser el portador de la suerte de vivir ya no parecía pesar tanto.

Si había aceptado la enfermedad con fortaleza, ¿por qué no hacer lo mismo con la salud? Aquella nueva oportunidad, el camino que se me abría ante los ojos como un nuevo amanecer, lleno de posibilidades y bifurcaciones que por desconocidas eran emocionantes. Cualquier horizonte era ahora una posibilidad. Podía trabajar y amar. Podía cambiar de gustos musicales y ser más firme haciendo ejercicio. Podía ser mejor hermano, mejor amigo. Podía estar enamorado de la chica a la que había entregado un corazón que ni siquiera era mío mucho antes de haberla visto jamás.

Podía ser feliz y hacerme viejo.

Podía, por fin, vivir y dejarme llevar por esa vida que tanto había maldecido en el pasado y a la que ahora, solo me apetecía disfrutar.

—¿Habíamos estado antes?

Sonreí.

—Nunca hemos estado en ningún sitio. Todos a los que vayamos serán nuevos.

Con el sol de la tarde brillando en su pelo y el cielo tiñéndose de rojizo en su mirada, la chica de mis sueños se volvió todavía más real en aquel atardecer de los Jardines del Capricho, donde caminamos de la mano, todo lo cerca que podíamos estar, convencidos de llevar a término la promesa hecha de que nada nos iba a separar.

—¿Crees que viviremos todos los momentos que ya compartimos cuando no éramos nosotros... de verdad?

La rodeé con mi brazo. Por un segundo, solo nuestras pisadas fueron audibles en medio de la quietud de una ciudad que se nos rendía a los pies.

—Creo que lo que tenemos por delante es mucho mejor que todo lo que pudiéramos imaginar.

—¿Como si lo de antes hubiera sido un *trailer*?

—Algo así. —Sonreí. —Como si solo fuera una especie de anuncio de todas nuestras posibilidades.

—Las que ahora van a ser.

—Claro que sí.

Me sonrió, con todo un mundo de ilusiones y amores compartidos brillando en sus labios, que besé deprisa, por temor a perdérmelo.

—Qué seguro...

—Sin la menor de las dudas.

Puso su mano en mi pecho.

—¿Te lo dice ese corazón tuyo tan peculiar?

Nos miramos. En nuestros ojos toda una vida de preguntas sin responder, de dudas sin solventar, de magia cuyo truco no nos pararíamos a intentar adivinar. Nos miramos con las ganas palpitándonos en las venas, rozándonos la piel, abrazándonos los cuerpos, llenándonos de primaveras los inviernos que habíamos pasado separados. Y esos otros que a partir de ahora, solo íbamos a celebrar.

—¿Es mío, entonces? ¿El corazón?

Entonces, por fin, ella me contestó.

—Pues claro que sí, Adrián. ¿De quién más iba a ser?

Rocé su sien con mis labios. Le dije que si ella quería, lo podíamos compartir. Siempre y para siempre, aquel corazón que no me había pertenecido pero que ahora vivía en mí, sería de los dos.

Y la amaría a ella hasta que con mi último aliento, dejara de latir.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Diez años!

¿Cómo se condensa en pensamientos lógicos y con sentido lo que significa llevar diez años cumpliendo un sueño?

Podría extenderme todo un libro hablando solo de cómo escribir y publicar me ha salvado la vida, dado la vida, enriquecido la vida y hecho vivir... pero voy a intentar ser concisa.

Quiero dar las gracias a ROMANTIC EDICIONES, porque en aquel lejano 2004 recibieron de una perfecta desconocida, sin carta de presentación, bibliografía ni nada que se le pareciera, un manuscrito llamado UNA CANDIDATA INESPERADA.

Gracias por esos primeros encuentros literarios, por esas portadas perfectas y maravillosas de mano de OLALLA PONS, gracias por hacerme parte de una familia a la que, aseguro, no dejaré de pertenecer hasta que me echéis.

¿Cómo agradecer lo suficiente la oportunidad?

¿Cómo expresar el hecho de que hayan convertido una ilusión en realidad?

El número 22, el de los diez años, no podría salir con otro sello. Era vuestro antes de nacer.

Gracias MARTA DE DIEGO, porque más que una editora eres amiga, cómplice, aliada y hacedora de autoras felices.

A todo el equipo editorial, por el camino recorrido y el que aventuro que nos queda por recorrer. A BARTOMEVA y XISCA, por esos primeros pasos.

A todos y todas las y los lectores que alguna vez han cogido una novela de mi autoría entre sus manos y la han leído, teniendo ahora parte de mí, dándome alas para volar más arriba, más alto, más tiempo. No sabéis lo que esto significa para mí y el orgullo tan grande que siento de poder materializarlo.

ROMANTIC EDICIONES es el hogar donde sé que siempre me espera un abrazo cálido y un trabajo impecable.

Y a ti, que ahora lees estas palabras, espero sepas que no soy capaz de reflejar ni la mitad de lo muy importante que es para mí haber subido este escalón. Ojalá quieras acompañarme en el resto de la escalera.

Gracias mami, papi.

Gracias José Pablo, David y Samuel.

Gracias, por dejarme contar historias.

Romina Naranjo